

SALASAH

PRAY GERIKINDU

PR CAMPAN

3

PQ6530

H5

1875

V.3

c.1

010225



1080021904

EX LIBRIS
HEMETHERI VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EX
HEMET

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

ALIAS ZOTES.

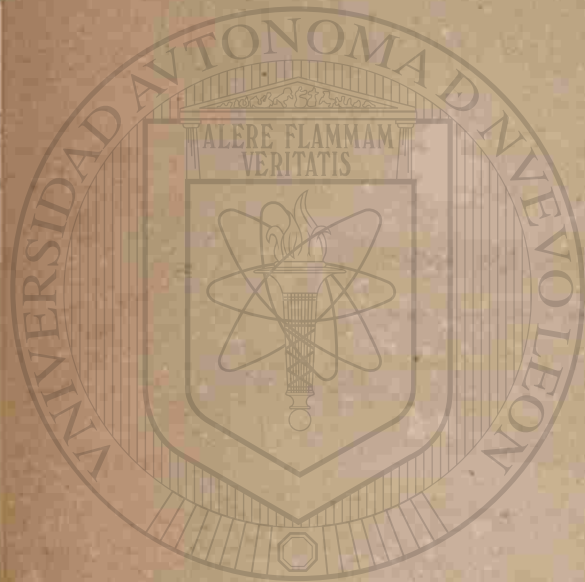
ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. FRANCISCO LOBON DE SALAZAR,

Presbítero, Beneficiado de Preste en las villas de Aguilar y Villagera de Campos,
Cura en la Parroquia de San Pedro de esta,
y Opositor á Cátedras en la Universidad de la ciudad de Valladolid,

QUIÉN LA DEDICA AL PÚBLICO.

Edición adornada con preciosas láminas,
Y ENRIQUECIDA CON CURIOSAS NOTAS
POR UN PROFESOR DE TEOLOGÍA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN TOMO III.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL DE MORENO Y ROIG,

CALLE DE JOVELLANOS, NÚMERO 2.

1875.

- 46556

PQ6530

H5

1875

V. 3



Esta edición es propiedad de la Empresa Editorial de los señores Mornau y Reig.

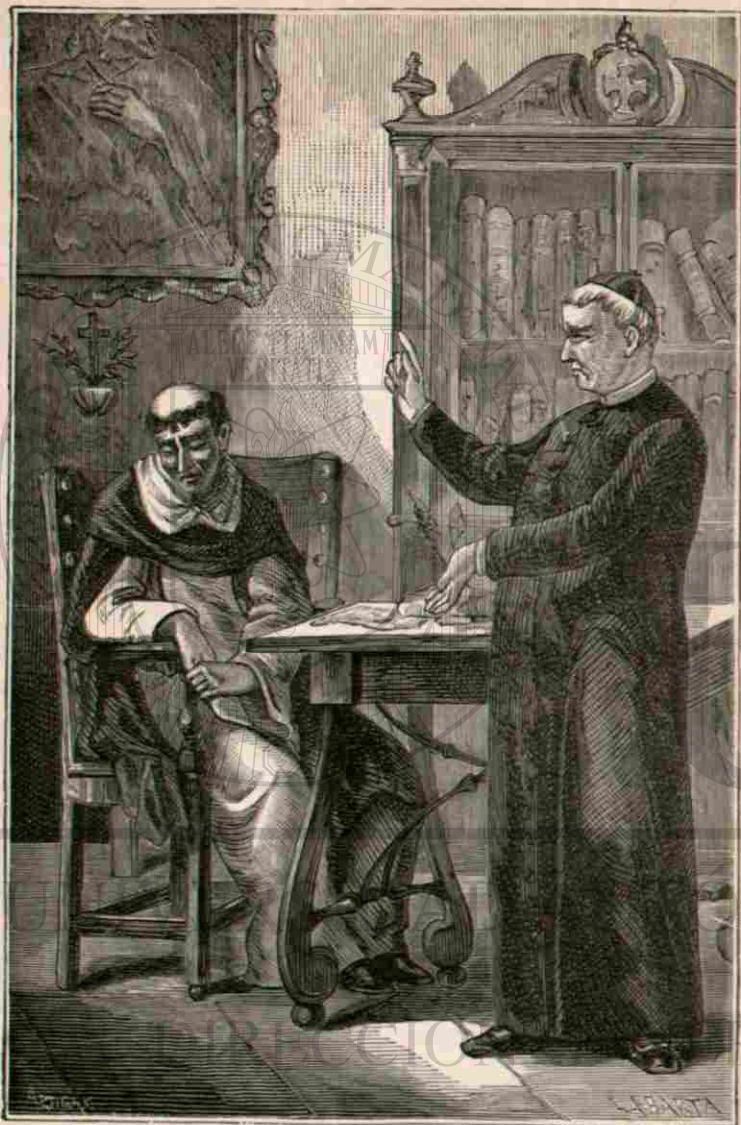
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DEPARTAMENTO DE FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Barcelona 1875. — Imp. de OBRADORS y SULÉ, Rambla de Sta Mónica 19



SIN DUDA, FR. GERUNDIO, QUE HABIAS QUERIDO ...
Lib. IV, cap. VII.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO III.

PREDICA FRAY GERUNDIO EN SU LUGAR Y ATÓRDESE LA GENTE.

HABIA corrido por toda la comarca la noticia de que Fray Gerundio bajaba á predicar en la funcion del Sacramento en la célebre fiesta de Campazas, ya porque Anton Zotes como mayordomo habia convidado á todos los amigos que tenia en los lugares de la redonda, que eran no pocos, así de labradores, como de clérigos y frailes; ya porque el mismo Fray Gerundio no se habia descuidado en echar tambien la voz entre sus apasionados y conocidos, siendo tentacion tan comun en todo predicador principiante, que tal vez cunde hasta los más adultos y provecos, dejarse caer al descuido con cuidado, ya en las conversaciones, ya en las cartas, el dia ó dias

010225

que predicán, lo que algunos maliciosos atribuyen á demasiada satisfaccion ó vanidad, y á mi pobre juicio, no es más que un poco de lijereza mezclada con una buena dosis de bobería.

A más de eso, la fiesta de Campazas era tan famosa en toda aquella tierra, por los novillos, y por el auto sacramental, que, sin que nadie convidase, y aunque el predicador fuese el mayor zote del mundo, siempre concurría innumerable gente, no solo despo-blándose el contorno, sino que rara vez se dejaba de ver en ella mucha gente ociosa y alegre de Leon, de la Bañeza y Astorga; pero atendiéndose este año á la fama del predicador, y al convite de Anton Zotes, convienen los autores de quienes nos hemos valido para recoger las noticias más puntuales que componen el cuerpo de esta verdadera historia, que fué extraordinario el concurso.

Danse por supuestas las demostraciones de alegría y de ternura con que fué recibido Fray Gerundio de su padre el tío Anton y de su madre la buena Catanla y de su padrino el licenciado Quijano, y esto es más para considerado en un casto silencio, que para explicado con la pluma; pues aunque fuese de águila, de buitre ó de abutarda, nunca podía remontar el vuelo hasta la cumbre de tan alta esfera; ¡cuánto más la nuestra, que no puede seguir el movimiento tardo del avestruz! Basta decir, que apenas se desmontó del macho zancarrón (así se llamaba el director de la obra), cuando la tía Catanla le dió mil tiernos abrazos, y otros tantos maternales ósculos, dejándole tan rociado de los desperdicios de sus narices y ojos, que huía al limpiarse estos; pero no le deja-

ron las rociaduras semejantes, que se siguieron, porque como era la primera vez que se dejaba ver en el lugar después de fraile, no solo concurrieron á verle y abrazarle las tías del barrio, unas con la licencia de viejas, y otras con la de parientas, sino que apénas quedaron dos en todo Campazas, que no hiciesen lo mismo; y aún esas dos únicas, es fama que lo dejaron, una porque estaba en la cama con cámaras y pujo, y otra porque dos días ántes habia saltado de su corral al de la tía Catanla una gallina y no habia parecido, de lo cual estaba hecha ella una furia contra la buena de Rebollo, que no sabia de ese; y aún se decia, que la dueña de la gallina quería acudir á Leon, á sacar una descomunión ó una pallina á mata-candelas (así llamaba ella á la paulina y excomunión) contra la encubridora de su ave. Por lo demás, hombres, mujeres, viejos y mozos, todos acudian á casa de Anton Zotes á ver el frailecito, y á dar la enhorabuena á sus padres de que tuvieran el gusto de verle en su casa y tan aprovechado. Ello es así, que consta de documentos y papeles antiguos de aquel tiempo, que se gastaron en aquella tarde cuatro cántaros de vino, ocho quesos y diez y seis hogazas y media en agasajar á los que concurrieron á casa del tío Anton; de donde podrá inferir el prudente y discreto lector, los muchos que serian, y lo bien quisitos que estaban en todo el pueblo Anton Zotes y su santísima mujer.

Faltaban tres dias para la funcion, en los cuales fueron llegando aquellos amigos especiales de la casa de los Zotes, donde estaban prevenidas no ménos que veinte camas, para los huéspedes, cuatro

por los de mayor autoridad, y las demás se acomodaron en una panera, que á este fin se desocupó y se barrió, colgando las paredes con mantas de mulas y caballerías de labranza, así de las que habia en casa, como otras que se pidieron prestadas, quedando la pieza á juicio de la mayor parte del lugar, tan ostentosa, que se podia hospedar en ella un obispo.

El primero que llegó fué un primo del tio Anton, y consiguientemente tio segundo de nuestro Fray Gerundio, que habia sido colegial mayor, y era actualmente magistral en una santa iglesia, hombre ya hecho, sabio, agudo, discreto, muy leído, gran teólogo é insigne predicador; en fin, de prendas tan sobresalientes, que ya habia sido presentado en tercer lugar para un obispado. Este tal traia de camarada otro canónigo de su misma iglesia, de estos que se llaman *canónigos de cuello ancho*, y por otro nombre *de capa y espada*, jóven aún y en la flor de sus años, pues no pasaba de veinte y cinco, pero muy despejado, muy alegre, naturalmente chistoso y decidor, poeta más que decente, que decia de repente con gracia bastante, con no poca sal, y por lo común sin sacar sangre (cosa muy dificultosa y por lo mismo bien rara en los que tienen esta habilidad y hacen profesion de ella): por cuyas buenas partidas, estaba muy bien prendado de él el señor magistral.

Como unas dos horas después se apeó un labrador, pariente tambien del tio Anton, que vivia en un lugar cuatro leguas distante de Campazas. Era familiar del Santo Oficio, y aunque hombre de explicacion

cerril y á pata llana, tenia una razon natural bien puesta, y discurría con acierto en aquellas materias que se proporcionaban á su capacidad. En el camino se le habia incorporado un donado de cierta religion, que habiendo sido tres veces casado y cinco años viudo, por fin y postre cansado del mundo, se entró á servir en un convento, donde pretendió para lego, pero no quisieron darle la capilla, porque aunque muy forzado y servicial, era extraordinariamente zafio, y allende de este y más que medianamente bebedor, no de manera que se privase *in totum*, pero se quedaba á medios pelos, que olian á chamusquina, y entónces con especialidad hablaba por todas sus coyunturas, y en todas las materias que se ofrecian, porque sabia leer y habia leído la *historia de los doce Pares de Francia*, á *Guzman de Alfarache*, la *Pizarra Justina*, y cuantos romances de ciegos se sacaban de nuevo en los mercados, gustando sobre todo de leer gacetas, aunque maldita la palabra entendia de ellas; con que era el donado hombre muy divertido, y en fin pieza de reir.

Mucho se alegró nuestro Fray Gerundio, cuando se vió en compañía de todos estos huéspedes, pero especialmente de su tio el magistral, quien, como hombre entendido y de la facultad, le parecia que habia de hacer justicia á su sermon, del cual estaba tan satisfecho, que se persuadia con el mayor candor del mundo, que en su vida habria oido ni leído otro semejante, y ya daba por hecho, que oyéndole habia de enamorarse tanto el tio de los talentos de su sobrino, que cuando fuese obispo le habia de llevar consigo, y hacerse su confesor, no pareciéndole tam-

poco imposible, que al tiempo el tio obispo (pues ya le consideraba como tal) le grangease por ahí, aunque no fuese mas que un obispadillo en Indias. Todos estos pensamientos le pasaron por la imaginacion llenándole de un inexplicable gozo.

Pero quien podrá declarar con palabras el que se apoderó de su corazon, cuando contra toda su esperanza y sin que siquiera se le hubiese ofrecido tal cosa al pensamiento, vió apearse en el corral á su íntimo amigo Fray Blas, acompañado de otro religioso de otra religion, que él no conocia; pero todas las señales eran de ser hombre muy reverendo, porque traia anteojos con cerquillo de plata, becnocin de seda, sombrero fino, cordon de seda y dos borlas de lo mismo, quitasol, baston de caña de Indias con puño de China, y venia montado en una bizarra mula, con su gualdrapa muy cumplida de paño fino negro, grandes fluecos y caireles, sirviéndole de espolista un gallardo mozo, bien puesto en toda la gala de los majos y petimetres de oficio, zapatillas blancas, medias del mismo color, calzon de ante, una gran faja de seda encarnada á la cintura, armador de cotonia, capotillo de paño fino de Segovia de color amusco, redecilla verde con su borla de color de rosa, que colgaba hasta más abajo de la nuca, la cinta que la ceñia y apretaba de color de nacar, sombrero rodeado de una cinta de plata de color de fuego, con su rolen ó lazo á la parte posterior, que remataba en la capa. Esto lo observó Fray Gerundio muy bien observado, y todo le hizo imaginar que aquel religioso era por lo ménos cate-drático de la universidad de Alcalá ó de Salamanca,

cuando no fuese quizá algun padre difnidor ó presentado.

No se engañó mucho, porque á lo ménos era vicario de unas monjas que estaban junto á Ocanilla, y ántes de eso habia vivido seis años en una granja, en cuya administracion no se habia perdido, porque él confesaba ingénuamente cuando se ofrecia ocasion, que no le habia valido mal, ó á lo ménos lo suficiente para socorrer á cuatro parientes pobres, para servir á dos amigos, y para subvenir á sus necesidades religiosas, aunque la vida fuese un poco más larga que lo ordinario. Como quiera, cuando Fray Gerundio oyó á su amigo Fray Blas, pensó perder los sentidos de puro contentamiento, y después de haber hecho los primeros cumplimientos al reverendísimo padre vicario, como lo pedia la urbanidad, dió muchos abrazos á Fray Blas, y supo de él como habiendo tenido noticia en Ocanilla del sermon que le habian echado en su lugar, hizo ánimo de no volver á su convento hasta habérselo oido predicar, logrando con esta ocasion ver la fiesta de Campazas, y pasar en su compañía cuatro dias alegres con toda libertad, y sin el molesto acecho y murmuracion de los frailes.

Dijole que para sacar licencia del prelado, sin que ni él ni los frailes reparasen, en que estaba tanto tiempo fuera del convento, le habia escrito una carta llena de mentiras, suponiendo que habia caído gravemente enferma una viuda sin hijos ni herederos forzosos, que le habia pedido con grandes instancias que la confesase y asistiese, hasta entregar el alma á Dios, dándole á entender, que no lo perderia él ni

la comunidad, porque podía disponer libremente de sus bienes, como nuestro Señor le inspirase: que no obstante eso se había resistido, por cuanto la enfermedad tenía traza de ir muy larga, aunque decía el barbero del lugar, hombre muy inteligente, que sin milagro no podía escapar de ella: que la misma viuda le había obligado á que escribiese á su Paternidad, esperando que no la negaría este consuelo, y que así lo hacía con la mayor indiferencia, aguardando su determinación, porque todo su gusto era obedecerle, bien que si hubiera de consultar á su inclinación, ya estaría en el convento; porque sobre la penalidad y trabajo de asistir continuamente á una enferma, pasando malos días y peores noches, siempre le habían parecido mal los frailes que estaban mucho tiempo fuera del convento y campana, á que se añadía, que siendo él predicador mayor de la casa, no era razón que cargase otro con los sermones que por su oficio le tocaban.

Esta fué, amigo Fray Gerundio (añadió el predicador), como la cartica que le expedí, que aunque yo lo diga, no iba urdida del peor estambre; ya conoces pues la malicia del buen hombre, y lo fuerte de la tentación. En fin, el santo varón tragó el anzuelo, y me respondió sin perder tiempo, alabando mucho mi celo, mi obediencia y mi religiosidad; pero mandándome en virtud de santa obediencia y en remisión de mis pecados, que asistiese á la enferma, hasta que á vida ó á muerte saliese de aquel peligro, aunque la enfermedad durase un año, encargándome que procurase fomentarla la devoción de la orden, y que no dejase de exagerarla las particulares nece-

sidades del convento; pero me prevenía que esto fuese con prudencia, y cuando se ofreciese buena coyuntura. Por lo demás, concluía, que los sermones no me diesen cuidado, pues corría del suyo encargarlos, fuera de que, teniéndote á ti, no necesitaba de otro; pues aunque todavía estabas un poco verde, esto no desdecía de tus años, y por otra parte era prodigiosa tu facilidad.

Vamos claros, dijo Fray Gerundio, que el enredo está de mano maestra: ¿y cuánto tiempo ha de durar la enfermedad de la viuda? Lo que duraren las fiestas de los lugares á la redonda (respondió Fray Blas), porque ninguna pienso perder. ¿Y qué diablos ha de decir V., le preguntó Fray Gerundio, cuando se vea que no hay tal hacienda ni calabaza? ¿En eso reparas, majadero? respondió Fray Blas: ¿hay más que decir, que habiendo hecho la enferma su testamento cerrado, en que dejaba al convento por universal heredero, después de algunos legados de corta cantidad á algunos parientes pobres, estando ya con la unción, hizo una promesa y cobró salud milagrosamente? ¿Pero si se averigua, respondió Fray Gerundio, que no hubo tal viuda ni tal enfermedad de mis pecados, y que todo fué un puro embuste de V. para pretextar con este piadoso sobrescrito la tuna y el pispoleo? Calla, simple, respondió Fray Blas: no habiendo otra correspondencia con Ocanilla en el convento, que la que yo tengo, ¿cómo se ha de averiguar? fuera de que, aunque por alguna casualidad llegue á saberse; ¿quid inde? ¡Dirán que fué una de las trampillas que están muy en uso! Mira, Fray Gerundio, las mozas de servicio nunca salen de casa,

sino con sobrescritos devotos, y ya me entiendes y no digo más; pero como los preladados se la entienden, se visten del celo de la observancia, y mientras no les cohonestan la salida, dicen que la pierna en la cama y la moza en la rueca y el fraile en la celda.

Pero á propósito de fraile, interrumpió Fray Gerundio: ¿quien es ese reverendísimo que viene con V.? porque parece personaje. Y es lo que parece respondió Fray Blas; porque aunque ahora es vicario de unas monjas, y antes fué granjero, siguió la carrera de los estudios con mucha honra; y aburrido de que hubiesen graduado á otro condiscipulo suyo por empeños, se aplicó á este rumbo, de lo que no está arrepentido; porque aunque no parece de tanta honra, es sin duda de mucho mayor provecho: hizo mucho doblon en la granja: después pretendió esta vicaría que le dieron sin dificultad: las madres le regalan, como á cuerpo de Rey, y él lo pasa como un Pontífice. Es muy amigo mio desde que me oyó predicar en Cabico de la Torre, no sé por qué casualidad vino á oirme el sermón de Santa Orosia: llevóme á su vicariato donde me tuvo ocho dias, tratándome como un patriarca: temporadilla mejor no espero pasarla en mi vida; en fin, como hice ánimo de venirte á ver en fé de nuestra amistad y de la confianza que tengo con tus padres, convidé al padre vicario á que se viniese conmigo, ponderándole la fiesta de Campazas, diciéndole mil cosas de tí, y asegurándole que seria muy bien recibido.

¿Y cómo que lo será? interrumpió Fray Gerundio, antes este es un nuevo beneficio, de que me confieso

deudor á la fineza de V. porque sobre las prendas que me pondera del padre vicario, de esta hecha entablo conocimiento con él; y cádate ya el camino abierto parairme á holgar en su compañía cuatro dias, cuando se ofrezca ocasion.

Con esto se entraron en la sala donde estaba el padre vicario, después de haberse quitado los ajuares del camino, en compañía del magistral, de los demás huéspedes, de Anton Zotes y de la tia Catanla, que le recibieron con el mayor cariño, el cual creció más, cuando su hijo y el predicador mayor le informaron de secreto quien era. Finalmente, fueron concurriendo todos los convidados con algunos más que no lo habian sido; y en los dias que faltaban hasta el de la fiesta, parece que no debió suceder cosa que de contar sea; porque los autores casi todo lo pasaron en silencio. Solo uno de ellos apunta (aunque muy de paso), que Fray Gerundio, después de haber hecho su cumplido á los que iban llegando, se retiraba á repasar su sermón unas veces á un desvan, otras al campo, y porque ni aún en este le dejaban la libertad, por la multitud de forasteros que acudian de la comarca, finalmente se vió obligado á encerrarse en la bodega para decorar su cartapacio. El mismo autor dá á entender tambien en general, que en aquellos dias pasaron cosas preciosas con el donado, á quien luego conoció el humor D. Bartolomé (así se llamaba el canónigo mozo), y haciéndose muy amigo de él, poniéndose en todo de parte de sus necedades, con grandísima gracia y no con menor socarronería, fomentaba sus simplezas, de manera que sucedian lances extraordinariamente sazonados;

pero como el referido autor no los especifica, y nosotros en materia de verdad somos tan escrupulosos, aunque sospechamos lo que pudieran ser, no nos atrevemos á referirlos, porque es infidelidad irremisible en un historiador adelantarse á vender las sospechas por noticias.

Llegado que hubo el día deseado de la fiesta, y la hora de la función, vinieron á sacar de casa á Fray Gerundio, su padre, como mayordomo de aquel año, un tío suyo, que lo había sido el antecedente, ambos con sus varas de la cofradía del Santísimo, dadas de almazarrón y de almagre, que no había más que ver, los dos alcaldes y los dos regidores del lugar con su fiel de fechos y con su alguacil detrás en el sitio que le correspondía, añadiéndose de comitiva voluntaria, y para mayor cortejo, muchos clérigos circunvecinos, y algunos frailes aventureros de diferentes religiones, que se hallaban en aquellas cercanías, y no quisieron perder la comedia y los novillos. Precediales á todos el tamboril y la danza compuesta de ocho mozos los más jaquetones y alentados de Campazas, todos con sus coronas ó corazones arrasurados sobre el cráneo ó plan de la cabeza: esta descubierta, y las melenas tendidas, jaquetillas valencianas de lienzo pintado, con dragona de cintas de diferentes colores: su banda de tafetan prendida de hombro á hombro, y colgando á las espaldas en forma de media luna, con pañuelo de seda al pescuezo, retorcido por delante, como cola de caballo, y prendido en la punta por detrás, como hácia la mitad de la espalda; camisolas de lienzo casero, más almidonadas que planchadas, y tan tiesas, que se tenían por sí

mismas en cualquiera parte; calzones de la misma tela que las casaquillas, y en la pretina por el lado derecho colgado un pañuelo de bayetilla, con mucha gracia; las atapiernas de los calzones holgadas y anchas, guarnecidas de una especie de cintillo ó cordón de cascabeles, medias de mujer, todas encarnadas, zapatillas blancas con lazos de hiladillo negro, y en toda cosa todos ceñidos con sus corbatas, para meter los palos del palateo en el mismo sitio, y ni más ni ménos como los arrieros llevan la vara al cinto.

Ya estaban Fray Blas y Fray Gerundio á la puerta de la casa, esperando el acompañamiento; porque á Fray Blas le pareció obligación precisa en su amistad y en la hermandad de profesion acompañar á Fray Gerundio, y no solo le dió por todo aquel día la mano derecha, sino que fué sirviendo á Fray Gerundio hasta dejarle en el púlpito; y aún se hubiera sentado en la escalera, á no haberlo embarazado Anton Zotes, que le obligó á sentarse en el banco de la cofradía entre los dos mayordomos.

Salió, pues, de casa nuestro Fray Gerundio, más resplandeciente que el sol, y más risueño que la alva, más brillante que la aurora. Habíase (claro está) afeitado con la mayor prolijidad, encargando al barbero que se esmerase en la operación, pues no le valdria ménos que un real de plata; y con efecto el maestro le dejó tan lampiño, y con el rostro tan liso, que parecía bruñido: sobre todo en el cerquillo aplicó el mayor esmero, el plano no parecía sino un cuadrilongo de papel fino de Génova, alisado con diente de elefante, la orla un fleco de seda negra

cercenada por las puntas, con la mayor igualdad, sin que un solo cabello se adelantase á descomponer la línea: el copete elevado como dos dedos y medio, con maravillosa proporción al fondo del cerquillo que formaba la circunferencia: todo el campo del cogote, que corría desde el extremo del cerquillo por la parte posterior hasta la entrada del pescuezo, tozuelo rasurado también á medio rapar, para que negreando un poco el fondo, sobresaliese más lo restante de la rasura. Había estrenado aquel día un hábito nuevo, que su buena madre le tenía prevenido, y una hermana suya, moza ya casadera, se había esmerado en doblarle, plegarle y aún aplancharle, pasando la plancha, no más que por los pliegues y dobleces, con tanto primor y delicadeza, que al desdoblarse se dejaban ver todos ellos distribuidos con graciosa proporción y simetría: particularmente los pliegues del escapulario hacían una labor, que encantaban, y como la tela de la capa y de la capilla era flamante á manera de estameña aprensada, hacia unos visos, que deslumbraba la vista. Calzóse (ya se vé) unos zapatos muy ajustados, hechos á toda costa, en cuanto lo permitía la hechura que se usaba en la religión; pero en todo caso había encargado al maestro que las puntadas fuesen iguales, muy menudas, y que el hilo estuviese muy cargado de zerote, para que lo blanco de ellas sobresaliese más. La noche ántes le había regalado el padre vicario con dos solideos de seda de los que fabricaban las monjas, de exquisito arte y chulada, cuyo centro era una borlita muy chusca, elevada con la debida proporción; y Fray Gerundio estrenó uno de ellos aquel día, así por mostrar la

estimación que hacia del regalo, como por ser un ornamento tan precioso como preciso para su pontifical. No se olvidó, y ni podía olvidarse de echar en una manga un pañuelo de seda de dos caras y de vara muy cumplida, siendo una faz de color de rosa, y la otra de color de perla; y en la otra manga metió segundo pañuelo de Cambray muy fino, con sus cuatro borlas de seda blanca á las cuatro puntas, teniendo por cierto que cualquiera de los pañuelos que se le hubiera olvidado, sería bastante para que el sermón no pareciese la mitad de lo que era.

Dudó por algun tiempo si llevaria anteojos, cosa que le parecia daba infinita autoridad al predicador, y añadía gran peso y una maravillosa eficacia á lo que decía, pensamiento que le tuvo tan inquieto la noche antecedente, en que no fué posible pegar los ojos, que no pudiendo desecharlo de sí, despertó á su amigo Fray Blas, que por aquella vez tuvo más juicio del que él acostumbraba. Se rió mucho de su ofrecimiento, diciéndole que los anteojos en un mozo, aún cuando tuviese alguna necesidad de ellos (lo que rara vez sucedía) era la cosa más ridícula del mundo, y que así los hombres de juicio, como los bellacos, hacían gran burla de aquella afectación, bastando ver á un rapaz muy armado de sus gafas, para que todos le tuviesen por mozo de poco seso. Aún en los anteojos habituales de los viejos, añadió Fray Blas, son muy pocos los que creen, porque son poquísimos los que los necesitan á pasto; y más desde que se ha observado que en las religiones regularmente echan esa gala aquellos sujetos de media braga, que estuvieron consultados para perpétuo coro

ó cosa equivalente: y después, ó por empeños ó por paisanaje, ó en fin porque los hallaron con una arastrada medianía, les destinaron á una de las dos carreras de púlpito ó de cátedra, cumpliendo con ellas *entre sí* basta ó no basta, y sale aquí traidor. Estos son por lo comun los mayores y más perdurables anteojistias, vanamente persuadidos á que pueden suplir con accidentes lo que les falta de substancia, y pretendiendo persuadir á otros que su continua aplicacion á los libros, les quebrantó la vista. Pocos hombres hay de los verdaderamente sabios y aplicados, que usen de este mueble, sino cuando realmente le han menester, que es para escribir y para leer; así, amigo Fray Gerundio, déjate de locuras y déjame dormir.

Con esto no volvió Fray Gerundio á pensar más en anteojerías, y excusando este dije, salió de casa para la Iglesia con todo el tren que llevamos referido: llevaba tras sí los ojos de cuantos le miraban, porque iba con el cuerpo derecho, la cabeza erguida, el paso grave, los ojos apacibles, dulces y risueños, haciendo unas magestuosas y moderadas reverencias ó inclinaciones con la cabeza á uno y otro lado, para corresponder á los que le saludaban con el sombrero ó con la gorra, y no descuidándose de sacar de cuando en cuando el pañuelo blanco, para limpiarse el sudor que no tenia, y el de color para sonarse las narices que estaban muy enjutas.

Apénas llegó á la Iglesia, hizo una breve oracion, y se entró en la sacristía, cuando se dió principio á la misa, que cantó el licenciado Quijano, sirviéndole de diácono y subdiácono, dos curas barrochos de la

vecindad. El coro lo llevaban tres sacristanes de las mismas cercanías, porque el de Campazas servia al incensario, y cuidaba del facistol, los cuales sacristanes en el canto Gregoriano eran los que hacian raya en toda aquella tierra, sirviendo de bajo el carretero del lugar, que tenia voz asochantrada, y de tiple un muchacho de doce años, á quien *ex-professo* habian capado, para acomodarle en la música de Santiago de Valladolid. No habia órgano, pero se suplía con mucha ventaja con dos gaitas gallegas, que de propósito habia hecho traer de la garatería el mayordomo, y las tocaban dos maragatos rollizos, tan diestros en el arte, que los llamaban para todas las fiestas ricias del Roman Fancebadon y el Rabanal, de donde se extendió la fama hasta el mismo Paramo, con ser así que hay más de ocho leguas de camino; y Anton Zotes, á quien llegaron estas noticias, por haberlas oido casualmente en el puente Vizóna á un criado del Maragato, Andrés Crespo, al tiempo que cargaba la recua, al instante envió á llamar á los dos famosos gaiteros, ofreciéndotes veinte reales á cada uno, traídos, llevados, comidos y bebidos; y como era esta la primera vez que se habia oido semejante invencion enfática en aquella tierra, no se puede ponderar el golpe que dió á todos la novedad, y más cuando oyeron por sus mismos oídos, que los dos músicos de las bragas anchas, así en el *Gloria* como en el *Credo*, seguian el tono Gregoriano con tanta puntualidad, que no habia más que pedir. Celebróse infinito el buen gusto de Anton Zotes, y es tradicion de padres á hijos, que desde entónces quedó establecido en el Paramo el uso de las gaitas gallegas en toda misa de incienso;

y de aquí nace el llamarlas en algunos lugares, *el órgano de los Zotes*, etimología que, á nuestro modo de entender, no carece de mucha probabilidad.

En fin, llegó la hora del punto tan deseado de subir al púlpito nuestro Fray Gerundio. Dejemos á la discreta consideracion del pio lector y prudente, figurarse allá para consigo, con qué bazarria y desembarazo saldría de la sacristia, precedido de cuatro cofrades con sus cabos de blándones, porque el mayor no llegaría á cuarta y media, de los dos mayor-domos con las insignias de sus varas: de cuatro clérigos con sobrepellices, y de su amigo Fray Blas, que, como dijimos, quiso hacer aquel dia los honores de Fray Juan, hasta dejarle en el púlpito; con qué magestad subiría á las gradas del presbiterio, en cuyo número están divididos los autores; porque unos dicen, que eran diez, otros doce, y no falta alguno que se adelante á asegurar que llegaban á catorce, aunque todos convienen, en que hay mil campanarios que no llegan á tantas; ¿con qué autoridad recibiría la bendicion de su padrino el licenciado Quijano, de quien es pública voz y fama, que se enterneció un si es no es al tiempo de dársela? ¿Con qué despejo y gravedad caminaría hasta el púlpito, haciendo inclinaciones con la cabeza á todos lados, pero con especialidad hácia donde estaba el banco de la justicia, el del regimiento y el de la cofradía? Y finalmente ¿con qué soberanía se presentaría en el púlpito, haciéndose primero cargo del auditorio, con reposado desden, y después hincándose de rodillas?

Así lo dejamos por ahora, mientras se divierte la narracion y la pluma á dar alguna noticia del teatro,

para que camine mas holgada la comprension en la inteligencia del asunto. Era la Iglesia de tres naves, aunque tan reducidas, que cuando entró en ella el canónigo don Bartolomé, dijo: Bastaría llamarle de tres botes: el presbiterio y la capilla mayor en misas de tres en ringle, no sufrian más ancas que los ministros necesarios y precisos para el altar; tanto que el facistol para cantar la Epístola y el Evangelio era menester colocarle fuera de su jurisdiccion. La nave principal era tan estrecha, que cuando concurría la Justicia y el regimiento en un banco, y alguna cofradía en el banco opuesto, era obligacion del sacristan dar á besar la paz á un mismo tiempo á la justicia ó á la cofradía, lo que ejecutaba fácilmente, yendo por medio de la nave, y llevando una paz en la mano derecha, y otra en la izquierda; pues solo con abrir los brazos, y no muy extendidos, alcanzaba á uno y á otro banco, de manera que á un mismo tiempo y á un mismo punto, la iban besando por su orden los que estaban sentados por una y otra banda: verdad es, que lo que á las naves les faltaba de anchas, lo suplía ventajosamente lo que les sobraba de largas, por lo que diría yo con la licencia del señor don Bartolomé, que la Iglesia era de tres gabarras argelinas, ó de tres galeras turcas. A los piés de ella estaba el coro alto, sin más balustrado que un madero tosco y bruto, que atravesaba de arco á arco, con algunos palos á trechos, á modo de estacada, para evitar que algun muchacho atrevido no cayese en la Iglesia, y se rompiese la cabeza, que era el mayor daño que le podía suceder, porque la elevacion era de pocas varas.

Como quiera que el templo fuese ancho ó estrecho, largo ó breve, eso no era de cuenta de nuestro predicador, porque ni á él le tocaba hacerlo más capaz, ni la estrechez de la Iglesia podía perjudicar un punto á la magnificencia del sermón, siendo ya cosa averiguada como acredita varias veces la experiencia, que en la Iglesia más suntuosa de la cristiandad se puede predicar un sermón malo, y en una desdichada ermita ó humilladero rural, se puede predicar un excelente sermón. Lo que hace á nuestro asunto y á la memoria (inmortal de nuestro Fray Gerundio, es que la iglesia de Campazas, tal cual es (y Dios se la deparó) estaba toda de bote en bote, que aunque cayese (por comparación) de las mismas nubes un alfiler, lo que es al pavimento no podía llegar, porque, ó se quedaria en el tejado de la misma iglesia (lo que es más natural), ó caso de meterse por alguna rendija, boqueron ó gotera, tropezaria en las cabezas del auditorio, y allí ó en el vestido pararia sin duda, hasta que la iglesia se fuese desocupando.

Pero ya es tiempo que volvamos á nuestro Fray Gerundio, que le tenemos incomodado y puesto de rodillas, por más tiempo del que se acostumbra, no sin gran impaciencia suya por tanta detención, especialmente cuando estaba reventando así por salir de su cuidado, como por desplegar las velas del discurso, navegando viento en popa por el mar de su mayor lucimiento. Levantóse, pues, con bizarrísimo denuevo, volvió á hacerse cargo de todo el auditorio con grave y magestuoso despejo, tremoló sucesivamente sus dos pañuelos, primero el de color con que se sonó ántes, y después el blanco, que pasó por la

cara *ad ostentationem*. Entonó su alabado en voz gutural y hueca; persignóse esparciendo bien la mano derecha, teniendo en la izquierda la parte anterior de la que llaman *muceta* en la capilla; propuso el texto sumisa, pero sonoramente, y dió principio á su sermón de esta manera. Pero, salvo el parecer mejor y más acertado de nuestros lectores, ántes nos parece más conveniente hacer capítulo á parte, porque el presente harto será, que no sea muy prolijo.

JANIL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
CENTRAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO IV.

EXPÓNENSE A LA ADMIRACION ALGUNAS CLÁUSULAS DEL SERMON DE FRAY GERUNDIO.

DURÓ, pues, mucho tiempo en nuestra indecision, la gran duda de si copiaríamos todo el sermón de nuestro famoso predicador, ó nos contentaríamos con escoger algunas cláusulas entre aquellas que á nuestra limitada capacidad se representaban como más sobresalientes, para que el curioso lector por la parte viniese en conocimiento del todo. No de otra manera, que una sola uña bien dibujada en el lienzo, da á conocer la magestuosa ferocidad del monarca coronado en la selva; y una sola línea, que cayó al desgaire por el campo de la tabla, hace presente á los ojos penetrantes la diestra mano, que dió gran discurso á la delicadeza del pincel.

Por una parte nos hacía lastimosa compasion, y aún en cierto modo nos parecía especie de usurpacion injusta y hurto literario, defraudar al público de la más mínima palabra que se hubiese desprendido de la boca de nuestro divino orador; siendo cierto, que hasta las que salian de ella á excusas de la advertencia, merecian engastarse en diamante, para que compitiese su duracion con la permanencia de los si-

glos. Por otra se nos ofrecia, que no todos los lectores son tan inteligentes ni tan pacíficos ni de tan buena condicion, como nosotros los quisiéramos; ¿qué sabemos si quizá nos depararia nuestra mala suerte algunos de ellos tan cetrinos, tan indigestos y de gustos tan estragados, que diesen al diantre nuestra historia, viendo interrumpir el hilo de nuestra narracion con prolijos trasuntos de puntos intelectuales de nuestro héroe? Y acaso no faltaria alguno tan atrevido, que nos echase á los hocicos, que cuando los referidos partos fuesen tan preciosos, como á nosotros nos figuraba nuestra pasion, era impertinencia empedrar de ello la historia, por cuanto al historiador toca hacer la narracion fiel de los hechos y proezas de su héroe, pero no una impertinente coleccion de sus obras; porque de este modo, si los que escribieron la vida de los cuatro Santos doctores de la Iglesia y tantos doctores venerables, insertasen en ellas todas las producciones de su pluma, nos serian un si es no es molestos y pesados. Confesamos de buena fé, que esta última razon nos hizo un poco de fuerza, y con dejar al cuidado de otra más felice pluma que la nuestra el empeño de enriquecer al orbe literario con una coleccion de los incomparables sermones de nuestro Fray Gerundio, ilustrándolos con hermosas notas y escolios (en cuyo afán tenemos entendido trabaja una academia de ingenios del primer orden), nosotros nos contentamos con extractar tales cuales rasgos de aquellos que salieron al encuentro de la narracion, y nos parecieron necesarios, para facilitar á los lectores la mayor inteligencia de los hechos. Fué, pues, la primera cláu-

sula del sermón que predicó en Campazas, la siguiente.

«Si es verdad lo que dice el Espíritu Santo por boca de Jesucristo, ¡ay infeliz de mí, que voy á precipitarme, ó es preciso confundirme! El oráculo pronuncia, que ninguno fué en su patria predicador ni profeta: *Nemo propheta in patria sua*; ¿pues cómo yo, atrevido, presumí este día ser predicador en la mía? Pero teneos, Señor, que también para mí aliento leo en las sagradas letras, que no á todos hacen fuerza las verdades del Evangelio: *Non omnes obediunt Evangelio*; y ¿qué sabemos si es esta alguna de aquellas muchas, que como siente el filósofo se dicen solo *ad terrorem*?

Esta entradilla puso en la mayor suspensión al grueso del auditorio, pareciéndole que era imposible encontrar introducción más feliz ni más oportuna; pero el magistral, que de propósito se había metido en el confesonario del cura (el cual está en frente del púlpito), y había cerrado la celosía de la parte anterior, para observar á su gusto á Fray Gerundio, sin peligro de turbarle, apenas le vió prorumpir en dos disparates ó en dos blasfemias heréticas, tan garrafales como dudar si era cierto lo que había dicho el Espíritu Santo por boca de Jesucristo, y suponer que muchas verdades del Evangelio eran por espantar y poner miedo, de pura vergüenza bajó los ojos, que tenía elevados en su sobrino, y desde luego hizo ánimo de no oír en aquel sermón más que herejías, atrevimientos ó necedades; y se hubiera salido de buena gana de la Iglesia, pero por no ser posible penetrar por el concurso, sin grandes alborotos, se

hizo cargo de que no era razón echar un jarro de agua á la fiesta, y así tomó el partido de disimular hasta su tiempo, y aguantar la mecha. Mientras, iba nuestro Fray Gerundio prosiguiendo su sermón ó salutación, y á pocas palotadas se metió de paticas en lo más vivo de las circunstancias. Aquí me habrán de perdonar los críticos mal acondicionados; porque cáñeles ó no les canse, en Dios y en mi conciencia, no puedo ménos de trasladar el papel de *verbo ad verbum*, ya que no es posible trasladar á él el primoroso artificio, con que las tomó todas, la valentía, el garbo y el espíritu con que las animó. Dijo así, cansándose del estilo cadencioso, ó mudándole con todo estudio en el hinchado, así porque la variedad es madre de la hermosura, como porque á este estilo le llamaba más la inclinación.

«Esta es, señores, la estrena de mis afanes oratorios; este es el exordio de mis funciones pulpita-les, más claro para el ménos entendido; este es el primero de todos mis sermones, y á mi intento el oráculo supremo: *Primum sermonem feci, ó Theophile*; ¿pero dónde se hace á la vela el bajel de mi discurso? Atención, fieles, que todo me promete venturosas dichas: todos son proféticos vislumbres de felicidades. O se ha de negar la fé á la evangélica historia, ó también el bipostático ungido predicó su primer sermón, dónde recibió la ablución sagrada de las lustrales aguas del bautismo. Es cierto, que la evangélica narración no lo propala, pero tácitamente lo supone. Recibió el Salvador la frígida mundificante: *Baptizatus est Jesus*; y al punto se le rasgó el tafetan azul de la celeste cortina: *Et ecce aperti*

«*sunt caeli*: y de Espíritu Santo descendió revoloteando á guisa de pájaro colombino: *Et vidi spiritum Dei descendentem sicut columbam*. ¡Ola! ¿bautizarse el Mesías; romperse el pabellon ceruleo; descender el espíritu sobre su cabeza? A sermon me hueles; porque esta divina paloma siempre bate las alas sobre la cabeza de los predicadores.

«Pero son supervacúneas las exposiciones, cuando están claras las voces del oráculo; él mismo dice: que bautizado Jesús, se retiró al desierto, ó el diablo le llevó á él: *Ductus est in desertum ut tentaretur à diabolo*. Allí estuvo por algun tiempo, allí veló, allí oró, allí ayunó, allí fué tentado, y la primera vez que salió de allí, fué para predicar en un campo ó en un lugar campestre: *Stetit Jesus in loco campestri*. ¡Oh! que este iba al paralelo de lo que á mí me sucede! Fui bautizado en este famoso pueblo; retiréme al desierto de la religion, si ya el diablo no me llevó á ella: *Ductus est à spiritu in desertum, ut tentaretur à diabolo*. Y ¿qué otra cosa hace un hombre en el desierto, sino orar, velar, ayunar y ser tentado? Sali de él para predicar; ¿pero en dónde? *in loco campestri*; en este lugar campestre ó de Campazas; en este compendio del campo damasceno; en esta emulacion de los campos de Farsalia; en este envidioso olvido de los campos de Troya: *Et campus ubi Troja fuit*; en una palabra; en este emporio, en este solar, en este origen fontal de la provincia de Campos: *in loco campestri*.

«Aun hay más en el caso: el lugar campestre, en dónde predicó el primer sermon el hipostático, fué á la esmeráldica márgen del argenteado Jordan,

«dónde habia sido bautizado; y ¿quién duda que le oiria Juan, su padrino del bautismo? *Venit Jesus ad Jordanem, ut baptizaretur ab eo*. Y ¿qué cosa más natural, que oir el padrino á su ahijado, y más si hizo de él feliz reminiscencia en la misma salutacion? *Salutate Patrobam*, que dijo muy á mi intento el Apóstol, saltará ahora de gozo, como palpité en otra ocasion de placer en el vientre materno: *Exultavit infans in utero matris*. El caso es tan idéntico, que sería injuria la aplicacion para el docto; pero vaya para el insipiente; ¿no se llama Juan, mi padrino de bautismo? todos lo saben: *Joannes est nomen ejus*; ¿no me está oyendo este sermon que predico? todos lo ven: *Audivi auditum tuum, et timui*; ¿no te están bailando los ojos de contento? todos lo observan: *Oculi tui columbarum*. Luego no hay más que decir en el caso.

«Si hay tal gracia, y agua en el complexo de la fuente bautismal, y agua y gracia es lo que simboliza su nombre y apellido, que Juan es lo mismo que gracia, sábenlo hasta los predicadores malabares: *Joannes, id est, gratia*. Pero que Quijano sea lo mismo que agua ó fuente copiosa, lo ignoran hasta los más eruditos: pero presto lo sabrán. Ya tiene entendido el teólogo, y mucho más el sabio Escriturario, que la quijada de asno es muy misteriosa en las sagradas letras, ó desde que Cain quitó la vida con una de ellas á su hermano Abel, como quieren unos, ó desde que Sanson, magulló, con otra, las cabezas de mil agigantados filisteos, como todos saben: *in maxilla asini percussit mille viros*. Después de acabada esta hazaña, se moria fatigado

« de sed el esforzado Sanson: no habia en aquellos
 « estrados espaciosos de la odorifica Flora, un hilo de
 « plata líquida, con que poder aplacarla, cuando vés
 « aquí que desde la misma quijada, que habia sido
 « la mortal filisticida, brota un raudal de aljofarado
 « redivivo, que refrijeró al infante esforzado, y quedó
 « el sitio sigilado hasta el dia de hoy, con el cogno-
 « mento de *la fuente de la quijada: Idcirco appella-
 « tum est nomen illius fons invocantis de maxilla, us-
 « que ad presentem diem.* Id ahora conmigo: sabida
 « cosa es, en nuestras historias genealógicas, que el
 « antiquísimo y nobilísimo sobrenombre de los qui-
 « janos, deriva su origen y alearnia, no ménos que
 « del tronco de Sanson, cuyos hijos y nietos, desde
 « esta gloriosa hazaña, comenzaron á llamarse *los*
 « *quijanos*: como otra, aunque ménos antigua, aun-
 « que ménos noble, y ménos estendida familia de los
 « Quijotes. No es ménos cierta la noticia que desde
 « entonces las armas de los quijanos, son una quijada
 « de jumento en campo verde, brotando un chorro
 « de agua por el diente molar, como lo afirman cuan-
 « tos tratan del blason de esta familia. Así mismo es
 « cosa muy averiguada, que los quijanos, en las ba-
 « tallas con los moros, no usaban otras armas, sino
 « de la quijada de un jumento, cubierta con la piel
 « de asno, siendo tan hazañosos con esta arma rebuz-
 « nable, como á cada folio se refiere en los anales.
 « Dígalo sino aquel héroe Gonzalo Sanson Quijano,
 « que con una mejilla de un jumento, *in maxilla*
 « *asini*, quitó la vida con su propia mano á 36008 sar-
 « racenos en la famosa jornada de San Quintín, de-
 « bajo de Júlio César, capitan general de Don Alonso;

« el de la mano horadada; proeza que premió el agra-
 « decido monarca, mandando, que en adelante se
 « pintase la quijada de los escudos de los Quijanos con
 « 36008 dientes, y en cada uno de ellos, como si
 « fuera una escarpia, clavada una cabeza de moro;
 « cosa que hace una vista que embelesa. Y de paso
 « quiero añadir, ó diré ménos mal, quiero acordar
 « la erudicion tan sabida, de que el primer escudo
 « que se grabó con toda esta multitud de cabezas y
 « de dientes, no era mayor que la más menuda len-
 « teja; siendo lo más admirable, que quijada, dientes
 « y cabezas con todos sus pelos y señales, se distin-
 « guian perfectamente á más de diez pasos de distan-
 « cia. ¡O asombro de la invencion! ¡O prodigio de la
 « habilidad! ¡O milagro de los milagros del arte! *Mi-
 « raculorum ab ipso factorum maximum*, que dijo á
 « este intento Casiodoro.

« Pero, atencion, que oigo no sé que articulado
 « acento en las etéreas campanas: *Vox de Coelo au-
 « dita est*; pero de quién es ese gutural verrico so-
 « nido? Oigamos lo que dice, que quizá por ello de-
 « duciremos quien lo profiere, como por el efecto se
 « viene en conocimiento de la causa, y por el hilo
 « se saca el ovillo. *Hic est filius meus dilectus, in quo*
 « *mihí benè complacui.* Este es mi querido hijo, dulce
 « objeto de mis complacencias. ¡Ola! dice la voz,
 « que el que está predicando en el lugar donde fué
 « bautizado, es su hijo; luego la voz es del padre.
 « Sabe el lógico, que es legítima la consecuencia: ¿Y
 « quién es su padre? *Pater meus agricola est.* Mi pa-
 « dre es un labrador honrado. Ea, que ya vamos
 « descubriendo el campo. ¿Pero qué tiene el padre

« con el sermón del hijo? No es nada lo del ojo, y
 « llevábalo de fuera. ¿Qué ha de tener, si el mismo
 « se lo encarga? Dícelo expresamente el texto: *Misit*
 « *me vivens pater*: el que me envió ó me trajo á predi-
 « car, es mi padre; y nota oportunamente el mismo
 « texto; que cuando su padre le envió á predicar, es-
 « taba vivo; *vivens pater*; la interlineal *sanus*, que
 « estaba sano; los setenta *robustus*, que estaba ro-
 « busto; *pagnino fortis*, que estaba terete y fuerte.
 « Apelo á vosotros, y decidme si es idéntico el caso.

« Vamos adelante, que aún no lo he dicho todo.
 « ¿Cómo se llamó este generativo principio, ese pa-
 « ternal origen de aquella dichosa prole? Aquí deseo
 « arepto vuestro órgano auditivo. El sermón que mi
 « padre vivo, sano, robusto y fuerte encargó á mi
 « insuficiencia, ¿no es eucarístico panal? Sí; ¿El ar-
 « ca del Testamento no fué el más figurativo emblema
 « de este meliflao bocado? Dígalo el docto y versado
 « en la teología expositiva. ¿Pero por dónde anduvo
 « esa testamentifera cóncava arca? Vamos á las sa-
 « gradas Pandectas. *Supportaverunt eam à lapide ad-*
 « *jutoris in Azotium*: condujéronla al pié de los Zo-
 « tes. Victor, que ya tenemos Zotes en campaña;
 « entra el arca en la provincia de los Zotes; manda
 « un padre á su hijo, que predique de esa arca;
 « ¿pues qué apellido ha de tener ese padre, y qué
 « cognomento ha de distinguir á su hijo, sino es el
 « de los Zotes principales de la provincia? *Supporta-*
 « *verunt eam in Azotium*.

« Es convincente el discurso; pero vaya una in-
 « terrogacioncilla. Y ese hijo no tenía madre; ¿y cómo
 « que la tenía? Consta pues, que el padre y la madre le

« buscaron: *Ego et pater tuus querebamus te*. Está
 « bien; ¿y la madre no tuvo parte en el sermón? fué
 « el todo; pero ya fué y es basa asentada, que siem-
 « pre que un predicador se empeña con lucimiento
 « en un sermón, refunde en la madre sus aplausos.
 « Por eso al acabarse el sermón, exclaman todas las
 « piadosas mujeres; Bien haya la madre que te parió;
 « ¡dichosas de las madres que tales hijos paren!
 « *Beatus venter qui te portavit, et ubera que su-*
 « *xisti!*

« ¿Pero qué ruido estrepitoso? ¿qué armoniosa
 « algarabía divierte mi atención hácia otra parte?
 « ¿qué percibe la potencia auditiva? ¿qué especies
 « visuales se representan delante de mi visible admi-
 « ración? Más claro y perceptible para que el vulgo
 « lo entienda; ¿qué oigo, qué veo? ¿qué he de ver ni
 « qué he de oír, sino un coro de danzantes? *Quid*
 « *videtis in Sunamitide, nisi choros castrorum*. ¡De
 « danzantes! Ea pues, que á vista de la Eucarística
 « arca, aún á los mismos reyes coronados les bullen
 « los piés. Dígalo el rey penitente de Idumea: *Et Da-*
 « *vid saltabat totis viribus*: brincaba con todas sus
 « fuerzas; no se andaba ahora en paspiés pulidos, en
 « carrerillas menudas, en cabriolas ni en vueltas de
 « pasos acostumbrados, daba unas vueltas en el aire,
 « echando las piernas con todas las fuerzas que podía:
 « *Saltabat totis viribus*. ¿No es esto lo que estamos
 « ahora viendo en estos ocho robustos luchadores á bra-
 « zo y pierna partida con el viento? Más: era David un
 « danzante coronado; pues corona por corona no le
 « deben nada á David nuestros danzantes. Pero aún
 « descubro en Isaías otras señales más claras de

«ellos: *Et pilosi saltabant ibi*: y danzaban allí los
«que tenían el cabello largo, los de grande cabelle-
«ra, los de las melenas tendidas. No puede ser más
«adecuada la vision para el caso presente.

«De buena gana me iria un poco más detrás de la
«danza, sino me embelesara ese teatro, que ya ob-
«servo erigido junto á las puertas del templo, *ad fo-
«res templi*, que dijo el mitrado panal de Lombardia
«(habló del melifluo San Ambrosio.) ¿Y qué signifi-
«ca ese teatro, que segun unos es signo natural, y
«segun otros es signo *ad placitum* de un auto sacra-
«mental, representacion del Sacramento, si de estas
«representaciones están llenas á cada paso las pá-
«ginas de la Escritura? ¿no fué representacion del
«Sacramento el maná? Así lo siente Lorino; ¿no
«fueron representacion die Eucaristico trigo las espi-
«gas de Ruth? Así lo afirma Apherrochio; ¿y todas estas
«representaciones no se hicieron en el campo? ¿pues
«quién podrá dudar que fueron profecias y figuras de
«las representaciones del Sacramento que se hacen
«todos los años en mi amada patria de Campazas? *In
«loco campestri*.

«Mas afuera, afuera; aparta, aparta, escápate,
«corrè, mira que te coge el toro; ¿qué es eso? Ro-
«deado me veo de esos cornupedos brutos; ¿qué cer-
«vigujillo, qué lomo, qué rosas en el pescuezo, qué
«lucios y qué gordos! *Tauri pingues obsederunt me*;
«¿no hay quién me socorra? que me cogen, que me
«pillan, que me revoltean. Pero, ¡ah! que fué pánica
«ilusion de la fantasía, ente de razon-raciocinante.
«No son toros furiosos ni de muerte, sino unos no-
«villos alegres y vivos, pero ni marrajos ni sangrien-

«tos, *vituli multi*, ó como lee otra letra, *mutilati*.
«Unos novillos desmochados; esto es, sin puntas en
«las astas, ó sin fuerzas en las puntas. Gracias á
«Dios, que respiro; porque me habia asustado;
«¿pero qué tienen que ver los novillos con la fiesta
«del Sacramento; puede haberla cabal, si la faltan
«los novillos? Pues al profeta penitente, que ade-
«lanta más la materia, el cual dice que los novillos
«se deben correr, ó lo que allá se vá, se deben pre-
«sentar en las mismas aras: *Tunc imponent super al-
«tare tuum vitulos*.

«Ya no me detengo ni en las hogueras ni en las
«luminarias nocturnas, que precedieron á este fes-
«tivo dia. ¿Cuándo se descubre el Señor, sin que se
«enciendan brillantes cirios piropos; ni qué más
«hicieron los tres milagrosos niños en la flamigera
«hoguera del babilónico horno, que lo que anoche
«vimos á los pubescentes muchachos de mi predi-
«lecta patria en las flamigeras hogueras, que encen-
«dió la devoción y alegría de sus fervorosos incolas?
«Si aquellos jugaron con las llamas, sin que les to-
«case al pelo de la ropa, estos brincaron por ellas,
«sin que les chamuscase un solo pelo de la cabeza:
«*Et capillus de capite vestro non peribit*, que dijo
«Casiodoro. Pues la multitud de estruendosos vola-
«dores, que subieron serpenteando por ese diáfano
«elemento, saetas encendidas que disparó la bizzarria
«y el valor, para disipar el nigrificante escuadron de
«las tinieblas, parece que les estaba viendo el mo-
«nárquico adivino, cuando cantó profetizando: *Sagit-
«tas suas ardentibus effecit*. Pero más al caso pre-
«sente lo pronosticó el que dijo, que resonaba por

« todo el campo el horrisono ban-bin-bon de las
 « bombardas: *Horrida per campos, bam-bim-bom-*
 « *barda sonabant.*

« Paréceme que tengo tocadas y retocadas las cir-
 « cunstancias del dia. Pero no, que la más especial
 « por nunca vista se me olvidaba; hablo de ese vocal
 « instrumento, y al mismo tiempo ventoso, que tan
 « dulcemente titila nuestros oidos. Hablo de ese equi-
 « valente, como se explica el discreto farmacópola,
 « de ese *quid pro quo* de órgano, que añade tanta ar-
 « tificiosa armonía á la solemnidad del sacrificio: ha-
 « blo en fin, para que me entiendan todos, de esa
 « gaita gallega, que tanto nos encanta y nos hechiza;
 « pero ¡qué oportuna, qué discreta, qué ingeniosa
 « que fue la invencion de mi paternal mayordomo,
 « cuando discurrió y resolvió festejar con ella la fun-
 « cion del Sacramento! Porque pregunto; ¿no es Sacra-
 « mento del viril, el escudo, las armas y el blason
 « del nobilísimo reino de Galicia? así me lo atestigüó
 « anoche un peregrino, que viene en romería de San-
 « tiago. Pues siendo esto así, era cosa muy congruen-
 « te, y en cierta manera *simpliciter necessaria* (ya me
 « entienden el lógico y el teólogo) que no faltase en
 « la fiesta del Sacramento aquel instrumento armo-
 « nioso, apacible y delicado, que deriva su alcuña y
 « apellido del mismo nobilísimo reino de Galicia, por-
 « que como dice el filósofo: *propter quod unum quod-*
 « *que tale, et illud magis.* Gran gloria de Galicia tener
 « por escudo y armas el Sacramento; pero mayor de
 « Campazas ser la patria y el solar de la Sagrada Eu-
 « caristia; porque ó hay Sacramento en Campazas, ó
 « no hay en la Iglesia fé. Este será el árduo empeño,

« por cuyo golfo desplegará las velas el bajel de mi
 « entendimiento, digo discurso; y para que lo haga
 « viento en popa, será preciso que sople por el timon
 « el arca benéfica de aquella Deifera Emperatriz de
 « los Angeles, implorando su proteccion y su gracia,
 « con el acróstico epinicio del celestial paraninfo:
 « *Ave Maria.*

Bien puede discurrir el advertido lector, que es
 imposible á toda humana pluma, no digo ya explicar
 cabal y adecuadamente, pero ni aún delinear un le-
 visimo rasguño, por donde se venga en tal cual co-
 nocimiento de la admiracion, del pasmo y del asom-
 bro con que fué oida esta salutacion por la mayor
 parte de aquel quedejo y pestorejudo auditorio. Fué
 milagro de Dios; que le diesen lugar para el que se
 llama cuerpo del sermon; y seguramente no se le
 hubieran dado, á no tenerles todavía tan pendientes
 la suspension y autoridad, el asunto tan singular y
 tan raro que habia propuesto. Porque esto de pro-
 bar que Campazas era el solar y la patria del San-
 tísimo Sacramento, y que sino habia Sacramento en
 Campazas, no habia en la Iglesia fé, que seis granos
 de láudano bastarian para amodarrar al más soño-
 liento y dormilon; no es ningun grano de anís. En
 medio de eso no pudo contener el auditorio, sin pro-
 rumpir de contado, 1.º en un muy alegre y bullicioso
 murmullo, muy parecido á aquel que hacen las abe-
 jas al rededor de la colmena; después en aclamacio-
 nes y vítores descubiertos, arrojando hasta la bóveda
 ó artesonado de la Iglesia, no solo las monteras y
 sombreros, sino que no faltaba quien decia, se vie-
 ron revoletear algunos botines. Sobre todo el maga-

ratazo de la gaita gallega, cuando vió su gaita no ménos oportuna que repentinamente alabada, no pudo contenerse sin echar al predicador una alborada: esto de contado, y como dicen provisionalmente, reservando á echar fuera todos los registros luégo que el sermón se concluyese. En fin, la algazara y gritaría fué tal, que en más de medio cuarto de hora no fué posible á Fray Gerundio proseguir su panegírico; y aunque el sacristán hacía pedazos el esquilon del altar, para que se sosegase la bulla, no lo pudo conseguir, hasta que de bueno á bueno se fueron todos aquietando.

Miéntas el sabio, prudente y discreto magistral estaba también atendiendo, pero sin acertar á discurrir cual de las dos cosas asombraba más, si la satisfacción y sandez del orador, ó la ignorancia de aquel rústico auditorio. El canónigo don Bartolomé, aunque no le apuró tanto como al magistral, le dió en pocas razones á entender, que la salutación había sido un tejido de disparates. El otro pariente suyo, familiar del Santo Oficio, hombre de vastas explicaderas, pero más que de mediana razón, decía allá para consigo: O yo soy porro, ó este hombre no sabe las inclinaciones de los hombres, ni ha estudiado á velmo, ni como cuco (llamábase *farruco* un hijo suyo, que comenzaba aquel año el arte); toda esta gente está borracha, mas en fin yo soy un pobre lego sin letras, y puede ser que me encalabrine.

Esto pasaba por el entendimiento de los tres, cuando Fray Gerundio principió el cuerpo del sermón, que probó, confirmó y exornó puntual y literalmente, según la ingeniosa idea que se le había ofre-

cido, de la cual dimos bastante noticia al fin del capítulo segundo, donde podrán volver á luz, si gustaren nuestros pios y benévolos lectores; porque si bien es verdad, que nos podríamos prometer de su mucha benignidad, que no llevasen á mal, el que se la volviésemos á poner delante de los ojos un poco más extendida, y con toda la energía, cultura y formalidad propia de nuestro orador; pero al fin, todo bien considerado, nos ha parecido más acertado consejo no abusar de su buena inclinación, haciéndonos cargo de que toda repetición es fastidiosa, sin ser nuestro ánimo derogar un punto la buena fama y opinión del que dijo, que hay cosas, *quæ sæpius repetita placebunt*, que darán gusto y no fastidiarán, aunque se repitan muchas veces. Háyales enhorabuena; pero nosotros no presumimos tanto de las nuestras, que las consideremos en este número: y llamamos nuestras á las de nuestro Fray Gerundio, porque en tanto nos las apropiamos, en cuanto están sujetas á la jurisdicción de nuestra tarda y deslucida pluma. Y en fin; ¿para qué es rompernos la cabeza, si tenemos ya hecha una firme, determinada ó irrevocable resolución *inter vivos*, de no copiar ni trasladar dicho sermón en nuestra historia? Haga cuenta el curioso lector, que le leyó: dé por supuestas y aún por oídas muchas aclamaciones, muchos más vítores, muchos más *vivas* al acabarse el panegírico, que al concluirse la salutación. Tenga por cosa cierta, que no solo la gaita, sino el mismo gaitero estuvo por reventar, uno soplando, y la otra siendo soplada. Suponga como noticia indubitable, que allí incontinenti, en la misma Iglesia al bajar la escalera del púlpito,

hubieron de sofocar á Fray Gerundio á puros abrazos; y que antes de llegar á la sacristía, pensó ser ahogado con las lágrimas y mocos de las tias, que se atropellaban por abalanzarse á él, habiendo corrido la misma fortuna á Anton Zotes y á la dichosísima Cantata Rebollo su consorte. Finalmente de por asentado, lo que dice un autor fidedigno, y sincero, conviene á saber, que el mismo licenciado Quijano, no embargante de estar revestido con las vestiduras sacerdotales, ni acordándose siquiera de que estaba celebrando el santo sacrificio de la Misa, se mantuvo sentado en la silla, hasta que su ahijado pasó por el presbiterio para entrarse en la sacristía, y entonces, sin poderse contener, se arrojó á él, dióle un estrechísimo abrazo, y vuelto al altar, apénas pudo entonar el *Credo* por las lágrimas que le corrían de puro gozo y ternura: demostracion que no se hallará en toda la historia eclesiástica, aunque sea del mismo Elias, autor diligentísimo de recoger todas las noticias apócrifas y ridículas, que podian hacer despreciables las sagradas, augustas y venerables ceremonias de la santa Iglesia.

Salió nuestro Fray Gerundio de Campazas de la Iglesia lo mejor que pudo, y no le costó poco trabajo; porque es tradicion, que apénas le dejaron los piés en el suelo, hasta que llegó á su casa, llevándole en el aire los innumerables que concurrieron á gratularle, y se incorporaron despues en la comitiva, que se compuso casi de innumerable gentío, que habia concurrido á la fiesta. Pareciónos que no era necesario decir los parabienes, los plácemes, las enhorabuena que allí se repartieron: unos ensalzando al

predicador, otros congratulando á sus padres; estos complaciéndose con Fray Blas, que recibia las enhorabuena en nombre de su religion, aunque aplicando asi la mayor parte de ellas; aquellos clamando en voz en grito, *que era dichoso el lugar que habia merecido ser la patria de tal hijo*; y finalmente gritando todos á una voz *que Fray Gerundio era de presente la honra, y habia de ser con el tiempo la inmortal gloria de su siglo*. Pues cosas tan comunes y regulares, no es razon que los historiadores gasten el tiempo en referirlas, porque los lectores las deben dar por supuestas, y más cuando á la sazón, era ya la una de la tarde, estaban las mesas puestas, se pasaba el asado, y los convidados tenian gana de comer.

CAPÍTULO V.

DÁSE CUENTA DE LO QUE PASÓ EN LA MESA DE ANTON ZOTES.

No es nuestro ánimo hacer una pomposa descripción de la gran mesa, ni referir el orden de asientos que guardaron entre sí los convidados, ni mucho menos, dar al lector una menuda é individual noticia de los platos que se sirvieron en ella. Pues, sobre que podría parecer á muchos una prolijidad impertinente, no faltarian algunos, que la calificasen de impropia y muy agena de aquella magestad, que debe reinar siempre en esta graciosísima historia, en la cual nunca pueden hacerse lugar, noticias que no sean de la mayor importancia; porque si bien no pocos historiadores nos han dado en esto, ejemplos harto perniciosos, haciendo en las suyas, cosas harto estravagantes y ridículas; como el que se paró muy de propósito á tomar medida de las bragas de Calígula, haciendo una pintura de su córte, y previniendo con toda seriedad, que se las ataba con abujetas, y no con botones ó corchetes, que era lo más regular en aquel tiempo: y el otro, que refiriendo aquel caso (cierto ó dudoso), cuando el rey Don Pedro el Cruel, se arrojó con la espada desnuda, para matar al legado de Pavia Aguarchlin, que le habia descomulgado

desde un barco, que estaba prevenido, y este se escapó á fuerza de remo; con cuya ocasion el bueno del historiador, se nos entretiene en medir los piés que tenia el barco de largo, de los que constaba de ancho, cuantos eran los remeros de que iban vestidos, sin omitir el color de las barretinas; y nos advierte que llevaban bordado de realce en ellas, el escudo ó las armas de Don Enrique, conde de Trastámara, hermano y competidor de Don Pedro. Digo, que estas y otras menudencias, que nos refieren los historiadores, son ejemplos más admirables que imitables, y que á nosotros no ha parecido muy conveniente, respetar con una profunda veneracion, y temperarnos en seguirlos. Fuera de que, habiendo hecho ya una puntual descripción topográfica de la casa de Anton Zotes, á la misma entrada de esta nuestra verídica historia, con su figura de invenciones y repartimientos, le será fácil comprender á cualquiera lector, (por escasa que sea la sagacidad de que le haya dotado el Cielo), que dentro de la casa no era fácil encontrar pieza cubierta, capaz y proporcionada para tantos convidados; porque la primera que era la única que habia, estaba ya empleada legitimamente en otro necesario destino, como lo dejamos advertido en el capítulo III, de esta segunda parte: y aunque hubo votos de que se despejase para poner las mesas en el pajar, no lo permitió la discrecion del mayordomo; lo primero, porque era lugar indecente; lo segundo, porque dar de comer á los convidados, dónde estaba la despensa de lo que habian de comer las bestias, podia parecer pulla, y era dar asunto, para que sacasen coplillas y cantares; lo tercero, porque

¿dónde se había de echar la paja? Porque todo el cuarto estaba entoldado de telarañas; y lo cuarto finalmente, porque no había otra entrada para el pajar, que el boqueron por dónde se entraba la paja, desde el cual, hasta el pavimento había más de seis varas.

Esta última enfecultá, dijo un compadre de Anton Zotes, que asistía á las consultas, no me hace ninguna fuerza, porque con bajar los señores por la escalera de mano, por dónde bajan los mozos cuando el pajar llega á las escorreduras, estaba todo acabado. Y ¿cómo se había de servir á la mesa? replicó el tío Anton Zotes. ¿Cómo? respondió el compadre; subiendo y bajando los servidores, en sino con una estratagema sutil, que ahora se me incurre. Había más, de que estuviesen dos mozos arriba del boqueron, en dos hernadas atadas con sus sogas, y que por ellas subiesen y bajasen los platos que habían de recibir ó enviar las mozas que estuviesen en bajo. Compadre, esta enfecultá no vale nada para las otras, sino que no toma absolucion.

Por todo lo cual es verosímil, que las mesas se pusieron debajo de aquel cobertizo que estaba á la primera puerta anterior de la casa, en frente por frente de la que caía á la calle, del cual dimos exacta noticia en el capítulo primero, libro primero de esta circunstanciada historia, y mas habiendo para eso la congruencia de estar muy inmediata la cocina, cosa que conduce mucho para que los platos salgan calientes á la mesa, como lo notó sábiamente Monsieur Henriquez, primer cocinero de Su Alteza Real el señor duque de Orleans, en su docto tratado del *cocinero á la moda*, capítulo segundo del sitio dónde

se debe colocar la cocina. *Il faut mettre la cuisine le plus proche qu' il sera possible de la salle à manger, pour la raison que les viandes, etc. Il faut*, palabras dignas de eternizarse en la memoria de todos, y que nos ha parecido conveniente traducir con la mayor fidelidad, para que no se priven de ellas los que tienen la desgracia de ignorar la lengua francesa. Conviene, dice el autor docto, que se fabrique la cocina, lo más cerca que sea posible, del cuarto dónde se come; y es la razon, porque así los platos saldrán á la mesa con el temperamento con que deben salir; esto es, (añade en su erudita nota el anónimo escoliador), ni más frios ni más calientes de lo que conviene.

Por lo que toca al orden de asientos, es natural que ocupase el primero en cabeza de mesa el magistral, como persona más digna, teniendo á sus lados al Padre Vicario de las monjas, y al canónigo Don Bartolomé, el cual quiso absolutamente que Fray Gerundio, se sentase junto á él, pues aunque por estar de casa, le tocaba ocupar los últimos asientos, y él por su modestia, así lo pretendió, pero por nóvio (digámoslo de esta manera), convinieron en que le correspondía sentarse de los primeros; y aunque añadieron muchos, que su madre la tía Catanla, debía sentarse junto al hijo, para que comiese con más gusto, y la buena de la Rebollo, sin hacerse de rogar, lo ejecutó luego así. Los demás convidados tomaron sus asientos sin preferencia personal, observando solo la de los estados, porque así lo dispuso el familiar con mucho acierto, diciendo: Señores, la Iglesia tiene ya erringlado el cerimonial; lo que platica en

las procesiones, hemos de platicar en gracia de Dios en esta mesa. Primero frailes, despues los señores curas, detrás los legos, y en la trasera de todos las mujeres, porque este ganado allá se entiende.

No parece que llevó muy bien ese repartimiento el hermano Bartolo (así se llamaba el donado); por lo cual dijo al familiar: Hermano síndico (éralo de su convento), si su caridad no entiende más de cosas de Inquisicion que de asentaderos de mesa, dígo-le, que es un probe ministro. La percision es percision, y la mesa es mesa: ya tanta endiferencia de la una á la otra, como de mí al Padre Santo. Para sentarnos frailes junto á frailes, estuviéramonos en nuestros conventos. Lo que yo he visto siempre en mesas de respeto (porque aunque probe y pecador, he comido con muchas personas que tienen Señoría) es, que las señoras se sentaban junto á los frailes, y los frailes en junto á las señoras, siendo este un lobitico (levítico quería decir) muy arreglado á conciencia y á razon, porque por fin y postre todos tenemos faldas, y como dijo el otro, *la variedad es madre de la hermosura*; y para que su caridad lo sepa todo, hubo ocasion en que me mandaron sentar en junto á sí... Iba á proseguir, pero un religioso de la misma órden y del mismo convento, que habia llegado aquella mañana, le atajó, diciendo: Hermano síndico, no haga caso de este simple, pues ya le conoce; como no ha dicho misa ni comulgado, harto será que esté en ayuno natural. Lo dispuesto está bien dispuesto, lo contrario ni es modestia ni aún decencia religiosa. Si el derecho canónico encarga severamente, no solo á los religiosos, sino aún á los mismos clérigos se-

culares, que huian en cuanto les sea posible de los públicos convites: *Convivia publica fugiant*; ¿qué parecerá un religioso en un convite público, sentado entre dos mujeres, ó una mujer sentada entre dos religiosos? No se atrevió á replicar el hermano Bartolo, y todos tomaron sus asientos segun la prudente disposicion del sesudo familiar.

Dióse principio á la comida, segun la loable costumbre de Campazas en mesas de mayordomía, con un plato de chanfaina: hubo cordero asado, sus conejos, su salpicon, su olla de vaca, carnero, cecina, chorizos y jamon, todo en abundancia, sirviendo de postres aceitunas, pimientos y queso de la tierra. Supónese, que no solo andaba rodeando por las mesas el vino del Baramo, sino que el de la Nava hizo rodar por aquellos suelos á más de dos convidados. No fué de este número el hermano Bartolo, porque no llegó á tanto la virtud del específico; pero á lo ménos al cuarto trago (que hay opiniones se completó al acabar el plato de chanfaina) no pudo llevar en paciencia tanta gravedad, mesura y silencio, como se observaba en la mesa, sin hacerse cargo, de que así comienzan por lo regular todos los convites, que acaban en bulla, algazara y aún locura, segun aquel apostegma: 1.º *Silentium*. 2.º *Stridentium*. 3.º *Ruumgenium*. 4.º *Vociferatio amentium*. Pero como el donado no entendia latin, no le paró perjuicio la ignorancia, y queriendo desde luego alegrar la funcion, tomó en la mano un vaso de buen portante, se encará con la tia Catanla, y diciendo en voz alta, *bomba*, para llamar el silencio y la atencion, rompió en esta disparatadísima décima, que así la llamaba él:

O tú, Catania Rebollo,
 Madre de este Científico repollo,
 Eres la madre más dichosa
 De cuantas han parido alguna cosa.
 La fama con su clarín y retintín,
 Hará que llegue tu gloria
 Desde Campazas, hasta Victoria;
 Y es lástima, como dicen estos señores;
 Que no paras una camada de predicadores.

Aplaudióse infinito la décima, con repique universal de vasos y de platos, siendo como la señal de acometer; pues desde aquel punto fué bulla, zambra y algazara, tanto que se atropellaban unos á otros los brindis y las coplas.

El canónigo Don Bartolomé, que no deseaba otra cosa para soltar la rienda á su festivo humor y á su admirable facilidad en el decir, tomó el vaso, gritó *¡bomba!*; callaron todos, y dijo así:

Yo no he oído sermón tal,
 Ni se oyó de polo á polo;
 La décima de Bartolo
 Solo puede ser igual.
 Está mi juicio neutral;
 Y tanto el contexto aprieta,
 Entre una y entre otra veta,
 Que es la salida mejor,
 Que uno es tan gran orador,
 Como el otro gran poeta.

Solo el magistral, algunos de los religiosos, y tal cual clérigo, á los cuales se añadió el socarrón y cortezudo familiar, entendieron lo latino de la décima; los demás se la tragaron como sonaba, y especialmente á los dos interesados les hizo muy buen provecho. Pero el donado se esponjó visiblemente;

y Fray Gerundio que entendía tanto de versos castellanos, como de sermones, quedó muy agradecido. El familiar, hombre en extremo veraz, y que no podía disimular lo que sentía, dijo con mucha gracia: ¡Mal año para los que me quieren mal! si tu coplilla no me ablanda: ella se me asemeja á lo que respondió un fraile muy taimado, á quien le pregunté: ¿cuál de los dos hermanos míos, también frailes, que vivían en su convento, era mejor estudiante? Y él respondió, ambos son peores. El predicador Fray Blas, que había callado hasta entónces, no pudo llevar en paciencia la pulla del señor familiar, y como él se picaba también de poeta, y en realidad era de aquellos poetillas en ciérne, que saben de lo que consta un verso, y toda la gracia la ponen en equivoquillos insulsos y pueriles, desenvainó al punto su décima, y mirando de hito en hito al familiar, habló de esta manera:

El sentido singular,
 En que el Familiar se explica,
 Aunque repica, no pica,
 Que es estilo familiar:
 A Fray Gerundio alabar
 No me toca, si el Donado,
 El cual dijo de contado,
 Que si es bueno es lo mejor;
 Pero será lo mayor
 Como sea mal Donado.

Aturrullóse el familiar, y se quebraron algunos vasos y aún platos en fuerza de los repiquetes, con que fué celebrada la décima de Fray Blas, especialmente cuatro curas quedaron asombrados, porque aquello, de *pique y repique, el familiar, buen dona-*

do y mal donado, les aturdió verdaderamente, pareciéndoles, que era hasta donde podía llegar el ingenio humano. Conociólo Don Bartolomé y para burlarse de los curas, tanto como del poeta, prorumpió al instante en estas dos quintillas:

Tus equívocos, Fray Blas,
Nos admirau, como soy
Mas perdonen los demás,
Porque hoy admirado estoy.
Que no sean muchos más.
Pues tu ingeniosa cabeza
Se equivoca sin preudio,
Con tal primor, tal destreza,
Que lo que parece estudio
Es en tí, naturaleza.

Tragósele Fray Blas, teniendo por lisonja la satirilla; y pareciéndole á Fray Gerundio que era obligación suya corresponder á los elogios que se dedicaban á su amigo, (ya que á este no se lo permitía la modestia), quiso tambien sacar los piés de las alforjas poéticas; pero como no tenia uso, le costaba mucho trabajo: esto se entiende, para encontrar los consonantes, pues por lo que toca á los piés, no tenia dificultad en sacarlos ajustados, por lo mucho que le gustaba el estilo cadencioso. Pero salió fácilmente del empeño, acordándose en aquel punto de una décima, que se atribuye á Don Francisco de Quevedo, cuando estaba preso un San Marcos de Leon, que dicen la compuso á un canónigo de aquella santa Iglesia, que se intitula *Santa María de Regla*, el cual era gran copleador, pero muy poco asistente al coro. La décima decia así:

La musa de mi compadre
Con efecto, es musa bella;
Y sino es musa doncella,
Es en cambio musa madre:
No hay cosa que más le cuadre,
Porque ya es basa usentada,
En soltera y en casada,
Como Hipócrates lo arregla,
Que si la falta la regla,
Parirá ó está preñada.

Disimuló don Bartolomé la insulséz, y aún afectó celebrarla con mayor agudeza, para tomar ocasion para volver á la carga en los aplausos de Fray Gerundio. Pero la suspendió, porque á este tiempo tocó al vaso el padre vicario, haciendo señal de *bomba*. Callaron todos, y después de calzarse bien los anteojos, componer el becoquin, desahogar el pecho, empuñar el vaso, y mirar con gravedad y con desden á todas partes, dijo así con mucho remilgamiento:

Sermones oí de circunstancias,
Pero tan circunostanciados como este,
O Gerundio, ¡Orador siempre divino!
No eres Gerundio, sino supino.

Faltán otros
cuatro piés.

Un poco se paró don Bartolomé al oír esta octava, y como que concibió un poco si es no es de respeto al padre vicario, teniéndole en más que predicador de cofradía, porque si la octava era irónica, mostraba ingenio, buena critica y bastante travesura: no obs-

tante le quedó algun escrúpulo, de que el padre vicario hablaba en todos sus cinco sentidos, porque sus modales, su aire presumido, y su afectado remilgamiento, le daban un no se qué de tufo, de que tambien era de los Predicadores del uso, y que debia de ser un poco más inocente de lo que parecia. Para sondearle, pues, le dijo con su acostumbrada picaresca: Padre maestro, á excepcion del señor magistral y de estos reverendísimos, todos los demás que estamos en la mesa, somos algo legos, aún incluso los de corona; pues ya sabe vuestra reverendísima que tambien hay eclesiásticos de capa y espada, y no entendemos más de libros que el Breviario; y aún este sabe Dios si le entendemos. No podemos hacernos cargo de quienes son aquellos autores que su reverendísima ha citado en su eruditísima octava, que está por todos sus pies chorreando alusiones exquisitas. Sin duda, que debieron ser los príncipes de la oratoria española, cuando vuestra reverendísima los trae á colacion, para cotejar con el ilustrísimo y reverendísimo maestro Fray Gerundio.

¿Y cómo qué son? respondió con mucha tiesura y pomposidad el padre vicario; á lo ménos en mi pobre juicio, hasta que oí al padre Fray Gerundio, no hallé quien les excediese, especialmente en tocar con mayor primor y delicadeza las circunstancias más menudas, que por lo ménos son las precisas.

El primero, en su sermón á cierta funcion de jubileo, concedido nuevamente por Su Santidad, queriendo hacerse cargo á un mismo tiempo, así del nuevo jubileo, como de un esquilo nuevamente fundido, que pocos días ántes se habia colocado en el

campanario de la Iglesia, trazó oportunamente aquello de *ecce nova facio omnia*; y añadió inmediatamente aquello de *laudate eum in cymbalis bene sonantibus*. Los textos son comunes, pero la aplicacion fué singular y pasmosa.

El segundo, no se le escapó la rara circunstancia de haberse puesto peluca la primera vez en el mismo dia de la funcion el mayordomo de la fiesta, á que predicaba; y habiendo hecho una bizarra pintura de los cabellos de Absalon, dijo, que su padre David mandó que se los cortasen, luego que tuvo noticia de su infausta muerte, cuando quedó colgado de ellos; y dando orden para que de los mismos cabellos le hiciesen una cabellera rizada, se la puso en el mismo dia que fué danzando delante de la arca.

El tercero, tuvo muy presente que la mayordoma habia parido un niño muy rollizo, á la cual llamaban en el lugar *la princesa* (no se sabe si por sátira ó por mote); y con la mayor gracia y primor imaginable, se le ofreció de repente encajar en la salutacion aquel oportunísimo lugar de *puer natus est nobis, et filius datus est nobis, datus est principatus super humerum ejus*: cosa que aturdiera á todos cuantos le oyesen, y que desde que la lei no he dejado de admirarla.

Iba á proseguir el padre vicario; pero el canónigo le atajó, diciéndole: Padre maestro, no se canse vuestra reverendísima que por el hilo se saca el ovillo, y sobra lo dicho para que ya conozca con cuanta razon, con cuanto candor y sinceridad religiosa celebra vuestra reverendísima á esos héroes de nuestra oratoria española. Del cuarto ya tengo yo alguna

noticia, desde que lei un epigrama de Horacio, que le aplicó un mal hablador, con ocasion de no sé que sermon que predicó satirizando otro desempeño, cuyos aplausos parece que no le sonaban muy bien, y el bellacon del deslenguado (Dios me lo perdone) aludiendo á que el tal orador debia de ser corto de persona, pero presumido de hombre grande, y de lindo entendimiento, dijo por bufonada:

Bellus homo, et magnus vir idem Quota videri
Qui bellus homo est, Quota puerilis est.

Pero ahora dígame V. reverendísima ¿qué es lo que quiso decir en este último concepto de su admirable octava, conviene á saber, que nuestro admirable orador ya no es Gerundio, sino supino? Porque si es lo que comprehende mi malicia, harto será que esto ceda en mayor elogio suyo. Señor canónigo, respondió, no sin alguna sinceridad el padre vicario: yo no sé lo que su malicia de V. comprende ni deja de comprender, porque yo no soy amigo de meterme en malicias ajenas. Lo que sé es, que la inteligencia de aquel concepto está dada: el supino es lo último á que pudo llegar todo verbo, y no puede pasar de allí. Véalo V. sino *amo-as-are-avi-atum*; *lego-gis-gere-gi-ctum*; *doceo es-ere-cui-octum*; *lectum*, *amatum* y *doctum* son el supino de estos verbos, los cuales todos paran en él: y no hay que andar dándose vueltas, que no me señalará V. siquiera un verbo, que dé un paso más adelante. Pues ahora está claro lo que quiero decir; y es que así como el supino es el *non plus ultra* de los verbos, así el Rdo. padre Fray Gerundio (al decir esto hizo ademan de quitarse el

becoquin de respeto y reverencia) es el *non plus ultra* de los predicadores.

Tambien lo es vuestra reverendísima de los poetas agudos, respondió el taimado de don Bartolomé, y apuesto á que ningun ingénio daba en la genuina explicacion del pensamiento, si vuestra reverendísima no nos hubiera hecho la honra, ó por hablar al uso, no hubiera tenido la bondad de explicárnosle. ¡Lo que es no entenderlo! Como yo habia leído no sé en donde, que en latin á un hombre tardo, rudo, y que todo lo trastorna, se llama *supino*, y tambien se aplica este significado á los perezosos, haraganes y galbaneros, que todo el dia se están, como quien dice, *con la panza al sol*, confieso que me sobrecogió algun tanto, cuando oí el acabamiento de la octava; y pareciéndome que podia ser pulla, ya estaba con la musa en el ristre, para volver por el decoro de nuestro incomparable orador, al cual, sin hacerle injusticia, no se le podia aplicar el epiteto de *supino*, en ninguno de los significados que yo le atribuia; porque ni tiene nada de haragan ni perezoso, siendo la misma laboriosidad, ni mucho ménos se puede llamar tardo ó rudo de ingénio, pues yo no le he conocido hasta ahora más delicado, como lo acredita cada rasgo del sermon que acabamos de oírle.

Confieso que el *supino*, en este sentido, lo soy yo, pues no cai en una significacion que se está viniendo á los ojos: tambien declaro, para descargo de mi conciencia, y para mayor confusion, que ya no me parece el nombre de *Gerundio* tan propio, y tan adecuado á los méritos del padre predicador, como lo seria el de *supino*. Antes de haber oído la ingeniosa

y cabal significacion, juzgaba yo que no habia otro mejor en toda la nomenclatura.

Llámase así, señora Catanla (porque somos deudores á todos) aquel vocabulario, *almacen ó dispensa* de donde se sacan los nombres propios, nuestros principios..... que no habia, vuelvo á decir, en toda la nomenclatura, otro nombre más acomodado al talle de nuestro modelo de predicadores, que es nuestro Gerundio, porque los gerundios son los que dan á conocer el carácter de los sugetos con quienes tratamos. Y así á un hombre de condicion altiva y furiosa, le llamamos *hombre tremendo*; á un religioso grave, autorizado y respetable, le damos el título de *padre reverendo*; á uno que sea maligno, *disoluto y contagioso*, y más si está públicamente excomulgado, le distinguimos en el arrimadizo de *vitando*; y sabe ya el docto, que *vitando, tremendo y reverendo*, son tan gerundios en nuestra lengua, como lo son en la latina, *canandus, prandendus, potandus*.

Esto supuesto, desde que tuve la dicha de conocer, tratar y oír al padre Fray Gerundio, discurría yo así: *Este es un hombre verdaderamente admirado, estupendo: preconizado y colendo, los cuales todos son legítimamente gerundios, ó no los hay en el mundo.* Luégo se le puso el nombre de Gerundio con la mayor propiedad imaginable: pero desde que oí á vuestra reverendísima digo y vuelvo á decir, que harto mejor le cuadra el de *supino*; porque este es mucho mas, y se entiende sin perjuicio de los aciertos y de la discrecion del señor Quijano su dignísimo padrino, que fué quien se le puso.

El buen licenciado, que en toda la comida habia

cerrado la boca, pero tampoco la habia abierto para hablar, sino parte para comer, y parte para admirar los grandes elogios, que á su modo de entender se habian dicho en la mesa de su querido ahijado, solamente respondió: Señor don Bartolomé, yo soy un pobre clérigo, que no entiendo de esas honduras: algo estudié de gerundios y supinos, pero jamás me metí en cual era más, cual era ménos, porque no soy amigo de revolver huesos, que al fin son cosas odiosas. Si á Fray Gerundio le puse este nombre y no otro, mi razon me tuvo que no es menester decir á nadie; lo que podré asegurar á V. es, que mi ahijado allí donde V. le vé, tan conocido ha de ser con el nombre de Gerundio, como puede haberlo sido cualquiera Supino, que haya nacido de mujeres.

Bomba, dijo á esta sazón el hermano Bartolo, que ya es demasiada prosa, se va acabando la mesa, y todavía no hemos dicho una palabra al señor mayordomo. Alla vá á Dios y á dicha. Callaron todos, y él soltó esta disparatadísima chorrera de desatinos.

Carlo-Magno y todos los doce pares
Fueron; ¡O Anton Zotes! en tu comparanza,
Como el dedo meñique con tu panza,
Y como dos psjitas en junto á dos psjares.
No venciste al gigante Fierabras;
Pero hiciste mucho más,
Cuando por tu industria vino al mundo
Ese pezo de ciencia tan profundo,
Como la noria de mi convento,
Que tiene más de mil varas, y aun más de ciento.
Sino fuera por tí y la tia Catanla tu consorte,
No metiera Fray Gerundio tanto ruido en la corte;
La Reina, el Rey, el Papa y Cardenales,

Los Duques, los Marqueses y hasta los mismos pobres,
 Le celebran á porfía,
 Que dicen que es una batalla, una algarabía.
 Si el árbol se conoce por el fruto,
 Como dijo un teólogo llamado *Márcos Bruto*.
 El cual añadía, que aun por eso
 Las grandes camuesas indican gran camueso,
 ¿Qué árbol serás tú? ¿Qué noble tronco?
 Solo de imaginario, me pongo ronco.
 La fama.

Basta, hermano Bartolo, basta, le interrumpió el magistral, que ya no podía aguantar más tanto disparate, y aún había disimulado su mal humor todo lo posible, por no desazonar la función. Apurada ya la paciencia, se levantó de la mesa; con el pretexto de ir á dormir la siesta, haciendo lo mismo todos los demás convidados, á excepcion de don Bartolomé, el padre vicario, Fray Blas, Fray Gerundio, el familiar y el donado, que se quedaron de sobre mesa, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI.

DE LA CONVERSACION NO MÉNOS ÚTIL QUE GRACIOSA,
 QUE HUBO SOBRE COMIDA.

PERMÍTAME V. Reverendísima Fray Gerundio, que le dé mil abrazos, dijo Don Bartolomé, ahora que hemos quedado solos: rato mejor que el que V. me dió con su admirable sermón, no lo he tenido ni tendré en mi vida. Eso es predicar, que todo lo demás es hojarasca. Yo tal digo, añadió el padre vicario, si tan jóven y al principio de su carrera, comienza así, ¿qué será cuando él acabe? Yo conocí un padre predicador de cierta órden, hombre ya de canas y de provecho, que aunque predicaba á este mismo aire que el padre Fray Gerundio, no merecia descalzarle los zapatos, y con todo eso le llamaban *Espanta pueblos*: ¿pues qué será el padre Fray Gerundio cuando llegue á sus años? Seguramente que le llamarán *el Monstruo de España*, y todavía le vendrá estrecho el renombre. ¿No te lo dije ya, amigo Fray Gerundio? interrumpió á esta sazón Fray Blas, rebosando de gozo por todas sus coyunturas; si no hubieras seguido mis consejos, y te hubieras dejado llevar de la extravagancia de nuestro reverendísimo padre Caduco, ¿lograrias ahora estos aplausos?

Los Duques, los Marqueses y hasta los mismos pobres,
 Le celebran á porfía,
 Que dicen que es una batalla, una algarabía.
 Si el árbol se conoce por el fruto,
 Como dijo un teólogo llamado *Márcos Bruto*.
 El cual añadía, que aun por eso
 Las grandes camuesas indican gran camueso,
 ¿Qué árbol serás tú? ¿Qué noble tronco?
 Solo de imaginario, me pongo ronco.
 La fama.

Basta, hermano Bartolo, basta, le interrumpió el magistral, que ya no podía aguantar más tanto disparate, y aún había disimulado su mal humor todo lo posible, por no desazonar la función. Apurada ya la paciencia, se levantó de la mesa; con el pretexto de ir á dormir la siesta, haciendo lo mismo todos los demás convidados, á excepcion de don Bartolomé, el padre vicario, Fray Blas, Fray Gerundio, el familiar y el donado, que se quedaron de sobre mesa, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI.

DE LA CONVERSACION NO MÉNOS ÚTIL QUE GRACIOSA,
 QUE HUBO SOBRE COMIDA.

PERMÍTAME V. Reverendísima Fray Gerundio, que le dé mil abrazos, dijo Don Bartolomé, ahora que hemos quedado solos: rato mejor que el que V. me dió con su admirable sermón, no lo he tenido ni tendré en mi vida. Eso es predicar, que todo lo demás es hojarasca. Yo tal digo, añadió el padre vicario, si tan jóven y al principio de su carrera, comienza así, ¿qué será cuando él acabe? Yo conocí un padre predicador de cierta órden, hombre ya de canas y de provecho, que aunque predicaba á este mismo aire que el padre Fray Gerundio, no merecia descalzarle los zapatos, y con todo eso le llamaban *Espanta pueblos*: ¿pues qué será el padre Fray Gerundio cuando llegue á sus años? Seguramente que le llamarán *el Monstruo de España*, y todavía le vendrá estrecho el renombre. ¿No te lo dije ya, amigo Fray Gerundio? interrumpió á esta sazón Fray Blas, rebosando de gozo por todas sus coyunturas; si no hubieras seguido mis consejos, y te hubieras dejado llevar de la extravagancia de nuestro reverendísimo padre Caduco, ¿lograrias ahora estos aplausos?

¿Quién es ese flaire, preguntó el familiar, y qué consejos daba á mi sobrino? Es un Reverendísimo Matusalem, respondió Fray Blas, de esos que alcanzaron las valonas, el que está muy mal con todo lo que en los sermones se llama *conceptos*, *agudezas*, *equivocos*, *circunstancias*, en una palabra, con todo aquello que hace el gusto, el embeleso del auditorio, y produce el aplauso del predicador. Dado le ha, que se ha de predicar á lo ramplon, á lo solidote, asuntos serios y naturales, verdades indubitables y de cuatro suelas, pruebas macizas y de cal y canto, como dicen. De estas que llaman *circunstancias*, no se hable: dice que no hay más circunstancias, que las de el misterio del Santo ó del objeto de que se predica, y que todo lo demás es locura y profanidad, que muchas veces se roza con sacrilegio. Añade que solicitar en los sermones el gusto ó deleite del auditorio, y el aplauso del orador, es contra toda regla de la verdadera elocuencia, la cual solo debe tirar á convencer, á persuadir y mover, pretendiendo que los conceptos delicados, las agudezas, los equívocos, las pinturillas deleitan, pero no convencen, ni persuaden, ni mueven. Vaya V. viendo lo que adelantaria un pobre predicador con estas regleçitas, y si al cabo del año tendria dos arrobas de chocolate en el cajon, ó se colocarian diez y ocho doblones en la naveta.

Con que ¿eso decia ese buen flaire? volvió á preguntar el familiar. Sí, señor, eso decia, eso dice, y eso estará diciendo por toda la eternidad, si Dios no lo remedia, respondió Fray Blas. Pues mi alma como la de su Reverendísima, replicó el familiar: yo soy un pobre monigote, como Vds. vén; solo sé leer con

trabajo, y echar mi firma con enfecultá, pero por fin y postre dos deditos de entendimiento de precision los ha de tener todo hombre irracional: mi voto lo doy á ese Fray Matías de Jerusalem, ó como le llama el padre predicador, y que me emplumen si no le sobra razon por los tejados.

Cuando voy á oir un sermon, sea el que se fuere, voy siempre con intencion de que m'agan gueno, espiéndome deseos de emitar las virtudes del Santo á quien se perdica, ó proponiéndome alguna verdá de emportancia, que me la metan bien en la cabeza, y despues me empujen el corazon á platicarla. Pero vaya con Dios, que las más de las veces m'allo con una retraila de garambainas, de entretejidos, de sotilezas y cercunloquios, que en mi ánima jurada los entiendo yo tanto como ahora llueven pepinos. Daca el mayordomo, vuelva la comida, torna los novillos.

Si danzaron una danza con los profetas; si se usaron hogueras, cuetes, carretillas y triquitaques en la ley de los judíos; dempues entran los ángeles que suben y bajan por la escalera de Jacó; dempues aquellos serafines con sus alas, que no parecen sino los gorriones de todos los sermones, porque así como los gorriones se encuentran en todos tiempos y todas partes, así estos pobres serafines salen á volar en todos los sermones, que no sé á fé mia, como tienen juerzas ni prumas; y en verdá, que hicieron bien en meteries tantas alas, una vez que hubiesen de volar tan en continuo movimiento; ¿pues qué diré de aquel que unos llaman *carro*, y otros *carroza*, de un tal Ezequiel? Que habrá acarreado el dichoso carro más paja en esos púlpitos de Dios, que todos

los carros de Campos, dende que se infundió en el mundo la labranza: con que al cabo del sermón me enguelgo á mi casa tan malo como salí; y vayan ustedes con Dios, que hemos de decir, que el padre predicador es un hombre que se pierde de vista, siendo ansina, que muchos de ellos los llevara yo á la Enquisición, si el santo tribunal me lo mandara.

Señor familiar, respondió Fray Blas, no hable usted de lo que no entiende: á que añadió prontamente Fray Gerundio; ¿debe pensar V. que ha de alcanzar más que tantos predicadores famosos como predicán así, tantos hombres discretos como los celebran y los aplauden? Es demasiado pensar, sobrino, respondió el familiar; cada probe alcanza aquello que Dios le ayuda, á eso de que tantos predicadores predicán así, y que tantos hombres discretos los celebran: digo, porque son tantos los que predicán ansina, por eso me encarabino yo tanto; y en cuanto á los hombres discretos que les celebran, peor es un gallo. Yo confieso, porque el diablo no se ría de la mentira, que también los he oído apraudir á muchos; pero acá en mi imaginamiento todos eran unos tontos; y á lo otro que dijo el padre predicador de que yo no lo entiendo, respondo á su Usencia, que como los sermones se perdican para que los entiendan todos, por el mismo caso que yo no entiendo más, digo que son malos, y no me sacarán de estos cuantos teólogos hay en la universidad de Salamanca.

A muchos ha hecho muy poca merced el señor familiar, dijo á esta sazón el padre vicario con su acostumbrado entonamiento. Si son nécios los que predicán de esa manera, y los que gustan de sermo-

nes de ese aire, se verifica á la letra lo que dice el Espíritu Santo, que *stultorum infinitus est numerus*; y será preciso contar en este número á muchos hombres de bien; y yo, aunque no lo sea, me encuentro entre ellos, porque más quiero errar con los muchos, que acertar con los pocos.

¡Fuego de Dios en tal máxima! replicó con viveza el familiar, no me la meterá Usendísima en la cabeza; en todo caso, á mí me parece más mejor acertar con uno solo, que errar con todo el mundo; porque en conclusion el errar siempre es errar, y el acertar siempre es acertar. No estará V. tan solo por este partido, dijo á esta sazón Don Bartolomé, que no tenga á su lado el señor magistral; porque así en los sermones que le he oído, como en las conversaciones que se han ofrecido sobre la materia, con el ejemplo y con la palabra se muestra tan opuesto á este modo de predicar, que es gusto oírle cuando se zumba de él, y estremece cuando le combate en serio. Por algo ha estado tan grave y tan espetado en toda la-mesa, interrumpió el hermano Bartolo, que en toda ella no ha dicho, *esta boca es mía*; y alguna vez que yo le miraba, estaba como un ceño, que parecía un Inquisidor. Pero despues de todo yo me atengo á nuestro padre vicario y al reverendo padre Fray Blas, que son predicadores leídos; y de mí sé decir, que cuando oigo uno de estos sermones agudos, me embobo todo, que es un alabar á Dios; pues que, ¿si el predicador es hombre de manoteo, y lo representa con garbo, y como dicen, con empropiedad? Entónces no trocaria un sermón por una comedia.

Esta es otra, replicó el familiar. Predicadores he oído, que no parecen sino mesmamente unos farsantes que vi en Vallaulí, una vez que fui allá á cosas del Santo Oficio, y habia comedias: ni más ni ménos traquiñar las manos, cuando predicán, como las traquiñaba el primer galán, que decían era un prodigio. Si abran de cruz, extienden las manos; si de una bandera, hacen como que la trimolan; si de una batalla, dan cuchilladas; si de una ave, parece que vuelan. En eso hacen lo que deben, respondió magistralmente el padre vicario, porque las acciones han de acompañar á las palabras, en lo cual no debe diferenciarse el predicador del representante.

A otro perro con ese hueso, dijo el familiar, que yo no lo roeré; con que ¿quiere su Usencia encajarnos, que un comediante y un predicador de una misma manera han de representar? Ambos han de pintar en cuanto sea posible con las acciones aquello que expresan con las palabras, replicó el padre vicario. Si, pues ambos, ambos tienen esta obligacion, pero el comediante como comediante, y el predicador como predicador, replicó el familiar. Pues expliquenos V. la diferencia, dijo con un poco de desden el padre vicario. ¡Oh! si yo supiera explicarla como acá la tengo en mi caletre, respondió el familiar, no me trocaria yo por un Arcediano (1).

(1) Asaz fina y oportuna es la crítica que emplea en todo este capítulo, el satírico P. Isla. No son pocos, por desventura, los que confunden el oficio del Predicador con el del comediante, dando mayor importancia al orador que más grita ó que mejor acciona. Cierto es, que la accion debe acompañar á la palabra, pero la exageracion en este punto, puede llegar á la ridiculez y extravagancia. Así

A mí me parece, salió entónces Don Bartolomé, que comprendo lo que quiere decir el señor familiar. Parécele que siendo tan diversos los fines que se deben proponer el comediante y el predicador, han de ser tambien muy diferentes los medios, y que lo que en uno es gala, hermosura, viveza y propiedad, en el otro seria locura, ridiculez, irrision y extravagancia. El comediante solo tira á deleitar, embelesar y divertir: el predicador únicamente debe intentar, convencer, persuadir y mover. En aquel las acciones, los gestos y los movimientos parecen mejor, cuanto más vivas, cuanto más airosos, y cuanto más desenfadados: en este todo debe respirar gravedad,

como la declamacion tiene sus reglas, tambien las tiene la oratoria; y si en algo se asemejan ambos ejercicios, el de predicador y el de actor, es en la necesidad de guardar y atender á las conveniencias del local, para arreglar la cantidad de voz y otros extremos no ménos importantes. Esta es la semejanza, pero la desemejanza, consiste en que los esfuerzos del actor van encaminados á agradar, y los del predicador, deben tener por objeto el convencer. Los que asisten á los sermones con espíritu cristiano, y ganosos de instruccion, no atienden á las formas sino al fondo, no á la accion sino á la palabra, no al decir sino á lo que se dice. No hace muchos años, asistiamos no en un pueblo sino en la corte de España, á los sermones que predicaba cierto orador, que gozaba de gran reputacion entre las señoras, que eran las que generalmente componian su auditorio; aquel orador era una segunda edicion de Fray Gerundio, corregida y aumentada, y bien podiamos citar aquí, disparates de primer orden, y hasta casi herejias que le oimos en sus discursos. Sin embargo, todo pasaba desapercibido, en gracia á lo sonoro de su voz, á su buen decir, y á su exagerada accion. *Pico de oro*, le llamaban las señoras. Sin embargo, aquella fama injustificada duró poco tiempo y se deshizo como castillo de naipes. ¡Aun hay Gerundios, y quíenes les aplaudan y colmen de elogios!

majestad, modestia y compostura; y perteneciendo á la accion, no solo el movimiento de las manos, sino el aire del semblante, la postura del cuerpo, y hasta el tono de la voz, en todo debe reinar una modestia que no se pide al comediante. Y á este propósito me parece haber leído en Quintiliano, que el buen orador ha de querer parecer más modesto y encogido, que garboso y desembarazado: *Modestus, et esse et videri malit*; y debe ser sin duda la razon, porque siendo el principal fin del orador el persuadir y mover, todo aquello que lo hace más afable, le hace también más eficaz, siendo cierto que el que es dueño del corazón, se hace más presto señor del entendimiento: y como el orgullo, la presuncion y la arrogancia desagradan tanto á todos, el predicador que en sus movimientos, gestos y acciones se ostenta orgulloso, arrogante y presumido, de contado se hace aborrecible, ó por lo ménos enfadoso. De aquí es, que la modestia y el encogimiento, que pocas veces cae en gracia al comediante, siempre es necesaria al predicador; y harto será que no fuese esto lo que el señor familiar queria decir.

¿Pero cuándo le explicaria yo con esa herejía y craridad? exclamó el familiar lleno de gozo, dando un abrazo á Don Bartolomé. V. me bebió el pensamiento; y ya que una cosa llama á otra, díganos V. por vida suya, y así tenga Dios en descanso al ánima de su madre (conocíla mucho, y era una mujer..... ¡Válame Dios, qué mujer era!) díganos V., vuelvo á decir, ¿qué cosa es modestia de la voz? porque así al descuido con cuidado se dejó V. caer este vocablo y yo no entiendo bien lo que significa. Tampoco yo

no lo entenderia mucho, respondió el canónigo, si por casualidad no lo hubiera leído pocos días ha en cierto libro que me envió un amigo mio de Madrid, y trata de estas cosas de predicadores. Intitúlase: *la elocuencia cristiana*, y su autor jesuita francés, llamado *el padre Blas Gisbert*, hombre sin duda hábil, discreto y erudito, que trae admirables especies, aunque á mi pobre parecer escritas con no mejor método del mundo, porque repite mucho, hacina bastante, no sigue la caza, fica mil cosas, y luego las deja; y en los muchos ejemplares que trae de San Juan Crisóstomo, á quién propone con grandísima razon por el mejor modelo de la elocuencia sagrada, aunque todos ellos son muy escogidos, me parece que está algo prolijo. Pero, oia; ¿quién soy yo para meterme á crítico, sin acordarme que esta facultad no se hizo para un pobre canónigo bolonio? Vuelvo á la pregunta.

Dice pues este padre, sino me acuerdo mal, hablando de la modestia de la voz, poco más ó ménos, estas palabras: *Serás modesto por esta parte, si evitas en tu voz cierto aire bronco, hinchado y dominante, que introduce hasta el corazón de los oyentes, aquella enfadosa disonancia que no puede disimular el oído. Una voz dulce, fuerte, igual, flexible y moderadamente ingeniosa, es de admirable auxilio para la persuasion. Por el contrario, el entendimiento siente no sé qué repugnancia en rendirse á unas razones que se derivan por un canal tan ingrata y tan desagradable, como es una grosera, desapacible, furiosa, impetuosa y violenta.*

Y ¿dónde ha de ir á comprarla aquel á quién Dios se la ha dado con estas tachas? replicó Fray Blas. Eso

no lo dice mi autor, respondió el canónigo, y yo no he tomado el oficio de instruir á los predicadores; porque soy poco hombre para esto. Solo reflexo lo que digo he leído; bien que á mí me parece, que el arte, el trabajo y el cuidado podian corregir estos defectos. Y aún hago memoria, sino me equivoco, de haber leído ú oído, que dos oradores habian recibido de la naturaleza una voz bronca y destemplada, y ambos la redujeron á un medio templado, sereno y apacible, con el cuidado y ejercicio, que lo fueron Demóstenes y Ciceron.

Pues oye V. Sr. D. Bartolomé, dijo el familiar, aún es así que esas vozarronas, que parecen voces duras de guey, y esos meneos impetuosos de los predicadores, como los llama el padre Tiatino Gisbrás, ó qué sé yo, que parece que le rompen á uno los cascos; pero á mí no me amoinan ménos otros predicadores que hay tan enmielados con unas palabras tan de azucar y de almirabe, unos zaceos y unos meneos de dama almigada, y de sí Señor, y cierto dan á un hombre ganas de gomitár. Cuando todo es natural, respondió el canónigo, porque nace de un génio verdaderamente dulce, suave y blando, y de algun natural afecto de la lengua, no solo no fastidia, sino que cae en gracia, persuade y mueve; pero cuando se mezclan en ella la afectacion y artificio, no hay cosa que más empalague ni que más irrite. Aún en una conversacion, el que afecta dulzaina, dengues y remilgamiento, se hace extremadamente fastidioso; pero cuando esto se quiere tambien remedar en el púlpito, no hay paciencia para tolerarlo.

En esto vamos conformes, respondió el padre vica-

rio, y es que él tenia una voz sonora, grata y medianamente corpulenta. Ni distamos tanto en el dictámen sobre esta obrita del padre Gisbert que tengo en mi celda, y he leído con bastante cuidado, pues aunque la he notado algunos defectillos veniales á la verdad, pero el fondo se conoce que le aprecia.

¿Ha leído V. los reparos críticos de Monsieur Lenfant? Sí, reverendisimo padre, porque están al fin de la segunda edicion, que es la que yo tengo. Y ¿qué le pareció á V. de ellos? preguntó el padre vicario. Padre maestro, respondió D. Bartolomé, un triste canónigo de capa y espada como yo soy, no puede dar parecer sobre estas materias: mas pues el reverendisimo desea saber lo que siento, valga lo que valiere, digo fuera de las notas que le pone, (y á mí me parecen justas) sobre la falta de método, la repeticion y la prolijidad de los lugares de San Juan Crisóstomo, cuasi todos los demás reparos de Monsieur Lenfant son inútiles, ridículos y pueriles; y en fin pidiendo licencia primero para usar de este equivoquillo, reparos propiamente de niño, que esto quiere decir en nuestra lengua, *Lenfant*.

¿Pues qué, replicó el padre vicario, pueril llama V. al primer reparo que pone sobre lo que dice en el prólogo el padre Gisbert, que la hermosura del discurso sufre la falta de brevedad? Y añade el crítico: que aqui hay obscuridad y un sentido equivoco, pues se quiere decir, que lo hermoso del discurso excusa lo prolijo: este reparo me parece justo y sólido.

Lo que es no entenderlo, respondió el canónigo, pues á mí me parecia que era insulso, sùtil y sin razon alguna, porque no comprendia yo que entre es-

tas dos cláusulas, *la hermosura de un razonamiento sufre la falta de brevedad; la hermosura de un discurso ó encubre la prolijidad*, hubiese más diferencia, que la de decir una misma cosa, con más ó ménos palabras; pero que en lo demás ambas proporciones eran igualmente claras y perceptibles. Mas las superiores luces de V. Reverendísima descubren lo que no vemos los que las logramos más escasas. Pues la segunda nota de Monsieur Lenfant sobre el prólogo, dijo el padre vicario, aún es más substancial que la primera, y no sé qué se pueda replicar á ella para excusar al padre Gisbert la prolijidad de ejemplos que pone: dice que en eso no hace más que imitar á San Agustín, y añade oportunamente el discreto crítico: *¿Si el método es malo, no lo autoriza el ejemplo del Santo; fuera de que San Agustín no es tan prolijo ni con mucho en sus citas, como lo es el padre Gisbert en las que hace de San Juan Crisóstomo? ¿Tratará V. de pueril este reparo?*

Yo me guardaré de eso bien, respondió el canónigo; porque aunque es verdad que á nosotros los eclesiásticos legos nos disuena mucho esto de hablar con ménos respeto de los Santos Padres, y más de un padre tan sabio como dicen que fué San Agustín; pero esto nacerá sin duda de que no lo somos: por eso nos escandaliza oír que cuando las cosas son malas, el ejemplo de los Santos Padres no las autorizan, porque nos parecía á nosotros, que una vez que las autorizase el ejemplo de los Santos Padres, debíamos creer que no eran malas: por lo que toca á si son ó no largas las citas de San Agustín, como los ejemplos que cita el padre Gisbert de San Crisóstomo, yo no

puedo hablar con conocimiento de causa; porque confieso que solo he visto por el forro las obras de San Agustín en la librería del señor Magistral; pero como el padre Gisbert asegura que San Agustín traslada lugares muy considerablemente largos de los Profetas, de San Pablo y de San Cipriano en su libro ó traslado de *la Doctrina Cristiana*, pareceme que debemos creerlos sin escrúpulo; porque no tiene traza de hombre que habla á bulto, que cita á falso.

Pero demos de barato que las citas del Santo hubiesen sido más breves ó más cortas, acá á mi modo de concebir, me parece que no hace fuerza el cotejo, siendo muy clara la disparidad. San Agustín en el libro de *la Doctrina Cristiana* no toma por asunto el instruir á un predicador en el modo de predicar, sino imbuirle en los dogmas de la religión que debe enseñar, y para esto no era necesario copiar pasages largos de los Padres anteriores al santo doctor. Por el contrario todo el empeño y todo el asunto del padre Gisbert, es instruir á un orador cristiano en el método y en el modo con que ha de disponer sus sermones, y para eso era al parecer indispensable hacer un poco largos los ejemplares que se proponen á la imitación; porque como dice el mismo padre, sino se dá á estos modelos de buen gusto una proporcionada extension, es imposible sentir ó reconocer en ellos perfectamente la práctica de las reglas. Es verdad, como significué al principio, que aún para este fin me parecen un poco prolijos algunos pasages de San Juan Crisóstomo, que copia el padre Gisbert: pero yo soy un pobre canónigo en romance, y debo someter mis bachillerías al superior dictámen de vuestra reveren-

disima, á quien suplico se sirva decirme; ¿qué hombre fué ese Monsieur Lenfant, cuyas notas han tenido la fortuna de agradarle tanto? Sr. D. Bartolomé, confieso que no sé ni me he metido en averiguarlo; porque cuando leo un libro me importa poco saber la vida y milagros del autor; si me gusta, le acabo y le celebro; si me enfada, le cierro y arrimo, sin meterme en más honduras ni averiguaciones.

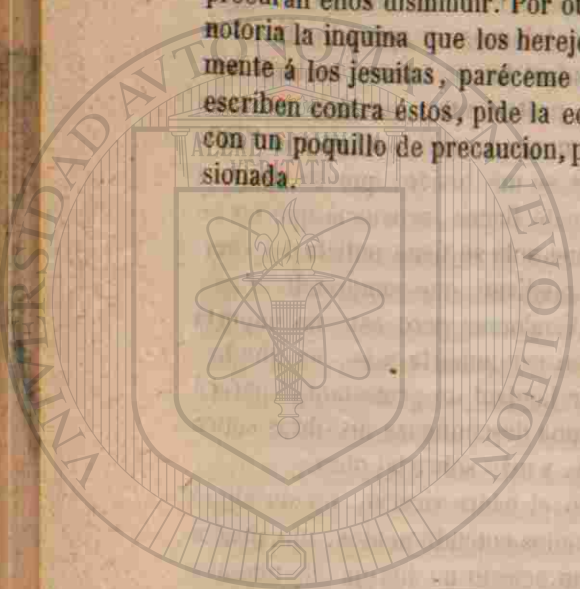
¡Hay cosa! replicó el canónigo; pues yo estaba en el errado concepto de qué para hacer juicio de una obra, especialmente crítica, y que se roza con la religion, convenia mucho saber, por lo ménos en general, los estudios, las circunstancias y especialmente la profesion ó la religion del autor. Confieso que habiendo observado en las notas de Monsieur Lenfant el empeño en critiquizar, morder y censurar los lugares de San Juan Crisóstomo, que trasladó el padre Gilbert (porque en suma á esto se reducen sus principales notas, ó á lo ménos aquellas que no son puras fruslerias); y habiendo reparado que desde la primera carta, que sirve de prólogo á la obrilla, muestra su poca inclinacion á este célebre Padre, cuando dice que *aunque él es uno de los que admiran su elocuencia é ingenio, con todo eso no quisiera proponerlo por modelo sin muchos correctivos*; confieso que todo esto me hizo entrar en mala fé con este Monsieur, y me dió fieria tentacion de averiguar qué personaje era.

Tuve bien poco que hacer en conseguirlo, porque como soy uno de aquellos eruditos de repente y araganes de la moda, que quieren saber mucho á poca costa, y hablar de todas las materias sin comprender ninguna, en saliendo algun diccionario, compendio ó

cosa que lo valga, luego escribo á mi correspondal á Madrid, para que lo haga venir á mi librería romanista. En ella tengo el *Diccionario Histórico* abreviado de Moreri, escrito en francés por el abad *Ladvocat*, y traducido harto fielmente en castellano por *D. Agustín de Ibarra*, clérigo laborioso y aplicado. En él se dice, que Jacobo Lenfant fué un famoso teólogo histórico en la religion protestante, que dejó un gran número de obras, y murió paralítico en el año 1728. Por señas, ántes que se me olvide, que se asegura que nació en Bazoché de Bauze, provincia que no se sabe á donde cae; pues solo se tiene noticia del *Baucy* ó *Bauces*, bajo y mediano, que comprende el país de Chartres y el de Vandoma; pero esto no importa un bledo. Lo que á mi ver importa más, es que habiendo sido Monsieur Lenfant un protestante, parece deben leerse con alguna desconfianza sus obras sobre la obra de un jesuita, y más sobre tal obra.

¿Pues qué, replicó el padre vicario, no sin algun desden, es V. de aquellos entendimientos, que juzgan no puede escribir con acierto un hereje en ninguna materia? No, reverendísimo padre, no soy tan lego como todo eso; sé muy bien, que entre ellos ha habido hombres eminentes en algunas facultades; sé muy bien (porque al fin estudié las sùmulas) que no vale esta consecuencia; *es hereje, luego no vale lo que dice, ni lo que escribe*; sé tambien, que así como hay cierta especie de locos, que solo desbarran en determinadas materias, así hay muchas clases de entendimientos, que solamente desbarran en asuntos determinados. Pero al mismo tiempo estoy persuadido, á que por esta última razon debemos leer siempre con

mucha cautela y desconfianza, aquellas obras de los herejes, que directa ó indirectamente tratan de punto de religion; cuales sin duda son los que hacen critica de los Santos Padres, cuya veneracion y concepto procuran ellos disminuir. Por otra parte, siendo tan notoria la inquina que los herejes profesan especialmente á los jesuitas, paréceme que cuando aquellos escriben contra éstos, pide la equidad que se les lea con un poquillo de precaucion, porque son parte apasionada.



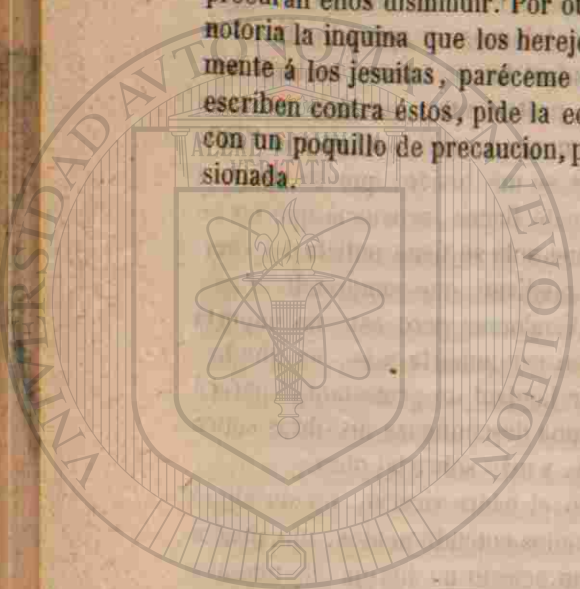
CAPÍTULO VII.

LEVÁNTASE DE LA SIESTA EL MAGISTRAL Y PROSIGUE LA CONVERSACION DEL CAPITULO ANTECEDENTE, CON TODO LO DEMÁS QUE IRÁ SALIENDO.

AL instante se dejó ver el magistral, después de haber dormido una siesta muy decente. Todos se levantaron por respeto, y los más se retiraron, unos á rezar, y otros á descabezar el sueño; entre los cuales aseguran varios autores, que el hermano Bartolo era el más necesitado. Fray Gerundio hizo tambien ademan de retirarse, pero el magistral le detuvo, quedando solos tio y sobrino, Don Bartolomé y el bueno del familiar. Tomó un polvo el magistral para despejarse, estregóse los ojos, sonóse las narices, y es fama que encarándose con el sobrino, le habló en esta substancia:

«Sin duda, Fray Gerundio, que habrás quedado muy vanaglorioso con tu desbaratado sermón. Los aplausos de los ignorantes, la gritería de esta pobre gente, el voto de la muchedumbre, y las aclamaciones de los lisonjeros, si ya no han sido irónicos elogios de los zumbones ó de los malignos, te tendrán sin duda persuadido á que nos dejaste á todos aturdidos. Con efecto fué así, y dudo que algun otro lo haya quedado más que yo; pero no de

mucha cautela y desconfianza, aquellas obras de los herejes, que directa ó indirectamente tratan de punto de religion; cuales sin duda son los que hacen critica de los Santos Padres, cuya veneracion y concepto procuran ellos disminuir. Por otra parte, siendo tan notoria la inquina que los herejes profesan especialmente á los jesuitas, paréceme que cuando aquellos escriben contra éstos, pide la equidad que se les lea con un poquillo de precaucion, porque son parte apasionada.



CAPÍTULO VII.

LEVÁNTASE DE LA SIESTA EL MAGISTRAL Y PROSIGUE LA CONVERSACION DEL CAPITULO ANTECEDENTE, CON TODO LO DEMÁS QUE IRÁ SALIENDO.

AL instante se dejó ver el magistral, después de haber dormido una siesta muy decente. Todos se levantaron por respeto, y los más se retiraron, unos á rezar, y otros á descabezar el sueño; entre los cuales aseguran varios autores, que el hermano Bartolo era el más necesitado. Fray Gerundio hizo tambien ademan de retirarse, pero el magistral le detuvo, quedando solos tio y sobrino, Don Bartolomé y el bueno del familiar. Tomó un polvo el magistral para despejarse, estregóse los ojos, sonóse las narices, y es fama que encarándose con el sobrino, le habló en esta substancia:

«Sin duda, Fray Gerundio, que habrás quedado muy vanaglorioso con tu desbaratado sermón. Los aplausos de los ignorantes, la gritería de esta pobre gente, el voto de la muchedumbre, y las aclamaciones de los lisonjeros, si ya no han sido irónicos elogios de los zumbones ó de los malignos, te tendrán sin duda persuadido á que nos dejaste á todos aturdidos. Con efecto fué así, y dudo que algun otro lo haya quedado más que yo; pero no de

« tu discrecion y de tu agudeza, sino de tu lastimosa
 « ignorancia, de tu juvenil osadía, de tu raro atolon-
 « dramiento, y de tu total falta de gusto y reflexion.

« Mucho me habia escrito mi amigo y tu favoreci-
 « do el maestro Fray Prudencio de tu modo de pre-
 « dicar; algo me apuntó de las cuerdas y prudentes
 « advertencias que te habia hecho, para que no ma-
 « lograses tus talentos; no me habian dicho poco al-
 « gunos que te oyeron no sé qué plática de discipli-
 « nantes en tu comunidad. Todo me hizo concebir,
 « que ibas descaminado; pero confieso que nunca juz-
 « gué, ni aún imaginé posible, que lo fueses tanto.
 « Desde el primer periodo de tu sermon, me hubiera
 « salido de la iglesia, á haberlo podido hacer sin mu-
 « cha nota, y sin igual tumulto y alboroto del apiñado
 « auditorio. Estúveme metido en el confesionario todo
 « el tiempo que duró el sermon, y no fué para mí
 « tribunal de penitencia, sino ejercicio de ella.

« Llaméle sermon, y le dí un nombre muy impro-
 « pio; porque no fué sermon, ni cosa que ni de mil
 « leguas se lo parezca. Es dificultoso definir lo que
 « fué; pero veré si me puedo acercar á dar á enten-
 « der lo que concibo. Fué una escoba desatada de in-
 « conexiones; fué una tortilla suelta de impertinen-
 « cias y de extravagancias; fué un confuso hacina-
 « miento de textos y lugares de la Sagrada Escritura,
 « ridiculamente entendidos, y osadamente aplicados;
 « fué un turbion de conceptillos pueriles, falsos y su-
 « perficiales, no solo ajenos de un orador, que en
 « todo debe buscar la verdad y la solidez, sino aún
 « insufribles en un mediano poeta.

« Dejo á un lado el intolerable abuso, la nécia cos-

« tumbre y el ignorantísimo empeño de tocar en la
 « salutacion aquellas que se llaman *circunstancias*. Sé
 « que contra esta impertinentísima y tontísima cos-
 « tumbre te han dicho ya más de lo que yo te puedo
 « decir. Solo añadiré (por si acaso no te lo han di-
 « cho), que ya está únicamente reducida al ínfimo
 « vulgo de los predicadores, y que solo se oye cele-
 « brarla por las lenguas de los más despreciables de
 « los auditorios. Tú no te contentaste con tocar las
 « más comunes que suelen de repiquetear otros ora-
 « dores de tu estofa; descendiste hasta las más me-
 « nudas y ridículas, para que llegase hasta donde
 « podia llegar tu extravagancia: te hiciste cargo de
 « tu padre y de tu madre, de tu padrino, de los co-
 « hetes, de las hogueras, del auto sacramental, de
 « los novillos, de los danzantes, de sus melenas; y
 « en fin, por no dejar ninguna impertinencia en el
 « tintero, metiste de circunstancia hasta la gaita-galle-
 « ga. No es menester más que referirlo sencillamente
 « para conocer la suma ridiculez: tus mismos colores
 « están ahora acreditando la vergüenza que te causa
 « solo el oirlo; ¿pues cómo tuviste valor para ejecu-
 « tarlo?

« ¿Pero cómo? Como lo han hecho hasta aquí to-
 « dos cuantos te precedieron, y como no puede dejar
 « de suceder, pues no hay otro arbitrio, violentando
 « textos, desbautizando lugares, arrastrando y tal
 « vez fingiendo exóticas exposiciones, ó construyendo
 « las palabras de la Sagrada Escritura, con tanta ma-
 « terialidad como pudiera el más zafio sayagués, ó el
 « más rústico batueca. Porque fué este el primer ser-
 « mon que has predicado, trajiste aquellas palabras

«de San Lucas, con que dá principio á los hechos de
 «los apóstoles: *Primum quidem sermonem feci, ó*
 «*Theophile*: sin hacerte cargo, lo primero de que el
 «Evangelista no trata allí de sermones, sino del Evan-
 «gelio que habia escrito, como el mismo lo dice ex-
 «presamente: *Primum quidem sermonem feci, ó Theo-*
 «*phile, de iis omnibus, quæ Jesus cepit facere et*
 «*docere, usque in diem, etc.*, lo segundo, que aun-
 «que hablara de sermones, diria todo lo contrario
 «de lo que tú pretendias; porque no afirma que era
 «aquel el primer sermon que predicaba, ántes supo-
 «nia que habia predicado otro y otros; pues decia:
 «*El primer sermon que predique, Primum quidem*
 «*sermonem feci*. Pero no, señor, tú leíste que el
 «Evangelista hablaba del primer sermon, y sin más
 «ni ménos, entendiendo materialmente sus palabras,
 «te pareció que venian muy al intento del primer
 «sermon que predicabas, sin reflexionar que una
 «vez tolerado ese groserísimo modo de traer las pa-
 «labras de la Escritura, no habrá absurdo que no se
 «pueda confirmar con ella.

«De la misma manera, y aún peor si es posible,
 «aplicaste los demás textos á tus extravagantisimas
 «ideas. Seria cosa interminable si quisiera detenerme
 «á recorrerlos todos en particular, y por eso bastará
 «ofrecerte á la memoria ligeramente los más estrafa-
 «larios. El cotejo que hiciste del retiro de Cristo al
 «desierto con el tuyo á la Religion, dejó de ser atre-
 «vido, por pasar á ser sacrilego, y la disyuntiva que
 «añadiste de que bautizado Jesús se retiró al desier-
 «to, ó el diablo le llevó á él, fué un arrojito que quiso
 «parecer gracia, y vino á parar en blasfemia. Alu-

«cináronte á ti, así como á ellos ó á otros muchos,
 «aquellas palabras de que *ductus est in desertum*
 «*ab spiritu, ut, etc.*, sin advertir, que no fué el es-
 «píritu maligno, sino el Espíritu Santo el que le con-
 «dujo al desierto, como lo sienten los Santos Padres,
 «y es casi evidente en el contexto de la letra. Pero
 «á tí te hacia al caso esta exposicion, porque te
 «abria camino para la otra chocarrería de que te
 «retiraste al desierto de la Religion, si ya el diablo
 «no te llevó á ella. Chufleta escandalosa, que no es
 «fácil discernir, si sobresale más la impiedad ó el
 «descontento, que muestras en tu religioso estado.

«No ignoro lo que enseña Santo Tomás, hablando
 «de la docilidad con que debemos abrazar los con-
 «sejos que son buenos, aunque las costumbres é in-
 «tencion de quien los dá, sean perversas. Bien sé
 «que dice el Santo, que aunque constara que era el
 «diablo el que aconsejaba que entrases en la Reli-
 «gion, debieras seguir su consejo, porque suponien-
 «do que su intencion siempre seria torcida, podias
 «enderezarla hácia tu mayor provecho, segun aque-
 «llo, *salutem ex inimicis nostris*: pero el Angélico
 «Doctor habla en hipótesis, y no categóricamente.
 «Discurrir en la suposicion de que está sea posible,
 «no supone que lo sea, ni mucho ménos lo dá por
 «hecho.

«Las locuras que ensartaste para hacer lugar en
 «la salutacion á tu padrino el licenciado Quijano, de-
 «bian conducirte á la Inquisicion, si ellas mismas no
 «acreditaran que competia su juicio á la casa de los
 «orates. Cuando dijiste de la quijada del asno, con
 «que Cain quitó la vida á su hermano Abel (si es

«cierto que fué ejecutado el fraticidio con este instrumento); cuanto disparataste sobre la famosa quijada de Sanson; y cuantas boberías historiales ensartaste sobre los quijanos y las quijadas y las familias, aquellas tan ilustres en el reino de Leon, te harían reo de dos gravísimos delitos, si no les disculpara tu sandez, ignorancia y bobería. Los esclarecidos individuos de una y otra familia se reirán de tu necesidad, ó se compadecerán de tus disparates, y nunca tendrán por asunto digno de su queja, que un simple como tú forme despropósitos, que no son capaces de oscurecer su esplendor.

«Si vuelvo los ojos á tu estrafalario asunto que tomaste, apénas hallo términos para explicar lo que concibo: *Campazas es el solar de la Eucaristia, y así, ó hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fé.* ¿A quién, sino á tí, pudo venir al pensamiento semejante desatino? Puedo preguntarte lo que un duque de Toscana preguntó á cierto poeta, que le presentó un poema, con grande satisfacción de que le habia de asombrar, y con no ménos confianza de que se lo habia de pagar bien: *Dicami, per Dio; ¿d'ove piglió questo acervo di fece, é questa farragine di minchionerie?* Dígame por Dios, ¿á dónde encontró este monton de necedades, y este farrago de despropósitos y boberías? A un asunto tan exótico precisamente habian de corresponder unas pruebas tan exóticas como él; porque una proposición tan extravagante no se puede confirmar con razones que no lo sean. Es *Campazas el solar de la Eucaristia*, porque la materia remota de este Sacramento es el pan y el vino, que nacen

«en los campos, de donde se deriva el nombre de Campazas. Por esa regla el Sacramento de la Eucaristia sería de toda tierra de pan y vino originario; y no tendria más derecho Campazas á ser la alcuña de este augusto Sacramento, que *Camponmayor, Campoverde, Camposanto, Campovillar*, y en fin toda tierra y lugar de *Campos* que tenga este nombre por delante ó por detrás; como *Medina-del-Campo, Villa-nueva-de-Campos, etc.* Por el mismo principio, el solar de la Extrema-Uncion será todo país donde haya aceite, el del Bautismo donde haya agua, y el de la Penitencia todo el mundo; porque en todo el mundo se usan pecados, que son la materia remota.

«Del mismo peso y calibre es el otro despropósito, conviene á saber, que *ó hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fé.* ¿Qué quisiste decir con esto? ¿Que la fé de la Iglesia Católica depende de que haya Sacramento en Campazas? ¡Terrible locura! Tanto depende la fé de la Iglesia de que haya Sacramento en Campazas, como de que le haya ó deje de haber en Lóndres. No te tengo por tan mentecato como eso; quisiste sin duda significar (pareciéndote que decias una gran cosa), que si no era verdad que habia Sacramento en Campazas, tampoco lo era que lo habia en Roma ni en parte alguna de la Iglesia de Dios. Pero vén acá, simple; ¿no conoces que eso es una insulsísima pedregullada, y que lo mismo se puede decir de la más infeliz alquería donde esté el Santísimo Sacramento? salvo que seas como aquel, que habiendo visto los magníficos templos de Sevilla, dijo: *Los*

« monumentos buenos son; pero Sacramento como el
« de mi lugar no le hay en el mundo.

« ¿Sabes de dónde nace este disparatado modo de
« discurrir, y estas proposiciones, parte absurdas,
« parte heréticas y parte mal sonantes que echas á
« borbotones? pues no es otro el principio, que el
« desprecio que hiciste de la dialéctica, de la filoso-
« fia y de la teología, persuadido néciamente á que
« no eran necesarias para ser buen predicador. Ya
« estoy informado de lo que trabajaron tus prelados
« y otros hombres sabios y celosos, para desvane-
« certe ese grosero error de la cabeza; y tambien lo
« estoy de que todo fué inútilmente. No presumo tanto
« de mis fuerzas, que me lisonjee de poder conseguir
« lo que ellos no lograron, y más cuando separado de
« los estudios, parece ya fuera de sazón la doctrina
« que voy á darte. No obstante, por no quedar con
« este remordimiento, y porque puede ser que te ha-
« ga más fuerza lo que te dice un tio tuyo que te ama
« de corazón, y que está ó debe estar más práctico
« en la materia (porque al fin no tengo otro oficio en
« mi Santa Iglesia), te expondré con toda brevedad y
« con la claridad que me sea posible, no ya mi dictá-
« men particular, sino el universal de todos cuantos
« enseñan á formar un perfecto orador: pues si fuese
« tan feliz que te hagan fuerza mis razones, aunque
« hayas dejado de ser discípulo de los lectores en la
« aula, lo podrás ser de los libros en la celda.

« Ciceron dice, que es imposible ser perfecto ora-
« dor, sin ser perfecto dialéctico, y añade que sin
« dialéctica conoció muchos locuaces, muchos habla-
« dores, pero elocuente ninguno: *Disertos se vidise*

« multos malos, *elocuentem omnino nullum*; y el mis-
« mo afirma de sí, que si es que llegó á ser orador,
« no aprendió este oficio en las escuelas de los retó-
« ricos, sino en las academias de los filósofos: *Fateor*
« *me oratorem, si modo sim, quicumque sim, non in*
« *rhetoricum officinis, sed ex academiæ spatiis exis-*
« *tisse*. Demóstenes, Quintiliano, Longino y todos los
« demás maestros de la oratoria, convienen en el mis-
« mo principio: la razon de él salta á los ojos; por-
« que siendo todo el fin del orador, convencer, per-
« suadir y mover, no puede convencer sin discurrir,
« ni puede discurrir bien si ignora el arte de hacerlo
« con acierto; aquel que enseña á discernir lo bri-
« llante de lo sólido, lo real de lo aparente, lo super-
« ficial de lo profundo, lo probable de lo cierto, y el
« sofisma de la demostracion, tal es la verdadera dia-
« léctica.

« Otra hay no solo inútil, sino perniciosa á todo
« buen orador; pero mucho más á todo orador cris-
« tiano y evangélico, esta es aquella dialéctica dispu-
« tadora de todo, chisquillosa, bachillera, sofistica y
« cabilosa, como la llama Quintiliano, *Dialectica ca-*
« *villatoria*; aquella que hace gala de sutilizar, refi-
« nar, metafisiquear sobre todos los asuntos; aquella
« que se evapora en sutilezas, se exhala en pensa-
« mientos volátiles, y se quiebra ó se confunde en su
« misma delicadeza; aquella que se complace en re-
« presentar lo falso como verdadero, en dar cuerpo á
« la sombra y realidad á la apariencia; aquella que
« hace profesion de vender oropel por oro, sofismas
« por evidencias, y trampantojos por demostraciones;
« aquella en fin que descuartiza, que hace gigote el

«objeto que toma entre manos, en lugar de dividirlo
 «para aclararle ó para comprenderle. Esta dialéctica
 «no solo es indigna de un orador, sino de hombre de
 «bien; porque solo puede servir para alucinar, mas
 «no para encontrar la verdad y mucho ménos para
 «persuadirla.

«La dialéctica no solo conviene, sino que es ne-
 «cesaria á todo buen orador; es aquella sùtil á la
 «verdad, pero viva y penetrante, que discerne lo
 «verdadero de lo falso, y distinguiendo con precision
 «y exactitud lo que es propio del asunto, y lo que es
 «forastero de él; aquella que reconoce con claridad
 «las partes que constituyen al todo, y sabe distribuir-
 «las, ordenarlas y disponerlas con la union, órden y
 «método, que deben observar entre sí; aquella que
 «divide con destreza la materia, pero sin hacerla
 «cañicos ni desmembrarla en partes tan delicadas, que
 «apenas las perciba la vista más perspicaz; aquella
 «que vá siempre á su objeto y á su fin, sin perderle
 «jamás de vista, sin divertirse en episodios ó disgre-
 «siones extrañas, que hacen olvidar el objeto princi-
 «pal propuesto; aquella que dá al discurso una justa
 «libertad, sin violentarle ni oprimirle, y desviando de
 «las proposiciones todo sentido equivoco y oscuro las
 «deja imprimir en el entendimiento una idea clara,
 «limpia y precisa de lo que quieren decir; aquella que
 «dispone con tan bello órden, y con tanta claridad to-
 «das las proposiciones del discurso, que parecen como
 «nacidas unas de otras, y subiendo insensiblemente
 «á los primeros principios, deduce de ellos unas
 «consecuencias necesarias, naturales y evidentes;
 «aquella que descarta siempre toda prueba que no

«sea conducente é invencible, aquella en fin que sabe
 «unir todo el discurso como en un solo punto, para
 «que se haga más viva y más pronta impresion en el
 «ánimo del que oye, porque de una ojeada la entien-
 «de y le penetra y le comprende.

«Esta es la dialéctica necesaria á todo buen orador;
 «esta es aquella ciencia de los filósofos, sin la cual,
 «dice Ciceron, es imposible que un hombre sea ver-
 «daderamente elocuente; porque sin ella, ¿cómo ha
 «de discernir el género de las especies? ¿Cómo ha
 «de acertar á explicarlas y definir las? ¿Cómo ha de
 «distinguir lo falso de lo verdadero? ¿Cómo ha de co-
 «nocer las consecuencias legítimas, evitar las con-
 «tradicciones, cautelarse contra los equívocos, y
 «desembarazarse de las ambigüedades? ¿Cómo es
 «posible que sin ella sepa hablar con peso y con pe-
 «netracion de las obligaciones de la vida civil, de la
 «virtud, de las costumbres, etc.?

«A vista de esto, ¿qué quieres que diga de tí y de
 «otros predicadores, ó por mejor decir, cómicos,
 «representantes, charlatanes y habladores tan igno-
 «rantes como tú, que hacen un sumo desprecio de
 «la filosofía (comprendida con el nombre de dialéc-
 «tica,) teniendo por tiempo perdido el que se em-
 «plea en aprenderla, por juzgarla absolutamente
 «inútil para la oratoria, y que como tal debe abando-
 «narse á las cavilaciones y disputas de las escuelas?
 «Cabezas desauciadas, entendimientos infelices, in-
 «genios atolondrados, que presumen caminar segu-
 «ros sin luz en medio de las tinieblas, no advirtiendo
 «que con precision han de dar tantos tropiezos co-
 «mo pasos, faltándoles aquel arte á quién el ma-

«yor orador del mundo llamó *la máxima entre todas*
 «*las artes*; porque ella es la luz que disipa la confu-
 «sion y oscuridad de todas las demás: *Hic (Servius)*
 «*attulit hanc artem omnium artium maximam, quasi*
 «*lucem, ad ea, quæ confuse ab illis, aut respondeban-*
 «*tur, aut agebantur. Dialecticam mihi videris dicere.*
 «*Recte, inquam, intelligis.*

«Pero si la dialéctica es de una indispensable ne-
 «cesidad para la oratoria cristiana, no lo es ménos
 «la sagrada teología. Y sino dime, ¿qué es ser
 «teólogo? Es ser un hombre, cuya propiedad, le
 «enseña á hablar bien y con propiedad, de Dios y
 «de sus atributos, exponiendo sus misterios para
 «combatir los errores, discernir la naturaleza de las
 «virtudes, y penetrar la naturaleza de los vicios; es
 «ser un hombre muy versado en la Sagrada Escritura
 «y en la inteligencia de su verdadero sentido, para
 «sacar de aquel fondo inagotable pruebas eficaces y
 «vigorosas, que confirmen lo que dice: un hombre
 «noticioso de la antigüedad, informado de la historia
 «eclesiástica, bien instruido en Santos Padres y con-
 «cilios. Esto es ser teólogo. Y ser predicador ¿qué
 «será? Es ser todo esto y algo más; porque es po-
 «seer todas estas noticias, y sobre ellas destreza para
 «usarlas. De donde se infiere concluyentemente, que
 «puede uno ser gran teólogo sin ser buen predica-
 «dor; ¿pero es imposible que sea buen predicador sin
 «ser gran teólogo?

«Y si á esto se llega la gran diferencia de teatros,
 «en que uno y otro ha de ejercer su profesion, es
 «preciso quedes convencido de que el predicador ha
 «de ser más teólogo que el teólogo mismo. Y sino dí-

«me; ¿en qué teatro y á qué auditorio tiene que en-
 «señar el teólogo las verdades de la religion? En una
 «aula reducida, y á un puñado de discípulos, por lo
 «regular despejados, jóvenes, instruidos ya en otras
 «facultades, libres de toda preocupacion, no solo sin
 «embarazo, pero con positivas disposiciones para
 «abrazar las verdades en que se les quiere imbuir,
 «oyendo á sus maestros como oráculos. ¿Y cuál es el
 «teatro y auditorio de un predicador? O un templo
 «muy capaz, ó tal vez las plazas ó los campos cu-
 «biertos de una inmensa multitud, que se compone
 «de todo género de gentes, de niños, de viejos, de
 «hombres, de mujeres, de sabios, de ignorantes, de
 «rudos, de ingeniosos, de dóciles, de duros, y en fin
 «por lo general preocupados contra lo que el predi-
 «cador les intenta persuadir. ¿Para cuál de los dos
 «auditorios se necesita más sabiduría y más abun-
 «dancia de doctrina?

«Junta á esto el diversísimo modo con que deben
 «enseñar el predicador y el teólogo: á éste le basta
 «hacerlo de una manera abstraída, seca, inteligible,
 «solo á unos entendimientos cultivados, y hechos á
 «comprender otras verdades delicadas, sutiles y me-
 «táfsicas. Usar de la elocuencia para persuadir las y
 «del talento para representarlas, es oficio del predi-
 «cador, quién debe enseñar de un modo claro, pers-
 «picaz, inteligible á todo el mundo, proporcionándose
 «á las ideas comunes, de manera que igualmente le
 «comprenda el plebeyo que el noble, el rústico que
 «el cultivado, el rudo que el capaz, el ignorante que
 «el sabio; proponiendo de suerte, que al incrédulo
 «le convenza, al disoluto le aterre, al obstinado le

«ablande, y en fin á todos persuada y mueva. Para
«esto, claro está que es indispensablemente neces-
«ario que el predicador tenga en cierto modo un co-
«nocimiento intuitivo de las verdades y misterios de la
«religion; esto es, que los comprenda todo cuanto sea
«posible comprenderlos en esta vida; que en fuerza
«de su profunda meditacion los domine, y sea dueño
«absoluto de manejarlos á su voluntad, para propo-
«nerlos de mil formas, figuras y maneras.

«¿Y qué predicador sabrá hacer esto, si no es más
«teólogo que el teólogo mismo? ¿Y quién merecerá
«el nombre de predicador, si no sabe hacer esto?
«¿Y quién se le podrá dar sin deshonor de tanto em-
«pleo? ¿Mereceránle aquellos predicadores, que
«cuando tienen que predicar de algun misterio, co-
«mo el Sacramento de la venida del Espíritu Santo,
«su mayor cuidado es huir de él, y por no engolfar-
«se en aquel abismo, dejan el misterio á un lado, y
«conténtanse con proponer algun punto moral, unas
«veces deducido de la meditacion del mismo miste-
«rio, pero las más arrastrado y traído como por fuer-
«za? Bueno es lo primero, pero no basta ni cumple
«con su obligacion el predicador, el cual debe al au-
«ditorio la explicacion de nuestros misterios, no ata-
«da ni seca, mucho ménos que huera á escuela ni
«cartapacio, sino libre, fogosa, llena de fuego; con
«aquella buena disposicion que pide el púlpito y la
«oratoria.

«¿Mereceránle los otros, que por el lado contrario
«reventando de teólogos escolásticos, suben al púl-
«pito como pudieran á la cátedra, y hacen una lee-
«cion de oposicion en lugar de sermon, con sus

«sentencias, con sus pruebas, con sus argumentos,
«confundiendo en los misterios lo que es de fé con
«lo que no lo es, lo cierto con lo dudoso, lo infalible
«con lo opinable, sin advertir que al pueblo no se le
«debe proponer el cómo, sino el qué; ni en los ser-
«mones se debe dar lugar á puntos contenciosos,
«sino indubitables, segun aquella gran máxima del
«Apóstol: *Mis sermones son fieles y verdaderos; por-
«que en ellos no se tratan materias que estén sujetas
«á opiniones de sí y de no? Fidelis autem Deus, quia
«sermo noster qui fuit apud vos, non est et non.*

«¿Mereceránle aquellos predicadores inconsidera-
«dos, indignos de que se les deje ejercer el ministe-
«rio, que para explicar los misterios más venera-
«bles; se valen de las ideas más ridículas, como
«aquel que predicando al Sacramento en la dominica
«infra octava del Corpus, con el Evangelio de la Cena
«magna, tuvo osadía para tomar por asunto, que el
«Sacramento era la cena sin sol, sin luz y sin mos-
«cas, que no sé como no le llevaron á la casa de la
«misericordia, ya que por insensato le perdonase
«el santo tribunal de la Inquisicion; y el otro que
«predicando el mismo misterio, porque el mayordo-
«mo se llamaba *Fulano Maestro*, y la mayordoma
«*Zutana-larga*, escogió por idea de su sermon, que
«Cristo en el Sacramento era Maestro largo; pueri-
«lidad (por no decir otra cosa) que debiera ser cas-
«tigada con quitarle la licencia de predicar, *in per-
«petuum?*

«Estos no son teólogos ni predicadores, sino lo-
«cos bien disimulados y peor consentidos. Sin ser
«teólogo, no es posible pintar el vicio con aquellos

« colores vivos y propios que le hagan aborrecible;
 « porque no se puede conocer su naturaleza, su esen-
 « cia, sus propiedades, sus diferencias, su deforma-
 « dad, sus resultas, sus efectos y sus consecuencias.
 « Sin ser teólogo es imposible describir la virtud de
 « modo que enamore, que hechice, que mueva á
 « abrazarse y practicarse; y me atrevo á decir que
 « quien no se hubiere hecho dueño del excelente
 « *Tratado de Santo Tomás sobre las virtudes y sobre los*
 « *vicios*, apenas sabrá pintar la hermosura de aque-
 « llas, ni la fealdad de éstos con los colores vivos y
 « naturales que les corresponden.

« Sin ser teólogo ninguno podrá explicar acertada-
 « mente un solo precepto del Decálogo; porque no
 « sabrá determinar su extension, y confundirá lo que
 « es perfeccion de puro consejo, con lo que es de
 « necesidad y de precepto; exponiéndose á dar tan-
 « tos tropiezos como pasos, extendiendo sus límites
 « más de lo justo, ó estrechándolos más de lo conve-
 « niente; unas veces imponiendo á las almas cargas
 « que no pueden llevar, otras exonerándolas de lo
 « que tienen obligacion de sufrir, y siempre incur-
 « riendo en la terrible amenaza que fulmina Dios con-
 « tra aquellos que por su antojo ó por su ignorancia
 « aumentan ó disminuyen lo que está escrito en el Li-
 « bro de la ley: *Quisquis opposuerit ad hæc, et si*
 « *quis diminuerit de verbis libri, auferet Deus partem*
 « *ejus de libro vite.*

« De aquí podrás inferir cuanto desbarran en el
 « verdadero concepto que debieran formar de la ora-
 « toria cristiana los predicadores inconsiderados y
 « atrevidos, que para excusar ciertas proposiciones

« arrojadas, temerarias, hiperbólicas, ó ciertos con-
 « ceptillos que llaman predicables, sùtiles y delicados
 « en la apariencia, pero falsos y sin substancia en la
 « realidad, responden con grande satisfaccion, que
 « hablaron *more concionatorio, et non scholastico*,
 « como predicadores, no como teólogos; añadiendo
 « como por chiste y por gracejo, que el pùlpito no
 « tiene poste, esto es, que ni se arguye ni se replica
 « contra lo que se dice en el pùlpito.

« Si le parece que con esto responden algo, ten-
 « gan entendido, que no pudieron echar de mano
 « despropósito mayor. ¿Quién les ha dicho que la cá-
 « tedra del Espíritu Santo pide ménos peso, ménos
 « solidez, ménos miramiento, que la de la universi-
 « dad? ¿Quién les ha dicho que las proposiciones que
 « se harian risibles en la aula, puedan ser jamás tole-
 « rables en el pùlpito? En aquella se examina su ver-
 « dad con el mayor rigor, para que pueda después
 « exponerse en este con la más segura certidumbre.
 « Es cierto que el pùlpito no tiene poste, que no se
 « arguye, no se replica contra lo que se dice en él;
 « pero ¿por qué? nada se debe decir en el pùlpito,
 « que admita réplica, disputa ni argumento.

« Pero cuando insisto tanto, en que no es posible
 « que sea buen predicador el que no sea buen teólo-
 « go, no pretendo que suba el predicador al pùlpito
 « á hacer ostentacion de que lo es: *Dicen los teólogos,*
 « *saben los teólogos, ya me entienden los teólogos, etc.,*
 « cosa ridicula, vanidad pueril, que hace despre-
 « ciable á quien la usa, para con todo hombre de
 « juicio que le oye: si no se conoce que eres teólogo,
 « sin que tú lo digas, solo un pobre mentecato cree-

«rá que lo eres sobre tu palabra. Esos regüeldos podrán alucinar á los páparos, pero causan bascas á todo hombre advertido y de razon. En el púlpito no se trata de lo que sabe el teólogo, sino de lo que deben todos saber, y siempre que dices algo que no vaya igualmente para la vejezuela más simple que para el teólogo más perspicaz, por reventar de teólogo, dejaste de ser predicador.

«Supuesto que es tan necesaria la teología y filosofía ó dialéctica para la oratoria, tú que no eres filósofo, dialéctico ni teólogo; ¿cómo has de predicar? Tú que no has visto los Concilios, los Santos Padres, los Expositores, sino que sea por el forro, (y aunque fuera por dentro, seguramente no los entenderas); ¿cómo has de predicar? Tú que ni de los misterios ni de los preceptos del Decálogo ni de los de la santa Madre Iglesia, ni de los vicios ni de las virtudes no sabes más que lo que enseña el Catecismo; ¿cómo has de predicar? Dirás que leyendo buenos sermonarios; ¿y cómo has de saber cuáles son buenos y cuáles son pésimos? ¿Cuáles se deben imitar y cuáles abominar de ellos, especialmente cuando entre tanta peste de estos escritos como tenemos en España, apenas hay dos ó tres autores que puedan servir de modelo? Responderás que oyendo buenos predicadores; ¿y á dónde has de ir á buscarlos? ¿Te parece que hay tanta abundancia de ellos en este siglo? No obstante ya algunos van abriendo los ojos, y procuran abrirseles á otros, y van entrando por el camino derecho, y solicitan con glorioso empeño, que otros entren igualmente por él; ya se oyen en España algunos pre-

«dicadores (no son muchos por nuestros pecados), que se oirian sin vergüenza, y acaso con envidia en Versalles y Paris; ¿pero por dónde has de saber discernirlos tú, y mucho ménos tomarles el gusto? tú que en todo le tienes tan perverso, que á guisa de escarabajo te tiras siempre á lo peor; tú que á lo que infiero del disparatado sermón que acabo de oírte, tanto te has pagado de un maldito *Florilógio* que anda por ahí, para vergüenza inmortal de nuestra nacion, y para que se rian de ella todos los que nos quiere mal: tú....»

CAPÍTULO VIII.

CORTA LA COLERA DEL MAGISTRAL UN HUÉSPED NO ESPERADO,
PIEZA MUY DIVERTIDA QUE A TAL TIEMPO LLEGÓ
CASA DE ANTON ZOTES.

AL tercer *tu* del coloso y entendido magistral, quiso Dios ó la buena fortuna del bendito Fray Gerundio (el cual estaba ya tamañito, viendo al tío que lo tomaba en tono tau alto, y desengañado), que entró por la puerta del corral, y se apeó en el zaguan de la casa con mucho estrépito de caballos, relinchos, lacayo, ayuda de cámara y acompañamiento, un huésped repentino, que ni se esperaba ni se podía pensar en él. Era cierto caballero jóven, bien puesto, de bastante desembarazo, vecino de una ciudad no distante de Campazas, que habia estado en la Côte largo tiempo en seguimiento de un pleito de entidad, para el cual le habia servido el magistral (aunque no le conocia) con varias cartas de recomendacion que le habian valido mucho: y noticioso por una casualidad de que su protector se hallaba en aquel lugar, torció el camino, y á costa de un corto rodeo, le pareció razon y aún obligacion precisa ir á dar gracias á quien tanto le habia favorecido.

Llamábase *Don Carlos* el sugeto de esta historia, y como por una parte no era del todo lerdo, y por

otra habia estado tan despacio en Madrid, frecuentando tocadores, calentando sitaliaes, asistiendo al patio de los consejos, dejándose ver en los corrales del palacio, y no dejando de tener alguna introduccion en las Covachuelas, se le habia pegado fuertemente el aire en la gran moda: hacia cortesias á la francesa, hablaba en español del mismo modo, afectando los rodeos del francesismo, y hasta el mismo modo dialéctico y retintin, con que lo hablan los de aquella nacion. Se le habian hecho familiares sus frases, sus expresiones, sus locuciones y sus modos de explicarse, ya por haberlas oido frecuentemente en las conversaciones de la corte, ya por haberlas observado en los sermones de aquellos famosos predicadores, que á la sazón daban la ley y eran celebrados en ella, ya por haberlas leído en los mismos libros franceses, que construía ó entendía medianamente; ya tambien por haberlas aprendido en las obras de los malos traductores, de que por nuestros pecados hay tanta epidemia en estos desgraciados tiempos; en fin, nuestro D. Carlos parecia un *Monsieur* hecho y derecho; y por lo que tocaba á él, de buena gana trocaria por un *Monsieur* todos los dones y tutujuleques del mundo; tanto que hasta los dones del Espíritu Santo le sonarian mejor, y acaso les solicitaria con mayor empeño, si se llamasen *Monsieures*.

Luego que se apeó y fué recibido de Anton Zotes, con aquel agasajo y cariño que llevaba de suyo su natural bondad, le preguntó D. Carlos, si estaba en aquel villaje ó en aquella casa Monsieur el teologal de Leon. Sí, Señoría, respondió el tío Anton Zotes,

dándole desde luego el tratamiento que le pareció correspondía á un hombre que traía lacayo y repostero; y porque no entendía lo que significaba *Monsieur el teologal*, pero conoció que sin duda, aquel extranjero preguntaba por su primo *Monsieur el teologal*; añadió D. Carlos. *Es uno de mis mayores amigos, y aunque no he tenido el honor de conocerlo, estoy reconocido á su bondad hasta el exceso. Suplico á V., que se tome la pena de conducirme ante todas cosas á su cámara, retrete ó apartamento.*

El bonazo del tío Anton Zotes, que jamás había oído hablar aquella gerigonza, como entendió cosa de cámara y retrete; ¿qué pensó? que á aquel pobre caballero se le ofrecía alguna urgencia natural, de las que dan pocas treguas, y quería desembarazarse de ella antes de ver al magistral; y así con grandísimo candor le condujo á un cuarto estrecho y oscuro hácia la puerta falsa, que daba á la alcoba donde dormía su primo, y le dijo en voz sumisa; «Entré hái su «Usía, y á mano derecha encontrará lo que ha menester; porque ahí está la cámara de mi primo el «canónigo.» Avergonzóse un poco D. Carlos; pero como era mozo de despejo, volvió luego en sí, y dijo al tío Anton: *Bien se conoce que el huésped es un pobre burgués, y un miserable paisano; por ahora no he menester estos utensilios, lo que digo es, que me conduzga al cuarto ó sala del Sr. Magistral.* «Eso es otra cosa, respondió el bonísimo de Anton; si su «Usía se hubiera espicado ansina, ya le hubiera entrado en ella sin arrodeas.»

Metióle en la sala donde estaba el magistral, con los demás que dijimos en el capítulo antecedente, y

entró en ella, al mismo tiempo que llegaba al tercer tú de su fogosa repasata, como lo dejó notado un manuscrito muy antiguo, que se guarda en el archivo de la Zotes, y tuvimos presente para sacar estas individualidades y menudencias de todos los lances sucedidos en esta ocasión en Campazas. Luego que vió el magistral delante de sí un caballero de tanto respeto, se levantó de su silla apresuradamente, y cuando le iba á hablar con la debida urbanidad, D. Carlos le atajó diciéndole: *No se de V., Señor Magistral, la pena de incomodarse: yo me he tomado la libertad de entrar en esta casa á la francesa: esta es la gran moda; porque las maneras libres de esta nación han desterrado de la nuestra aquellos aires de servidumbre y de esclavitudinaje, que constriñendonos la libertad, nos hacían honor. Yo soy furiosamente francés, aunque nacido en el seno del reino de León. Yo tengo el honor de venir á presentar á V. mis respetos y agradecimientos. Yo soy D. Carlos de Osorio, á quien V. tuvo la bondad de favorecer tanto con sus cartas de recomendación, y sería yo el más ingrato de todos los hombres, sino publicara altamente que á ellas es á quien debo la dicha de haber tenido la felicidad de haber ganado mi proceso: yo, Monseñor.*

El magistral, hombre ramplon, castellano macizo, leonés de cuatro suelas, y que aunque estaba más que medianamente versado en la lengua francesa, haciéndola toda la justicia que se merece, era muy amante de la suya propia, bien persuadido á que para maldita la cosa no necesitaba las ajenas, teniendo dentro de sí misma, cuanto ha menester para la copia, la propiedad, la hermosura y la elegancia: el magistral,

vuelvo á decir, se empalagó mucho desde el primer período, y desde luego le hubiera atajado con desprecio, á no haberlo contenido el respeto debido al nacimiento de D. Carlos, y la urbanidad con que debía tratar á un hombre que venia á buscarle por puro reconocimiento. No obstante se resolvió á divertirse un rato á su costa, con el mayor disimulo que pudiese, procurando templar la burla, sin descomponer la atención; y así le dijo: «Yo, Sr. D. Carlos, no soy «Monseñor, ni nunca lo he sido, venerando de tal ma-
«nera á los que lo son, que sin envidiarles ese tra-
«tamiento por desconocido en España, me contento
«con el que tuvieron mis padres y mis abuelos, y más
«cuando no es menester ser Monseñor para ser ser-
«vidor de V. de todas veras.» *Esos, Sr. Magistral, son perjuicios de la educación, y hace lástima que un hombre de las luces de V. se acomode á los sentimientos del bajo pueblo. Hoy los entendimientos del primer orden se han desnudado dichosamente de esas preocupaciones, y hallan más gracia en un Monsieur, que en un Don ó Señor, que en las naciones más cultivadas se aplica á un marchante, ó á cualquiera burgés: y no me negará V., que un Monsieur le Maner, un Monsieur Noboa, suena mejor que D. Fulano Maner, D. Zutano Noboa.*

«Como esto de sonar mejor es cosa respectiva á
«los oídos, replicó el magistral, y ha habido hom-
«bre á quien sonaba mejor el relincho del caballo,
«que la citara de Orfeo, no me empeñaré en negar-
«lo ni concederlo; solo aseguro á V. que á mí, co-
«mo buen español, nada me suena tan bien como
«lo que está recibido en nuestra lengua, y esto es

«con ser así que no soy del todo peregrino en las
«extranjeras.»

«*Oh, señor magistral, y qué domaje es que un hombre de las luces de V. se halle tan prevenido de los perjuicios nacionales!*» Mi capacidad, ó mis al-
«cances, respondió el magistral (pues supongo que
«eso quiere decir V. cuando habla de mis luces),
«no obstante de ser bien limitadas, me obligan á
«decir, que es lijereza agena de nuestra gravedad
«española, y desestimacion injuriosa á nuestra len-
«gua, introducir en ella voces que no necesita, y
«modos de hablar que no la hacen falta. Pero en fin,
«dejando á cada uno que hable como mejor le pare-
«ciere, V. no habrá comido, y ante todas cosas es
«menester.» *Perdone V. señor magistral, interrumpió Don Carlos, ya hice esta diligencia en un pequeño villaje, que dista dos leguas de aquí, y así no es menester que nadie tome la pena de incomodarse.*

«Y no sé, dijo el familiar, que en estas cercanías
«ni aún en todo el Páramo, haya ningun lugar que
«se llame *villaje*.» Rióse Don Carlos de lo que le pa-
«reció simplicidad de aquel buen labrador, á quien
no conocia, y dijole en tono algo desdeñoso: *Paísano, llámase villaje pequeño toda aldea ó lugar corto.* «Pero, señor Don Carlos, le replicó el magis-
«tral, si aldea ó lugar corto es lo mismo que *villaje*
«¿qué gracia particular tiene *villaje*, para que le de-
«mos naturaleza en nuestra lengua?» *Oh, señor ma-
«gistral, respondió Don Carlos, V. es diablamente castellano, y del aire que le veo, tampoco dará cuartel al libertinaje por disolucion, al libertino por disoluto; al pavis por pavimento; á satisfacciones por gustos;*

á sentimientos *por dictámenes, máximas ó principios*; á moral evangélico, *por doctrina del Evangelio*; á no merece la pena, *por es digno de desprecio*; á acusar el recibo de una carta, *por avisar que se recibió*; á cantar, tocar, bailar á la perfeccion, *por cantar, tocar, bailar con primor*; á excitar el ministerio de la palabra de Dios, *por predicar*; á darse la pena, *por tomarse el trabajo*; á bellas letras, *por letras humanas*; á nada de nuevo ocurre en el dia, *en lugar de ahora no ocurre novedad*; á....

«Tenga V. señor Don Carlos, le interrumpió el magistral, no se canse V. más, que seria interminable la enumeracion, si se empeñara V. en reconvenirme con todas las frases, voces y modos de hablar afrancesados, que se han introducido de poco tiempo acá en nuestra lengua, y cada dia se van introduciendo con mucha vanidad de los extranjeros, y no poco dolor de los españoles de juicio y de meollo. Dígole á V. que ni á esos ni á otros innumerables francesismos, que sin qué ni para qué se han metido de contrabando á desfigurar nuestra lengua, no daré jamás cuartel ni en mi conversacion ni en mis escritos.»

Pues poca fortuna hará V. en la Corte, respondió Don Carlos, y presto seria V. el juguete de las oficinas y de los tocadores, si se fuera allá con esos sentimientos. «Por lo que mira á los tocadores, dijo el magistral, pase, y convengo en que seria de los más mal recibidos: donde se halla tanto de *petibonets, surtus, ropas de chambre*, no puede esperar buena acogida el que llama cofias, sobretodos, y batas á todos esos muebles; pero en las oficinas no

«seria tan mal recibido, como á V. le parece; porque en ellas hay de todo. Es cierto que se encuentra tal cual de aquellos iniciados en la política, quiero decir de aquellos plumistas, aprendices de primera tonsura, que *anno non omplius uno, et minimo sudore, et amico ab homine salvo*, solo porque leyeron las obras de Feijoo, los libros de *Ciencia de Corte, el Espectáculo de la naturaleza, la Historia del pueblo de Dios*, y algunos otros pocos libros, que ahora son de moda, no solo se juzgan capaces de hablar con resolucion y con desenfado en todas las materias, sino que se imaginan con bastante autoridad para introducirnos aquellas voces extranjeras, que suenan mejor á sus mal templados oidos; y aunque las tengamos acá igualmente significativas, no hay que esperar se valgan de ellas, si ni aún se dignen de mirarlas á la cara. Estos si escriben una carta gratulatoria, no dirán: *Doy á V. mil enhorabuena, por el nuevo empleo, que ha merecido á la piedad del Rey*, aunque les saquen un ojo; sino: *Felicito á V. por el justo honor con que el Rey ha premiado su distinguido mérito*. Si quieren expresar su complacencia á un amigo por algun feliz suceso, no tema V. que le digan pura y castellanamente: *Complazcómelo tanto en los gustos de V. como en los míos propios*: es menester afrancesar más la frase, y decir: *No hay en el mundo quien se interese más en las satisfacciones de V.: ellas tienen en mi estimacion el mismo lugar que las mias*. Escribir ó decir á uno: *Mande V. que le serviré en cuanto pudiese*, lo tendrán por vulgaridad y aldeanismo: *Cuente V. conmigo en todo trance*, es expresion que

«huele á Carte, y lo demás es de patanes. *Esa negociación no toca á mi departamento*, para explicar que no corresponde á su oficina, jamás se le olvidará. «*Ya está sobre el bufete*, para decir que ya está puesto al despacho, es cláusula muy corriente; y carta que he visto yo de cierto mojatinta, que decia: *Esa dependencia ya está sobre el tapiz*: cosa, que sobresaltó mucho al interesado, porque juzgó buena-mente, que por hacer burla de él, lo habia retratado de mamarracho en algun lienzo de tapicería.

«Digo pues, que con estos pocos oficiales iniciados de covachuela, no lograria buen acogimiento á mi lenguaje ramplon y ceñido escrupulosamente á las leyes de Covarrubias y á las de otros, que reconozco y venero por legitimos legisladores ó jueces de la lengua castellana. Pero esta tiene tambien otros muchos partidarios dentro de las mismas oficinas, pudiendo asegurar; que son los más y de mejor voto que hay en todas ellas. Créame V. que están llenas de hombres eruditos, cultivados y aún doctos, amantísimos de nuestra lengua, bien instruidos de las riquezas que encierra, y bien persuadidos á que dentro de sus tesoros tienen sobrados caudales para salir con lucimiento de cuantas urgencias se les pueden ofrecer, á excepcion de tales cuales voces facultativas, y de otras pocas peculiares, que es preciso se presten unas á otras, sin que se eximan aún de esa necesidad las primitivas matrices y originales. Consta-me que estos verdaderos españoles gimen ocultamente por haber hallado ya entremetidas, y como vecindadas en sus oficinas, muchas voces que pudieran; debieran

«haberse excusado, como *departamentos, inspeccion, aproches, glacis, bien entiendo que hacer el servicio, será responsable, inteligenciado el Rey, exigir del vasallo*, y otras innumerables, pues son tantas, que

Nec tot simul Apule muscas

Arva ferant; nec tot vendat mendacia falsi

Institor unguenti; nec tot deliria libris

Adfuerit Logieis, Physieis, aliisque Norisus.

«Bien quisieran ellos desterrarlas de sus mesas, de sus cartas y de sus despachos; mas, ó no se hallan con fuerzas para tanto, ó viéndolas ya como conaturalizadas en virtud de la posesion, aunque no muy larga, no se quieren meter á disputarlas la propiedad, ó en fin, las dejan correr por otros motivos políticos, que á mi no me toca examinar. Pero como quiera, esté V. persuadido, á que estos no me recibirán mal ni me oirán con desagrado siempre que les hablaré como hablaron nuestros abuelos.

«A lo ménos, replicó Don Carlos, no saldré yo por garante, de que los traductores de los libros franceses hiciesen á V. buen cuartel; y en verdad, que estos no son ranas ni son en pequeño número, y que en la Corte hacen la más bella figura.

«Déjelo V. señor Don Carlos, déjelo por Dios, replicó el magistral. Un punto ha tocado V. en que no quisiera hablar; porque si me caliento un poco, hablaré una librería entera; traductores de libros franceses; ¡traductores de libros franceses! No los llame V. así; llámelos V. traductores de su propia lengua y corruptores de la agena; pues, como dice

«el italiano con gracia, los más no son traducción,
«sino traición á uno y otro idioma, á la reserva de
«muy pocos, *quos digito monstrare omni, vel cæco*
«*facile*. Todo el resto eche V. á pares y nones, y
«tenga entendido, que es la mayor peste que ha infi-

«cionado nuestro siglo.
«No piense V. que estoy mal, ni mucho ménos
«que desprecio á los que se dedican á este utilísimo
«y gloriosísimo trabajo; disto tanto de este concepto,
«que en el mio son dignos de la mayor estimación
«los que le desempeñan bien. En todos los siglos y
«en todas las naciones han consagrado los mayores
«aplausos á los buenos traductores, y no se han des-

«deñado de aplicarse á este ejercicio los hombres de
«la mayor estatura en la república de las letras. Ci-
«ceron, Quintiliano y aún el mismo Júlio César, en-
«riquecieron la lengua latina con la traducción de
«excelentes libros griegos; y á San Gerónimo le hizo
«más excelente, y le mereció el justo nombre de
«Doctor Máximo de la Iglesia, la versión de la Bi-
«blia, que llamamos *Vulgata*, más que sus doctos
«*Comentarios* sobre la Escritura, y los excelentes
«tratados, que escribió contra los herejes de su
«tiempo. Santo Tomás tradujo en latin los libros po-
«líticos de Aristóteles, y no le granjeó ménos con-
«cepto esta bella traducción, que su *summa Theo-*
«*logia*. Y á la verdad, si son tan beneméritos de su
«nación los que traen á ella las artes, las fábricas y
«las riquezas que se descubren en las extrañas;
«¿por qué lo han de ser ménos los que comunican á
«su lengua aquellos tesoros que encuentran escondi-
«dos en las extrañas?

«Así pues soy de dictámen, que un buen traduc-
«tor es acreedor á los mayores aplausos, á los ma-
«yores premios, y á las mayores aclamaciones; Pero
«¿qué pocos hay en este siglo, que sean acreedores
«á ellas! Nada convence tanto la dificultad que hay
«en traducir bien, como la multitud de traducciones
«que nos sufocan; ¡y cuán pocas son, no digo las
«que merezcan llamarse buenas, pero ni aún tole-
«rables! En los tiempos que corren, es desdichada
«la madre que no tiene un hijo traductor. Hay peste
«de traductores; pero casi todas las traducciones son
«peste; son unas malas y aún perversas traduccio-
«nes gramaticales, en que á buen librar queda tan
«estropeada la lengua traducida, como aquella en
«que se traduce; pues se hace de las dos un pata-
«borrillo, que causa asco al estómago francés, y dá
«ganas de vomitar al castellano. Ambos desconocen
«su idioma; cada uno entiende la mitad, pero nin-
«guno todo. Yo bien sé en qué consiste esto; pero
«no lo quiero decir.

«Lo que digo es, que en efecto los malos, los
«perversos, los ridículos, los extravagantes, los
«idiotas traductores son los que nos han echado á
«perder la lengua, corrompiéndonos las voces tanto
«como el alma: ellos son los que han pegado á nues-
«tro pobre idioma el mal francés, para cuya cura-
«ción no basta todo el mercurio preparado por la
«discreta pluma del discreto Farmacopola.

Unicum illum
Ulcers qui fuisse castas tractare cæmenas.

«Ellos son los que han hecho, que ni aún en las con-

«versaciones ni en las cartas familiares ni en los es-
 «critos públicos nos veamos de polvo gálico, quiero
 «decir, que parece no gastan otros en la salvadera,
 «que arena de Loira, del Rona ó del Sena, segun
 «polvorean todo cuanto escriben de galicismo ó de
 «francesadas. Ellos son en fin los que debiendo em-
 «peñarse en hacer hablar al francés en castellano
 «(porque al fin esa es la obligacion del traductor),
 «parece que intentan todo lo contrario, es á saber,
 «hacer hablar al castellano en francés, y con efecto
 «lo consiguen.

«En esto son más felices los traductores, que en
 «realidad son más desgraciados. Si por su dicha en-
 «contraron alguna obra curiosa, digna é instructiva,
 «con ella nos echan más á perder; porque cuanto
 «más curso tiene y mayor es su despacho, cunde
 «más el contagio y el daño es más extendido. Por
 «ahí hay cierta obra, que se comprende en ciertos
 «volúmenes, la cual sin embargo de ser problema
 «entre los sabios, si es más perjudicial que prove-
 «chosa, ha logrado no obstante un séquito prodigi-
 «gioso: no hay librería pública ni particular, no
 «hay celda ni gabinete, no hay antesala ni apenas
 «hay estrado, donde no se encuentre, tanto que
 «hasta los perrillos de falda andan jugueteando con
 «ella sobre los sitios. Cayó esta obra en manos de
 «un traductor hábil y laborioso á la verdad, pero tan
 «presuroso para acabarla cuanto ántes, que la publi-
 «có á medio traducir, quiero decir, que la mitad de
 «ella la dejó en francés y la otra mitad la vertió en
 «castellano: olvidóse sin duda el presuroso traductor
 «de que siempre se da bastante prisa el que hace

«las cosas bien, y el que las hace mal haga cuenta
 «que las hizo muy de espacio. ¿Y qué sucedió? lo que
 «llevo ya insinuado; como estos libros se han hecho ya
 «de moda en toda España, como los leen los doctos,
 «los leen los semisabios, los leen los idiotas y hasta las
 «mujeres los leen; y como todos encuentran en ellos
 «tantos términos, tantas cláusulas, tantos arranques
 «y aún tantos idiotismos franceses, que jamás habian
 «hallado en las obras más cultas y más castizas de
 «nuestra lengua, que juzgan que esta sin duda es la
 «moda de la Côte, y encaprichados en seguirla,
 «como la siguen en todo lo demás, unos por no pa-
 «recer ménos instruidos, y otros por ser monos ó
 «monas, apenas aciertan en la conversacion con una
 «cláusula, que no parezca fundida en los moldes de
 «Paris.

«Pocos dias ha, que hablando con cierta dama,
 «me espetó esta gerigonza: *Un hombre de carácter*
 «*tuvo la bondad de venirme á buscar á mi casa de*
 «*campana, y por cierto, que á la hora me hallaba yo*
 «*en uno de los apartamientos que est'n á nivel con el*
 «*panderete; porque como el paris es de bello mármol,*
 «*y el depósito de la gran fuente cae debajo de él, so-*
 «*bre lograrse el más bello golpe de vista, hace una*
 «*estancia muy cómoda contra los rigores de la esta-*
 «*cion. Este hombre de calidad estaba penetrado de*
 «*dolor, por quanto habiendo arrestado á un hijo su-*
 «*yo, haciéndole criminal de no sé qué prendidos deli-*
 «*tos, que todo se reducía á unas puras bagatelas y*
 «*venia á suplicarme tuviese con él la complacencia de*
 «*interponer mi crédito con el ministro, para que se*
 «*levantase el arresto. Iba á proseguir, y no teniendo*

«paciencia para sufrir tanta algarabía, la pregunté,
«si sabía la lengua francesa. *Perdone V. señor ma-*
«*gistral, me respondió al punto, no estoy iniciada*
«*aún en los primeros elementos de este idioma todo*
«*amable.* ¿Pues cómo habla V. tan elegante francés
«en castellano? *Ah, señor magistral! estoy leyendo*
«*la historia de..... que es un encanto.*

«Ya me lo daba á mí en el corazón (repliqué yo);
«esta historia es sin duda una de las más extraordi-
«narias obras, que hasta ahora se han emprendido,
«y como no hay pueblo ni rincón en España donde
«no se lea con ansia, tampoco le hay donde no se
«haya pegado más ó ménos el contagio francés de
«que adolece. Este ha inficionado con mucha espe-
«cialidad á las mujeres inclinadas á libros. Como casi
«todas se hallan destituidas de aquellos principios
«que son necesarios para distinguir lo bueno de lo
«malo, y como casi todas son inclinadas á noveda-
«des, han encontrado mucha gracia en las voces, en
«las frases, en las transiciones, y en los modos de
«hablar afrancesados, que hierven en dicha traduc-
«ción, y no es creíble el ansia con que les han
«adoptado.

«Sucede á nuestras damas españolas con la lengua
«francesa, lo que sucedió á las latinas ó toscanas
«con la griega. Teníase por vulgar, la que no empe-
«draba de griego la conversacion, y llegó á tanto la
«extravagancia, que entre ellas no se reputaba por
«linda la que no pronunciaba aún el mismo latín con
«el acento ó dialecto ático. Todo lo habían de hacer
«á la griega, hablar, vestir, tocarse, comer, cantar,
«reír, asustarse, enojarse, en una palabra, afecta-

«ban el aire griego en todos sus gestos, acciones y
«movimientos. ¿Y esto de qué nació? no solo del
«comercio de los griegos con los latinos, sino prin-
«cipalmente del desacierto de algunos traductores
«latinos, que por ignorancia ó por capricho se empe-
«ñaron en latinizar una infinidad de nombres grie-
«gos. Cayóles esto muy en gracia á las damas, hicie-
«ron moda de la extravagancia, y dieron motivo á
«Juvenal, para que justamente se burlase de ellas,
«en la sátira sexta cuando dijo el verso 135:

Quædam parva quidem, sed non toleranda maritis.
Nam quid rancidius, quàm quod se non putat ulla
Formosam, nisi quæ de Thus à Græcûs facta est?
De Sulmonensi mera Cæropis? Omnia græce,
Cum sit turpe magis nostris nescire latine.
Hoc sermone pavent, hoc iram, gaudia, curas,
Hoc cuncta effundunt animi secreta. Quid ultra?
Concumbum græce. Dones tamen ista puellis.

«Si no temiera, que V. se había de ofender, añadí
«á dicha señora, la recitaria una glosa no del todo
«desgraciada, que cierto amigo mío hizo de este tro-
«zo de Juvenal, aplicándole á nuestras damas espa-
«ñolas ciegameñte apasionadas por cuanto ven, oyen,
«leen, con tal que venga de la otra parte de los Piri-
«neos. *No me haga V. la injusticia de tenerme por*
«*tan delicada,* respondió la dama, *y así puede V. re-*
«*ciar con toda libertad de espíritu ese pasaje.* Pues
«con licencia de V., continué yo, la glosa de mi ami-
«go sobre nuestras españolas, dice así:

Otros defectos tienen no crecidos;
Mas serán unas bestias sus maridos
Si los sufren y callan;

Pues cuando piensan se hallan
 Con mujer andaluza ó castellana;
 Sin sentir de la noche á la mañana
 Se les volvió francesa,
 Por cuanto dicen que la meda es esa.
 Amaneció contenta con su Doña,
 Y acostóse madama de Borgoña.
 Pues aunque su apellido es de *Velasco*,
 Comenzó a causarle asco.
 Cuando supo, que en Francia las casadas
 Están acostumbradas
 A dejar para siempre su apellido,
 Por casarse aun así con el marido;
 Y suelen ser más fieles con el nombre,
 Las que menos lo son con el buen hombre.
 La que nació en Castilla,
 Aunque sea la nona maravilla,
 No se tiene por bella,
 Mientras no hable, como hablan en Marsella.
 La extremeña, manchega y campesina
 Afecta ser de Orleans. La vizcaína
 Entré su *Faincoa*, y *E'checho Andrea*
 Nos encaja un *Monsieur de Goicochea*.
 Muypreciadas de hablar á lo extranjero,
 Y no saben su idioma verdadero.
 Yo conocí en Madrid una condesa,
 Que aprendió a estornudar á la francesa;
 Y porque otra la llamó a un criado *chulo*,
 Dijo, que aquel epíteto era nulo,
 Por no usarse en París aquel vocablo;
 Que otra vez le llamase *pobre diablo*:
 Y en haciendo un delito cualquier paje,
 Le reprendiese su *libertinaje*.
 Una mujer de manto,
 No ha de llamar al Papa el Padre Santo,
 Porque, cuadro ó no cuadro,
 Es más francés llamarle el *Santo Padre*.
 Para decir que un libro es muy devoto,
 Diga, que tiene *uncion*, y tendrá voto.
 De todas cuantas gastan exresiones,
 Necesitadas de tomar unciones.
 Al nuevo Testamento,
 (Este es aviso del mayor momento)

Llamarle así, es ya muy vieja usanza,
 Llámase, á la *derniere*, nueva alianza.
 Al concilio de Trento ó de Nicea,
 Désele siempre el nombre de *asamblea*;
 Y si se quejan de esto los malteses,
 Que vayan con la queja á los franceses.
 Logro la dicha, es frase ya perdida,
Tenge el honor es cosa más válida.
 Las honras que V. me hace es desscierto;
 Las honras se me harán despues de muerto.
 Llamar á un pisaverde, *pisaverde*
 Noy ha mujer que de tal nombre se acuerde,
Pellimetre es mejor y más usado,
 O por lo menos más afrancesado.
Ya hice mis devociones,
 Porque ya cumplí con ellas; ¡que expresiones
 Tan cultas y elegantes!
 Y no decir como decían antes,
Ya veid, frase baja, voz casera.
 Sufrible solo en una cocinera.
Tiene mucho de honrada; no hay dinero
 Con que pagar este lenguaje, pero,
 Decir á secas, que es mujer honrada,
 Gran frescura; ¡valiente pampinglada!
 Doña fulana es muy amiga mia,
 Esto mi cuarta abuela lo decía,
 Pero *ella es la mejor de mis amigas*.
 ¡O que expresion! parte migas
 El alma en la dulzura
 De esta almibaradísima ternura.
 Voy á jugar mañana
 Es frase ahavocada:
A una partida he de asistir de juego
 Se ha de decir, y juego
 Se ha de añadir, *Ormazá*
Tambien á otra partida vá de casa.
 ¡O Júpiter! ¿para cuando són tus rayos?
 Si esto es ser cultos, más vale ser payos.

« Todo esto recité á la tal señora mia, porque ya entonces lo sabia de memoria como ahora, y sin hablar más palabra, levanté la visita, y la dejé á mi

« parecer, sino del todo enmendada, á lo ménos un
 « poco corregida, y no tan satisfecha de sus traduc-
 « ciones esguizaras ó mestizas, que nos han afrance-
 « sado nuestro purísimo y elegantísimo idioma, tanto
 « que si ahora resucitaran nuestros abuelos, apenas
 « nos entenderían. Y por no disimular, sepa V., que
 « el autor de aquella satirilla es este señor eclesiásti-
 « co, mi compañero y amigo, canónigo de mi santa
 « iglesia. » Y al decir esto señaló con el dedo á don
 Bartolomé, que no obstante su despejo, se sonrojó
 un poco si es ó no es.

Apenas le oyó el familiar, cuando sin libertad al
 parecer para otra cosa le echó los brazos al cuello, y
 exclamó todo alborozado. « ¡O, Señor D. Bartolomé!
 « ¿con qué su merced tiene *ingenio* para componer
 « unas *copras* en verso tan aventajadas? Ya me lo daba
 « á mi el corazón, *dende* que le oí en la mesa aque-
 « lla décima de diez pies, que me quedé aturrulla-
 « do. Bien haya su merced que tan bien *emprea* la
 « *habilencia* que Dios le ha dado en *gotver* por el hon-
 « ra de nuestros traseros, y no *cagora* ha dado en
 « usarse una gerigonza, que en mi ánima jurada pa-
 « rece que todos hablan en latin. La postrera vez que
 « fui á *Vallauri*, á cosas de *Enquisicion*, ví á un *cre-*
 « *rigo* que dice que era de una cofradía, que se lla-
 « maba *Ansina*, como cosa de *Acamia*; el cual estuvo
 « *palrando* con un santo *enquisidor* más de una hora,
 « y aunque al parecer *palraba* en castellano, si le en-
 « tendía un *vocabro*, se me escapaban ciento. Bien
 « haya la madre, que le parió á su merced, y Dios le
 « dé mucha vida para *emprearse* en tan *guenas* obras. »

Como vió D. Cárlos, que no tenia de su parte al

auditorio, y que no habia que esperar se introdujese
 en Campazas el castellano á la *papillota*, temiendo
 por otra parte, que si duraba la conversacion, le ha-
 bían de hacer añicos aquellos patanes, que por tales
 reputaba él á cuantos no entraban en el lenguaje á la
 moda, levantó la visita, y con pretexto que tenia pre-
 cision de dormir aquella noche en la Bañeza, se ex-
 cusó á las muchas instancias que le hizo el magistral
 que pasase en su compañía; montó á caballo y prosi-
 guió su camino.

CAPÍTULO IX.

DONDE SE CUENTA EL MARAVILLOSO FRUTO QUE HIZO EL SERMON DEL MAGISTRAL EN EL ANIMO DE FRAY GERUNDIO.

El cual así atendió á toda la entretenida y graciosa conversacion que pasó entre el magistral y el *Monsieurismo* de D. Carlos, como ahora llueven albardas; porque enteramente preocupado de la jabonadura, que aquel le estaba dando, ni podia echar de la imaginacion las especies, pegándosele más aquellas que le herian más en lo vivo, no de otra manera que una mosca de burro se pega y clava más en la carne, que otra mosca regular, por cuanto aquella tiene el aguijon más penetrante que esta. Sobre todo, le afligia extrañamente ver desvanecidas en un instante todas aquellas alegres ideas de fortuna, que él se habia representado, dando por supuesto, que su tío quedaria encantado de sus prendas y talentos, luego que le viese predicar. Lloraba amargamente dentro de su corazon, que ya el magistral, aunque llegase á ser arzobispo de Toledo, no haria caso de él, y que ni siquiera solicitaria con la orden que le hiciesen superior de una Pinzocha, cuanto más proporcionarle un obispado de Indias, como él lo tenia consentido; y tanto que habia dado palabra á una buena viuda

del lugar, que cuando le hiciesen obispo (que á su parecer no tardaria mucho,) llevaria consigo á un hijo suyo, que á la sazón tenia doce años, y le haria su paje de cámara, cosa que consoló infinitamente á la bendita de la mujer, la cual le pidió por gracia, que no le dejase comer turrón ni mermelada ni cosa dulce, porque el muchachuelo era goloso, y padecia mucho de lombrices, concluyendo que así se lo suplicaba por amor de Dios á su Ilustrísima. Fray Gerundio la empeñó su palabra episcopal de que esta seria la primera advertencia que haria así á su mayordomo, como al maestro de pajes, y dándola á besar la mano con mucha autoridad, la echó la bendicion, y la despidió muy consolada.

Pero como todas estas diligencias se convirtieron en humo, luego que se acabó ó se interrumpió la terrible repasata del juicioso y docto magistral, no se puede ponderar qué triste, melancólico y pensativo quedó el padre Fray Gerundio: todos los demás salieron á despedir á D. Carlos, solo él se quedó en la sala, sentado en una silla, la cabeza reclinada sobre la mano, los ojos clavados en tierra, lanzando profundos suspiros de lo más íntimo del corazon.

En esta postura le encontró su grande amigo Fray Blas, que hasta entónces habia estado durmiendo la siesta, para cuya larga duracion habia hecho méritos en la mesa; y como no habia oido el sermon del magistral ni asistido á la visita del cortesano D. Carlos, quedó extraordinariamente suspenso, cuando vió á Fray Gerundio en una viva imágen de la misma melancolía.

¿Qué es esto, Fray Gerundio? le preguntó sobresal-

tado; ¿qué novedad es esta? ¿Así te dejas dominar de la tristeza, en el día de tus mayores glorias? ¿Cuándo has llenado de regocijo á tu pátria, has de dar entrada en tu corazón á esa negra melancolía? ¿Es posible que las bocas de todos estén hoy empleadas en panegirizar tus asombrosos talentos, sin acertar con otras voces que no sean las de tus mayores aplausos, y solamente la tuya ha de oscurecer la celebridad del día con dolorosos suspiros? ¿Te duele algo? ¿Te ha sentido mal la comida? ¿Acaso te atormenta tu aprension, pareciéndote que dejaste algo que desear en el asombroso sermón que predicaste, ó que omitiste alguna sustancial circunstancia, ó que pudiste tocar mejor algunas de las que tocaste, ó que finalmente alguno de los innumerables textos que trajiste no vino tan á pelo como ahora se le representa á tu delicadísimo ingenio? Pues te hago saber, que si es algo de esto lo que te melancoliza, miente tu aprension como una grandísima embustera, y no has de hacer más caso de ella que de la un cinife que zumba á los oídos, todo bulla y nada sustancia: no ha oído el Páramo sermón igual, ni en los famosos púlpitos que bañan las aguas del río tuerto y las del río grande, se ha de predicar en muchos siglos panegírico mayor. Ahora se mire á la propiedad ingeniosa del asunto; ahora se atienda á la delicada propiedad de las pruebas; ahora se considere la menuda y sutil comprension de todas las circunstancias; ahora se comprenda la casi divina aplicacion de los textos; ahora se examine la sutileza de los reparos, y la agudeza de las resoluciones; ahora finalmente se pare la consideracion en la variedad hermosa del estilo, unas veces

elevado, otras cadencioso, pero siempre sonoro y elegante siempre. Pues siendo esto así, ¿de qué te entristeces? ¿Qué motivo tienes para estar melancólico y tan pensativo?

¡Ay, padre predicador de mi alma, exclamó Fray Gerundio, y como se conoce que no sabe V. lo que ha pasado con mi señor tío el magistral! pero aquí no estamos bien ni podemos hablar con libertad, tomemos los sombreros y los báculos y salgamos al campo por la puerta del corral, mientras la gente se está allá divertida en despedir á un tal D. Carlos que viene de Madrid y para mí debió de ser un ángel del Cielo, que trajo Dios para que me conservase la vida; porque llegó á tiempo que ya no podía más, y temí que me diese un accidente, oyendo las cosas que me estaba diciendo mi tío. La entrada de D. Carlos cortó la conversacion, y ellos tuvieron allá otra, que yo no entendí, aunque me hallaba presente: porque me ocupaba enteramente la atencion aquello que me dolía. Salgamos, salgamos al campo, reviento por desahogarme con V., y le diré otras cosas que le aturdirán.

Cogieron los sombreros, tomaron los báculos, y sin que los viese ninguno de los que estaban enfrascados en la bulla de la despedida, se salieron al campo por la susodicha puerta. Contó Fray Gerundio á su estrechísimo amigo todo cuanto le habia dicho su tío el magistral, sin perder un punto, sílaba ni coma, porque, sobre ser de una memoria feliz, como le habian penetrado tanto las razones de su tío, se le habian grabado profundamente en el alma. Dijole, que lo que más habia sentido en aquella sangrienta correccion, era que se hubiese dado en presencia del

canónigo Don Bartolomé y del familiar; porque además de lo que perdería con ellos, no dejarían de divulgarlo entre otros muchos, y con esto iba su crédito por estos suelos: especialmente desconfiaba mucho de su pariente el familiar, porque le había notado la grande complacencia con que estaba oyendo al magistral, y á su modo cerril y toseco seguía las mismas máximas, á que se añadía tener un genio zumbón, á lo socarrón y ladino, en fuerza de lo cual no dejaría de divertirse á su costa todas las veces que se ofreciese. Finalmente, no le disimuló que le habían hecho mucha fuerza las razones del magistral, y que estaba muy tentado de dejar la carrera, porque conocía que no era para ella, y entablar la pretension de que le volviesen para los estudios, ó cuando este no pudiese ya ser, le dedicasen para el coro.

«Victor, dijo Fray Blas, que te den, que te den un confite por la gracia: vamos claros, que la docilidad del chico y su blandura de corazón es admirable! ¿Es posible (¡pecador de mí!) que le haya hecho tanta fuerza el sermoncillo del magistral? que si solo se reduce á lo que me has contado, y yo te he estado oyendo con grandísima paciencia, es de lo más sutil y ridículo que se puede pensar. Dime, hombre apocado; ¿te dijo alguna cosa tu tío, que no hayas oído tú ya cincuenta mil veces? ¿añadió algo á las vejeces de nuestro reverendísimo padre Fray Borceguies, Marroquies, años el maestro Fray Prudencio? ¿La misioncita que te predicó á tí el circunspectísimo señor Don Magistral, no es tan parecida como un huevo á otro huevo, á la otra

«que me predicó á mí el reverendísimo de Marras, después de mis famosos sermones de la Trinidad y Encarnacion, cuya memoria durará por los siglos de los siglos, y de cuyas utilidades se conservarán reliquias en el baul y en las navetas por algunos años? ¡Oh señor, qué son disparates, qué son locuras! esto se dice, pero no se prueba; si con las locuras y disparates se grangean tantos aplausos; ¿dónde hay en el mundo mejor ni mayor sabiduría? Si los disparates y las locuras son tan proficuas; ¿qué mayor locura que ser cuerdo? A este precio sea sabio el que quisiere, que yo á mi bolsillo me atengo: éntrese en casa la dicha, más que se éntre por la garita. Díjolo todo divinamente un teatino; y en Dios y en mi conciencia, es lástima que lo sea:

Quód si hæc insania dici
Debet, amabilior nulla est sapientia; malo
Decipere hoc pacto, fias utcumque beatus,
Optandum ut fias; sunt et deliria tanti.

«Vén acá, corazón de lana; ¿tú no sabes la estrecha amistad y la gran correspondencia que tiene el señor Magistral con los padronisimos de la orden? ¿Ignoras que estos le han pegado las máximas de *in illo tempore*, y que las tuyas no son más que hechos de las de sus Reverencias? Si no te hicieron fuerza en boca de estos; ¿por qué te han de hacer en boca de aquél? ¿Acaso te dá más peso la sobrepelliz y el bonete, que el escapulario y la capilla?

«A más de eso, has de tener entendido que tu señor tío, á lo que he oído decir, se ha declarado sectario de ciertos predicadores, que se van usando

« así en la Côte como á fuera de ella, los cuales se
 « llaman *predicadores modernos*, ó á la moderna, pa-
 « ra distinguirlos de los antiguos, á quienes se les dá
 « el nombre de *predicadores veteranos*; y con grande
 « propiedad á mi juicio, porque así como en la mili-
 « cia vale más un soldado veterano que cuatro viso-
 « fíos, así en las campañas del púlpito vale más un
 « predicador veterano que cuatro modernos; y créeme,
 « que hablo con modestia, porque no exageraría
 « mucho, cuando dijera, que valia por cuarenta. Por-
 « que al fin: ¿á qué se reduce esta secta? Ante todas
 « cosas, asienta por primera máxima fundamental,
 « que todo sermón, sea panegírico, sea moral, sea
 « fúnebre, aunque sea tambien de ánimas (cosa ridí-
 « cula), se ha de dirigir primero y principalmente á
 « la reformation de las costumbres, haciendo amable
 « la virtud y aborrecible el vicio, con sola esta dife-
 « rencia, que en los del género laudatorio, á que se
 « reducen los panegíricos y los fúnebres, se hace co-
 « múnmente por via de imitacion; en los morales á
 « fuerza de razones, y en los de ánimas se ha de pro-
 « ceder por el terror y el escarmiento. ¿Has oido en
 « tu vida cosa más extravagante? Con que, hétele que
 « todo sermón ha de ser una misioncita, si el predi-
 « cador que no se meta á misionero, que aprenda otro
 « oficio..... Vamos claros, que es una impertinencia.
 « Supuesto este principiote, se sigue naturalmente
 « el otro, conviene á saber, que todo asunto, sea en
 « la oracion que fuere, ha de ser mazorrall y á plo-
 « mo, quiere decir, tan sólido y tan macizo, que no
 « haya más que desear. Pongo ejemplo: predicas un
 « panegírico á la fiesta de Todos los Santos, pues has

« de tomar por asunto esta proposicion, á otra equi-
 « valente: *La Santidad es la verdadera sabiduria:*
 « *esta habita en los Santos, y reina en toda su conduc-*
 « *ta:* lo más, lo más que se te permite es, que divi-
 « das el mismo pensamiento ú otro semejante en dos
 « proposiciones, proponiéndolas con un airecillo de
 « antifasis: como si dijéramos: *El Santo tenido por*
 « *ignorante es el verdadero sabio, primera parte: El*
 « *Santo sin virtud reputado por docto, es el verdadero*
 « *ignorante, parte segunda;* ¿has oido cosa más fria?
 « Predicas el panegírico de un Santo, v. gr. San José;
 « pues guárdate bien de tomar por asunto, que San
 « José fué más que Jesús, que el mismo Padre eter-
 « no, que el mismo Verbo divino, y que fué más Es-
 « poso de la Virgen que el mismo Espíritu Santo; por-
 « que este divino asunto predicado por un portugués,
 « mónstruo del púlpito (y no es el padre Vieira),
 « aunque se reduce en suma á tres hipérboles galan-
 « tes, levantarán el grito los partidarios de la nuestra
 « moda, y te dirán con la mayor freseura en tus mis-
 « mas barbas, que son tres herejías valientes. Solo
 « pues te será lícito decir, que San José como padre
 « putativo de Jesús, fué el hombre á cuyas órdenes
 « estuvo Dios más rendido, y fué el hombre que más
 « se rindió á las órdenes de Dios: mira por tu vida,
 « ¡qué grandísima frialdad! ¿Quiéres predicar de al-
 « gun misterio, v. gr. de la Trinidad? Si te empeñas en
 « que las tres divinas Personas en una indivisible
 « esencia, eran el Gedeon de la gracia, es imposible
 « de Edipo, el lazo gordiano burlador del acero de
 « Alejandro, todos estos oradores á la moderna te
 « gritarán, *al loco, al blasfemo, al impio;* y no te ve-

«rás de polvo, siendo así que todos tres son otros
 «tantos pensamientos asombrosos, que andan impre-
 «sos con todas las aprobaciones necesarias y que
 «merecen realmente eternizarse, no digo yo los mol-
 «des, sino en letras de diamantes: pero tú guárdate
 «bien de empeñarte en estas valentías del ingenio,
 «porque estos hombres hocicudos, que tienen ojeriza
 «con todo lo que es delicadeza sobre los silvos suso-
 «dichos, te delatarían á la Inquisicion, ó te harían
 «ridículo en los estrados y tertulias. Conténtate, pues,
 «con decir simple y sencillamente, como pudiera un
 «sayagués: El misterio de la Santísima Trinidad es
 «entre todos los misterios, lo primero el más oscu-
 «ro á la razon, y lo segundo lo más evidente á la fé.
 «Insulsez que es capaz de hacer insípida y sosa la
 «misma sal.

«Consiguientes en todo su sistema, dicen que des-
 «pués de haber cargado de argamasa, se ha de pro-
 «bar con razones de cal y canto, y es claro que las
 «han de tener en abundancia, y á cual más medidas
 «en barina; porque como todas aquellas proposicio-
 «nes son unas verdades perentorias, que parece las
 «están dictando la misma razon natural, á pocas
 «azadonadas de la razon descubren una cantera de
 «pruebas, con que fabrican un sermón más sólido
 «que la obra del Escorial. Estas razones las tornean,
 «las vuelven y las revuelven de mil modos diferen-
 «tes, adornándolas con tropos, con figuras, con todo
 «el aparato retórico, que no parece sino que está
 «un hombre oyendo á Ciceron, á Julio Bruto, á Cayo
 «Graco, ó á Cornelio Cetego; no dejando de la mano
 «aquel eterno hablador, que se ha levantado lo más

«inicuamente del mundo, con el título de *Príncipe*
 «de los oradores, siendo así que le cuadraría el de
 «Director, ó *Bastonero de todos los locutorios: Mani-*
 «bus *Ciceronculus hæret, semper adstrictus nocturno*
 «idemque *diurno*. Conceptos, agudeza, equívocos,
 «reparos sutiles, réplicas dialécticas, todo eso lo
 «destierran de sus sermones, y si tal vez tocan algo
 «de mitología, de fábula ó de erudicion profana,
 «están de corrida, y con tanta vergüenza, que visi-
 «blemente se llena de vermellon dónzel su pulibundo
 «semblante.

«A la Historia Sagrada, á la Eclesiástica y á los
 «Santos Padres, ya dan algunos lugar; pero ¿cómo?
 «No como nosotros, que si citamos algun texto ó algun
 «paso historial, doctrina ó sentencia de Santo Padre,
 «aunque sea muy larga, lo presentamos todo en su
 «ser corpulencial y tamaño natural, para que venga
 «á noticia de todo el auditorio, con sus pelos, seña-
 «les y circunstancias. Ellos no van por este camino:
 «toda esa erudicion la entretejen, la embuten ó la
 «incrustan en sus propios discursos de modo, que
 «todo parece una misma pieza, sin que se descubra
 «rama, encaje, barniz ni elecultadura: *Sermones pa-*
 «recidos á las fábricas modernas de Roma, que lla-
 «man *empelichadas*, las cuales parecen todas de
 «pórfido, mármol, jaspe ó alabastro, cuando en rea-
 «lidad de todas estas piezas no tienen más que una
 «hojita superficial para engaño de los ojos, que se
 «deja levantar al impulso de una uña: *Vana superfi-*
 «cies, *quam solus judicat unguis aut oculus*. Y hay
 «tanta diferencia en el modo de citar de los predi-
 «cadores veteranos, al modo de los modernos, cuan-

« to va de las fábricas modernas á las antiguas. En
 « estas para formar una urna de jaspe, era menester
 « consumir un monte, *scilicet un grandem mons inte-*
 « *ger erit in urnam*; y en aquellas se fabrica un pala-
 « cio con el jaspe, que ántes se gastaba en una urna.
 « Allá se va el modo con que están los textos de la
 « Escritura que no son historiales, sino doctrinales,
 « sentenciosos ó proféticos; los más los dan destuci-
 « dos con sus mismos raciocinios, pareciendo el tex-
 « to, la glosa y la aplicacion vino todo de una cuba,
 « al modo que San Bernardo los cita, sin citarlos,
 « componiendo una cláusula perfecta la mitad de sus
 « palabras, la otra mitad de la Sagrada Escritura:
 « tal cual textilto presentan al auditorio á cara descu-
 « bierta, pero con grande parsimonia, como se usan
 « las especias en el guisado; porque dicen que en
 « cargándolos de ellas, los hacen desabridos en vez
 « de sazoados. Aun los poquitos que sacan al teatro,
 « son por lo comun literales; porque del sentido ale-
 « górico gastan y gustan muy poco, del *tropológico* ó
 « *acomodaticio*, casi nada, y no les falta un tris para
 « condenarle; no lo hacen con las palabras, pero lo
 « hacen con las obras, dejándole arrinconado, y no
 « dándoles un pito de que se cubra de telarañas.
 « De intérpretes, expositores y versiones, cuya
 « hermosa variedad adorna tanto nuestros sermones,
 « y nos sirve para probar todo cuanto se nos antoja,
 « hacen ellos poquisimo caudal, ó por mejor decir
 « ninguno. Veráse, no digo yo un sermón, sino un
 « tomo entero de sermones á la moderna, sin que en
 « todo él se haga memoria ni del sabio Cornelio, ni
 « de la púrpura de Hugo, ni del profundo Vaeza, ni

« de Zelada, á quien nada se le esconde, ni del agu-
 « do Duleta, y lo que es más ni del doctísimo Silvei-
 « ra: siendo así, que con este último inagotable ex-
 « positor, puede un predicador, que sepa manejarle,
 « andarse por ese mundo de Dios, y probar hasta la
 « existencia de los mismos imposibles en caso urgente
 « y necesario, siendo cosa averiguada, que no hay
 « almacén más socorrido para un aprieto y para cual-
 « quier asunto.

« Es lástima oír como tratan estos predicadores de
 « moda á muchos expositores: no se atreven á tocar
 « en los Santos Padres, de los cuales hablan en rea-
 « lidad con respeto; porque no quiero infernar mi
 « alma ni levantarles falsos testimonios. Tambien ha-
 « cen la cortesía á unos pocos expositores, de los
 « que no están tan arriba, confesando que fueron
 « hombres verdaderamente sabios, de erudicion, de
 « juicio y de una profunda penetracion de la Sagrada
 « Escritura, á la que convienen que ilustraron con
 « sus doctos comentarios; pero de otros expositores,
 « á quienes llaman ellos *de escalera de abajo, de turba*
 « *multa y de municion*, da cólera el oírlos hablar:
 « dicen que los más no hicieron otra cosa, que poner
 « en mal latin los sermones que habian predicado en
 « mal romance, que con el glorioso título de comen-
 « tarios sobre esta ó aquella parte de la Escritura, ®
 « embarraron cantidad inmensa de papel, llenándole
 « de conceptillos aéreos, de pensamientos timpáni-
 « cos, de discursos pueriles, y de disertaciones fan-
 « tásticas, cargándola de municion y metralla; y final-
 « mente, que los más, como totalmente ignorantes
 « de las lenguas hebrea y griega, en que se escribie-

« ron originalmente los libros sagrados, desbarraron
 « miserablemente en la inteligencia del texto de la
 « Vulgata; dándole una significacion tal vez contraria
 « á su verdadero sentido, muchas violentas, y casi
 « siempre arbitrarias; y imbuidos en estas máximas,
 « quiebra el corazon ver el desprecio con que tratan
 « á los mejores y más socorridos autores, de que se
 « compone regularmente la escogida librería de un
 « predicador de tabla: y así no los verás citados en
 « sus sermones, aunque te descejes, y aunque des
 « una peseta por cada cita.

« De eso de variedad de versiones no se trate; su
 « Vulgata apasto, y tal cual vez por plato extraordi-
 « nario un poco de la version de los Setenta, la Siria-
 « ca, la Caldea, la de Pagnino, la de Vatablo; ni
 « saber como leyó Arias Montano, les dá á ellos el
 « mismo cuidado, que averiguar cual fué el centési-
 « mo de los Tamas Caulican; siendo así que nosotros
 « los predicadores veteranos, en la variedad de las
 « versiones, nos bandeamos maravillosamente, para
 « guisar, probar y ajustar todo cuanto queremos, y
 « sazonar nuestros pensamientos con tanta delicade-
 « za, que el apetito más dormido abre tanto ojo, y el
 « paladar más melindroso se chupa los dedos por
 « ellos; porque en realidad; ¿dónde hay cosa más
 « aguda, ni más divertida, ni más sazónada, que de-
 « cir un predicador donde la Vulgata lee *pedra*, el
 « Sirio lee *anillo*, el Caldeo *circulo*, los Setenta *cupu-
 « la?* y donde lee *pone* la Vulgata, Vatablo leyó *espa-
 « da*, Pagnino *misericordia*, Arias Montano *sabidu-
 « ria*, y el Burgense *calabaza*; y haciendo después
 « de todas estas ideas cuantas combinaciones se le

« antoje, probar cuanto quisiere con ingenio y suti-
 « leza, fuera de que oyendo el auditorio, que el pre-
 « dicador cita á roso y veloso, al Siríaco, al Caldeo,
 « al Griego y al Hebreo, se persuade sin razon de du-
 « dar, que sabe todas estas lenguas como la suya pro-
 « pia: tiénele por mónstruo de sabiduría, y oye
 « cuanto dice con un respeto que pasma. Los orado-
 « res modernos se burlan de todo esto, teniéndole
 « por ostentacion, aparato y charlatanería; pero yo,
 « con licencia de sus mercedes y de sus reverendisi-
 « mas, me burlo de todos ellos.

« Vés aquí, Gerundio amigo, el plan de la nueva
 « secta, de la cual, segun tengo entendido, se ha de-
 « clarado ciego partidario tu tio el señor Magistral,
 « siendo uno de los que más furiosamente predicán
 « á la francesa, que en suma, á esto se viene á redu-
 « cir la nueva moda. No te disimularé que la gente
 « sesuda, la que se llama *critica*, y que se precia de
 « culta, se ha declarado tambien á banderas desple-
 « gadas por el mismo partido. Vásetras de un orador
 « á la moderna, como los niños se van tras de los
 « danzantes, y tras de la tarasca del día de Corpus;
 « á estos los celebran, los ensalzan, los colocan muy
 « arriba de las nubes cuando á nosotros nos despre-
 « cian, nos oprimen, haciendo tanta burla y tanta
 « chacota de nuestro modo de predicar, que no pa-
 « rece sino que hemos nacido para ser dominguillos
 « de sus conversaciones y tertulias.

« ¿Pero que importa, ni que nos importa este pu-
 « ñado de gente melancólica y descontentadiza, quan-
 « do tenemos á nuestro favor la mayor, la más sana
 « y la más discreta parte de nuestra península, desde

« el oriente al poniente, y desde el septentrion al
 « mediodia? Nuestras son cuantas cofradías llevan
 « varas ó enarbolan estandartes en el continente es-
 « pañol. Desde los Pirineos hasta el embocadero del
 « Tajo, y desde el Finisterre hasta las Algeciras,
 « nuestros son todos los mayordomos de estos ilus-
 « tres cuerpos, que se exhalan por buscarnos, y se
 « empobrecen por enriquecernos. Nuestros son los
 « formidables gremios de zapateros, curtidores, sas-
 « tres, barraganeros, mercaderes, escribanos, pro-
 « curadores y tambien el respetable gremio de los
 « abogados. No nos faltan innumerables parciales:
 « nuestra es la muchedumbre de las ciudades, el con-
 « curso de las villas, el total de las aldeas, la mos-
 « queteria de las universidades, la juventud de los
 « claustros y aún en la misma ancianidad podemos
 « contar amigos, auxiliadores y defensores.

« Digalo sino aquel famoso campeon y aquel valiente
 « paladin, que á los 60 años y más de su edad, y á
 « los 20 de predicador veterano, ejercitados muchos
 « de sus sermones en el mayor teatro de España, sa-
 « lió tan denodadamente á nuestra defensa. Habia pre-
 « dicado á la moderna en una de las funciones más
 « famosas de la corte un cierto orador catedrático á
 « la sazón en una célebre universidad; y aunque no
 « de muchos años, estaba generalmente reputado por
 « un grande teólogo, por insigne predicador, por in-
 « genio conocido, y en fin por hombre verdaderamente
 « sabio, más que medianamente instruido en las hu-
 « manas y divinas letras (quédese esta opinion en su
 « lugar, que yo no soy amigo de quitar á nadie la
 « buena ó mala fama que Dios le deparó) en fin, él

« predicó un sermón que logró infinito aplauso de
 « todos los antiveteranos: asunto grave, pruebas ma-
 « cizas, mucho de esa que se llama elocuencia, pocos
 « textos, citas por alambique, reflexiones morales en
 « abundancia, Escritura desleída, Evangelio, y á ello
 « nada de chistes, y lo mismo de circunstancias. Im-
 « primióse la oracion, y aprobóla cierto clérigo de
 « capellanías y de mucha autoridad, que ha dado la
 « gente en la manía de que es el galló de los predica-
 « dores, y que como tal puede y debe contar en toda
 « España, como si dijéramos en su muladar. Mas hay
 « hombres de tan mal gusto, que no dudan decir, que
 « este gallo, respeto de nuestra oratoria evangélica, á
 « la cual suponian sepultada en una oscura noche, es
 « el precursor del día, el despertador del sol, el que
 « derrite las densas tinieblas que se habian apoderado
 « de nuestro polo pulpital, el que disipa las patrullas
 « de los predicadores arquelinos, saltimbancos, lige-
 « ros y matachines, que divertian á la gente en vez
 « de instruirla, y empeoraban las costumbres en vez
 « de emendarlas, aplicándote sin más ni más aquel
 « par de estrofas de cierto himno:

A nocte noctem segregans,
 Præco diel jam sonat,
 Jubarque solis evocat.
 Hoc excitatus Lucifer,
 Solvit Polum caligine;
 Hoc omnis errorum Cohors
 Viam nocendi deserit.

« Y te parece que se contentan con eso? no para
 « aquí: pasan adelante, y no dudan aplicarle otro buen
 « trozo del mismo himno, queriéndonos persuadir

« que le viene como de molde. Empéñanse en decir,
 « que este gallo hace abrir los ojos á los amoderados,
 « mete tanto aguijon á los soñolientos, confunde y
 « convence á los pertinaces, y en fin que á fuerza de
 « cantar en el púlpito como se debe, hay esperanza
 « que haga cantar á los demás predicadores, como
 « en razon:

ALERE FLAMMA
 VERITATIS
 Gallus jacentes excitat;
 Et somnolentos increpat;
 Gallus negantes arguit.
 Gallo canente, spes redit.

« De este hombron, coco de los predicadores y co-
 « rifeo de la nueva secta, es la aprobacion susodicha.
 « No la pudo sufrir aquel predicador veterano, cuyos
 « nobilísimos sermones peinaban tantas canas, como
 « su cándida cabeza. Enristró su pluma, y desde la
 « misma dedicatoria dirigida á un gran Señor, comen-
 « zó á correr el gallo; pero ¿cómo? Desplumándole,
 « descrestándole, y al fin haciéndole añicos. Alaba lo
 « que él reprueba, y condena lo que él aplaude, ha-
 « ciendo una descripcion tan elegante de los sermo-
 « nes de moda, que no hay más que pedir: yo la to-
 « mé de memoria, porque me cayó muy en gracia:
 « dice así.

« Vamos, vamos á oír al padre Fray N^o al Señor
 « Don... al doctor tal, que predica de moda. Quiere á
 « mi ver decir esta palabra un cuadro sin imagen, una
 « imagen sin templo, un templo sin altar, un sacrifi-
 « cio sin sacerdote, y el sacerdote sin el proporcionado
 « ornamento; es puntual descripcion de un sermón de
 « moda.

« ¿Qué te parece, amigo Fray Gerundio? ¿has oido
 « en tu vida comparacion más bella, simil más ade-
 « duado, ni descripcion más puntual de un sermón de
 « moda? Porque en realidad, si la cosa se considera
 « bien y sin pasion, la multitud de textos, la bulla de
 « citas, el aparato de erudicion, la variedad de ver-
 « siones, el paloteo de retruécanos, la gala de los
 « equívocos, lo sutil de los conceptos, la delicadeza
 « de los reparos, el escape de las soluciones, y de
 « cuando en cuando el chiste de los gracejos, son pun-
 « tualmente la imagen, el templo, el altar, el sacrifi-
 « cio, el sacerdote, el amito, el alba, el cingulo, el
 « manipulo, la estola y la casulla de un sermón, equi-
 « pado como es justo; y al que le falta todo esto, há-
 « gote un sermón en carnes vivas, que es una ver-
 « güenza y una compasion.

« No es mi intento, ni por ahora seria del asunto
 « hacerte una relacion individual de lo que dijo el
 « precedente veterano en el discurso de su sermón,
 « que dedicó al susodicho gran Señor, en inmortal
 « gloria nuestra, y eterna confusion de los modernos:
 « eso seria obra larga, y era menester producir toda
 « la pieza, que es única en su línea, y la conservo en
 « la celda encuadernada en papel dorado, para molde
 « y original de mis sermones (se entiende despues
 « del Florilogio sacro,) si es que alcanzan mis fuerzas
 « á una débil imitacion. No quiero cansar tu imagina-
 « cion con referirte, que un tal Gutierrez Fernandez
 « (hombre ignorantísimo y desalmado, si los ha habi-
 « do jamás,) disparó un par de cartas insolentes y
 « atrevidas, las cuales, puesto que no salieron á
 « luz, anduvieron de ronda, de mano en mano,

« de casa en casa, de estudio en estudio, así en la
 « corte como fuera de ella, é hicieron una risa de to-
 « dos los diantres. ¿Pero en quiénes? En los anti-ora-
 « dores magistrales con sus secuaces, que son unos
 « pobres pelones; porque aunque es así, que las ta-
 « les cartas convencen, que en el sermón de nuestro
 « insigne defensor, se hallan tres ó cuatro proposi-
 « cioncillas heréticas, algunas otras malsonantes, tal
 « cual texto de la Escritura supuesto, muchos mal
 « citados, este ó el otro testimonio venial levantado
 « á los Santos Padres, y así de otras quisquillas á este
 « tenor; ¿qué hombre de juicio hace caso de estas ba-
 « gatelas? ¿Quién no sabe que esos son hipérbolas
 « galantes, valentías de ingenio, arrojados del discurso
 « y festivas aberturas de una fantasía, que se eleva y
 « arrebatada, y no anda arrastrando por el suelo? Si se
 « hubieran de reparar y contar en nuestros sermones
 « y careos los vuelos, ¿dónde iríamos á parar? En fin
 « este insigne orador de la veterana, que contaba 68
 « años de edad, y de estos 24 de púlpito, el cual se-
 « gun esta cuenta, no subió á él hasta los 44 que es
 « ya edad moderada, en la que aún el predicador más
 « manco le puede haber salido el uso de la razón pul-
 « pitable. Este orador veterano, vuelto á decir, acre-
 « dita bien que aún dentro de los claustros tenemos
 « partido, no solo en aquellos que apenas les apunta el
 « bozo de la oratoria, que esos á red barredera los
 « puedes contar por nuestros, sino entre los más
 « añejos, los más veteranos, los más veteranísimos.
 « Y hay la gracia particular de que éstos hablan por
 « experiencia, en cuya escuela, que es la más segu-
 « ra y la más conveniente, han aprendido lo bien que

« les ha salido la cuenta, predicando á la veterana:
 « pues no hay mejores cien doblones, que los que se
 « hallan de repuesto en sus religiosas navetas, ni
 « chocolate más rico, ni botes de tabaco más exquisi-
 « to, ni pañuelos de seda de color más finos, ni ropa
 « blanca más delgada, que la que encontrarás en sus
 « pobres alacenas, cajones ó baules.
 « Pues siendo todo esto así, *¿quis furor, quæ te*
 « *dementia capit?* ¿qué locura es la tuya? ¿Qué deli-
 « rio se apodera de tu cabeza, cuando así te la tras-
 « tornó ese tu tiernísimo tío, zumbándote patas arri-
 « ba, con cuatro razones que te alegó el tal domine
 « Espetera? Perdóname, si me descompongo, porque
 « no me puedo contener al hablar de estos caprichu-
 « dos, testarudos, parciales de la simrazon, aunque
 « por otra parte sean hombres de autoridad y de res-
 « peto: no quiero yo que hagas caudal de mis razo-
 « nes, sin embargo de ser todas tan convincentes,
 « como tan triunfantes, que no admiten réplica ni
 « sufren resistencia: tampoco quiero que te hagan
 « fuerza los ejemplares que te he puesto delante de
 « los ojos, ni los millares de millares de predica-
 « dos veteranos como han hecho fortuna por este ca-
 « mino, ni lo que has tocado y estás tocando con
 « tus propias manos en mí mismo, que siempre lo
 « he seguido, y en mi vida pienso seguir otro. ¿Será
 « posible, Gerundio del alma, que no te convenza tu
 « experiencia propia? ¿Tan mal te ha ido desde que
 « comenzaste la carrera, emprendiéndola por esta
 « vía lactea, ó hablando con más propiedad, por
 « este camino de la plata? Sermon y medio has pre-
 « dicado hasta ahora en público, y otro entre las pa-

« redes del convento; ¿y qué hombre hay más famo-
 « so en toda la redonda? ¿De qué otro resuenan
 « mayores ni más crecidos aplausos en todo el dila-
 « tado ámbito del Paramo? ¿Piensas que tu fama se
 « ha ocultado solo en las paredes de Campazas? ¡Oh,
 « cuánto te engaña tu encogimiento y modestia! Lle-
 « gó ya á Villaquejida, extendióse á Villalpando, se
 « dilató á Villamayor, y hasta en las márgenes del
 « Orbigo resuena ya el eco de tu nombre con tanta
 « claridad, como en las concavidades de Villaornate:
 « poco dije, ó me engaña el pensamiento, ó siento
 « acá en lo interior del alma no sé qué proféticos
 « presagios, de que en otro tiempo no se ha de ha-
 « blar otra cosa en España, que de Fray Gerundio;
 « y aún se adelanta el vaticinio á descubrir no sé que
 « lejanas lumbres, que ha de penetrar tu famoso
 « nombre las provincias extranjeras.

« Mientras tanto es cierto que ya no se sabe ha-
 « blar sino de tus sermones, de tus prendas, de tus
 « talentos, en esos caminos, en esos campos, en
 « esas tierras, en esas viñas, en esos arenales, en
 « esas eras, y aún en todos los mercados del con-
 « torno. Mientras tanto es indubitable que ya no hay
 « cofradía que no te desee, ni hay mayordomo que
 « no te solicite, no hay sermón de ánimas que no te
 « aguarde, no hay retablo nuevo que no clame por
 « tí, y no hay Semana santa que no te tienda los bra-
 « zos. Pues, corazón amilanado; ¿por qué te aco-
 « bardas? Alma de cántaro; ¿por qué te quiebras?
 « Espíritu pusilámine; ¿por qué te desmayas? Des-
 « precia generosamente ese terror pánico, que se ha
 « apoderado de tu pecho, no hagas caso de esas pas-

« marotas con que intentan aturrullarte los ciegos
 « sectarios y apasionados á la novedad, y confirmán-
 « dote en tu heroico empeño de no apartarte un pun-
 « to del camino real y derecho que tan gloriosamente
 « has emprendido, riéte á carcajada tendida de todos
 « aquellos que pretenden apartarte de él, no dando
 « otra respuesta á sus razones que la que yo dí, y
 « también te suministré en ocasion semejante.»

No de otra manera, que cuando en el corazón del
 invierno amanece el oriente cubierto de una densa
 nube, la cual poco á poco se va al principio enre-
 ciendo, luego que el sol presenta la batalla, comen-
 zando la función con la escaramusa de sus rayos; pero
 no se declara tan brevemente la derrota de los escua-
 drones tenebrosos, que no disputen desamparar por
 largo tiempo el terreno, pues titubea al parecer y co-
 mo neutrar la victoria; ya el sol abre los nebulosos
 escuadrones, ya estos se vuelven á cerrar más den-
 samente, muchas veces aquel los rompe, otras tan-
 tas estos le arretaban; ya el ejército del sol pasa por
 el vientre del campo de la niebla, y aunque con luz
 cansada, no tanto deja cuanto argentea la cima de
 un vecino monte; ya se vuelve á cerrar el ejército
 enemigo, y repeliendo al contrario parece que le re-
 tira hasta su mismo atrincheramiento, durando el flu-
 jo y el reflujo de la dudosa contienda, hasta que al
 acercarse el mediodía, encendidas en fogosa cólera
 las tropas de la luz, acometen tan furiosamente al
 campo de la niebla, que por todas partes la rompen,
 la penetran, la pisan, la atropellan, la disipan, y
 dueño enteramente el sol del campo de batalla, se
 deja ver en todo el hemisferio el más claro, el más se-

reno, y el más despejado día. Así ni más ni ménos disipó el razonamiento de Fray Blas las nieblas que habian oscurecido el entendimiento de Fray Gerundio y quedó tan despejado y claro, como el día más apacible del mes de Enero y Febrero. Dió mil abrazos á su amigo, por lo que le habia consolado, iluminado y alentado, y renovó en sus manos el pleno homenaje, que habia hecho en otra ocasion, de que no predicaria de otra manera en todos los dias de su vida, aunque el mismo gallo de la pasion le predicara lo contrario. Con esto dieron la vuelta al lugar, donde sucedió lo que dirá el capítulo primero del libro siguiente: pero ántes de escribirle, suplico al lector que tenga un poco de paciencia, que voy á tomar un polvo.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

ENCÁRGANLE UN SERMON DE HONRAS, Y NO LE ESCUPE,
CON TODO LO DEMÁS QUE IREMOS DICENDO.

PERO mira, le dijo Fray Blas en el camino, si tu tío te volviere á tocar la especie, tú has de hacer la gatatumba y la gancha-panza; quiero decir, que te has de mostrar convencido de sus razones, rendido á sus consejos, dócil á sus instrucciones, oyéndole en lo exterior con mucha docilidad, respeto y reverencia; pero allá dentro de tu corazón has de estar bien resuelto á reírte, y hacer burla de cuanto dijere. La razon de este admirable y no ménos importantísimo consejo salta á los ojos; porque estas gentes de la Iglesia constituidas en alguna dignidad, y más cuando están asomadas á una mitra, suelen ser delicadas, gustan de que todo se les oiga como á oráculos, y llevan muy mal que se les replique. Cuando á esto se añade la razon de parentesco, y más siendo tan inmediato y tan superior como el de tío, los dá

reno, y el más despejado día. Así ni más ni ménos disipó el razonamiento de Fray Blas las nieblas que habian oscurecido el entendimiento de Fray Gerundio y quedó tan despejado y claro, como el día más apacible del mes de Enero y Febrero. Dió mil abrazos á su amigo, por lo que le habia consolado, iluminado y alentado, y renovó en sus manos el pleno homenaje, que habia hecho en otra ocasion, de que no predicaria de otra manera en todos los dias de su vida, aunque el mismo gallo de la pasion le predicara lo contrario. Con esto dieron la vuelta al lugar, donde sucedió lo que dirá el capítulo primero del libro siguiente: pero ántes de escribirle, suplico al lector que tenga un poco de paciencia, que voy á tomar un polvo.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

ENCÁRGANLE UN SERMON DE HONRAS, Y NO LE ESCUPE,
CON TODO LO DEMÁS QUE IREMOS DICENDO.

PERO mira, le dijo Fray Blas en el camino, si tu tío te volviere á tocar la especie, tú has de hacer la gatatumba y la gancha-panza; quiero decir, que te has de mostrar convencido de sus razones, rendido á sus consejos, dócil á sus instrucciones, oyéndole en lo exterior con mucha docilidad, respeto y reverencia; pero allá dentro de tu corazón has de estar bien resuelto á reírte, y hacer burla de cuanto dijere. La razon de este admirable y no ménos importantísimo consejo salta á los ojos; porque estas gentes de la Iglesia constituidas en alguna dignidad, y más cuando están asomadas á una mitra, suelen ser delicadas, gustan de que todo se les oiga como á oráculos, y llevan muy mal que se les replique. Cuando á esto se añade la razon de parentesco, y más siendo tan inmediato y tan superior como el de tío, los dá

un peso de autoridad sobre toda la familia, que no parecen sino unos consejeros, y hasta los hermanos mayores, que no han ido por la Iglesia, les oyen con una veneracion que causa espanto. Es verdad que no es siempre oro todo lo que reluce, pues tal vez hacen burla de ellos interiormente; pero les tiene cuenta el paliarlo en el fuero externo, así para disfrutarlo en vida, como para heredarlos en muerte; y á ninguno importa más que á tí el tener grato á tu tío, porque ninguno le necesita más que tú, ya por los socorrillos que te suele enviar, ya por lo mucho que su autoridad y la de sus amigos puede servir dentro y fuera de la religion para tus adelantamientos. Por tanto, sigue mi consejo capital, y traza de hacer tu papel; calla, disimula, humíllate, muéstrate convencido, dá palabra de emendarte, consúltale en todo lo que se ofrezca; pero tú haz aquello que se te antoje.

Aunque la leccioncilla del padre predicador mayor no era de aquellas que más se conforman con el Evangelio, ni aún con el catecismo, le cayó muy en gracia al delicadísimo Fray Gerundio, y la tomó tan de memoria, que jamás se la olvidó. Llegaron á casa, donde encontraron ya refrescando á toda la patrulla. Era el refresco limonada de vino y bizcochos, que es lo regular en todas las fiestas recias de Campazas, y se habian agregado á los huéspedes de casa muchos del conterno que habian concurrido á la funcion, y tambien no pocos labradores de los más pestorejados, todos con el motivo de dar la enhorabuena á Fray Gerundio, á sus padres y á toda su parentela.

Fueran graciosas las expresiones con que se expli-

caron algunos, especialmente de aquellos que se preciaban tener voto en cosas de sermones. Uno, que habia servido todas las mayordomías de su lugar, y estaba persuadido que ninguno le echaba la pierna delante, en la eleccion de los mejores oradores, dijo con voz ponderativa: El padre Fray Gerundio ha predicado un sermon, que mientras Campazas sea Campazas, no habrá quien le desquite. Otro que habia sido muchos años procurador de la tierra, y era hombre de cabeza abultada y muy maciza, pareciéndole que el otro habia andado corto, dijo: ¿qué andas ahora en Campazas? En Leon he visto yo los mejores pájaros de España, pero otro Fray Gerundio... y no digo más, porque toda comparanza es *urdiosa*. Al hermano Bartolo se le hacian ya limonada las palabras, y no pudiéndolas contener, prorumpió en el despropósito, de que en todos los dias de su vida habia oido ni habia de oír sermon más metafísico, palabra cuyo significado no entendia; pero siempre le habia parecido que significaba alguna cosa grande é inaudita. Allá se fué el elogio del sacristan de Venafertes, que se halló en la funcion, no se sabe por qué casualidad, y era tenido entre los que le conocian, por hombre de los más cultos, de que á la sazón gorgoteaban el *parce mihi*. Este pidió silencio, teniendo en la mano un vaso de limonada, que rebosaba por el borde, y estando todos callando y suspensos, dijo con voz gutural, recalcada y circunspecta: Señores, vamos haciendo justicia, que el sermon desde el principio hasta la postre, desde la cruz á la fecha, y desde el tema hasta el *quàm mihi*, fué una pura construccion de filosofía. Quedaron todos mirándose los unos á los

otros, y aunque ninguno entendió lo que el sacristán quiso decir, fué general la opinion de que tampoco se podia decir más.

A todo habia estado muy callado, pero atento, un buen clérigo de estos que llaman de *Misa y olla*, que con su capellanía y un decente patrimonio lo pasaba quieta y pacíficamente en su lugar, mejor que un arcediano. Era á la verdad de pocas letras; pues solo tenia las precisas para entender el Breviario y el Misal á media rienda; pero por su buena razon, por su génio apacible y bondadoso, y porque era limosnero y amigo de hacer bien, le estimaban mucho en su pueblo; y apenas moria alguno en él, que no le dejase por su principal testamentario, y él admitia sin réplica estos encargos, así por tener alguna cosa en que emplear loablemente el tiempo, como por haber hecho concepto, de que si cumplia fiel, legal y puntualmente con este piadoso y caritativo oficio, podia hacer mucho bien á los difuntos y ser muy útil á los vivos.

Habia fallecido pocos dias antes el secretario de su lugar, que era ya viudo, y no solo le habia nombrado por su testamentario, sino tambien tutor y curador de sus hijos, con la expresion, que no se le tomasen cuentas, ó se pasase por las que él quisiese dar; todo con la confianza que hacia de su pureza, exactitud y legalidad. Dejaba encargado en el testamento, que se le hiciesen honras y cabo de año con sermon segun costumbre, y señalaba 200 reales de limosna para el orador que las predicase, *en atencion*, decia, *al trabajo que habia de tener cualquiera pobre predicador en hallar de qué alabarme; porque sino quiere mentir, se ha de ver bien apurado.*

En efecto debia de ser así, porque era pública voz y fama, que el tal secretario habia sido hombre no muy demasadamente escrupuloso. Cuando entró en el pueblo (pues fué el primer escribano que entró en el lugar) ni habia pleito alguno ni habia memoria de que le hubiese habido jamás desde su primera fundacion. Pero al año, y no cabal, de su residencia, ya todo el lugar se ardia en pleitos, y cuando murió dejó 36 pendientes, aunque no pasaba la poblacion de 200 vecinos: encendia á unos, y azuzaba á otros, y los enzarzaba á todos. Si dos partes contrarias le consultaban sobre una misma dependencia, á cada uno en particular le respondia afectando una modestia socarrona, que él no era abogado ni entendia los puntos de derecho ni le tocaba dar parecer; pero por lo que le habia enseñado la experiencia en tantos años de ejercicio y en tantos pleitos que habian pasado ante él, era corriente su justicia, temeraria la pretension del contrario, y que á buen librar le condenarian en costas, concluyendo con que si esto no salia así, habia de ahorcar el oficio: que esto se lo decia á él solo con confianza, encargándole mucho el secreto. Después que á uno y otro les habia metido tanto aguijon, añadia con tanto remilgamiento, que aunque era cierto lo dicho; ¿para qué queria pleitos? que era mejor componerse: porque aunque nadie se interesaba más que él en que cada cual siguiese su justicia (pues al fin no comia de otra cosa ni tenia otros mayorazgos); pero que amaba más la paz del pueblo, que todos los intereses del mundo. Con este artificio, después de haber irritado á las dos partes, él echaba el cuerpo fuera, y cobraba crédito de hombre desinteresado.

En habiendo cualquiera quimerilla en el pueblo, por pequeña que fuese, especialmente si había sido cosa de paliza con algun razguño y efusion de sangre, al punto buscaba los alealdes, y se entruchaba con ellos, y en tono de amistad y confianza, les persuadía á que levantasen un auto de oficio, y que tratasen de hablarle, intimándoles que hoy ó mañana vendría una residencia, y no faltaría alguno que los quisiese mal, y les acusase de omision ó de parcialidades; y á buen librar caería sobre sus costillas una multa que los levantase tanta roncha. Después de haber hecho el auto de oficio, arrestados los de la riña, y borrageado mucho papel en declaraciones, cargos y descargos, cuando ya tenía pretexto para estafar bien á las dos partes, solicitaba él mismo por bajo de cuerda, que se compusiesen, y cargando bien la mano á unos y á otros en las costas, porque á ninguno se las perdonaba, á un tiempo llenaba el bolsillo, y era aplaudido entre los inocentes con el glorioso renombre de pacificador.

Era muy franco en dar testimonio aún de aquello que no había visto; y para quitar el escrúpulo á los que podían reparar en aquella maldad, les decía con una bondad que encantaba, que un hombre de bien se había de fiar de otro hombre de bien más que de sí mismo; que había de dar más crédito á los ojos ajenos, que á los suyos propios; porque estos podían alucinarse y engañarle, pero de los otros no era razón ni buena crianza ni aún conciencia presumirlos; y finalmente, que esto mismo se estaba palpando á cada paso en el uso de los anteojos, así ni más ni ménos, con los cuales vé uno más y mejor,

que con sus propios ojos, de donde infería, que así como puede un escribano dar fé de vita lícita, y legalmente de aquello que vé con anteojos, siendo así que no son sus ojos los anteojos, así ni más ni ménos puede y debe darla de lo que vé con los ojos de un hombre honrado, cuando le asegura que lo ha visto, y que pasó la cosa ni más ni ménos que él la cuenta; y á la réplica que le podían hacer que él no sabía si era ó no hombre honrado el que le pedía el testimonio, él salía al encuentro diciendo, que mil veces había oído á los abogados ser principio del derecho, que ninguno se debe presumir malo, hasta que se pruebe que lo es, y que en caso de duda, siempre debe presumir lo mejor.

Quedábanse atónitos los pobres páparos al oír esta doctrina, que les parecía á ellos más clara que el mismo día, y el simil de los anteojos, aunque tan disparatado, les ataba de piés y manos. Para acabarlos de atorrullar, y convencer enteramente, añadía otro simil en el cual les dejaba embobados y lelos. Está un escribano, decía, actuando con un señor alcalde ó con cualquiera juez, firma este, y después más abajo el escribano, ante mí fulano de tal, ¿cuántas veces sucede que el juez al tiempo de firmar, no está delante del escribano, sino á un lado ó á las espaldas, porque el alcalde se está paseando en la sala? ¿y quién dirá por esto, que el secretario es falsario, porque autorizó ó legalizó la firma del juez, diciendo que había sido delante de él? Pues si esto no es falsedad; ¿por qué lo ha de ser dar un testimonio de lo que no se vió ni se oyó, en la buena fé de que trata verdad? ¿quién me asegura que lo ha visto y oído?

A los de mi oficio, que topan en estos melindres y delicadezas, se les puede decir que tienen escrúpulo de Fray Gargajo.

En virtud de esta misma docilidad, era bizarro en dar testimonios no solo de lo que nunca había visto, sino que con bondadoso corazón, no se podía negar á darlos muchas veces contrarios á lo que había palpado sin detenerse á dar testimonios opuestos á las dos partes contrarias, porque decia que era enemiguísimo de descontentar á nadie. Y aunque esto le ocasionó más de una vez algunos embarazos enfadosos en los tribunales superiores, al cabo de ninguno salió tan mal como se podía temer, porque tenia maña para todo: solo era muy tímido en dar testimonios, cuando podia sospechar que podian perjudicar á alguna parte predilecta suya; bien entendido, que su predileccion nunca se fundaba sino en un honrado reconocimiento de expresiones prácticas, no de las más ordinarias. Cuando se hallaba en este caso, decia con grande compostura, que no podia tomar testimonio alguno sin que lo mandase la señora justicia; y cuando le reconvenian que estaba obligado á hacerlo en virtud de su mismo oficio, por cuanto todo fiel cristiano tenia derecho á que se le diese testimonio de lo que había visto ú oido, él respondia con mucho fruncimiento, que eso era ignorar las nuevas pragmáticas sanciones, que habian salido sobre el oficio de escribano; los pobres hombres patanes, al oír el nombre de *Pragmática sancion* quedaban tamañitos, pareciéndoles que debia de ser alguna excomunion del Padre Santo de Roma, para que los escribanos no se metiesen en cumplir su obligacion sin licencia de los alcaldes.

Este habia sido el ejemplarísimo escribano, que habia dejado por su principal testamentario al licenciado Flechilla (que así se llamaba el clérigo de quien íbamos hablando, habrá como dos hojas), dando orden en su testamento, para que se le predicase sermón de honras corriente, como era uso y costumbre en aquella tierra. Pues este clérigo, que oyó á Fray Gerundio el sermón del Sacramento, quedó verdaderamente apasionado, y dijo allá dentro de su corazón: «No se me escapará este pájaro; y así predicará otro de las honras del escribano de mi lugar, como yo soy arzobispo.» En efecto, después de haber oido con profundo respeto la variedad de expresiones, con que todos daban la enhorabuena á Fray Gerundio, se levantó pasmado de su asiento, y bonitamente encaminándose hácia donde aquel estaba, dióle un estrecho abrazo, y asomándosele las lágrimas de puro gozo, le dijo con bondadísima ternura: Padrecito mio, obras son amores, que no buenas razones: yo tengo la incumbencia de encargar un sermón de honras al difunto escribano de mi lugar, que vale 200 reales, y si valiera 2000, con otros dos mil amores, lo pusiera yo á la disposicion de V. Paternidad. El tal escribano, que Dios haya, ciertamente no fué hombre canonizable, pero por lo mismo los asuntos dificultosos se hicieron para ingenios peregrinos, y el de V. Paternidad lo es, ó yo tengo de quemar á mi *Larraga* y al *Piscator de Salamanca*, que es toda mi librería.

No cabe en la ponderacion el empavonamiento de que se sintió repentinamente revestido el corazón de nuestro Fray Gerundio, viéndose convidado en aque-

lla publicidad y en aquellas circunstancias con un sermón de aquel tamaño; pues habría más de cuatro definidores que se tendrían por muy dichosos en haberle conseguido, después de haberle pretendido mucho, y á él se le había venido á las manos, como dicen, sin saber leer ni escribir. Desde aquel mismo punto, se le barrió de la memoria todo cuanto le había dicho su tío el Magistral, como si jamás lo hubiera oído, y ya miraba tan debajo de sí al Magistral, que por poco no le tenía lástima; pero sin embargo se resolvió á respetarle en el fuero externo, teniendo presente la importante lección de su íntimo Fray Blas.

Respondió pues al licenciado Flechilla, muy agradecido á la honra que le dispensaba, y aceptando cuanto era de su parte el sermón de honras, bajo el beneplácito y bendición de su superior, no dudaba se le franquearía con agradecimiento al favor que hacía á la Orden en el más ínfimo individuo suyo. Hay quien diga que casi le respondió con estas mismas voces, aunque tan forasteras á su comun estilo; bien que no faltan otros que lo nieguen, fundados en lo mismo, y persuadidos á que las expresiones eran más cultas, que le correspondían á su crianza y á la idea de hablar que se había formado, así en las conversaciones privadas, como en las funciones públicas. Nosotros no nos atrevemos á tomar partido en este intrucado punto de crítica, bien que nos inclinamos á creer que aunque la substancia de la respuesta fué de Fray Gerundio, pero el gusto y las voces tenían traza de ser del curioso que hizo las apuntaciones de donde sacamos estas menudencias.

Partido que tomaron los alcaldes.

Como quiera que esto hubiese sido, lo que consta de cierto es, que nuestro Fray Gerundio no se descuidó en pedir al licenciado Flechilla algunos apuntamientos de la vida, virtud y milagros del difunto escribano: diligencia muy necesaria para disponer su fúnebre panegírico, y al mismo tiempo quiso informarse del día que pensaba se celebrase el pomposo funeral. Los sufragios, respondió el contentísimo clérigo, los sufragios por las benditas ánimas del Purgatorio, aunque no se supongan tan necesitadas de ellos, como la de nuestro escribano, cuanto más ántes mejor, porque el lugar no es muy acomodado, y ciertamente las pobres no están para esperar mucho en él. Dilatarlos por pereza es crueldad que solo cabe en quien no hace reflexion de lo mucho que padecen aquellos atormentados y dichosos espíritus; y así cuanto más aprisa disponga V. Reverendísima el sermón, más pronto tendrán el alivio las ánimas, y saldré yo á la obligacion de mi compadre el escribano (Dios tenga su ánima en descanso), y más anticipadamente tendremos el gusto de oírle sus apasionados. Quedaron de acuerdo, que dentro de un mes le predicaría, porque Fray Gerundio protestó que necesitaba por lo ménos ese tiempo para disponerle, especialmente siendo esta especie de sermones á su parecer más rebosada, y que necesitaba tomar algunas reglas para forjarle; porque ningun sermón de honras había oído en su vida, y aún entónces le pareció que tampoco le había leído, pero le fué la memoria en esto infiel, como presto se verá. En fin, por no perder tiempo, envió luego un propio á su prelado, pidiéndole licencia para admitir la nueva funcion, con una carta que decia así:

REVERENDÍSIMO PADRE:

« Prediqué el sermón del Corpus al Sacramento
 « de mi lugar á la fiesta de mis padres, como otros
 « lo dirán, que á mí no me está bien el decirlo.
 « Solo puedo asegurar, que circunstancia ninguna se
 « me escapó, hasta una que me cogió de súbito, que
 « fué una gaita gallega en vez de órgano, y la toqué
 « tan bien, que no faltó quien dijo que ni el mismo
 « gaitero había tocado tan bien la gaita, como yo la
 « circunstancia. Perdóme V. Reverendísima que se
 « me escapó sin querer esta alabanza, y quedo tan
 « corrido, según lo que dijo el otro: *Laus in ore pro-*
 « *prio nitescit*. Los abrazos que me dieron al aca-
 « bar el sermón, no tienen cuenta; y las décimas
 « y las octavas, y aún los sonetos que me echaron
 « en la mesa, fueron cosa de juicio. Por fin y pos-
 « tre, el licenciado Flechilla, capellán de Pedroru-
 « bio, me encargó el sermón de honras del escri-
 « bano de su lugar, que murió pocos días hace, y
 « dejó 200 reales de limosna para el predicador.
 « La honra más que el provecho me tira, y tam-
 « bien la esperanza de llevar para el convento una
 « porción de misas, de las muchas que dejó encar-
 « gadas el difunto. Pido á V. Reverendísima el bene-
 « plácito, para predicar este sermón, que ha de ser
 « dentro de un mes, y yo le iré adjetivando por acá
 « á ratos perdidos. El propio lleva un carnero, y una
 « cántara de vino, que mis padres envían de limosna
 « para la santa comunidad, á quien piden perdón de
 « la cortedad, porque no puede obrar más su buen

: les más sup etno sau nos, nohant.

« afecto; y me encargan muchas memorias de su par-
 « te para V. Paternidad cuya vida guarde Dios muchos
 « años. Campazas, etc.

B. L. M. de V. P. su servidor
 y menor súbdito,

FR. GERUNDIO, indigno predicador.

El *Benedicite* vino corriente á la vuelta del propio; porque el prelado no había oído el sermón del Sacramento, sinó en relación de Fray Gerundio, y creyó buenamente que lo había desempeñado con decencia, valiéndose de algun papel ageno, y pensó que lo mismo haría en las honras. Por otra parte las razones que alegaba le hacían fuerza, y no eran para desperdiciadas las misas, que verosimilmente llevaría para el convento. El carnero y la cántara de vino también pedían algun agradecimiento: y en fin, un fraile más, por un mes fuera de casa, era para el convento una boca ménos. Por eso no solo le dió con gusto la licencia, sinó que haciéndose cargo de que en casa de su padre no había muchos libros de sobra para componer un sermón, por el mismo propio le envió cuatro ó seis libros de los que Fray Gerundio había dejado encima de la mesa de su celda, sin detenerse el prelado en examinar lo que eran, juzgando prudentemente, pues que los tenía tan á mano, serían los de su cariño, y los que prefería su elección para la disposición de los sermones.

CAPÍTULO II.

PIDE FRAY GERUNDIO A SU AMIGO FRAY BLAS UNA INSTRUCCION
PARA DISPONER EL SERMON DE HONRAS, Y SE
LA DA DIVINA.

MUCHO hubiera convenido prevenir en el capítulo antecedente, que ni en el principio, ni en la carta, ni en su contenido, ni en el cántaro, ni en la cántara de vino, tuvo el buen Fray Gerundio más arte ni parte, que hacer lo que su amigo Fray Blas le aconsejó, escribir lo que él mismo le dictó, y enviar el regalito con el piadoso pretexto de limosna que él le sugirió. Es el caso, que luego que el licenciado Flechilla le encargó el dicho sermón, fué luego lleno de alborozo á comunicar su fortuna á su íntimo confidente, el incomparable Fray Blas y puesto caso que á éste no dejó de pellizcarle algún tantico la envidia, acompañada de un sí es no es de celillos, porque comenzaba ya á temer que Fray Gerundio en materia de fama le habia de cojer la delantera; y le habia de quitar muchas ganancias, haciéndole cosquillas, que casi á sus mismas barbas, encargasen un sermón no ménos que de 200 reales, á un oradorcillo visoño, que aún apenas le apuntaba el bozo del predicador. Pero al fin, considerando que Fray Gerundio era su discípulo

de púlpito, que la gloria del discípulo se refunde en el maestro, y que hasta del provecho le podia tocar alguna parte, ahogó aquellos impulsos de aquella no muy honrada pasión, mostrando mucho gozo por lo ménos en esto que se veia hácia fuera, le aconsejó sanamente lo que debia hacer, y dictó la carta para el prelado, con todo lo demás que en ella se contiene.

Decimos, y aún lo volvemos á decir, que convenia mucho que todo esto quedase advertido desde el capítulo precedente; porque de esta manera ahorraríamos ahora de advertirlo. Pero sobre que muchas veces un pobre historiador se descuida, y sucede tal vez que mientras toma un polvo, en abrir y cerrar la caja, se le vá la especie que tenia entre la pluma; ¿quién sabe si en esta ocasion lo hicimos adredeamente por no interrumpir el hilo de la historia? A lo ménos nosotros estamos en la firme resolución de no declarrar lo que hubo en esto, para dejar al curioso lector el trabajo de adivinarlo.

Tres dias naturales tardó el propio entre ida y vuelta, en cuyo espacio de tiempo fueron desfilando los huéspedes, retirándose cada cual á su destino respectivo, los dos canónigos á su catedral, el familiar á su casa, el padre vicario á sus monjas, y el fraile y el donado á sus conventos; solo que éste fué primero al mercado de Villamañán, porque tenia que comprar unas cebollas. Vayan benditos de Dios, y la Virgen les acompañe, porque tenían tan ocupada la casa como la hostería, la cual no sabia que hacerse con tantos personajes: especialmente el señor Magistral nos incomodaba un poco, porque su seriedad no gustaba á Fray Gerundio, y hartó será que no

canse tambien á muchos de nuestros lectores. Quedaron pues solos y á sus anchuras nuestro Fray Gerundio y Fray Blas, dueños absolutos de sus cortijos, y teniendo pendientes de sus discreciones al tío Anton Zotes, á la tía Catanla y al licenciado Quijano, que apenas los perdian de vista ni aún de oído.

Cuando vés aquí, que entra por la puerta del corral el deseado propio con un alforjon de libros y la carta del prelado, que venia, como dicen, *a pedir de boca*. Luego que la leyeron los dos camaradas, se dieron reciprocamente muchos abrazos de puro gozo; y aun Fray Blas añadió tambien con religiosa confianza un pescozon y una coz á Fray Gerundio, todo en señal de contentamiento; pero entre todo les cayó en gracia la prevencion del prelado en enviar los libros, no solo porque era señal de la complacencia con que daba su bendicion, sino porque en la realidad se veian sin ellos un poco embarazados, no alcanzando su erudicion de memoria á tanto empeño, y seria chasco verse precisados á retirarse al convento para componer el sermon.

Pasado aquel primer turbion de alegría, dijo Fray Gerundio á Fray Blas, que era preciso retirarse los dos al campo para conferenciar á solas y con libertad sobre el asunto. Que me place, respondió el predicador mayor; y luego que se vieron fuera del lugar (que seria como diez ó doce pasos de distancia, por que la casa de Anton Zotes estaba en el centro del pueblo,) comenzó Fray Gerundio á hablar en esta substancia: Padre predicador, ya sabe V. Paternidad..... Cortóle al punto Fray Blas, y le dijo: Amigo Fray Gerundio, *non bene coherent, neque in una sede*

morantur majestas et amor: Amistad y cumplimiento no caben en un saco. Hasta aquí te he tolerado ese tratamiento, por la tal cual diferencia de edades, pues á lo sumo te llevaré 22 ó 23 años ya no te lo sufriré por lo ménos, cuando los dos nos hallemos mano á mano. Un hombre á quien encargan un sermon de honras que vale 200 reales, bien puede tutearse, no digo con el predicador mayor de una casa matriz, pero con todos los predicadores del Rey: así pues, ceremonias á un lado, y si quieres que en adelante te conteste, trátame como tú. Era dócil Fray Gerundio, y no le costó trabajo conformarse; fuera de que en aquel mismo punto le vino no sé que secreta vanidad y complacencia, de ver que le permitian hombrear no ménos que con un predicador mayor de un convento como el suyo; y aún llegó á presumir que no debia de ser muy inferior en el mérito á quien le hacia tan igual en el trato. Rompió pues, la batalla, y sin detenerse, le dijo: Pues bien está, amigo predicador, y comienzo á darte gusto.

Ya sabes que en toda mi vida no he oido sermon de honras: en Campazas no se usan; en Villaornate no murió persona de importancia, mientras estuve yo en la escuela del cojo: el domine Zancas-Largas no nos habló jamás cosa alguna sobre esta especie de oraciones; cuando fui novicio y artista no se ofreció predicar á este asunto. Sermonarios no he leido sino el *Florilgio*; y en este no hago memoria de haber encontrado sermon de honras ni cosa que sueñe á eso; con que si tú no me alumbras, habré de caminar á tientas. ¡Pecador de mí, dijo Fray Blas, y qué poca memoria tienes! con que ¿no te acuerdas

de haber leído en el *Florilugio* sermón de honras? Pues, ven acá, badulaque; ¿no haces memoria del famosísimo sermón predicado por el autor en Ciudad-Rodrigo, á las honras del regimiento de Toledo, celebradas por sus soldados difuntos? Yo tampoco ahora tengo presente su contenido; pero así en general me quedó la especie vivísima de que es una de las mejores obras que se encuentran en aquella obra verdaderamente celestial: modelo más acabado para disponer una oración fúnebre, con todos los primores de que es capaz el arte: modelo más adecuado no es posible que hasta ahora haya salido de humano entendimiento. Vaya, hombre, le interrumpió Fray Gerundio, que soy un bobo; tú tienes razón, y ahora me acuerdo de haberle leído, y también me acuerdo que me aturrulló; porque si bien no decían lo que querían decir varias cosas, pero esto mismo me llenaba de estupor, haciéndome acá dentro del alma un eco que me atolondraba las potencias. En volviendo á casa, prosiguió Fray Blas, te haré ver, admirar y penetrar parte por parte sus innumerables primores; puesto que entre los libros que te envié el prelado, advertí por el pergamino que venía el *Florilugio*. Pero entre tanto ¿no me dirás así unas reglitas generales para bandearme?

Soy contento, respondió Fray Blas, y ante todas cosas nunca te olvides lo que te dije en otra ocasión, con la de leer el sermón que prediqué á San Benito en Otero, ó por mejor decir la que tú mismo sacaste en fuerza de tu ingenio, sin que yo te la dijese por expreso; esta es la de acudir siempre á alguno de los fastos, monologios, almanaques ó calendarios gen-

tilicos, *sive* *mithológicos*, y ver qué fiesta se celebraba, qué ceremonias ó qué cosa remarcable se hacía en el mismo día, y aplicarla intrépidamente á tu asunto, sea el que fuere, que eso lo podrás hacer con maravillosa facilidad. Observo que te ha cogido algo de repente el término *remarcable*: no lo extraño, que á mí también me sucedió lo mismo la primera vez que le oí; pero ya están los oídos y los ojos hechos á él, que se me hace muy reparable cualquiera cosa notable, que no se llama *remarcable*.

Esta cosa es regla general, y conviene á todo género de asuntos, panegíricos, gratulatorios, exhortatorios ó deprecatorios fúnebres y morales, y aunque prediques el mismo sermón de la Pasión, te puedes aprovechar de ella con una oportunidad que encante. Pero viniendo en particular á sermón de honras, ú oración fúnebre, que todo viene á ser uno, es indispensable que desde luego echés unas bocanadas de erudición á borbotón sobre el tiempo en que comenzó este género de obsequios á los difuntos, ¿con qué ocasión se dió principio á él? ¿quiénes fueron los primeros inventores, si los indios, los griegos ó los romanos? ¿qué progresos hizo en el discurso del tiempo? y en fin, todo cuanto hiciéres en esta materia, ¿será otro tanto oro? porque desde luego captarás la admiración del auditorio con tu portentosa erudición. Pero, hombre de los demonios, replicó Fray Gerundio; ¿dónde tengo yo de encontrar tan antiguas y tan recónditas noticias? ¿Piensas que somos todos como tú, que parece tienes presente todo cuanto ha pasado en el mundo, desde Adam hasta el Antecristo? y aunque se hable de la cosa más despre-

ciable ó más ridícula, como si dijéramos de alpargatas, ó de polainas, al punto señalas el inventor, con el año y día fijo en qué comenzaron á usarse?

—Valgame Dios, Fray Gerundio, respondió Fray Blas, y ¡qué monigote que eres! ¿pues no tienes tú á Beterlint, que te socorrerá con abundancia, con cuanta erudicion repentina hayas menester para cualquiera cosa que quieras? A más de esto, ¿no están ahí los Paseraciós, los Ambrosiós, Galepinos y los diccionarios universales, que hoy se estilan ya en todas las lenguas, los cuales te darán tales noticias históricas y críticas sobre cada palabra, que apénas pueda con ellas tu memoria? Es verdad que los críticos llaman *erudicion de socorro* á este género de erudicion, aludiendo al agua de socorro, con que bautizan los párvulos: más, ¿y qué tenemos con eso? ¿Por ventura, los que bautizan con agua de socorro, substancialmente, no quedan tan bautizados como el Emperador Constantino, que le bautizó el papa San Silvestre, si es que es cierta esta noticia, porque el día de hoy todo se pone en duda? ¿Pues por qué los eruditos de socorro no han de ser tan eruditos, como los que lo son con todas las ceremonias de la Orden? Que te respondan á esta pariedad; y mientras no lo hicieren, que seguramente no lo harán, ríete de malignas y envidiosas expresiones.

—Estoy en cuenta, dijo Fray Gerundio; pero después de toda la retaila de erudicion, que sin duda acreditará á cualquiera; ¿cómo lo he de aplicar al intento de mi sermón de honras? ¿Cómo he de hacer, que venga á propósito para celebrar la memoria de mi buen Escribano? En poca agua te ahogas, res-

pondió Fray Blas; y un hombre que aplicó todo cuanto quiso, así en las circunstancias del sermón del Sacramento, como en la plática de disciplinantes, me admira que ahora se embarace en una bagatela. Mira, dos opiniones hay, á lo que me acuerdo, que llaman *oraciones fúnebres* ó *panegíricos* á los difuntos: unos quieren que los inventores primeros de este género fueron los griegos, y aún se adelantan á nombrar quién fué el primero, que dicen que fué Mescó, con ocasion de dar sepultura á los cadáveres de los argivos. Otros atribuyen la gloria de esta agradecida invencion á los romanos, afirmando que la primera oracion fúnebre que se oyó jamás, fué la que pronunció Lucio Bruto, con ocasion de la muerte de la casta Lucrecia, con la cual encendió tanto el ánimo de los romanos contra el soberbio Tarquino, que le arrojaron del trono, y se fundó la República 509 años ántes del nacimiento de Cristo. Algunos se esfuerzan á conciliar estas dos opiniones, diciendo que los griegos fueron en rigor los primeros inventores de estos elogios fúnebres; pero limitándoles precisamente á los que habian muerto en la guerra en defensa de la patria, y los romanos fueron los que los extendieron á todos los claros varones que habian sido eminentes en otras virtudes, aunque no fueron militares, ó que habian hecho algun considerable servicio á la patria ó al estado. ®

Tú no te detengas en esta cuestion inútil, aunque convendra que no dejes de apuntarla, para que entiendan que sabes mucho más de lo que dices, y añadirás luego con despejo y arrogancia: «Ahora se consagren los panegíricos póstumos á las armas; ahora

« se dediquen á las letras, ahora se destinen á cualesquiera otras virtudes, en que florecieron los clarísimos varones. Siempre se deben de justicia estos póstumos fúnebres y preciosos elogios á nuestro Domingo Conejo (así se llamaba el Escribano, que Dios haya.) Si á las armas: mirésele continuamente con el cuchillo en la mano, tajando plumas, como pudiera meros, turcos y judíos. Si á las letras: ¿quién formó más ni con más airosos rasgos en toda la redondez? Registrense sinó estos inmensos protocolos. ¿Si á las demás heroicas virtudes, que hacen reventar al clarín de la fama por lo más ancho de la bocina? señálese siquiera una en que no hubiese sido el *non plus ultra* nuestro plangibilísimo Conejo.»

Hombre de Satanás, replicó Fray Gerundio, lo de las armas y de las letras está aplicado, que ni el mismo *Florilugio*; pero lo de las demás virtudes; ¿cómo se puede decir, sin que el diablo y el auditorio se rían de la mentira? ¿No ves (pecador de mí) que en los apuntamientos del licenciado Flechilla, se dice clarísimamente, que el Escribano (Dios le haya perdonado) era un mal hombre, falsario, embustero, enredador, cizañero, ladrón con sus polvillos de hipocresía? ¿Y en esto te detiene? respondió Fray Blas, con cierto airecito de fisga: cada día eres más cuitado, y temo que has de dar en escrupuloso. ¿Pues hay más que bautizar esos vicios con el nombre de virtudes? y cátao todo compuesto. Di que ninguno le excedió en la condescendencia, que pocos le igualaron en el ingenio, que á nadie concedió ventajas en lo penetrativo, que fué único en la persuasión, y que en

orden á defender sus derechos, no solo no admitió igual, sino que tampoco le rayase ninguno. Ves ahí desfigurados sus vicios, y representados á la moda en traje de virtudes morales, con lo que ninguno te podrá hablar una palabra; y aún está á pique que al acabar la oración fúnebre, alguna viejecilla simple se encomiende devotamente al santo escribano Conejo. Y en fin, cuando todo turbio corra; ¿á tí, qué te cuesta fingir en el difunto las virtudes que vinieren más á punto, según los materiales que te vinieren más á mano? Pues si no las tuvo, á lo ménos las debía tener. ¿Piensas tú, que serás el primero que lo hace? Mucho te engañas en eso: hombre he visto ya de mucho provecho; lo practican á cada paso, sin que por eso pierdan el casamiento y nada del respeto que se les debe. Hay en cierta parte del mundo un gremio digno de toda veneración, donde se acostumbra hacer honras y predicar su oración fúnebre por cualquiera individuo de él, mas que muera de la otra parte del cabo del mundo. Ya se vé, pensar que son canonizables todos los miembros de aquel respetable gremio, sería un juicio que se pasaría de puro piadoso: con todo eso apenas se lee ni se oye oración fúnebre de alguno (porque las más se imprimen) que al oyente, ó al lector no le dé gana de hacerle una novena con culto privado, siendo así que tal vez caen las oraciones en sujetos, que los que en su vida no hicieron milagros, los hacen después de muertos. ¿Cómo se hace esto tan lindamente? Poniendo el orador de su casa lo que faltó al difunto, y que éste le agradezca la buena voluntad. O señor, que esto será engañar al público, y con engaño muy

perjudicial. Escrúpulos de Fray Gargajo. ¿No se vé en todo el mundo, que la prenda primera de todo buen orador debe ser la que se llama *invencion*? Esto quiere decir, que el buen orador ha de inventar lo que alaba, y es claro que si lo encuentra en el sujeto á quien elogia, no lo inventa el que lo refiere.

Un poco le disonó esto á Fray Gerundio, oliéndole á grandísimo disparate, y así no se pudo contener sin interrumpirle, diciendo: Fray Blas, yo pienso que estás un sí es no es equivocado, y confundes la invencion con la funcion, cosas entré sí muy distintas y muy distantes. Hago alguna memoria de que cuando el dómine Zancas-Largas nos explicó esto de la invencion, no nos dió el sentido que tú la das, y nos dijo que la invencion era aquella virtud ó gracia intelectual, en fuerza de la cual el orador queriendo engrandecer algun hecho cierto, buscaba con arte, medios, arbitrios y modos oportunos para amplificarle y para engrandecerle; á los cuales modos, arbitrios ó medios llamaba él, *fuentes de la invencion*; por señas que aún todavía me acuerdo bien de las tales fuentes, porque me costó el aprenderlas un par de vueltas de azotes; y así decía, que las fuentes de la invencion eran, la 1.^a la historia; 2.^a los apólogos y las parábolas; la 3.^a los adagios y refranes; la 4.^a los *geroglíficos*; la 5.^a los emblemas; la 6.^a los testimonios antiguos, la 7.^a los dichos graves y sentenciosos; la 8.^a las leyes; la 9.^a la Sagrada Escritura; la 10.^a el discurso ó el acierto ó descripción de lugares. Así explicaba esto de la invencion; pero nunca nos dijo, que la invencion del orador consistia en inventar, fingir lo que habia de alabar; ántes bien sí

no me engaño mucho: nos inculcaba, que eso de fingir se reservaba para los poetas.

No gustó mucho Fray Blas de la tal réplica; porque efectivamente conoció de los botones adentro el disparate; mas como era fuerte, se empeñó en llevarle adelante, y así le dijo con sobrado sacudimiento: Válgate el diantre por tu dómine Zancas-Largas, que ya me tienes geringados los ijares. Este dómine zancarron te engañó, diciéndote que el fingir era propio de los poetas; también lo debe ser de los oradores; por cuanto no puede ser buen orador, sin que sea buen poeta: así lo dice Ciceron, aunque no me acuerdo donde; pero basta que yo lo diga, que no ha de ir un hombre con las mangas cargadas de citas cuando se sale á pasear.

Calló Fray Gerundio, viendo á su amigo algo amostazado, y éste prosiguió: Lo dicho dicho: el alabar á los difuntos, ya sea en oraciones fúnebres, ya en episodios poéticos, cantados en su loor; y fingir las virtudes que no tuvieron, no es cosa de ayer acá, ni es invencion de modernos. Ahí está uno de tantos Sénecas como andan por esas librerías (pienso que ha de ser el trágico el cual debió de llamarse así, porque su padre se llamaba *Tragon*;) digo que ahí está este tal Séneca, que introduce á los poetas de su tiempo llorando la muerte del Emperador Claudio Druso, diciendo de él una máquina de proezas, que jamás le pasaron por el pensamiento al bueno del Emperador. Más que rabies, te he de encajar, que quieras que no quieras, el himno que supone compusieron en su alabanza, y solo porque me gustó el sonsonete, pareciéndose al de *Iste confesor Domini*

colentes; le tomé de memoria, dice pues así:

Por justos motivos no se pone á la letra el himno que se cita arriba.

No quiero cargos de conciencia, y soy hombre sincero; confiésole que esto era demasiado latin para mi gramática, y que no le entendí, sino muy en montón, y como dicen á media rienda. Pero me depará Dios un lector de nuestro orden, que por más de tres años había sido Rey en el general de mayores de Villagarcía, el cual me declaró su contenido, y parece ser que en el tal himno se alaba al Emperador Claudio, de haber sido muy prudente, de grandes fuerzas, de suma claridad, y de tanto valor, que sujetó á los persas, rindió á los medos, subyugó á los britanos, extendió los límites del Imperio Romano de la otra parte del Ponto, y obligó hasta el mismo Océano, á que obedeciese á sus leyes. Esto dice el himno. ¿Mas qué hubo en esto? Nada en conclusion; porque yo leí en un libro viejo sin principio ni fin, de grande autoridad, que el Emperador Claudio fué un estúpido, tanto, que su misma madre Antonia, cuando queria ponderar la simpleza de alguno, decía: *Es tan simple, como mi hijo Claudio.* En todo su imperio, no hizo cosa de provecho, sino comer, beber y tratar con la gente más vil y despreciable. Es cierto que su hijo Británico triunfó de los britanos, porque los cogió desprevenidos, y acabáronse todas sus hazañas. Casóse cuatro veces, y se hubiera casado cuatrocientas, si su sobrina y cuarta mujer Agripina no hubiera tenido cuidado de enviudar á-

tes de tiempo, quitándole la vida con veneno. Adoptó á Neron hijastro suyo, sin hacer caso de Británico su hijo, y á esto se redujeron sus proezas. ¿Con todo eso el poeta hizo bien en fingir todas aquellas prendas que le parecieron propias de un grande emperador, y celebróle por ellas, más que nunca las hubiera tenido, que eso no fué culpa del panegirista, y nadie le quitó que las tuviese? ¿Pues qué razon habrá divina ni humana, para que tú no hagas lo mismo con el escribano Conejo? Tus argumentos son tales, respondió Fray Gerundio, que no los desatará una universidad entera en cuerpo y alma. No admiten réplica, y así no solo me conformaré á ciegas con tu dictámen, sino que en este punto me ocurre un modo más fácil de predicar mil sermones de honras á mil escribanos que cayesen en mis manos. ¿Cómo así? le preguntó Fray Blas.

CAPÍTULO III.

INTERRUMPE LA CONVERSACION UN HUÉSPED INOPINADO,
QUE SE APARECE DE REPENTE: VUELVEN A ATAR EL HILO CON TODO
LO DEMÁS QUE IRÁ SALIENDO.

IBA á responder Fray Gerundio, cuando al revolver del cercado de una viña, por donde se atravesaba á *Trasconejo*, famoso sitio del monte de Balderas, se apareció un mocito, como de 25 años, con todo aparato de cazador crudo; redecilla con borla á medio casquete, tupé asomado con dos caidas de vuelvos, chambergo de cinta de plata y oro con su roseta, entre si trepa ó no trepa á la capa del chambergo, capotillo de grana hasta la cintura, chupa verde bien cumplida de faldillas, calzon de ante fino ajustado á la perfeccion, asomando por la faltriguera hasta bien entrado el muslo una cinta con sello y llavecita de reloj, botines de lienzo listonado de azul, que ni pintados, y sus zapatillas blancas, escopeta, bolsas, dos podencos y cuatro perdices que llevaba en una red de hilo harto bien tejida pendiente de un cordón de seda, que á manera de banda le cruzaba desde el hombro derecho hasta el ijär izquierdo: eso se supone.

Era un colegial trilingüe de la universidad de Salamanca, jöven, bien dispuesto, despejado, hábil, de

humor festivo y retozon, aunque algo vivo, osado y quisquilloso, más que medianamente instruido en letras humanas, y sobre todo en la retórica, á cuya cátedra era opositor, y aún habia leído una vez á ella. Llamábase *Don Casimiro*, y estaba de recreacion en Balderas, donde tenia casada una hermana muy de su cariño, y al cuñado no le faltaba un tris para ser corregidor de Villalobos. Aquella tarde habia salido á caza, y fatigado de la sed, iba por más pronto remedio á echar un trago de agua de las bodegas de Campazas, cuando al revolver del cercado se encontró con estos nuestros dos frailes. Conoció á Fray Blas, porque este, bien que mal, habia cursado en Salamanca, aunque *Don Casimiro* era niño gramático, y Fray Blas ya era colegial (así llaman á aquellos teólogos de receta, que van en tropa á escuelas mayores y menores.)

Apénas se vieron los dos, cuando recíprocamente se conocieron; y es que Fray Blas nada se habia mudado, porque tan calzado era de barbas, y cerrado de mollera cuando colegial, como cuando predicador mayor de su convento; atento á que cuando tomó el santo hábito, era ya entrado en mozancon. Por lo que toca á *Don Casimiro*, es cierto que aunque habia crecido mucho, y era hombre que ya se afeitaba á menudo, pero conservaba todavía el aire, las facciones de la cara, y cierta viveza de ojos, que le agradaban mucho cuando niño. Diéronse un estrecho abrazo, y después de aquellos afectos regulares de alegría, y de aquel monton de especies antiguas, que tocan de tropel dos conocidos antiguos en estos encuentros casuales, después de haberse santiguado

los dos media docena de veces con aquello: *¡Valgame Dios, que encuentre!*; *¡Quién me lo dijera!*; *¡Quién lo pensara!* Sin omitir Fray Blas lo otro de: *¡Jesús, y qué crecido, y qué espigado, y qué hombre, y qué galán! venga otro abrazo, etc.*, le tomaron en medio los dos frailes y el predicador en pocas palabras, dió razon á Don Casimiro de quien era Fray Gerundio, de sus prendas, de sus talentos, del sermón que acababa de predicar, de los aplausos que había merecido, del sermón de honras que le habían encargado, y en fin, de toda la conversacion que habían tenido los dos desde la salida del lugar, hasta el mismo punto del dichoso encuentro inclusivamente.

Hizo Don Casimiro un cumplido á Fray Gerundio muy cortésano, y habiéndole respondido éste con las voces que le deparó su bondad, su crianza y su cosecha, prosiguió inmediatamente sin detenerse: Señor Don Ramiro.... *Casimiro* (interrumpió el Colegial,) para servir á V. Paternidad. Perdón V., continuó Fray Gerundio, que cuando le nombró mi amigo el predicador, estaba yo un tantico embobado y solo pude advertir, que su nombre de V. era un nombre acabado en *iro*. Pues, señor Don Casimiro, lo que yo iba á decir á Fray Blas, cuando nuestra buena suerte nos deparó la honrada vista de V. era que se me había ofrecido un medio estupendísimo de predicar, aunque fuesen mil sermones, á todos los escribanos, que están comiendo la tierra: esto es, el ir discutiendo el sermón por todas y cada una de las fuentes, que llaman los retóricos *de la invención*. — Esa es mi comidilla, interrumpió el colegial, y toca Usendisima un punto en que puedo decir algo

con ménos desacierto; porque al fin esta es mi facultad. Si las fuentes de la invención precisamente son diez, si son ménos ó son más es punto muy cuestionable, y no ignora Usendisima que le controvierten los autores. Cicerón en lo *de inventione*, señala algunos más. Nuestro Quintiliano en sus *Institutiones oratorias*, las redujo á ménos, y Cayo Longino en su *Tratado de lo sublime*, que anda traducido del griego en francés por monsieur Boileau, dice á mí ver con mayor acierto, que no se puede señalar el número de las fuentes de la invención; porque serian más ó ménos, segun fuere más ó ménos la fecundidad ó fuerza imaginativa del orador. Pero no hay que detenernos en lo que no es del día: importa poco que las fuentes sean diez ó sean mil; lo cierto es que solas diez fuentes en cualquier asunto pueden juntar un caudal oratorio tan copioso, que forme un río navegable de elocuencia. ¿Y cuáles son estas diez fuentes donde Usendisima piensa hacer aguada para navegar felizmente por el proceloso mar de su parentación?

Con licencia de V., el escribano, cuyas honras he de predicar, no era pariente mio, respondió Fray Gerundio. Pues digo yo, por ventura que lo fuere, replicó el colegial. Es que como V. dijo, eso de emparentación, prosiguió Fray Gerundio, creí que me emparentaba con él. Sin más exámen, conoció Don Casimiro la probeza del fraile con quien trataba: pero disimuló cuanto pudo, y ya con algun conocimiento mayor del terreno, respondió: Usendisima ha padecido equivocación, nacida sin duda de alguna distracción involuntaria: yo no dije *emparentación*,

sino *parentacion*. ¿Pues qué más dá uno que otro? replicó Fray Gerundio. Parece, respondió el vella-cuelo del colegial, que Usendisima tiene gana de chancearse, y á mi costa quiere divertir la tarde: un hombre como Usendisima, que tiene noticia de la invencion y de sus fuentes, no puede ignorar, que Ciceron llama *parentacion á los difuntos*, el hacer honras por ellos; y de aquí se dice *parentacion* todo lo que se consagra á su memoria, ya sean ofrendas, ya elogios, ya oraciones, ya sermones. Como Fray Gerundio se vió tratar con tanto respeto (pues á la verdad era la primera vez, que habia recibido este tratamiento, y no dejaba de admitirlo con gusto y con continuacion), y como quedó un poco corrido de que le hubiesen cogido en aquel punto, resolvió disimular, y así dijo: Ya lo sabia yo; pero quise hacer el bobo, por tener el gusto de oír á V. Pues otra vez, replicó el fisgon del colegial, no lo haga Usendisima con tanta naturalidad, porque casi me lo hizo creer. Pero volviendo á nuestro propósito; ¿cuál es la primera fuente de la invencion que señala el autor de Usendisima?

La Historia, respondió Fray Gerundio. Tambien Quintiliano, dijo el colegial, señala esta por la primera fuente. No sé si me acordaré de sus palabras, porque ya hay algunos años que las encomendé á la memoria: hagamos la experiencia: *Imprimis vero (pienso que ha de decir) abundare debet orator exemplorum copia, tum veterum, tum novorum; adeo ut eo modo, quæ scripta sunt historiis aut sermonibus, veluti per manum tradita, quæque quotidie aguntur debeat nosse. Verum nec ea, quæ à clarioribus poetis*

ficta sunt, negligere. De suerte que Quintiliano desea en cada perfecto orador, no solo una noticia comprehensiva de la historia, de la tradicion y aún de los sucesos particulares que acaecen en su tiempo, sino que no debe despreciar aún las ficciones y las fábulas de los poetas más ilustres y más clásicos; porque todo sirve para exornar lo que dice con ejemplos antiguos y modernos.

Véslo, Fray Gerundio, véslo, interrumpió á esta sazón Fray Blas, lleno de gozo, y dándole una palmadita en el hombro izquierdo: mira como Quintiliano aprueba lo de las fábulas en los sermones y en las oraciones, segun el texto literal y terminante, que con tanta puntualidad acaba de referir Don Casimiro. ¿Y qué te parece, que el señor Don Casimiro es rana? Pues sábete que será bien presto catedrático de retórica en la universidad de Salamanca, como yo soy predicador mayor de la casa. Dí ahora á todos los magnates del mundo, y á cuantos maestros Fray Prudencios pueden tener las religiones mendicantes, monacales y clericales, que se vengán á contrarestar á Quintiliano.

Poco á poco, Reverendísimo Padre Fray Blas, atajó Don Casimiro. Quintiliano instruye á un orador profano, y no á un orador sagrado. Da reglas para los que han de hablar en las academias, arengar á los magistrados, hacer representacion al Principe en los tribunales; no se mete con los que han de enseñar al público desde los púlpitos. Es cierto que unos y otros pueden y deben usar de la Historia con moderacion y templanza; pero de la ficcion y de la fábula, solamente podrán valerse con mucho tiento;

así lo dá á entender el mismo Quintiliano, y sino repare Usendisima en que términos se explica: *Nec ea, quæ à poetis ficta sunt, negligere*. No dice que hagan estudio de las ficciones, sino que no las desprecien, y que no las olviden del todo. Pues si Quintiliano quiere que aún en las oraciones profanas se practique tanta circunspeccion en el uso de la fábula; ¿cuánto condenaria que se gastase, digámoslo así, á pasto en las oraciones sagradas que él no conoció? porque tuvo la desgracia de morir en el paganismo. Pero dejando á un lado esto, que no es de mi profesion, dígame Usendisima, Padre Fray Gerundio, ¿cómo ha de usar Usendisima de la retórica para el sermón del escribano?

Tan lindamente, respondió Fray Gerundio; lo primero, voy derechamente á buscar la palabra *Scriba*, y leyendo todo lo que dice de los escribas en la Biblia, se lo aplico ajustadamente á mi escribano. Después voy á consultar en un Tesouro lo que hay en latin por escribano, que á fé de hombre de bien no lo sé, porque no está obligado uno, aunque sea el mayor latino del universo, á saber como se llaman en latin todas las cosas. No se canse Usendisima, que yo se lo diré: Escribano y notario, en latin se dicen *tabellarius* y *tabellio* como quieren otros. Lindamente continuó Fray Gerundio; busco pues la palabra *tabellio* ó *tabellarius* en el *Thesaurum vite humanæ* de Bernin, y allí encontraré todo cuanto pueda desear sobre el tiempo, origen, progreso, variedad de fortuna, con otras tres mil curiosidades tocantes al officio de escribano, desde su fundacion hasta el tiempo en que escribió su *Teatro devoto* y pio Bernin, Arce-

diano de Amberes: si allí no encuentro esta palabra, que es muy posible, infaliblemente la he de hallar en el Calepino de Ambrosio, ó aumentado por Pase-racio.

Tenga Usendisima, interrumpió el colegial, y deme su permission para hacer una pregunta: ¿qué entiende Usendisima, por ese modo de citar semejante Calepino? Se me representa una cosa parecida á la carabina de Ambrosio. Cierto, señor colegial, que es muy honda la pregunta, respondió Fray Gerundio, no sin hacer algun gesto desdeñoso; cualquier mero gramático sabrá satisfacerla; pues saben hasta los menoristas, que Calepino es una palabra griega, hebrea ó moscovita, que en eso no me meto, que significa lo mismo que diccionario ó vocabulario, en él que siguiendo el alfabeto se va discurrendo por todas las palabras latinas, y se dice lo que significa en romance. Tras de esta respuesta, padre reverendísimo, respondió el colegial en tono sacudido, yo no extraño que los niños gramáticos ignoren lo que significa Calepino, cuando los reverendísimos padres predicadores no lo saben, Calepino no es voz griega, arábica, hebrea ni moscovita, sino puramente italiana; tampoco es título de la obra, sino nombre patronimico de la patria del autor. Este fué Fray Ambrosio Calepino de la Orden de San Agustin, llamado así porque fué natural de Calepio en Italia, ni más ni ménos como San Nicolás de Tolentino y Santo Tomás de Villanueva, religiosos del mismo Orden; porque el uno, aunque era natural del Angel, cerca de Tolentino en la Marca de Ancona, vivió 30 años en Tolentino, ciudad episcopal de la misma Marca

donde murió; y de esta larga residencia en este lugar tomó el nombre. El otro le tomó de Villanueva de los Infantes, donde se crió, aunque había nacido en Fuentellana, pueblo reducido, que dista tres cuartos de legua de aquella villa. Pues ahora, si uno citase los sermones de Santo Tomás de Villanueva, diciendo, se lee en Villanueva de Santo Tomás, ¿no sería cosa ridícula? Pues tan ridículo es, si no es más, citar á secas y sin llover el Calepino de Ambrosio, como si el autor hubiese puesto el título de Calepino de.... y vea aquí Usendísima, como la pregunta tenía más orden que el que parecía. Ahora pase Usendísima adelante, que esto no ha sido más que una diversion.

Algo descalabradillo quedó Fray Gerundio de la refriega calepinal, y curándose lo mejor que pudo, prosiguió diciendo: Informado una vez de todo lo que traiga el Calepino ó diccionario de Paseracio, (que no hemos de reparar en quisquillas) acerca de los escribanos, tengo ya una buena provision de noticias antiguas para exornar mi sermon. No dejo de conocer que me hace falta un poco de erudicion moderna; pero ¿dónde la encontraré? ¿Ni quién pudo jamás soñar en escribir la historia de los escribanos? Sosiéguese Usendísima, interrumpió el colegial, que no es eso tan imposible como le parece á Usendísima: si hay historia completa y no mal escrita, por Juan Bautista Tiers de las pelucas y peluqueros; ¿por qué no la podrá haber de los escribanos? Y si de los libreros y encuadernadores, ¿por qué no de los escribanos? Padre reverendísimo, yo no puedo dar á Usendísima más noticia cierta de alguna de la histo-

ria de los secretarios de Estado, que de la del Señor Faluces Dutoe, que corre con aceptación.

Hombre de los demonios, exclamó á esta sazón Fray Blas, ese es un tesoro: ¡Historia de los secretarios de Estado! ¡ahí, es un grano de anís el librito! cosa más adecuada al intento era imposible hallarla, porque el escribano Conejo todo lo tenía, puesto que lo primero era secretario, y lo segundo de Estado, por estar casado *in facie ecclesiastica*, con la Señora Maria Beltrana Pichona, por otro nombre, *la Roma*, que hoy es su viuda, y que lo sea por muchos años.

Reverendísimo maestro, dijo entónces Don Casimiro, cogiendo del brazo á Fray Blas, tenga por Dios, no se precipite, un tropiezo ha dado Usendísima, que no sé como no se ha deshecho las narices. Secretario de Estado, no es esto ni suena serlo, y confundir los secretarios de Estado con los escribanos reales numerarios ó de ayuntamiento, de las ciudades, villas y lugares, es un despropósito que solo la inocencia puede excusarle de grandísimo desacato. Secretarios de Estado y del despacho universal, son aquellos ministros superiores que despachan inmediatamente con los reyes, forman los decretos, autorizan los tratados, y expiden las órdenes á su real nombre, llamándose de Estado, porque solo tratan inmediatamente con el príncipe aquellas materias que pertenecen á él, sean ya políticas, ya de marina, ya de gracia y justicia, y ya tambien de la real hacienda, no son escribanos de oficio imponderablemente inferiores á su elevado empleo; y darles este nombre, sería una insolencia digna de mayor castigo, si no la

disculpara la ignorancia. Los otros escribanos públicos autorizados por el Consejo para servir al comun, aunque es oficio muy honrado, y le ejercitan muchos hombres de bien, están mucho más abajo, y no sé yo de que puede servir la historia de los secretarios de Estado, para las honras de un escribano real.

Señor Don Casimiro, replicó muy sereno el padre Fray Blas, como en mi religion no se leen gacetas, no estamos diestros en estas materias tan altas; mi intencion no fue ofender á nadie, habiendo oido toda mi vida llamar secretarios á los escribanos, y escribanos á los secretarios, creí que era lo mismo uno que otro, y harto seria que no lo hubiese errado el otro día, que se me ofreció escribir una carta al secretario de cierto Señor Obispo, y puse en el sobre escrito á *D. Fr. N. tal escribano del Sr. Obispo de tal parte*. Pero la carta está ya en el correo, y si el secretario se riese, este buen rato más tendrá; sobre todo, el auditorio á quien ha de predicar el padre Fray Gerundio, tanto sabe de secretarios como yo; con que en hablando de secretarios, sean los que fueren, para él todo será á un precio, y yo confío que no ha de ir á examinar si viene ó no viene á cuenta la noticia.

Eso ya es otro cantar, dijo Don Casimiro, y no me toca á mí, que huyo de meter la hoz en mies ajena. Así pues, prosiguiendo adelante, dígame Usendísima; ¿cuál es la segunda figura que señala el autor de Usendísima? *Apologi et Parabola*, respondió Fray Gerundio, los apólogos y las parábolas. Pero ¿qué entiende Usendísima por parábolas y apólogos? Por lo que toca á los apólogos, respondió Fray Gerundio, confieso que todavía no he podido formar concepto

claro de lo que son; mas en cuanto á las parábolas, aunque tampoco sé definir las con precision, ya las entiendo con claridad, por las parábolas, que se leen en el Evangelio de la viña, de la higuera, de los talentos y otras.

Pues mire Usendísima, continuó Don Casimiro, apólogo y parábola, parábola y apólogo, allá se van en su significado: uno y otro quieren decir una semejanza y comparacion fundada en una cosa verosímil que se finge, para sacar de ella una sentencia ó moralidad cierta y verdadera, como cuando Menesio Agripa se valió de la parábola y del apólogo del cuerpo humano, para sosegar al pueblo romano, que se habia amotinado contra el Senado, y se habia retirado al monte Aventino; y Menesio con su apólogo le redujo otra vez á la obediencia de los padres conscritos. El uso de las parábolas es muy bueno, aún en los asuntos más serios y más sagrados; basta haberle conocido en el ejemplo del mismo Cristo, para que todos le veneremos. Muchos Santos Padres le aplicaron con facilidad, y sabemos que San Gregorio Nacianzeno desterró la vanidad del Presidente Claudio, con el glorioso apólogo de las golondrinas y cisnes. Mas en mi dictamen se ha de tener presente la juiciosa regla que dá el padre Nicolás Causino en su eruditísima obra de *Eloquentia sacra et profana*, libro IV, capítulo IV, por estas palabras: *Animadvertendum erit, ne parabola, seu opologi nimis crebri sint, sed caute atque appositè adhiberi oportet.* «Débense usar los apólogos con moderacion, con economía, y no con demasiada frecuencia.» Las voces para explicarlos, aunque puedan ser algo festivas,

nunca han de picar en graciosas ó chocarrerías, porque entónces se convertiría en bufon ó en truan el orador. Finalmente los apólogos se han de proporcionar á toda la decencia que pide el asunto, el lugar y la persona. Todo esto es cierto; pero tambien lo es, que aunque los apólogos practicados con estas reglas, pueden ser muy útiles en asunto moral ó doctrinal, no sé yo como podrá Usendísima acomodarlos al sermón de honras de su escribano.

En este punto se me está ofreciendo uno, dijo Fray Blas, que si Fray Gerundio sabe bornearle, ha de venir á su sermón, que ni aunque le hubieran cortado para él, y no es ménos, que del mismo Demóstenes. ¿Y cuál es, Reverendísimo? prosiguió el colegial. Cual, respondió Fray Blas, el de aquel caminante que alquiló un burro en dos reales por cada dia para cierto viaje en rigor del Agosto; y como todas las mañanas hácia las diez le calentase el sol demasiadamente, él se apeaba y se tendía á la sombra del burro. Calló el dueño del jumento, y al tiempo de ajustar la cuenta, el que le habia alquilado le dió doce reales por seis dias de viaje. *Faltan otros doce*, dijo el alquilador. *¿Pues cómo?* replicó el caminante, *seis dias de jornada, á razon de dos reales, son doce cabales. Sí, señor*, respondió el alquilador, *faltan otros doce por la sombra del burro, puesto que el ajuste solo fué por el burro, pero no por la sombra.*

El apólogo es gracioso, respondió el colegial, y con efecto me acuerdo haberle leído en Plutarco, atribuyéndole á Demóstenes, quien con esa chanza despabiló la atención del auditorio, que estaba distraído un poco. Pero no veo como el padre Fray Ge-

rudio lo puede aplicar á su escribano. Eso de los Cielos, respondió Fray Blas, tiene más que ponderar el desinterés y la limpieza del escribano Conejo, y decir que siempre perdonaba algo de sus derechos; porque aunque cargaba, como era razon, el coste del papel, plumas y tinta, sin olvidarse de prevenir al litigante que echase dos pesetas sobre la mesa para el escribiente, con todo eso, no obstante de que cortaba muy á menudo las plumas, nunca cargó ni aún un maravedí por las navajas; y aquí entra el apólogo del burro y de la sombra, que ni aunque le hubieran mandado fabricar de molde.

Sonrióse Don Casimiro, y continuando sus preguntas, dijo á Fray Gerundio: Segun el autor de Usendísima, ¿cuál es la tercera fuente de la invencion? Los adagios, respondió sin detenerse. Es fuente muy copiosa, añadió el colegial; pero Usendísima, ¿qué entiende por adagios? ¿qué he de entender? lo que cualquiera vieja de mi lugar. Adagios y refranes son una misma cosa; pues que preguntó Don Casimiro, ¿los refranes pueden tener lugar en algun género de sermones? Ahora salimos con eso, respondió Fray Gerundio, ¿y cómo qué pueden y deben tener lugar en ellos? No hay cosa que más los agrade ni que más los embellezca. Yo tengo algunos apuntamientos de adagios varios que he leído y oído en algunos sermones, los cuales verdaderamente me han suspendido, y pienso aprovecharme de ellos cuando me vengan á pelo. ¿Dónde hay v. gr. introduccion más magnífica para un sermón de honras, que la de un religioso grave en un sermón que predicó á un maestro de su orden, que se llamaba *Fray Eustaquio*

Cuchillada y Grande, cuando dió principio á su oracion fúnebre, diciendo: ¿*Al maestro, cuchillada y grande?* Refran y equívoco que desde luego captó, no solo la admiracion sino el pasmo de todo el auditorio; y hoy es el dia en que yo no acabo de aturdirme de tan bella introduccion. Pues de aquel divino asunto, que predicó un famosísimo orador, en las exequias de D. Antonio Campillo, párroco que fué en cierta iglesia, en cuyo campanario habia fabricado á su costa una aguja, fué pues el asunto: *El sastrero del campillo, que puso la aguja y el hilo*. Esto es ingenio, y lo demás parla, parla. Y el otro, que predicando el sermón del demonio mudo en tiempo de cuaresma, asistiendo el Santo Tribunal, dió principio con este oportunísimo refrán: *Con el Rey, y la Inquisicion, chiton*; añadiendo que por eso era mudo el demonio de que se hablaba en el Evangelio, porque estaba delante de la Inquisicion. ¿Parécele á V. que no podia predicar, aunque fuese delante del mismo Papa? Bastan estos ejemplares, y estoy pronto á dar á V., aunque sea un ciento de ellos, para que vea si los refranes pueden tener lugar en los sermones.

Yo, reverendísimo, tengo muy pocas barbas para meterme en asuntos tan hondos, y más no siendo de mi profesion, que se reduce á latinidad, retórica y bellas letras, ó letras humanas por otro nombre. Sin embargo, como en Salamanca se trata casi por profesion con tantos hombres doctos, aseguro á Usendísima, he advertido más de una vez á varios padres maestros doctísimos de todas religiones, censurar mucho á los predicadores, que usan de los re-

franes populares y chabacanos en sus sermones. Los más templados dicen, que es una *insulsísima puerilidad*; otros se adelantan á calificarlo de *insigne mentecatez*; y aún no faltan algunos, que lo llaman *frenesí, locura, profanacion del púlpito*, y otras cosas de este modo: yo reflexo, no califico. Lo que á mí me toca por mi profesion, es asegurar á Usendísima, que jamás entendí, lei ni oí, que otros entendiesen por el nombre de *adagios*, en cuanto fuente de la invencion oratoria ó retórica, lo que entiende Usendísima, esto es los refranes populares. ¿Pues qué se entiende por el nombre de *adagio*? replicó Fray Gerundio: Voylo á decir, respondió Don Casimiro.

Adagio y proverbio (que todo es uno) es una sentencia grave, digna, hermosa y comprendida en pocas palabras, sacada como del sagrado depósito de la filosofía moral: *Proverbium est verbum dignitatem habens, et tanquam à Sacro philosophiæ, unde antiquitatem trahit, deprumptum, æquo, gravi, et pulchro aspectu*. Por eso llamó Aristóteles á los proverbios, «Preciosas reliquias de la venerable antigüedad « preservadas en la memoria de los hombres, de la « lastimosa ruina que padeció la verdadera filosofía, « debiendo esta preservacion á su misma brevedad, « destreza y elegancia: » *Cum proverbium dicant Aristoteles et veteres philosophi, inter maximas hominum ruinas, intercedentes quasi in reliquias ob dignitatem posteris servatas*. Si no me engaño mucho, á esto se reducen los proverbios de Salomon, que distan infinitamente de ser refranes vulgares; siendo una coleccion de sentencias verdaderamente divinas, en-

derezadas todas á gobernar nuestras acciones por la regla de una perfectísima conducta cristiana, política y racional.

Muchos filósofos graves entre los antiguos se dedicaron á este género de sentenciaros, adagios ó proverbios, Crisipo, Cleantes, Aristides, Aristófanes, Eschines, Mison, Aristarco y otros, cuyas obras perecieron. Los más célebres que nos han quedado de esta clase, son los de Zenobio Rogeniano y Sivolas, de los cuales sacó Erasmo de Rotterdam todo lo que compuso acerca de los adagios griegos. Esto es, reverendísimo padre, lo que yo entendía hasta aquí, por el nombre de *adagios*; estos los que me parecían muy oportunos para exornar una oracion, tratados con parsimonia; pero pues que Usendísima entiendo otra cosa, no nos paremos, y vamos adelante.

CAPÍTULO IV.

OLVIDASE LA SED Á DON CASIMIRO, LLEGAN Á CAMPAZAS SIN SABER COMO; QUÉDASE ALLÍ EL COLEGIAL AQUELLA NOCHE, Y SE EVACUA EL PUNTO QUE SE TOCÓ, Y NO SE PROMETIÓ EN EL CAPÍTULO PASADO.

A la cuarta pregunta, que iba á hacer el señor colegial, hallaron todos no sin asombro, que estaban á la puerta trasera, esto es, á la puerta del corral de Anton Zotes; y es que el divertido de la conversacion los habia embelesado de manera, que piano á piano, y como dicen sin sentir, habian andado una buena media legua de camino, con sus paradas. Y lo más gracioso fué, que cuando llegaron al lugar, Don Casimiro no se acordó de que tenia sed; y como ya se habia puesto el sol, sin hacer mencion de agua ni de vino, quiso volver á Balderas; pero como tenia que andar una legua muy larga, y como iba ya anocheciendo, y era hombre de una conversacion divertida, no obstante los tajos y rebeses que con tanta urbanidad y bellaquería descargaba con disimulo de cuando en cuando sobre los frailes, ambos le hicieron tantas instancias para que se quedase aquella noche, que al cabo lo redujeron bajo la precisa condicion, que se despachase luego un criado

derezadas todas á gobernar nuestras acciones por la regla de una perfectísima conducta cristiana, política y racional.

Muchos filósofos graves entre los antiguos se dedicaron á este género de sentenciaros, adagios ó proverbios, Crisipo, Cleantes, Aristides, Aristófanes, Eschines, Mison, Aristarco y otros, cuyas obras perecieron. Los más célebres que nos han quedado de esta clase, son los de Zenobio Rogeniano y Sivolas, de los cuales sacó Erasmo de Rotterdam todo lo que compuso acerca de los adagios griegos. Esto es, reverendísimo padre, lo que yo entendía hasta aquí, por el nombre de *adagios*; estos los que me parecían muy oportunos para exornar una oracion, tratados con parsimonia; pero pues que Usendísima entiendo otra cosa, no nos paremos, y vamos adelante.

CAPÍTULO IV.

OLVIDASE LA SED Á DON CASIMIRO, LLEGAN Á CAMPAZAS SIN SABER COMO; QUÉDASE ALLÍ EL COLEGIAL AQUELLA NOCHE, Y SE EVACUA EL PUNTO QUE SE TOCÓ, Y NO SE PROMETIÓ EN EL CAPÍTULO PASADO.

A la cuarta pregunta, que iba á hacer el señor colegial, hallaron todos no sin asombro, que estaban á la puerta trasera, esto es, á la puerta del corral de Anton Zotes; y es que el divertido de la conversacion los habia embelesado de manera, que piano á piano, y como dicen sin sentir, habian andado una buena media legua de camino, con sus paradas. Y lo más gracioso fué, que cuando llegaron al lugar, Don Casimiro no se acordó de que tenia sed; y como ya se habia puesto el sol, sin hacer mencion de agua ni de vino, quiso volver á Balderas; pero como tenia que andar una legua muy larga, y como iba ya anocheciendo, y era hombre de una conversacion divertida, no obstante los tajos y rebeses que con tanta urbanidad y bellaquería descargaba con disimulo de cuando en cuando sobre los frailes, ambos le hicieron tantas instancias para que se quedase aquella noche, que al cabo lo redujeron bajo la precisa condicion, que se despachase luego un criado

á Balderas, para que estuviesen sin cuidado su hermana y su cuñado el casi corregidor de Villalobos.

Consta no obstante, por un manuscrito auténtico y curioso, que quien finalmente acabó de determinarle, fué la tia Catanla, la cual abria la puerta trasera, para que entrasen los cerdos puntualmente cuando los tres estaban alternando, uno sobre que habia de volver, y los dos sobre que se habia de quedar. Cuando ella vió un mocito tan galan, tan majo y tan bien agestado, que venia con su hijo, y que le trataba al parecer con amistad y confianza, como era mujer tan bonaza, luego le cobró cariño, y acercándose más á los tres, preguntó llanamente á Fray Gerundio: *¿Quién es ese señor tan lindo? Bendigala Dios, señora,* respondió el colegial, sin dar lugar á que el otro respondiese, *soy un servidor de V.:* y en pocas palabras le declaró quien era, el encuentro casual que habia tenido, la precisión de volverse, y la dicha que lograba en no hacerlo sin rendir todo su respeto á su obediencia.

No se turbó la bonísima Catanla, porque era mujer serena; ántes bien haciéndole una reverencia á la usanza del país (esto es, encorbandando un poco las piernas, y bajando horizontalmente el volumen posterior hácia el suelo) le encajó toda la retáila de campos: *«Viva V. mil años, para servir á V.:* lo es-
«timo mucho, guenos todos, á Dios gracias, para
«servir á V.: y añadió después: *Pero de golverse V.*
«hoy ni por pienso; el hijo de mis entrañas ¿quién
«le habia de dejar golver á boca de noche, á pique
«de que le comieran los lobos? Mal ajo para ellos;
«cuatro ovejas me comieron la noche que perdicó el

«mi hijo Gerundio: mal provecho les haga. No, se-
«ñor, ya que tengo la fortuna de que á mi casa ven-
«ga su Merced, esta noche ha de hacer penitencia.
«Unos huevos frescos puestos de hoy no faltarán.
«¿Para qué quiero yo las gallinas sino por estas oca-
«siones? Palominos siempre los hay en mi casa;
«porque el mio Anton tiene un palomar muy aven-
«tajado, así no fuera por las garduñas: malditas
«ellas ¡y qué descomulgadas son! Un salpicon de
«vaca, cebolla, y huevos duros lo sé yo componer,
«que lo puede comer el mismo Rey. Una cama con
«sábanas blancas como un oro la hay, por la mise-
«ricordia de Dios. Ella no será como su Merced me-
«rece, pero por fin y postre sirvieron para mi pri-
«mo el Magistral de Leon, que mañana será obispo.»
 Y diciendo y haciendo, fué y le quitó la escopeta, con una bondad y con una sanidad de corazón, que al colegial le dejó prendado; y con efecto se determinó á dormir aquella noche en Campazas, previéndolo del recado á Balderas.

Anton Zotes le recibió ni más ni ménos que su mujer, porque no era ménos agasajador que ella; y después de aquellos cumplidos reglares, hechos por parte de Don Casimiro con despajo y desembarazo de colegio, y correspondidos por los de la casa á la buena de Dios, segun el ceremonial campesino, Anton se fué á cuidar de los mozos, y dar las órdenes sobre lo que habian de trabajar el dia siguiente; Catanla á disponer la cena; las criadas á hacer las camas; y quedándose los tres en una sala baja solos, es á saber, Fray Blas, Fray Gerundio y el colegial, prosigamos, dijo éste, con nuestra conversacion, y sir-

vase Usendísima decirme; ¿cuál es la cuarta fuente de la invencion, que enseña su maestro?

Los geroglíficos y los emblemas, respondió Fray Gerundio. Algunos, continuó el colegial, de esta fuente hacen dos, por la diferencia que hay entre emblemas y geroglíficos; pero es tan corta, que me inclino, que lo aciertan los que la reducen á una sola. Usendísima sabrá mejor que yo la diferencia que hay entre geroglíficos y emblemas. Yo nunca la he conocido ni me he parado en examinarla, respondió Fray Gerundio. Para mí los emblemas son de Alciato, y los geroglíficos de Picinelo, que son los únicos de que tengo noticia, y solo se distinguen en que un libro es más pequeño, y otro más grande. Ya esta conocido, repuso el colegial, que Usendísima por su modestia quiere encubrir lo que sabe, y tomar de ahí ocasion para examíname acerca de lo poco que he estudiado: complaceré á Usendísima.

Los geroglíficos, añadió Don Casimiro, son una explicacion misteriosa, figurada y muda, de lo que se quiere decir ó dar á entender, por medio de alguna ó algunas imágenes ya realmente dibujadas en el papel ó en lienzo ó en la tabla, ya abuitadas en mármol, ó en bronce, ó en madera, ya meramente dibujadas ó ofrecidas á la imaginacion, por medio de una descripcion formal, viva, enérgica y sentenciosa. Cuando no se añade á la imagen ó pintura, mote ó lema, inscripcion ó palabra alguna que sirva de explicacion al pensamiento, dejándose enteramente al discurso ó penetracion del que le lee, ó vé el curioso trabajo de averiguar su verdadero significado, eso se llama *geroglífico*. El emblema (y no la emble-

ma, como dicen algunos) solo añade al geroglífico el mote, ó el lema, ó la inscripcion en brevisimas palabras, que señala lo que quiere significar por aquello.

Pondré uno v. gr. no para que Usendísima me entienda, que eso seria yo presumir de maestro, de quien no merezco ser discípulo, sino para que su Reverendísima se actue en el modo en que yo percibo lo que digo, y en caso de padecer equivocacion, se digne corregir mis yerros. Los doce signos del Zodiaco, ó las doce casas con que se divide en doce partes iguales aquel espacio del Cielo, que corre el sol en el discurso del año, son otros tantos geroglíficos ó símbolos, que representan lo que comunmente pasa en la tierra en cada uno de los doce meses que corresponden á las doce casas. El primer signo es el *Acuario*, y se simboliza con un muchacho que está vertiendo agua, para significar lo mucho que llueve en Enero. El segundo es *Piscis*, y lo representan con dos peces pintados, para denotar que en Febrero está en sazón la parte mayor de los peces. El tercero es *Aries*, representado por un carnero, para denotar que en Marzo es la paricion de las ovejas, naciendo entónces los corderitos. El quarto es *Tauro*, significado por un toro, para denotar que en Abril nacen las terneras. Siguese *Géminis*, pintado hoy por los dos hermanos gemelos, Castor y Polux, y antiguamente por dos cabritillos, en significacion de que las cabras hacen regularmente dos cabritos, como lo afirma Herodoto, para cuyo fin les preveyo la naturaleza con tanta abundancia de leche.

Bastan estos ejemplares para dar á entender la idea

que formo de los geroglíficos, cuyo origen comunmente se atribuye á los egipcios; pero yo tengo para mí, que su origen fué mucho más antiguo, inclinándome á la opinion de los que se la dan no ménos que la Torre de Babel, aunque después fueron los egipcios, los que adelantaron y promovieron más el uso de ellos, en lo que no cabe duda racional; pero esto no es del intento. A los símbolos ó geroglíficos añadieron después los griegos un breve lema ó mote, que explicase su significado, y á este conjunto llaman *emblemata*. Usaban de él singularmente en los arneses ó escudos, como lo dicen Homero y Virgilio; esmerándose mucho en la brevedad y en el alma del epígrafe, que era como el espíritu y el alma de la divisa de cada uno. Sobresalian entre todos los atenienses, de quienes hace graciosa burla Leon, fingiendo que en todos los escudos tenian grabada una mosca muy pequeña con este epígrafe: *Donec videantur*; hasta que me vean; dando á entender que todo ateniense era tan valeroso, que se acercaba del enemigo hasta que este viese la mosca, en cuyo caso era preciso morir ó vencer.

No hay duda, que en todos tiempos, así los oradores profanos como los sagrados, usaron alguna vez de los geroglíficos, símbolos y emblemas. Nicolao escribió un librito de este asunto, donde trae ejemplares de toda especie de oraciones. Los profetas usaron mucho de este modo de persuadir enfático y misterioso. El Apocalipsis es una série continuada de figuras y representaciones simbólicas: San Agustín en la epístola 119 dice, que así como el cristal añade no sé que apacibles visos á las imágenes

que se representan ó registran en él, así deleita más la verdad, cuando brilla por entre signos, geroglíficos y figuras, poniendo el Santo este ejemplo, si para ponderar las ventajas de la union y las inconveniencias de la desunion, dice sencillamente: *Concordia res crescunt, discordia dilabuntur*: «Con la concordia todo crece, y con la discordia todo se deshace;» no dá golpe, y persuade con tibieza; pero si añades: esto nos quisieron significar aquellos antiguos sabios, que pintaron una hormiga, con un caduceo encima, que creció hasta elefante, y un elefante con una espada desenvainada sobre las espaldas, que se disminuyó hasta el tamaño de hormiga; y así la sutileza de la invencion, como la viva representacion de la imágen, hacen no sé que gustosa impresion en el alma, que al mismo tiempo nos deleita con mucha dulzura, y nos persuade tambien con más suave eficacia.

Déme V. un abrazo, señor Don Casimiro, exclamó Fray Blas interrumpiéndole, que verdaderamente ha estado V. divino. Hoy soy furiosamente apasionado por los geroglíficos y emblemas. Un sermón que comencé: *Pintaban los antiguos macedonios*; otro á que di principio así: *Pintaban el docto Picinelo*, no han menester más, para que yo me coma las uñas por ellos. Pues si después añade diez ó doce citas del simbólico con otras tantas de Lilio, Giraldo, y algunas de Picrio; y si escoge tambien media docena del Prigiaso, en el mundo no hay oro para pagar un sermón tan ingenioso y erudito. Confieso á V. que después de los Mitológicos, son muy buenos los simbólicos y emblemáticos. Esta doctrina la he enseñado

siempre á mi discípulo en lo predicativo Fray Gerundio: con estas armas le he armado caballero de púlpito: estos autores le he recomendado, no hay otros; los demás son buenos para explicar á las viejas el catecismo de Astete y Servitor.

Reverendísimo, replicó el colegial, ya he dicho que soy poco hombre para dar mi voto en punto de sermones, y así no me meto en calificar si son buenos ó malos los que están cargados de geroglíficos, símbolos ó emblemas. Solo sé, que el padre Nicolás Causino previene, que se use de ellos con la misma templanza, moderacion y prudencia, que de los adagios, fábulas, etc., porque sino se convertirá en fastidio su misma amenidad, siendo cierto que los pensamientos más ingeniosos causan tedio, si se atesta de ellos la oracion: *Habent igitur magnam eruditionem hieroglyphi, et mirabilitatem obtinent, si parce, non vero si crebrius impertiantur; tunc enim orationes communes et fastidiosæ sunt.* Tambien debo añadir, que por lo que á mi toca, me cayó muy en gracia la enhorabuena que dió cierto duque á un orador que habia predicado en su presencia un sermón tejido de geroglíficos. « Padre, le dijo, no trueco yo el juego de estampas de Don Quijote, que tengo en mi galería, por todas las pinturas de su sermón. « Esto va en gusto; el mio ronca siempre que tocan en los sermones á cosa de geroglíficos. » Pero no nos detengamos, porque ya deseo saber cual es la quinta ó sexta fuente de la invencion, que estudió Fray Gerundio.

Testimonia veterum, respondió al punto; esto es, las autoridades y testimonios de los antiguos. Para

confirmar lo que dice el predicador, son fuentes y muy preciosas, continuó Don Casimiro, especialmente los testimonios y las autoridades de los Santos Padres, ya sobre la inteligencia de la Sagrada Escritura, ya tambien cuando se trata en materia de costumbres, ya sea de vicios y de virtudes. Por lo que toca al sagrado texto, he oido decir á varones doctísimos, que siempre es menester aptarle con la autoridad de algun Santo Padre, expositor clásico y aprobado, siendo cosa imposible, que ningun predicador se arroge la autoridad de entender ó interpretar la Sagrada Escritura á su modo ó segun su capricho; y aún me acuerdo haber leído no sé donde, que este fué uno de los errores de Lutero, el cual pretendia que cada cual tenia tanta autoridad para interpretar la Escritura, como San Gerónimo y San Agustin, apoyando este arrogante y presuntuoso delirio con aquel texto de San Pablo; *Unusquisque abundet in sensu suo.* En orden á costumbres, ya se deja conocer el gran peso que dá á lo que se dice cualquiera autoridad y testimonio de los Santos Padres, como tambien si se toca alguna noticia histórica ó filosófica, especialmente si es algo singular ó no muy sabida, sirve de adorno y de recomendacion la cita, y aún las palabras del autor que las refiere.

Por algo, dijo Fray Gerundio, me gustan á mí tanto los sermones que en el cuerpo están bien cargados de latin, y las márgenes que apenas se descubren de puro embutidas que están de citas. Solo con ver un sermón impreso en esta conformidad, sin leer una palabra de él, estoy firmemente persuadido que es un sermón doctísimo y profundísimo: al con-

trario ahora han dado en usarse, y aún en imprimirse ciertos sermones, que en todos ellos apenas se ven cuatro ó seis rengiones de letra bastardilla, y las márgenes tan limpias, como cara de capon, que dan asco en solo verlas. ¿Qué se puede esperar de unos sermones así? Yo no he tenido paciencia para leer siquiera uno.

Pues yo sí, interrumpió Fray Blas, por mis pecados cayó en mis manos pocos días ha uno, y es de honras, que el licenciado Don Francisco Alejandro Bocanegra predicó a las de la Señora Reina de Portugal Doña Maria Ana de Austria, en las exequias que la consagro la ciudad de Aimería, y tave cachaza de leerlo *de verbo ad verbum*; pero sabe Dios cuanto me costó. En todas las seis hojas primeras no hay más latin, que las palabras de tema: *Omnis gloria ejus filia regis ab intus*, repetidas dos ó tres veces; en las seis y media restantes, sólo se citan seis textos de la Sagrada Escritura, y de dos de ellos no se ponen las palabras: los otros que se expresan componen entre todos seis renglones y medio: hártate comilon: los Santos Padres se les deja descansar; sólo se cita una vez a San Francisco de Sales, á San Gregorio y á San Ambrosio. De expositores no trata; cumplió con citar una vez á Turino. ¿Pues qué dire del asunto? Se reduce á que la Reina amó á Dios y al prójimo; y catate aquí el cuento acabado. Lo demás parla y más parla; ¿y esos sermones se imprimen? ¿y estos sermones se celebran?

Despacio, Padre Fray Blas, dijo con bastante viveza el colegial, no pudiendo disimular del todo su enfado é indignacion; V. Paternidad se adelanta de-

masiado (con la cólera se le olvidó darle *Usendisi-ma*;) tambien yo he leído ese sermón, porque llegaron á Salamanca muchos ejemplares, hablóse mucho de él en todas las comunidades, donde hay tanto hombron sabio, religioso, culto, erudito y discreto, como es notorio, y á excepcion de tal cual Votarate, ignorante y presumido, que por nuestros pecados los hay en todas las clases y gremios, no hubo uno que no calificase dicho sermón por una de las piezas más elegantes, más nerviosas, más sólidas, más graves y más ingeniosas, que habia predicado hasta ahora nuestra oratoria castellana. Es voz comun, que se podía equivocarse con las más preciosas que produjeron y están todavía produciendo en nuestro siglo, y en nuestro hemisferio español, los Gallos, los Rodas, los Aravacas, los Rubios, los Ordeñanas, los Guerras; ni faltó quien asegurase podía competir con las muchas y grandes oraciones funebres con que el Reverendísimo padre maestro Salvador Osorio de la Compañía de Jesús llenó de majestad y asombro el púlpito y la capilla de San Jerónimo de la universidad de Salamanca; y oraciones, que si se hiciese una coleccion de ellas (como decia un sabio), compondrian un funeral que quizá no tendria consonante, en cuanto logramos ahora de esta especie, ni dentro ni fuera de España.

Eso de que tiene pocos textos la oracion de Bocanegra, solamente lo podrán decir los que en su vida han saludado los sagrados libros: apenas hay cláusula ni sílaba, que no aluda á algun lugar, suceso ó párrafo de la Escritura. En saliendo de aquellas acciones de la Reina, que sirven de cimiento á la

verdad del asunto, no se citan, es así, expresa y señaladamente; pero se dá desleído y como convertido en la substancia del orador. San Bernardo fué el primero que introdujo este admirable modo de usar y manejar la Escritura, haciéndola primero suya, y vertiéndola después como si no fuera agena; ¿pero quién hasta ahora ha notado á San Bernardo de poco Escriturario? Son pocos, no lo niego, los testimonios y autoridades de Santos Padres, expositores y de autoridades profanas con que exorna su oración el señor Bocanegra; más son muy oportunos esos pocos testimonios que alega. ¿Y quién ha dicho á V. Paternidad que los sermones se han de llenar de morralla, de testimonios, autoridades y citas? Estas cosas deben ser como las especias de los guisados; lo que baste para sazonalos, y no lo que sobre para que ninguno los puede tragar: ¿Ignora V. Paternidad lo que dijo un elocuentísimo orador, hablando de las autoridades de los sermones? *Si nimia sint et communes, si sine vi et pondere allata, puerum magis eloquentem sapiunt, quam virum ingeniosum.* «Si se amontonan, si son vulgares y comunisimas, si no tienen alma, fuerza ni meollo, son más farrago que erudicion; el orador se acredita más de un génio pueril y atolondrado (que bueno, malo, verde y seco todo lo hacina, todo lo recoge), que de hombre erudito é ingenioso.»

Dice bien este curioso autor, para llenar, no digo yo un sermón, sino cien tomos en folio de citas, de autoridades, testimonios, sentencias, versos, historias, ejemplos, símiles, parábolas, símbolos, emblemas y geroglíficos; no es menester más que ha-

ceinar y recoger tanto sentenciario, tanto libro de apóstegmas, tanta poliantea, tanto teatro, tanto tesoro, tanto diccionario histórico, crítico, náutico, geográfico, tanta biblioteca, tanto expositor, que va discurrendo por los lugares comunes, é inferir en cada uno cuanto se les viene á la mano; en fin tanta salva de alegorias y dichos como cada día brotan en esas oraciones y en esas librerías, hacen erudito de repente al más tonto, al más mentecato, al que no sabe quien reinó en España antes de Carlos II. No hay más que abrir, trasladar, embutir, y está hecha la maniobra. Al ver un sermón atestado de esta borra, quedan aturridos los páparos, entre los cuales cuento á muchísimos que no se lo parecen, mientras los verdaderos eruditos gimen corridos ó se ríen desengañados, según el humor que les predomina. Más de una vez oí á un hombre de gran juicio, que se debían desterrar del mundo literario esos almacenes públicos de erudicion tumultuaria, porque sólo sirven para mantener araganes, mientras perecen de hambre los ingenios verdaderamente industriosos. Es punto problemático, en que se pudiera tomar un término medio. Mientras tanto, digo que se pudiera aplicar á estos prontuarios de erudicion al baratillo, lo que dijo Agesilao al inventor de una máquina bélica, capaz de moverla y hacer mucho daño cualquiera soldado cobarde: *¡Papa! virtutem substulisti.* «Con esa máquina has quitado el valor.»

A lo que añadió V. Paternidad acerca del asunto que escogió para su sermón el señor Bocanegra, perdone V. Paternidad que no tiene razón para censurarle. Lo mejor y más precioso de dicho asunto,

es ser tan sencillo, tan natural y tan sólido. Asuntos rumbosos, delicados, alegóricos, metafóricos, simbólicos y mucho más de títulos de comedias, retruécanos insulsos, refranes de viejas, como *el verdadero fenis de Arabia*, á San Agustín; *el león en su cueva*, á San Jerónimo; *el onis ó onis*, á Santo Tomás de Aquino; *el máximo mínimo*, á San Francisco de Paula; *mujer llora y vencerás*, á las lágrimas de la Magdalena; *el Caballero de Alcántara*, á San Pedro de ese nombre; á *mueertos y á oídos ya no hay amigos*, en las honras de un obispo. Digo que estos y otros semejantes asuntos, Dios les haya perdonado, ya solo han quedado en algunos predicadorcillos, que solo hacen ruido entre los que se van tras el tamboril y los gigantes. Ya va reviviendo el mundo de sus preocupaciones; por lo ménos los hombres graves no gastan otros asuntos, que sólidos, macizos, característicos, y consiguientemente naturales; tal es el del señor Bocanegra, fundado sobre los dos ejes, en que estriba toda la ley y toda la perfección. El sabio no da otro elogio á los hombres justos, ni cabe otro mayor *Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est*: « Amado de Dios y de los hombres, y siempre que se repita su nombre, será acompañado de muchas bendiciones. » Esto dijo el orador de aquella ejemplarísima Princesa, esto convenció, y aún esto persuadió, moviendo los corazones más duros á desear la imitación de sus reales virtudes.

Como Fray Blas vió que el colegial estaba avinagrado y tenía ya alguna noticia de su genio vivo y quisquilloso, no se atrevió á replicarle, contentóse

con decirle, que en eso de sermones, de versos, de latin y cosas semejantes, cada cual tenía su gusto, y sin discurrir más en el asunto, le suplicó que prosiguiese examinando á Fray Gerundio sobre las fuentes de la invención: porque como observaba que éste las tenía tan prontas, se le caía la baba al buen predicador. Serenóse un poco Don Casimiro, y prosiguiendo en su interrogatorio, rogó á Fray Gerundio se sirviese decir; ¿cuál era la séptima fuente de la invención que le habían enseñado? Los dichos graves y sentenciosos de los antiguos, respondió sin dudar. El colegial prosiguió; es una fuente bellísima, especialmente habiendo tanto recogido de sus sentencias y apostegmas, los cuales solo se diferencian de aquellas en que las sentencias permiten más extensión de palabras; pero los apostegmas se deben ceñir á las ménos voces que sea posible: las sentencias se pueden tomar de cualquier autor donde se encuentren; mas los apostegmas se hacen más recomendables, por ser dichos de grandes personajes, como de Papas, Emperadores, Reyes, Cardenales, Obispos, etcétera. Vaya esta diferencia sobre la fé de Guillermo Budeo que la señala; pues yo no me atreveré á defenderla en el siglo que corre, el cual está como inundado con libros de apostegmas, que son hoy de la gran moda. Tales son los libros de que llaman de *Ana*, como la *Menagiana*, la *Perciniana*, la *Escalijerana*, la *Furteriana*, y otros innumerables de que se hace graciosa burla en el primer tomo de la *Menagiana*, donde el autor de una salada rima, acabada toda en la sílaba *na*, después de zumbarse de una multitud de estos críticos, unos verdaderos y otros

fingidos, concluye diciendo: *Todos los libros en Ana se arrimen donde está la ipecacuana*, yerba medicinal de las Indias, que hoy se usa mucho, y con grande felicidad en la Europa. Es cierto que estos apostegmas, recogidos en los libros de *Ana*, no todos son dichos de grandes personajes; pues hay algunos de sujetos de escalera abajo, si no entra en cuenta su agudeza, ó su literatura. Pero no se puede negar que los dichos, sentencias ó apostegmas, así de los antiguos como de los modernos, usados con discernimiento y moderacion, son un preciosísimo adorno de todo género de elocuencia, tanto oratoria como histórica. Tucídides mereció la suprema estimacion de todos los siglos por el juicio, oportunidad y bello gusto con que se valió de ellos. Hesiodo, aunque muy distante de Homero, así en la gravedad del estilo, como en la majestad del asunto, ha logrado los mayores aplausos, por la singular eleccion que tuvo en las sentencias con que adorna sus dos poemas heroicos; las obras, los días y Teogonia ó generacion de los dioses; bien que algunos críticos le noten no sin razon, que las sentencias son más frecuentes de lo que fuera justo. En fin, Quintiliano encarga mucho al orador, que se aproveche de esta fuente, pero con tres precauciones; la primera, que las sentencias sean muy escogidas; la segunda, que sean raras; la tercera, que sean correspondientes á la edad, al carácter y demás circunstancias del orador. Si son triviales, se oyen con desprecio; si muy frecuentes, cansan la atencion, y aún empalagan; sino se acomodan á los connotados del orden, mueven á risa. Yo añadiera otra cuarta calidad, y es, que las sen-

tencias sean tambien proporcionadas al teatro ó auditorio. En una aldea ó pueblo pequeño seria cosa risible aquella sentencia ó apostegma, justamente celebrada, que se atribuye á Trodomicio: *Princeps qui vult omnia scire, necesse habet multa ignoscere*: «El Príncipe que quiere saberlo todo, tiene precision de perdonar mucho.» ¿Qué Príncipe se podrá aprovechar de esta sentencia en un pueblo reducido? En un auditorio rústico y grosero, seria impertinente aquel discreto dicho de Plutarco: *Sero moventur deorum rotæ, sed bene comminuunt*: «Las ruedas de los dioses tardan en moverse, pero hacen buena harina.» ¿Cuántos habria en el auditorio, que entendiesen la metáfora? Vamos á la octava fuente.

Esta es para mí la más seca, dijo Fray Gerundio, y no sé una tilde de ella, porque mi autor dice, que la octava fuente es las leyes, y confieso que de leyes ni entiendo ni he estudiado palabra. Yo tampoco las he estudiado, dijo el colegial, por no ser esa mi profesion, pero no es menester hacer la de legista, para saber algunas leyes, especialmente de las antiguas y primitivas, que se instituyeron en el mundo para el gobierno de los hombres, las cuales sirven de un bello adorno á cualquiera oracion sagrada, singularmente moral ó doctrinal. Es cierto que nunca las leyes de los hombres pudieron añadir paso ni autoridad á la ley santa de Dios; pero no es dubitable, que encuentra el entendimiento, no sé que particular satisfaccion y consuelo, en ver tan conforme la ley divina con las leyes humanas, pronunciadas por algunos legisladores que no tuvieron conocimiento del verdadero Dios.

Yo me acuerdo de algunas, que por lo que toca á lo directivo, son muy conformes á muchos preceptos del Decálogo, aunque sean erradas y gentilizadas, y que las hemos heredado de los gentiles: vayan algunos ejemplares. El primer mandamiento es, *Amar á Dios sobre todas las cosas*. Confórmase con él la ley de Numa Pompilio: *Deos patrios colunto, externas superstitiones, seu fabulas ne admiscento*. El segundo, *No jurar su santo Nombre en vano*: es muy conforme á la ley de los egipcios: *Perjuri capitale multentur*. El cuarto, *Honrar padre y madre*: lo mismo mandaba aquella ley de que hace mencion Herodoto: *Magístralibus parendum*: y la otra de los lacedemonios, citada por Platon en su república: *Majorum imperio libenter omnes parere asuefiant*. El sexto, *No fornicar*: son muchas las leyes, que prohiben esto mismo, lo cual trae Josepho, lib. XI, capítulo 6.^o: *Adullerantes, et lecti geniales vindicatio*: la de Numa Pompilio: *Aram Junonis ne tangito*; y la célebre de los atenienses, que prohibia predicar ó habtar en público todo deshonesto: *Si quis pudicitiam prostituerit, aut stuprarit, huic interdicite jus apud populum concionandi*. El séptimo, *No hurtar*: á esto aludia aquella ley de los egipcios: *Singulis annis apud provinciarum præsides, omnes undè vivunt demonstrent: si quis secus faxit, aut undè legitimè vivat non demonstravit, capitulis reus esto*.

El uso así de estas leyes antiguas, como de otras más modernas prácticas ó municipales, con tal que sea sóbrio, prudente y oportuno, tiene su gracia y tambien su eficacia en qualquiera sagrada oracion. Pero hacer estudio de componer un sermón como

un alegato de los que se usan en nuestra España, embutido de leyes, textos, cánones y constituciones del derecho civil y del canónico, parecido al que yo lei de cierto catedrático, sobre ser una grandísima impertinencia, es ostentacion pueril, para acreditarse de erudito y sábio en facultad foreftera. Ola, esta reflexion ó censura no es mia, pues ya he protestado, que ni mi profesion ni mis años me permiten excursiones á paises tan sagrados: refiero lo que por entónces se dijo ante hombres que tenían voto. Solo en una circunstancia, dijo uno de los circunstantes: « Puede ser del intento, cargar algo más la mano en citas de leyes nacionales; y es cuando se predica á un auditorio compuesto la mayor parte de gente de Curia, como en los sermones al consejo, á las cancellerías, á las audiencias, etc. Si se toca entónces el punto de regalos, gratificaciones y derechos de ministros inferiores, como abogados, relatores, procuradores, escribanos, etc., no será fuera de propósito referir las leyes municipales que hablan de esto, y explicar con claridad hasta que punto son obligatorias en conciencia, segun la inteligencia comun de los teólogos. » Pero dejando esto á un lado, deseo saber qual es la nona fuente de la invencion, que prescribe del autor su Reverendísima.

Sacra litteræ, respondió como un reguilete Fray Gerundio, la Sagrada Escritura; y añadió luego, en este punto no tiene V. que detenerse, porque sé lo que me basta para bandearme; he tomado mi partido, y no mudaré de rumbo por más que me prediquen. No tiene Usendísima que prevenírmelo, res-

pondió Don Casimiro, pues sé bien, que este punto no es de mi incumbencia, y no se me há olvidado lo que lei pocos dias ha en cierto autor de mi profesion, hablando de la Sagrada Escritura: *Hæc, dice, hereditis, hic campus, hoc studium quod ad id unum attinet, theologorum est proprium.* « Por lo que mira al uso de la Sagrada Escritura, esto toca á los teólogos, esa es su herencia, esa es su legítima, ese es su propio y particular terreno. » Por señal de que en confirmacion de lo que poco há íbamos diciendo, se lastima mucho en el mismo lugar, de que los predicadores se metan á legistas, y los legistas á predicadores, aquellos atando leyes, y estos glosando textos, *contra inverso ordine jurisperiti, neglectis quæ ad se attinent, Sacra Biblia sæpius quam leges in ore habent.* No excluye absolutamente que unos tomen de otros alguna cosa, por la reciproca union y buena correspondencia que hay entre las facultades; solo abomina el escaso y la ostentacion de que se sabe todo.

No obstante, ya me permitirá Usendísima, que sin mezclarme en lo directo de esa fuente, que en realidad excede los límites de mis estudios, haga una reflexion acerca de ella, que me parece no está fuera de mi jurisdiccion. Es cierto que la Sagrada Escritura mereció tanto concepto, aún á los filósofos gentiles, que Emilio de Apamea, al leer la primera cláusula del Evangelio de San Juan: *In principio erat verbum,* quedó asombrado de que un bárbaro (así llamaba al Evangelista) hubiese filosofado con tanto acierto. Tambien sabemos, que Dionisio Longino, haciendo el paralelo entre Moisés y Home-

ro, calificó al legislador de los judios por un hombre nada vulgar; pues no podia serlo el que tenia tan alta idea de Dios, como lo acredita aquel rasgo suyo en la historia de la creacion: *Dixit Deus: fiat lux, et facta est lux; fiat terra, et facta est terra;* propoñéndole por un pensamiento verdaderamente sublime. Aunque la segunda parte, *fecit terram, et facta est terra,* la añadió Longino de cosecha propia; pues no se halla en la Escritura en que el autor como gentil estaba poco versado. No es ménos cierto, que en la Sagrada Escritura se halla todo lo que se encuentra en otros libros; mas no se encuentra en ellos lo que en esta se halla. Pienso, si no me engaño, que ha de ser observacion de San Agustin, y que la lei en un libro de elocuencia: *Et cum ibi quisque invenerit omnia, quæ utiliter alibi didicit, multo abundantius ibi invenit ea, quæ nusquam omnino alibi, sed in illarum tantummodo Scripturarum mirabili altitudine, et mirabili auctoritate, discuntur.* Siendo esto así, á mi grosero modo de entender, me parecia, que la Sagrada Escritura debiera ser la única, ó por lo ménos la primera fuente de la invencion, respecto de todo orador sagrado. ¿Pues qué razon tiene Usendísima, ó su autor, que no solo no la enseñan por única, no solo no la dan en primer lugar, sino que la ponen á la cola? y harto será que no sea la última.

Hallóse embarazado Fray Gerundio con esta pregunta que no esperaba. Pero salió á su socorro su fino amigo Fray Blas, diciendo con grande satisfaccion: Eso es claro; porque la Escritura es fuente de que todos beben; está á mano de cualquiera para

hartarse de ella, cuando le diere la gana. Un predicador que quiere acreditarse, no bebe del comun pilon, sino que sea para enjuagarse. Simbólicos, emblemáticos, geroglíficos, históricos, sentenciaríos, fábulas, esta ha de ser su comidilla, y á lo más: más allá hácia lo último un poco de Escritura á modo de mondadientes; eso es lo que quiere decir poner la Escritura por la última fuente de la invencion, está bien puesta á pagar de mi dinero.

En medio de tos pocos años del colegial, que así por su edad como por su génio todavía no estaba muy maduro, ni era de los que más se morian por sermones de Cristo en mano, no se puede ponderar cuanto le irritó una proposicion tan absurda, tan loca y tan escandalosa; sin embargo considerándose huésped, y que no era razon dar una mala noche á aquella buena gente, disimuló su indignacion lo mejor que pudo, y se contentó con decir á Fray Blas: Si no me hiciera cargo que V. Paternidad hablaba de chanza, zumbándose de aquellos predicadores, que si no con las palabras, á lo ménos con las obras parece que lo sienten así, delataria esa proposicion al Santo Tribunal. Iba á responderle Fray Blas algo colérico, cuando oportunamente y al mejor tiempo del mundo entraron á poner la mesa, porque ya era hora de cenar.

CAPÍTULO V.

DISPONE FRAY GERUNDIO SU SERMON DE HONRAS, Y VASE
A PREDICAR.

CENARON, se acostaron, durmieron, se levantaron, almorzaron, y se despidieron de Don Casimiro, que muy de mañana quiso volver á Balderas, por lo que admitió una yegua castaña, andadora y paridera, que ya habia dado cuatro potricos y dos muletas á Anton Zotes, el cual se la ofreció para el viaje con la mayor voluntad del mundo. Aquella misma mañana se quiso retirar Fray Blas tambien á cuidar de su fingida enferma, despidiéndose hasta que fuese á oír á Fray Gerundio el sermón de honras del escribano, como lo ofreció y cumplió á su tiempo. Con efecto iba ya á montar á caballo, cuando se acordó Fray Gerundio de que no habia leído, glosado y admirado el celeberrimo sermón de honras de los soldados del regimiento de Toledo, por el autor del *Florilugio*, como se lo habia ofrecido Fray Blas la tarde antecedente, y es que con el encuentro de Don Casimiro, con la conversacion entablada en el paseo, y seguida después en casa, se les habia borrado la especie de la memoria; y como Fray Gerundio estaba resuelto á todo trance á tomar dicho sermón por mo-

hartarse de ella, cuando le diere la gana. Un predicador que quiere acreditarse, no bebe del comun pilon, sino que sea para enjuagarse. Simbólicos, emblemáticos, geroglíficos, históricos, sentenciaríos, fábulas, esta ha de ser su comidilla, y á lo más: más allá hácia lo último un poco de Escritura á modo de mondadientes; eso es lo que quiere decir poner la Escritura por la última fuente de la invencion, está bien puesta á pagar de mi dinero.

En medio de tos pocos años del colegial, que así por su edad como por su génio todavía no estaba muy maduro, ni era de los que más se morian por sermones de Cristo en mano, no se puede ponderar cuanto le irritó una proposicion tan absurda, tan loca y tan escandalosa; sin embargo considerándose huésped, y que no era razon dar una mala noche á aquella buena gente, disimuló su indignacion lo mejor que pudo, y se contentó con decir á Fray Blas: Si no me hiciera cargo que V. Paternidad hablaba de chanza, zumbándose de aquellos predicadores, que si no con las palabras, á lo ménos con las obras parece que lo sienten así, delataria esa proposicion al Santo Tribunal. Iba á responderle Fray Blas algo colérico, cuando oportunamente y al mejor tiempo del mundo entraron á poner la mesa, porque ya era hora de cenar.

CAPÍTULO V.

DISPONE FRAY GERUNDIO SU SERMON DE HONRAS, Y VASE
A PREDICAR.

CENARON, se acostaron, durmieron, se levantaron, almorzaron, y se despidieron de Don Casimiro, que muy de mañana quiso volver á Balderas, por lo que admitió una yegua castaña, andadora y paridera, que ya habia dado cuatro potricos y dos muletas á Anton Zotes, el cual se la ofreció para el viaje con la mayor voluntad del mundo. Aquella misma mañana se quiso retirar Fray Blas tambien á cuidar de su fingida enferma, despidiéndose hasta que fuese á oír á Fray Gerundio el sermón de honras del escribano, como lo ofreció y cumplió á su tiempo. Con efecto iba ya á montar á caballo, cuando se acordó Fray Gerundio de que no habia leído, glosado y admirado el celeberrimo sermón de honras de los soldados del regimiento de Toledo, por el autor del *Florilogio*, como se lo habia ofrecido Fray Blas la tarde antecedente, y es que con el encuentro de Don Casimiro, con la conversacion entablada en el paseo, y seguida después en casa, se les habia borrado la especie de la memoria; y como Fray Gerundio estaba resuelto á todo trance á tomar dicho sermón por mo-

delo para el suyo, no quería dedicarse á componerlo, hasta que su amigo Fray Blas le hiciese observar, notar y admirar todos los primores de él. Por tanto, tirándole de un capote de barragan, que ya tenía puesto, y llamándole aparte le dijo ó le trajo á la memoria dicha especie, y le conjuró por la estrecha amistad de entrambos, que á lo ménos hasta después de comer no pensase en marchar, para que encerrándose los dos aquella mañana, recorriesen el sermón del *Florilógio*, y entresacasen de comun acuerdo lo que pareciese adoptable al suyo.

No se hizo de rogar Fray Blas, que en estas ocasiones era de un genio docilísimo, y muy amigo de complacer á todo el mundo. Dió Fray Gerundio órden de que retirasen la caballería á la cuadra hasta la tarde, diciendo que todavía tenían los dos que conferenciar aquella mañana. Metieronse en la sala, cerráronse por la parte de dentro, tomó Fray Blas el libro del *Florilógio*, sacudiendo el polvo, buscó el sermón de 26, leyó el título que decía así..... *Episodio, parentacion sacra, epicedio panegirico en las solemnes honras con que solicitó el alivio de sus militares el regimiento de Toledo.*

Episodio: el título solo basta para acreditar el autor, *Parentacion sacra*: ya oíste al colegial lo que significaba *parentacion*. ¡Mira qué cosa tan oportuna! *Epicedio panegirico*: no tengo idea clara de lo que significa *epicedio*; solo sé en confuso, que significa una especie de elogios á los difuntos. ¿Pues hay más que verlo en el Calepino? dijo Fray Gerundio: y abriéndole, halló que decía: *Epicedium, carmen quod canitur de cadavere nondum sepulto*: « Aquellos

« elogios que se cantan á los difuntos, á cuerpo presente, cuando aún no se le ha dado al cadáver sepultura. » Algo frío se quedó Fray Gerundio de leer esto, y preguntó á Fray Blas: ¿Pues qué los cadáveres de los soldados del regimiento de Toledo estaban presentes cuando se predicó este sermón de honras, y no se habían enterrado todavía? Anda, hombre, respondió el predicador, que esos son reparos de niñatura: si en todo se hubiera de escrupulizar con esa menudencia, no habria quien se atreviera á hablar en el púlpito elegantemente. Fuera de que es frase común, de que cuando se habla de algun difunto, sea para bien, sea para mal decir, que desentieran sus huesos; pues para el caso y la propiedad, ¿qué más tendrá desenterrarlos, que no haberlos enterrado?

Esta última razon hizo grandísima fuerza á Fray Gerundio; y prosiguió Fray Blas, y añadió: *Episodio*, no lo entiendo. A ver lo que dice ese Vocabulario. Leyó Fray Gerundio: « Eran aquellos actos de la tragedia y de la comedia, que se recitaban entre coro y coro, para alternar la música con la representación: fué su inventor el poeta Tespis. Hoy se entiende por *episodio* un incidente ó digresion, que diestramente se introduce en el asunto principal del poema, ó de cualquiera otra oracion ó composición. » Confieso, añadió Fray Gerundio, que he quedado muy confuso; ¿pues acaso cualquiera sermón se ha de cantar ó predicar á coros, para que haya episodios? El tema era por ventura incidente ó digresion del sermón, para que llamase *episodio* al tema: Eres un pobre hombre, replicó Fray Blas,

estás muy atrasado en esto que llaman *adelgazar cosas*, ó *discurrir con agudeza*. Quizá en todo el *Florilugio* no se encontrará pensamiento más delicado ni más oportuno. Mira, los sermones de honras se predicán comunmente después de acabada la misa de difuntos, y antes que se acabe el último responso, que suele ser solemnisimo. La oracion fúnebre está propiamente colocada entre el coro de la Misa y el coro del responso; unos son cantados, y la otra representada: pues ves ahí, porque se llama *episodio*, porque es un acto que se representa entre coro y coro, más al intento ó asunto principal de las honras. Hablando en rigor, esto que se llama el *Nocturno*, la *Misa* y el *Responso* son propia y rigurosamente sufragios por los difuntos; los sermones, y las oraciones fúnebres no son sufragios; ¿pues qué son? Son unas digresiones, unos incidentes que se introducen con arte y con destreza en el asunto principal. Mira tú con qué oportunidad se llaman *episodios*, y por qué el tema es como el cimiento de estas digresiones! por eso el dar al tema el título de *episodio*, es hasta donde puede llegar el ingenio y la invencion.

Declárame por zopenco, dijo Fray Gerundio, y hago voto de venerar todo cuanto lea en el *Florilugio*, por más que yo no lo entienda, y aunque á primera vista me parezca contraido á toda razon. Perra vamos; ¿cómo se introduce en su sermón de honras militares? Hay dos introducciones, respondió Fray Blas: á una llaman *epicedio*, y á otra *introduccion de episodio*. Todo está reducido á dar noticia de la devocion y fervor con que los antiguos gentiles

celebraban las honras de sus difuntos, especialmente militares, á contar el origen de ellos, á ponderar el aparato, y ceremonias con que las celebraban, la eleccion de oradores, y finalmente á adaptar todo esto con feliz aplicacion á las honras de los militares del regimiento de Toledo; invocando en vez de la nueva Euterpe, la intercesion de la Virgen, para dar principio al panegirico epicedio. Supónese que para probar cada una de estas noticias, se citan autores á carretadas; pues en solo el exordio que comprende poco más de una hoja (se entiende de á folio), se citan á Polibio, Pausanias, Alejandro, Herodoto, Maroquino y otros, y de estos algunos tres ó cuatro veces. Esto es lo que se llama predicar docta y eruditamente, no pronunciar palabra ni aun sílaba, si posible fuera, sin su autor por delante, y sin su latin al canto de la obra: lo demás parece conversacion de monjas y visita de damas, que se pasan seis horas en ellas sin oirse el nombre de un autor.

Bien ves que toda esta erudicion de funerales viene clavada á todo tu sermón de honras, y te puedes aprovechar de ella para el tuyo con la mayor propiedad, especialmente si no te olvidas de la reglita que te dí ayer tarde, para acomodar á los escribanos todo cuanto se dice de los militares. Tambien podrás, y en mi dictámen deberás aprovecharte de unas nobilísimas frases que se leen en el episodio. Cuando ponderas la liberalidad de los herederos del escribano, que le costean las honras, dirás: «que es tan lúgubrememente generosa, como luctuosamente compasiva.» Hombre, replicó Fray Gerundio,

que el licenciado Flechilla me dijo, que no costearan las honras los herederos, sino el mismo difunto, el cual habia dejado un legado determinadamente para ellas; con que no es generosidad de los herederos ni de los testamentarios, sino obligacion precisa. ¿En eso te paras, majadero, replicó Fray Blas, y en los tiempos que corren te parece poca generosidad de los testamentarios y herederos cumplir los legados y últimas voluntades de los difuntos? Muy atrasado estás de cosas de mundo. Vamos adelante: lo que yo no entiendo, añadió Fray Blas, es qué quiere significar un texto, que repite en dos líneas con poca diferencia: *Facta autem collatione, duodecim millia dragmas argenti*: aquel *collatione* es para mí un nombre de rebozado; ¿si quiere decir que Judas antes de celebrar las honras de sus difuntos, hizo colacion con doce mil dragmas de plata? Rióse Fray Gerundio de la poca latinidad de Fray Blas, y le dijo: Quitate de ahí, hombre, que se conoce fué descuido de la pluma, y que escribió *collatione*, en lugar de *contributione* que significa *contribucion*, porque Judas debió de echar alguna sobre sus soldados, para que todos contribuyesen al gasto de las honras. Vaya que eso es, replicó Fray Blas, y prosiguió diciendo: Ahora se sigue el discurso, que divide en cuatro escenas.

Escena primera. Para un poco, Fray Blas (exclamó Fray Gerundio): *Escena primera!* en mi vida no he oído cosa semejante. *Escena primera*; ¿qué quiere decir *escena*? Yo no sé, pero apuesto que detrás de la tal palabrita, se nos oculta algún misterio recóndito y elevado de aquellos que solo alcanza este

hombre incomparable. Consultemos á Calepino. Abrióle, ojeóle, y halló que decia así: *Escena, ramas de árbol que se cortaban para hacer sombra.* ¿No lo decia yo? el sermón es un árbol, los discursos ó los puntos son las ramas; con que las *escenas* son los puntos, ó discursos de un sermón. Mas, *escena*, eran las ramas que se cortaban para hacer sombra; en las honras de los difuntos, todo es sombra y todo es negro, que para el caso es lo mismo; el túmulo, el frontal, los ornamentos, el paño del facistol, el del púlpito, las capas largas de los que hacen el luto: ¿pues por qué no ha de ser sombra también la oracion fúnebre? Así el dividirla en escenas, es lo mismo que partirla en sombras: como quien dice: *sombra ó escena primera, sombra segunda, etc.*

Asombrado quedó Fray Blas, cuando vió discurrir á Fray Gerundio con tanto delgazamiento; y así le dijo: Hombre; ¿qué legion de espíritus sùtiles se te ha metido en ese cuerpo? Pídote perdon de lo que ántes te decia, que no tenias ingenio para delicadezas; ahora te digo, que cuando te pones á ello, no hay hilandera de leon que te iguale ni que merezca descalzarte los zapatos. Cómo Fray Gerundio vió alabarse de agudo, esponjóse visiblemente, y ya con mayor satisfaccion añadió: Pues aguarda, que aún falta lo mejor, otro significado da Calepino á *escena* y dice ser el más comun en que se toma, que si no me engaño, no acredita ménos la sutileza de este mónstruo de los ingenios. *Escena*, dice, *algunas veces significa el teatro donde se representu una comedia ó tragedia: otras (y es la acepcion más comun) se entiende solo de aquella parte de la representacion, en*

que se mudan las personas, aumentándose ó disminuyéndose ó sabiendo á hablar otras diferentes. Que me emplumen si no hay algo y aún mucho de esto en las escenas: léelas, sino. Leyó Fray Blas la primera. ¿No ves claro el pensamiento, dijo Fray Gerundio? ántes de entrar en esta escena, como por modo de preámbulo, ha bien hablado *parentacion*, *epicedio*, *introduccion* y otros coñuctarios lucidos tenebrosos; ahora entran ya á hablar Gilberto, Abraham, Erasmo, Alciato y un poeta.

Discurres bien, dijo Fray Blas, pero á ti lo que te hace más al caso es, que todo lo que se dice en esta escena primera, lo puedes aplicar á tu sermón de honras, y cualquiera otro que se te ofrezca del asunto, ni más ni ménos que como se aplicó á la función del regimiento de Toledo; porque en suma, en esta escena solo se pondera el lugar comun de la verdadera amistad, que consiste en que el amigo verdadero se conoce en toda fortuna y en todos estados, en la prosperidad y en la adversidad, en la vida y en la muerte; y como en todo sermón de honras, los amigos vivos se acuerdan de los amigos difuntos, á todo sermón de honras se vienen por su pié Abraham, la Magdalena, Lázaro y los demás que hicieron lo mismo, ó con quienes se ejecutó lo propio. Vamos á la *escena segunda*, que es mi dictámen que se debía engastrar en oro. Leyó Fray Blas, y añadió Fray Gerundio: no digo en oro, en perlas y en diamantes, debieran engarzarse estas escenas. Pero para que hemos de gastar tiempo ni cansar el entendimiento en discurrir por la segunda y tercera y cuarta, cuando con los materiales de la primera se pueden componer

once tomos de á folio de sermones? ¿Con qué cada uno se puede aturdir al más ignorante y al más facultativo? Tienes razon, respondió Fray Blas, y respecto que la tarde está proporcionada, daca un abrazo y vete á disponer el viaje. Despedidos los dos predicadores con el sentimiento del apartarse, y con el consuelo de no tardar en volver á verse, dieron disposicion de echar la espuela y montar á caballo Anton Zotes y nuestro Fray Gerundio su hijo, causando no poco sentimiento á sus paisanos y apasionados, de no poder lograr el gusto de acompañarle, y sobre todo de oírle; pero los consoló nuestro Fray Gerundio con la esperanza de dar á la prensa así este como todos sus sermones; con lo que quedaron alborozados, viéndoies tomar el camino para hacer noche en Fregenal del Palo, donde con ánsia le esperaba su tío el Familiar.

No es ponderable el gozo de Anton Zotes en todo el camino, al ver echar á su hijo por la boca teología, y confirmar cuanto decia con textos de la Escritura. No cesaba de dar gracias á Dios, de ser hombre que con su hijo Gerundio, habia dado un Demóstenes á su tierra de Campos, y á todos los oradores nueva horma. Unas veces le miraba con atención y lloraba, otras se reia, otras finalmente levantaba la consideracion á Dios á darle gracias, y entre estas consideraciones llegaron á Fregenal.

CAPÍTULO VI.

DE LO QUE SUCEDIÓ EN FREGENAL DEL PALO, Y COMO LLEGARON
LOS CONVIDADOS A PEDRORUBIO.

Iba acercándose el día señalado para las famosas honras, pues ya no faltaban más que tres días, y habiéndose despedido Fray Gerundio cortesantemente de todo el lugar, hasta de aquella tía, que no le había visitado por el cuento de la gallina, la cual quedó tan pagada de esta acción, que desde aquel punto hizo las paces con la buena de la señora Catanla, regalando á su madre, y á su hermana, con cada dos escapularios bordados de realce de plata falsa y canutillo; añadiendo á cada una su santico de barro en urna de carton guarnecida de seda floja, repartiendo una peseta entre las dos criadas; bien proveida la alforja, y aumentada la maleta, con un par de mudas de ropa blanca. Partió para Pedrorubio en compañía de su padre el bonísimo Anton Zotes, que quiso ver (así lo decía él) si su hijo tenía tan buena mano derecha para predicar de los difuntos, como para predicar del Sacramento. Su padrino el Licenciado Quijano, también había hecho ánimo de hacer la jornada, con cuyo motivo había llamado á un primo suyo, capellan de Gondorcillo, que acababa de venir de Leon,

y había traído licencia de confesar por seis meses, para que en su ausencia dijese la misa al pueblo, y cuidase de la administración de Sacramentos; pero es tradición, que cuando ya estaba aparejada la burra, se le desenfrenaron tan furiosamente las almorranas (de que adolecía) que no le fué posible montar á caballo; y así se contentó con darle un abrazo, y meterle disimuladamente en la mano dos pesos gordos.

Eran las cinco de la tarde, cuando en buena paz y compañía salieron de Campazas, padre é hijo, con resolución de dormir aquella noche en casa de su padrino el Familiar, cuyo lugar no distaba más que de tres leguas cortas, y estaba como á la mitad del camino. Aquí se encuentra un vacío lastimoso en la Historia, que después de haber burlado nuestras más exactas y exquisitas indagaciones, necesariamente ha de ser sensible á la curiosidad de nuestros lectores; pues no siendo posible sino que la conversacion que tuvieron por el camino hijo y padre, fuese tan graciosa, como entretenida, no se halla el más leve vestigio en archivos, bibliotecas, armarios, legajos ni apuntamientos. Bien pudiéramos nosotros figurar aquella que nos pareciese más natural, atendido el génio, el carácter y las demás circunstancias de nuestros dos caminantes, á imitación de aquellos historiadores, que no hacen escrúpulo de referir lo verosímil, por cierto, sin detenerse en contar lo que pudo ser por lo que fué.

Ni se nos pudiera culpar con razon de que nosotros saliésemos con nuestras conjeturas en un siglo en que todo el mundo sale con las suyas. Habiéndose hecho este título tan de moda, especialmente en los libros,

papeles y discursos que sacan á luz los anticuarios, cronologistas é investigadores y físicos experimentales, que apenas aciertan en otras, no es nuestro ánimo condenar esta costumbre, y más en aquellos pocos en quien se conoce es verdadera modestia, la que en otros muchos se conjetura ser pura ostentación; pues nos hacemos cargo de que hay materias, que no admiten evidencias ni otras pruebas que meramente conjeturales. Pero nuestra sinceridad, singularmente en una Historia tan verdadera, tan fundamental y tan exacta como la que traemos entre manos, no se acomoda con ese uso, y mas cuando siendo tantos, tan averiguados y tan instructivos los materiales verdaderos que tenemos á la mano, es ocioso buscar los ideales.

En fin, llegaron á Fregenal del Campo nuestros dos caminantes, pueblo no tan grande como Sevilla, ni tan poblado como Cádiz, donde hacia su residencia el Familiar, de quien fueron recibidos con agasajo, y con un corazón verdaderamente sano; porque ageno en todo de la afectación, era tan franco en descubrir las inclinaciones de su voluntad, como naturalote en no disimular los dictámenes de su buen entendimiento. Mientras se disponia la cena, que no fué delicada ni ostentosa, pero sí maciza y abundante, dijo el Familiar á su sobrino con cariñosa llaneza: *Oyes, Flárico, ¿llevas enjurjadas para Pedrorubio tantas garambainas como echaste por esa boca en Campazas?* Tío, ¿qué me quiere V. decir por *garambainas*? *Vallesme Dios, hombre,* continuó el Familiar, *pues yo bien craro me esprico; garambainas son aquellas garatujas entavesuradas, rezumbrones y azufaijas con*

que nos encarabinaste á todos los que estabamos oyendo como unos monigotes. Menos le entiendo á V. ahora que ántes, replicó Fray Gerundio. *Pues entiendan Dios que nos crió,* dijo el Familiar, *y perdónenos nuestros pecados. Paréceme que te haces remolon á propósito, porque en lo demás es imposible de Dios que no me entiendas; pues tanto como el don de caridad me le ha dado Dios, bendita sea su similitud. Tirárame los términos, y ya conozco yo, que no son tan retumbantes ni tan pulidos como los que se usan en las Zuidades; pero decirme á mí, que no son inteligibles, no habremos de eso, que es quebrarse la cabeza, y también las calas, tú, como el hijo de mi madre.*

Si V. llama *garambainas*, dijo Fray Gerundio, la erudición, los pensamientos sutiles, los equívocos, las agudezas, los chistes y el estilo elevado y armonioso, hay bastante recado de eso en el sermón que llevo prevenido; y como Dios no me quite el juicio no faltará en todos los que predicaré. *Pues ves, si yo fuera que tú,* replicó el Familiar, *habia de pedir á Dios que me quitara luego el juicio, para no perder jamás ansina; pero no tienes que pedir á su Majestad que te lo quite, sino que te le vuelva.* Vos, tío, replicó Fray Gerundio, no teneis obligación de entender estas materias. *Pero los perdicadores,* replicó el Familiar, *están obligados en conciencia á perder de manera que todos los entendamos.* Basta, replicó Fray Gerundio, que nos entiendan los cultos y los discretos. *¿Pues, qué basta solamente que los entiendan los encultos y los secretos?* respondió el Familiar: *Dime, sobrino, ¿parécete á tí, que en Pedrorubio habrá muchos hombres encultos como tú llamas?* Nunca faltan

algunos, dijo Fray Gerundio, por infeliz que sea una aldea, ya sea de ella misma, ya sea de los convidados forasteros, ó ya de los que concurren casualmente; por eso han llevado grandes chascos algunos predicadores, que fiándose en que iban á predicar á lugares pequeños, se contentaban con cualquiera cosa, y se hallaban después con oyentes que no esperaban; y aún oí decir á un padre grave de mi sagrada religion, que todo predicador se debia prevenir para predicar en Caramanchel, ni más ni ménos que si hubiera de predicar en Madrid. *No m'arma su doctrina*, replicó el Familiar, *salvante que quisiese decir ese escatrisimo padre, que tanto ahinco debe poner un perdicador en convencer á los de Caramanchel, como á los de Madrid; y que ansina debe espricarse en conformidad que lo entiendan los otros; porque fuera deso, irse un perdicador á Caramanchel, y lo mismo me da á la cisterniga (que esta es una comparanza), con daca acá si eran frores ó no eran frores, en vertu de que puedan concurrir algunas personas de la Zuidad; eso no es más que humo y satisfacion y la oste de Cristo.*

Pero dejando una cosa por otra, ¿no sabríamos qué virtudes del escribano vas á perdicar? No he menester sus virtudes para predicar, respondió Fray Gerundio. *¿Cómo no?* dijo el Familiar; *pues cuando se perdica de los defuntos, no es indispensable que se diga aquello en que fueron buenos, para que emiten sus ejemplas los vivos?* No, señor, respondió Fray Gerundio, nada de eso es necesario, que si lo fuera, solo se predicarian honras de aquellos sujetos que hubiesen sido muy virtuosos, habidos y tenidos por tales

de todos los que los trataron; y así vemos que en algunas partes se predicán de todos los que tienen con qué pagarlo á roso velloso, sin que para eso sea preciso hacerles primero informacion *de vita et moribus*, como dicen. *Es impusible que yo no tenga el entendimiento espachurrado, ó que tú no me quieras meter los dedos por los ojos*, replicó el Familiar; *pues dime, sobrino, ¿el perdicador no ha de alabar á su defunto? Craro es que sí: ¿si le alaba, no le ha de alabar en alguna virtù? ¿Pues qué ha de decir de él el probe flaire?*

Lo primero, respondió Fray Gerundio, se puede predicar un sermon de honras que pase, sin tomar en boca al difunto por quien se hace la funcion; y para que vos lo veais claramente, yo os explicaré el como. Éntrase ponderando ante todas cosas, que antigua fué la costumbre de hacer honras, y funerales por los difuntos. Aquí se vá discurrendo por los hebreos, por los griegos, por los romanos, por los egipcios, por los babilonios, por los caldeos, y en fin por todas las naciones del mundo: después se examinan más por menor los varios modos que tuvieron de celebrarlas, segun los genios, usos y costumbres de los países, ya con sacrificios, ya con oraciones, ya con pirámides, ya con hogueras, ya con obeliscos, y en algunas partes hasta con danzas y fiestas. A esto se sigue el averiguar cuando, en qué tiempo, con qué motivo, y en qué nacion se dió principio á las oraciones ó panegíricos fúnebres por los difuntos; y se explican las velas de la elocuencia sobre los epicedios, sobre los epitáfios, sobre las endechas, sobre los cenotáfios, y sobre las menias,

extendiéndose tambien la erudicion si se quiere á las tablillas ó á las inscripciones que se guardaban sobre los sarcófagos. Bien repiquetea'o todo esto, se busca después en alguno de los muchos calendarios que hay antiguos, qué fiesta, funcion ó sacrificio ó cosa semejante celebran en el dia que está determinado para predicar las honras, y siempre se enecontrará alguna cosa que por aquí y por allí, de esta ó de otra manera, venga clavada al intento; aplicándose finalmente todas estas importantísimas noticias al asunto de la funcion con la mayor propiedad, las hogueras á las luces, hachas y blandones, las pirámides y los obeliscos al túmulo, los sacrificios á las misas, las ofrendas á las que comunmente se hacen los convidados, que los hay casi en todas partes, los epicedios y las menias al sermón ú oracion fúnebre; y demostrando de esta manera el predicador, que la piedad de los presentes no debe nada á la de los pasados, y que las honras que hacen los modernos á los difuntos, son parecidas á las que se hacian á los mismos difuntos por los antiguos. Étele V., como sin tomar en boca al sujeto por quien se hacen las honras, puede acabar honradamente con su *requiescat in pace*, que sea seguido de muchos vítores y aclamaciones.

Mira, dijo el Familiar, yo no te puedo negar que eres un pozo de ciencia, y que ahí has enjurjado tantas cosas, que me tienes aturrullados estos cascos; porque ya se ve, saber tú, como parece que sabes, en la uña todo cuanto hicieron los enjundios, los gabilonios, los miedos, los presas y esos otros que nombraste ahí á manera de caldos; habétese quedado en la mimoria

todos esos nombres enrevesados de embolismo, parralles, cienpedio, niñerías, cienotafios y el último vocablo en que dijiste no sé qué de la Escritura de los estrófagos, digo en mi ánima jurada, que saber tú todos estos argamandijos, en los pocos años que tienes, esto sin ciencia confusa, no puede ser, y loado sed el Señor de quien es todo lo bueno; pero tambien te digo una cosa, que tambien viene todo esto para perdicar un sermón de honras, como ahora llueven tocinos, y sino vaya un asemejamiento.

Yo soy ogaño alcalde de Fregenal; junto mañana concejo para saber si se han de guardar ó no los pluos. Escomienzo por decir, que esto de concejos es cosa muy añeja; porque los gabilonios, los presas, los calderos y los mamalucas los usaban allí desde el tiempo que hablaban los animales. Paso después á desprayarme sobre las diversas usanzas que habia para esto de juntarse el concejo, y digo por ejemplo: que en unas partes andaba el ministro de Justicia de puerta en puerta, tocando con el cencerro, que en otras era incumbencia del porquerizo, ir sonando por las calles el mismo cuerno con que juntaba los cerdos: qu'allá tocaba al munitor pregonar el concejo por las calles; qu'acá se enseñaba á rebuznar un burro desde niño con tales y tales señas, y que este burro estando ya bien industriado, y en teniendo, como dicen, uso de razon, se le entregaban al fiel de fechos, con la carga y obligacion de que los dias de concejo habia de ir rebuznando por todo el pueblo, para que viniese á noticia de todos los vecinos, y ninguno pudiese alegar incusa ni ignorancia. De aquí me meto á espricar la importancia de los concejos, la grande honra qu'han

tenido siempre, no solo en toda Europa, sino tambien en toda España. Digo por fin y postre, que todos los concejos, si se ofrece hacer informacion de nobleza y hidalguia, han de venir á probar su alcurnia de los concejos; y así como estos son sobre las Udencias y Chancillerias, pues vemos que de las sentencias de estas se apela á aquellos, así tambien si estuviera el mundo como debia de estar, se habia de ellos á la indecision de los concejos. Y concruyo con preguntar, si en virtud de todo esto se han de guardar ó no los plaus? Dime, Gerundio, así Dios te haga bien, ¿vendria todo esto al caso para la enresolucion de aquel punto?

Buenas cosas tiene V. respondió Fray Gerundio; ¿con qué ahora quiere hacer comparacion de lo que un alcalde propone en el concejo, con lo que un predicador ha de hacer en el púlpito? Tio, en los concejos se va á la Justicia. ¿Pues qué en los púlpitos se va no más que á entretener el tiempo? Como Fray Gerundio se vió un poco apretado, procuró sacar el caballo por otro lado, para divertir el argumento. Tambien, dijo, se puede alabar á un difunto, aunque no haya hecho milagros ni tenido revelaciones ni su vida hubiese sido la más ejemplar y ajustada. ¿Cuántas oraciones fúnebres se habrán predicado en la Iglesia de Dios á grandes capitanes, á grandes conquistadores, á grandes políticos, y á muchos hombres verdaderamente sabios, de cuya canonizacion no se ha tratado ni verosíblemente se tratará jamás de ella? Con todo eso, á estos se les alaba del valor, de la intrepidez, de la presencia de ánimo, de la prudencia militar, del celo de la gloria

de sus principes, y en fin por otras virtudes que no se encierran ni en las Cardinales ni en las Teologales, y que no hacen al caso para la vida cristiana; pues sabemos que muchos herejes, gentiles y moros florecieron en ellas. ¿Pues por qué no pudiera yo tambien alabar á mi escribano, si quisiera, de la sagacidad, de la astucia, del ingenio, de la penetracion, y hasta de la velocidad con que escribia de buena letra, de sus airosos rasgos, y de la rúbrica que usaba por una parte tan garabatososa, y por otra tan difícil, que parecia imposible ni Falsearse ni remedarse?

«Yo soy un pobre lego, respondió el Familiar, que solamente sé leer deletreado, y echar mi firma con letra de palotes, estrujando bien la pluma, y no me puedo meter en si es bien permitido ó lo es bien permitido, que en la Iglesia de Dios se alaben públicamente, y se propongan por ejemplo de emita- cion al pueblo cristiano estas virtudes que tú dices, «y con las cuales puede un cristiano irse al infierno tan lindamente. Este es un punto muy hondo, que no es para mi cabeza; y cuando tú dices que así se usa (que yo no lo he visto por no haberme topado jamás en estas perdicaciones) debe de haber razones muy importantes para permitir que se haga así. Lo que yo digo es, que por lo ménos acá en las aldeas, donde no se pueden practicar estas virtudes campanudas, y donde la gente es sencilla, si yo fuera obispo, de ninguno se me habia de predicar sermon de honras, que no hubiese sido un cristiano muy virtuoso y ejemplar, al modo qu'acá nos imaginamos las personas vertuosas y enjempra-

«res. Porque decir tú del escribano, que fué sagaz, «estuto, ingenioso, que luego se imponía en los autos, que calaba las intenciones de las personas, que «escribía corridamente, que hacía una letra estu- «penda, que su rúbrica se podía presentar al mismo «rey, todo eso bueno será; ¿pero qué sacamos de «ahí para las benditas ánimas del purgatorio?»

A tal tiempo entraron a poner la mesa, de qué no se alegró poco nuestro Fray Gerundio, porque su tío le iba apretando demasiado. Anton Zotes se había quedado al principio á dar orden de que cuidasen de las caballerías, y después trabó conversacion con la mujer del Familiar, y con sus sobrinos y sobrinas, que entre todos eran seis, y el mayor no pasaba de doce años, repartiendo entre ellos, turrón, confites, avellanas y piñones, que había traído para este efecto, entreteniéndose con todos mientras se asó una pierna de carnero, se hizo una tortilla de torreznos, y se guisó una buena cazuela de estofado de vaca, que con unas sardinas escabechadas, y una tajada de queso de postre, comenzando con su gazpacho de huevos duros, componía entre todo una cena substancial; sacando después de levantados los manteles un plato de cebolletas con su salero al lado para echar la de San Vitoriano.

Entraron todos en la salita ó cuarto bajo, donde estaban tío y sobrino; sentáronse á la mesa, y cenaron con tanta paz y alegría, como ganas. Casi toda la conversacion de la cena se la llevaron el Familiar y Anton Zotes, siendo su asunto el regular entre labradores. Preguntóle aquel, ¿cómo le iba de cosecha, y en qué estado tenía su serano? Respondióle éste, que

de cebada había cogido poco por falta de aguas, y que sinó fuera por tres arenales que eran linde del arroyo, apenas tendría para el gasto y para sembrar; que de morcajano estaba mal, y que de trigo esperaba que no fuese mala cosecha; porque sobre tener ya diez cargas en la panera, quedaban doce en la era, tres peces, tres parous, y otros dos montones, y en todavía estaban en la tierra como doce morenas. *Pues por acá, amigo, no podemos echar piernas,* dijo el Familiar, *y algunos probes labradores se quedan;* por istam sautam unionein. *Sobre cati hombre que no coge lo que sembró: Yo, bendita sea la similitudia de Dios, no estoy tan despreciado, porque como la hoja que tocaba ogaño está hacia Vallauli, y aquella tierra es tan espinosa, hizo bodega con las aguas de la otoñada y las que cayeron después por los entrecejos, con que ha dado bonisimamente, y hasta unas ciento y cincuenta cargas; de todo pan ya espero cojer, con que me animaré á umbiar á Bartolo á Villagarcía, para que escomienze la gramática con aquellos benditos fraires de Dios, que llaman Teatinos.*

Si, dijo á este punto, hecha una vivora la tia Cecilia Cebollon (que así se llamaba la mujer del Familiar) *para que aquellos frairones te lo desuellen á azotes.* Mejor, respondió con mucha sorna el Familiar socarron, *por eso nació el día de San Bartolomé, y fué mi gusto que le pusieran Bartolo, para que me lo desuellen; porque desengñate Cecilia, la letra con sangre entra.* Pues dígate, respondió la Cebollana, *que por más que hagas, no he de unviar mi hijo á Villagarcía.* En eso harás bien, respondió el Familiar, *y por lo mismo que no lo has de unviar tú, tendré*

cuidado de unviarle yo. Irá donde yo quiera, respondió la Cebollana, porque es tan hijo mio como tuyo. Y aún más si lo apuras, respondió el Familiar muy fresco; pues sin meternos ahora en más honduras, al fin tú lo pariste y yo no. Ea, Cecilia, tengamos buenos munteles, y dejémonos de quebraderos de cabeza: ya te he dicho, que tú cuidarás de las hembras, y yo de los varones. Tú darás á aquellas la enseñanza que te pareciere, y yo daré á estos la que me diere la gana.

También yo la tenía de que el mi Flarico (dijo á esta sazón Anton Zotes) estudiase en Villagarcía, donde yo la había estudiado; pero por tener paz con mi Catalina, le unví á Villaornate; y no me pesa, porque no ha salido por ahí ningún morondo. En todas partes, respondió el Familiar, hay guenos y malos; solamente que en unas partes son más los guenos que los malos; y en otras más los malos que los guenos. Lo que yo veo es, que los que estudian en los teatinos, no alborotan los pueblos ni apedrean los Santos, ni salvan los rosarios, ni se desvergüenzan con los flaires que estudian por otros libros: allá van en sus controversias, vocem, verrecan, y gritan hasta desgañarse: pero después, y acabado aquello punto en boca, cortesia hasta el suelo, y tan amigos como antes. Eso parece bien á Dios y á todo el mundo; lo contrario es mala crianza, y se conocen al vuelo los que estudian con unos y con otros.

En estas conversaciones se pasó la cena; llegó la hora de recogerse, y se retiraron todos, quedándose despedidos desde la noche; porque los huéspedes madrugaron mucho para librarse del calor; lo hicieron saliendo de Fregenal á las tres de la mañana, y

llegando á Pedrorubio entre siete y ocho, antes que como se dice, comenzase á calentar la chicharra. No se puede ponderar el gusto y agasajo con que fueron recibidos del licenciado Flechilla; en cuya casa se apearon derechamente, según habían quedado de concierto al despedirse en Campazas. Era vispera del día en que se habían de celebrar las honras, y aquella tarde fueron concurriendo algunos parientes y amigos del difunto, no solo de los que vivían en los lugares circunvecinos, sino también tal cual que residía en población algo distante. Entre estos llegó un reverendísimo abad benedictino, primo del escribano Conejo, varón verdaderamente respetable, porque sobre ser monje muy ajustado, de porte sério y estatura heroica, de venerable presencia, de semblante majestuoso, y al mismo tiempo apacible, era sujeto á todas luces, sabio, no solo muy versado en todas las facultades serias, que son propias de su profesion, sino admirablemente instruido en todo género de bellas letras, de erudición amena y escogida, lo que junto á un trato humanísimo y urbano, hacia sumamente grata su conversacion, y constituía un sujeto cabal y redondeado.

Traía por sócio un predicador segundo de la casa, jóven como de treinta años, y monje de su especial cariño; porque aunque era de genio abierto, festivo y desembarazado, se contenía siempre dentro de los límites de la modestia religiosa, sin que los chistes ni las gracias de que abundaba, perdiesen jamás los términos de la decencia, ni se pasasen á ser chanzas pesadas ó pullas que pudiesen ofender ni levemente á los mismos con quienes se juntaba. Por

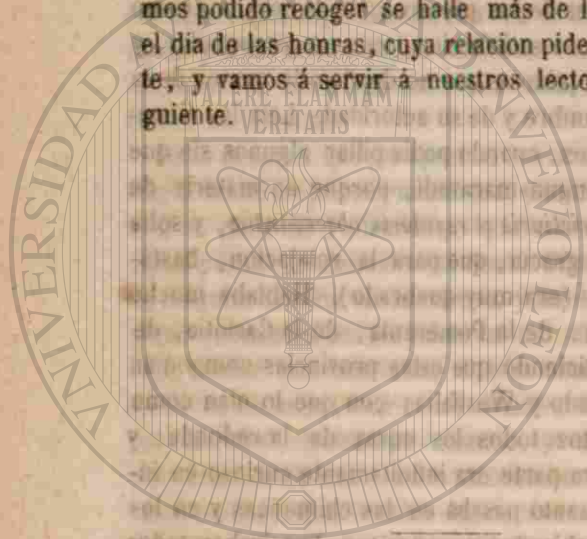
eso, y porque era mozo muy ponderoso, exactísimo en el cumplimiento de su obligación, y en el desempeño de su oficio, rendido á quanto se le mandaba, y dócil á todas las advertencias que se le hacian, habia merecido la especial inclinacion y concepto del abad, que esperaba formar en él un monje á su modo y á su mano, capaz de honrar con el tiempo, no solo á la congregacion, sino tambien á toda la Orden benedictina.

Poco después que se apearon los monjes, entraron á visitarlos, como tambien al padre Fray Gerundio, el cura de Pedrorubio, que era arcipreste de aquel partido, comisario del Santo Oficio, y hombre de singular fábrica en el cuerpo, y no de ménos singular estructura en las potencias del alma. Estatura algo menor que mediana, cabeza abultada, y un si es no es oblonga, con canas rucias y tordas, corona episcopal, pestorejo colorado, y con pliegues, ojos acardenalados, y en la circunferencia unas ojeras y sulcos, que habian hecho los anteojos perdurables, que solo se los quitaba para leer ó escribir, ó cuando estaba solo; pero en visitas, paseos, funciones públicas, al instante los montaba. Era lleno de semblante, aunque se conocia no ser maciza la grosura, porque á veces fluctuaban los carrillos, subiendo y bajando como fuelles de órgano. Tampoco el color era constante: unos dias muy encendido, otros malignamente jaspeado con sus manchas verdi perdas, entre enjundia y apostema; la lengua muy gorda; el modo de hablar hueco gutural y autoritativo, resoplando con frecuencia por mayor gravedad. Sus letras eran tan gordas como la persona;

pero al fin habia revuelto algunos libros de moral, y tenia muy atestada la cabeza de noticias las más ridiculas y más apócrifas que se encontraren los libros; porque para él, una vez que estuviesen impresos, todos eran á un precio, y las vertia en las conversaciones de los páparos, así de corona, como legos, con una satisfaccion, con un *coram vobis*, y con unos resoplidos, que no dejaban la menor duda de su certidumbre y de su autoridad. Leia las Gacetas y Mercurios, cuando podia pillar algunos sin que le costase ningun maravedí, porque en materia de gastar era *strictioris et regidoris observantiæ*, y solia decir, no sin gracia, que para la relajacion, bastábale la potra (era muy quebrado). Hablaba mucho de la Lusacia, de la Pomerania, de la Carintia, de la Livonia, diciendo que estas provincias componian el Landgraviado y Westfalia; con que lo oian como unos parvulitos todos los curas de la redonda; y como por otra parte era infinitamente curioso en indagar todo quanto pasaba en las chimeneas y en los rincones, cuchicador y misterioso, le miraban todos con un gesto equívoco, entre respetoso y burla, entre respeto y temor.

Aún estaban en los primeros cumplimientos del comisario, cuando se entró á galope en la sala el predicador Fray Blas en traje de camino, y sin saludar á nadie se fué derechamente á dar un abrazo á su amigo Fray Gerundio, como si hubiera veinte años que no se hubieran visto; y es tradicion, que todavia se estaba componiendo los hábitos que traia enfaldados, que se dió recado de parte del concejo, y entraron los dos alcaldes, los dos regidores, el pro-

curador de la villa y el fiel de fechos, porque aún no se había provisto el oficio de escribano. Aquel día no debió de ocurrir suceso considerable; por lo ménos se ha frustrado en su indagacion nuestra solicitud y diligencia, sin que en las memorias que hemos podido recoger se halle más de lo sucedido en el día de las honras, cuya relacion pide capítulo aparte, y vamos á servir á nuestros lectores en el siguiente.



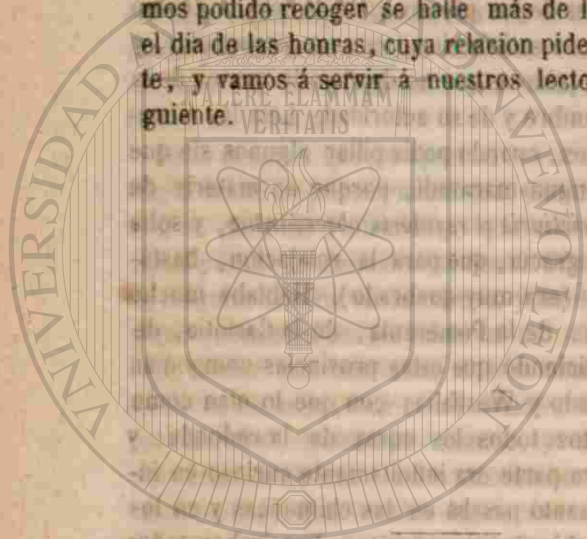
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII.

LO MISMO QUE EL OTRO.

AMANECIÓ el día siguiente tantos de tal mes, corriendo dichosamente el año de 1700, y hablamos así por estar algo embrollada la cronología, y no es negocio de engañar á nadie, aunque nos pagaran á peso de oro cada noticia incierta. Reinaba en España su gloriosísimo Monarca; gobernaba la Iglesia de Dios el Sumo Pontífice, Vicario de Cristo; y era general de la Orden un varon grave, elegido canónicamente por el capítulo, cuando el reloj de sol de Pedrorubio señaló la hora de las diez de la mañana. Este reloj era la sombra que hacia un sobradillo que atravesaba la pared, sobre la misma puerta del matadero, único edificio del lugar, cuya fachada principal miraba de rechamente á mediodía, desde el mismo punto de amanecer. Se había doblado toda la clave de las campanas; eran dos esquilones, y un cencerro que se debía tocar para las misas rezadas; y aunque los esquilones, en su primitiva fundacion, segun la tradicion de padres á hijos, habian sido de los afamados en toda la comarca, con el tiempo, que todo lo consume, uno habia perdido la lengüeta, y se suplía la falta de esta con una pesa de hierro de dos libras

curador de la villa y el fiel de fechos, porque aún no se habia provisto el oficio de escribano. Aquel día no debió de ocurrir suceso considerable; por lo ménos se ha frustrado en su indagacion nuestra solicitud y diligencia, sin que en las memorias que hemos podido recoger se halle más de lo sucedido en el día de las honras, cuya relacion pide capítulo aparte, y vamos á servir á nuestros lectores en el siguiente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII.

LO MISMO QUE EL OTRO.

AMANECIÓ el día siguiente tantos de tal mes, corriendo dichosamente el año de 1700, y hablamos así por estar algo embrollada la cronología, y no es negocio de engañar á nadie, aunque nos pagaran á peso de oro cada noticia incierta. Reinaba en España su gloriosísimo Monarca; gobernaba la Iglesia de Dios el Sumo Pontífice, Vicario de Cristo; y era general de la Orden un varon grave, elegido canónicamente por el capítulo, cuando el reloj de sol de Pedrorubio señaló la hora de las diez de la mañana. Este reloj era la sombra que hacia un sobradillo que atravesaba la pared, sobre la misma puerta del matadero, único edificio del lugar, cuya fachada principal miraba de rechamente á mediodía, desde el mismo punto de amanecer. Se habia doblado toda la clave de las campanas; eran dos esquilones, y un cencerro que se debía tocar para las misas rezadas; y aunque los esquilones, en su primitiva fundacion, segun la tradicion de padres á hijos, habian sido de los afamados en toda la comarca, con el tiempo, que todo lo consume, uno habia perdido la lengüeta, y se suplía la falta de esta con una pesa de hierro de dos libras

ménos onzas, que por defectuosa habia quitado al carnicero del lugar un juez de residencia. Servia á la pesa de espigon un grueso cordel de cáñamo, que prendia del anillo ó hembrilla interior del esquilon deslenguado, y como el cordel no tenia consistencia para contener la pesa en aquella direccion que la daba el movimiento á la campana, siempre que esta se empinaba, giraba en círculo la cuerda, y sonaba á almirez de boticario cuando el mancebo desprende los polvos que se pegan á las paredes. El otro esquilon se habia relajado un poco en cierta funcion en que hizo más fuerza que la acostumbrada, y como se le iba la voz, era su sonido acatarrado.

En fin, todo esto importaba un bledo para el sermón de honras que predicó nuestro Fray Gerundio, el cual llegada la hora, y encendido el fúculo, concluida la Misa, tomada la capa negra por el preste, y acomodado el auditorio, subió al púlpito, predicó su sermón; ¿pero qué sermón? Excusamos repetirle, porque ya dejamos hecho un exacto y puntual análisis, que casi puede ser anatomía de su fúebre oración, en todo el capítulo V de este mismo libro 2.º á donde remitimos á nuestros lectores; porque no se apartó un punto nuestro insigne orador ni de aquella division ni de aquellas pruebas. Mas porque no es imposible que se halle tal cual lector tan peregrino, que no quiera tomarse el ligero trabajo de recorrer aquel capítulo; no de otra manera (porque un simil oportuno adorna mucho la oración) que un clérigo galbanero se dá al diantre siempre que en el breviario ó misal encuentra parte del rezo en remisiones ó citas, y por nó ir á buscarlas apechuga con

el primer común que se le pone delante; para obviar nosotros este inconveniente, hemos tenido por conveniente recopilar aquí con la mayor brevedad lo mismo que dijimos allí en gracia de nuestros lectores flacos, miserables y poltrones.

Introdujose, pues, Fray Gerundio á su famosa oración con esta primera cláusula, que dejó atónito á todo el grueso del auditorio: « Esta parentación sacro-lúgubre, este epicedio sacro-trágico, este coluctuoso episodio, y este panegiris escenático, se dirige á inmortalizar las memorias del que hizo inmortales á tantos con los rasgos cadmeos, que á impulsos del aquilífero pincel que estampa en cándido lino triturado, sirviendo de colorido el atro liquor de la verrugosa agalla, chupando en cóncavos aéreos vasos de la leve madera Pamvescia: *« Calamus scribæ velociter scribentis. »*

No es posible ponderar, con cuanta satisfaccion rompió en esta primera cláusula, y cuantos parabienes se dió á sí mismo dentro de su corazón, por haber encontrado voces tan adecuadas como significativas, para explicar su pensamiento. Que se me vengan, que se me vengan, decia allí para consigo, no solo á impugnar, sino á empujar la cláusula; que levante, que levante el retórico la postura de las voces, y que me las dé á mí más empinadas ni más eruditas. Llamar á las letras *rasgos cadmeos*; á la pluma, *aquilífero pincel*; al papel, *cándido lino triturado*; á la tinta, *el atro sudor de la verrugosa agalla*; al tintero, *el cóncavo aéreo vaso*, añadiendo después para mayor explicacion, *de la leve madera Pamvescia*, con alusion al buéy, que fué enseñando

á Cadmo el camino, hasta llegar al sitio donde fundó la ciudad de Tebas. ¿Esto lo pensaría por ahí cualquier predicador sabatino de la legua? ¿y no habrá más de cuatro predicadores mayores, y más de dos predicadores generales, que no tengan númen para tanto?

Metióse al instante en el espeso matorral del antiquísimo principio de la costumbre inmemorial, y de los diferentes modos y ritos con que en todo tiempo y en todas las naciones se han celebrado las honras de los difuntos: no olvidó las repetidas citas de Polibio, Pausanias, Alejandro, Plutarco, Celio, Suetonio, Bernin, Esparciano, Novarino, Apiano, Diodoro, Sículo y Herodoto, todos de la misma manera y por el mismo orden que los cita el *Florilogio*. Encasó con la misma oportunidad las clausulillas más brillantes, y las que á él más le habian prestado en el nunca bastante aplaudido sermón de honras de los militares del regimiento de Toledo; aquello de *tan lugubrementé generosa, luctuosamente compasiva*; la otra; donde erigian *túmulos suntuosos y grandiosos, fúnebres obeliscos radiados de luces, y luctuados de bayetas*. (*Coherencia lucida, tenebrosa*) que entre *yertas y cadavéricas cenizas vitalizaba memorias de militares difuntos*; solo que en lugar de *militares*, dijo *escribanales*. Y en la que se sigue después dijo, *trucidaban inocentes víctimas, que dirigian á mitigar rigores de los dioses, esparcian rosas fragantes, confederando matices y verdores, para derramar memorias inmarcesibles y floridas esperanzas á la felicidad eterna de los militares difuntos*; solo mudó las dos últimas palabras, diciendo en vez de *militares difuntos*,

estilijeros finados; aludiendo, á que antiguamente se escribía con unos punzones de hierro ó acero, que se llamaban *estilos*. Pero lo que repitió varias veces, porque le habia dado más golpe que todo, fué aquello de *sollozando menias sentidamente elocuentes, gimiendo endechas piadosamente elegantes*: y aún notó, á que el auditorio siempre que decia algo de esto se sonaban los moeos.

En donde estuvo sin comparacion más feliz que el autor del *Florilogio*, fué en aprovecharse de la exposicion de *Aie*, sobre lo que significaba *Odolla*, ciudad donde Judas Macabeo decretó las primeras honras ó primeros sacrificios que se lee en la Escritura haberse ofrecido á Dios por los difuntos. Dice *Aie*, que *Odolla* se interpreta, *Testimonium, sive ornamentum* (*testimonio ó ornamento*). Al autor del *Florilogio* le hacia al caso el ornamento y no el testimonio; porque así como las franjas, los galones y las guarniciones se llaman *ornamentos de los vestidos*, así las guarniciones de los soldados, parece que se han de llamar *ornamento de las plazas*: con que *Ciudad-Rodrigo* es ornamento: *Odolla, id est, testimonium, sive ornamentum*, pues es ciudad ó plaza de guarnicion, y por aquí le vino el estrecho parentesco con *Odollo*. Puede ser que á más de dos críticos de estos que tratan de genealogías mentales, les parezca algo largo el parentesco; pero no hayas miedo que les parezca así el que probó nuestro Fray Gerundio de su escribano, con la ciudad de *Odolla*, ó ya se siga la interpretacion de *testimonio*, ó ya se adopte la exposicion de *ornamento*. Aquí conmigo, dijo el ingenioso orador: Si Odo-

«lla es testimonio, *Odolla, id est, testimonium*,
 « todos cuantos testimonios dió nuestro malogrado
 « héroe, dan testimonio de que fué de Odolla su ele-
 « vadísima prosapia. Nadie note el *elevadísima*, por-
 « que como se oientan en ella tantas plumas, pudo
 « elevarse, pudo remontar su vuelo hasta dejar deba-
 « jo de sí al Icaro presumido: *Icarus Icaris nomine*
 « *fecit aquas*. Si Odolla es testimonio: *Odolla, id*,
 « *est testimonium*: luego es la ciudad de los testimo-
 « nios y ciudad de los escribanos, aunque parecen
 « dos, son una misma sinónima locucion, como sa-
 « be el retórico elegante, segun el cánon de la divina
 « Sinecdоче: *Sinecdоче figura est, in qua pars po-*
 « *nitur pro toto*. Y sino dígame el entendido; ¿por
 « qué Juan se singulariza por *secretario* del Verbo:
 « *Quia testimonium perhibet de illo, et scit quia ve-*
 « *rum est testimonium ejus?* Repare el discreto; lo
 « primero, porque dió testimonio; lo segundo, por-
 « que fué testimonio verdadero; *et verum est testimo-*
 « *nium ejus*. Aquello le acreditó de *escribano*; porque
 « para ser escribano, basta dar testimonio: *testimo-*
 « *nium perhibuit*. Esto le calificó bien de *escribano*;
 « porque para ser buen escribano, es menester que
 « el testimonio sea verdadero: *et verum est testimo-*
 « *nium ejus*. Pero de una y otra manera el dar tes-
 « timonio es tan propio de los escribanos, como lo
 « es de la ciudad de Odolla el ser ciudad de los tes-
 « timonios: *Odolla, id est, testimonium*.

« Volvamos al texto: celebráronse ó se decretaron
 « las primeras exequias, *lucido tenebroso*, en la ciu-
 « dad de los testimonios, en la ciudad de los escriba-
 « nos: *Odolla, id est, testimonium*; y esa misma

« ciudad era tambien ciudad de los ornamentos:
 « *Odolla, id est, ornamentum*. Espantábame yo, que
 « no estuviesen los ornamentos pared por medio de
 « las exequias: alto al misterio: llamábanse *orna-*
 « *mentos* en antonomástica posesion de las vestiduras
 « sacro-sericas, de que usaba el sacerdote para cele-
 « brar el sacrificio de la Misa: *Paramenta, seu orna-*
 « *menta*, que dijo con elegancia el litúrgico Rubri-
 « quista. Y claro está que exequias sin misa son
 « cuerpo sin alma; ó á lo ménos es la Misa la que
 « principalmente vivifica y refrigera las almas que
 « fueron de los cadavéricos cuerpos: *In Spiritum*
 « *Dominum et vivificantem, qui, etc.* Ahora conmigo:
 « La Misa, en dias comunes, es de puro consejo:
 « *consilium autem do*, que dijo el vaso escogido: la
 « Misa en dias de domingo, es de riguroso precepto:
 « *Mandatum de vobis novum*. Notólo con discrecion
 « la rubicunda púrpura de Hugo: *Omnes tenentur*
 « *audire sacrum in die dominica*. Infiera el lógico
 « ahora: luego en estas exequias de Domingo Cone-
 « jo, era indispensable la Misa; porque la Misa es
 « indispensable en dia de domingo: *Omnes tenen-*
 « *tur, etc.* ¿Qué hay que replicar á esta consecuen-
 « cia? Pues allá va otra: luego fueron clara y paten-
 « temente figura de estas coluctuosas exequias las
 « que se decretaron para el invicto Macabeo en la
 « ciudad de Odolla, ciudad de los testimonios, ciu-
 « dad de los escribanos, ciudad de los ornamentos;
 « *Odolla, id est, testimonium, sive ornamentum, pa-*
 « *ramenta, ornamenta; Omnes tenentur audire sa-*
 « *crum in die dominica.*»

A este modo y del mismo gusto fué toda la oracion

fúnebre, cuyo traslado con mejor consejo nos ha parecido omitir; porque sería impropiedad en asunto tan doloroso, hacer llorar de risa á los lectores: basta decir, que para cerrarla con llave de oro, dió fin á ella con aquella ridícula alegoría que se le ofreció de repente en el ya citado capítulo quinto, para contrarestar la otra no ménos estrafalaria metáfora, que tanto celebró Fray Blas en el sermón de honras del famoso *Florilogio*: solo que allí, la dijo seguida y sencillamente sin adornarla con textos: pero en el púlpito la vistió y la sacó de gala con todos los adornos correspondientes. Tenemos lástima, y aún casi pica en escrúpulo, en defraudar al público de los oportunos textos de que la engalanó; y así allá vá ni más ni ménos como la pronunció con todos sus atavíos.

«En virtud de que el Fiscal (*Adversarius vester*
«*diabolus, tanquam leo rugiens, circuit querens*) le-
«xantó auto de oficio por el supremo juez (*tenens*
«*adversarius Chirographum*), y se dió mandamiento
«de prisión contra nuestro escribano difunto (*tene-*
«*te eum, et ducite caute*). Presentóse este en la
«cárcel del Purgatorio (*Claudentur ibi in carcere*),
«dejando poder al amor filial, para que como procu-
«rador suyo (*gloria patris est filius sapiens*) contra-
«dijese la demanda (*posuit me contrarium tibi*),
«apelando de la sala de justicia, á la de misericordia
«(*secundum magnam misericordiam tuam*). Libróse
«despacho de inhibición y avocación de autos origi-
«nales (*Ego veniam et iudicabo*): dióse traslado á la
«parte de nuestro ministro encarcelado (*nil respon-*
«*des ad ea, quæ adversus te testificantur*): hizo este

«un poderoso legato de misas y sufragios (*Domine,*
«*oratio mea in conspectu tuo semper*); y dándose por
«concluida la causa (*non invenio in eo causam*) falló
«la misericordia que debía de mandar y mandaba que
«el escribano Domingo Conejo saliese libre y sin cos-
«tas de la tenebrosa cárcel (*sinite hunc abire*), de-
«clarando haber satisfecho todas sus deudas suficien-
«tamente con las pensiones de la prisión (*dimitte*
«*nobis debita nostra*); y que así fuese á la gloria en
«paz (*requiescat in pace*).

Desengañese la elocuencia más valiente, persuá-
dese la elegancia más retumbante, humíllese la pluma
de más alto remonte, y créame la fantasía del más
delicado respunte, que no es posible, no digo ex-
plicar dignamente un solo rasgo, pero ni aun conce-
bir entre sombras un tenebroso bosquejo del embe-
leso, de la admiración, del pasmo, del asombro, con
que fué oída la oración de todo el numeroso audito-
rio que componía todo el grueso peloton de papa-
rismo, excepto el reverendísimo abad y su socio,
que también estaban aturdidos, aunque por muy di-
verso término. No hubo siquiera uno entre todos los
oyentes, que por buen espacio de tiempo no pare-
ciese estatua en virtud del extático pasmo.

Hasta el mismo Fray Blas estaba enagenado, ha-
ciéndose cruces intelectuales en lo más íntimo de su
alma, y tan persuadido ya, allá de ojo para adentro,
que en comparación de Fray Gerundio, él era un
pobre motilon, que desde aquel punto le costaba
grandísima violencia el no tratarle con respeto, y
solo por no dar su brazo á torcer, prosiguió en la
llaneza comenzada; pues por lo demás en su estima-

cion y concepto, pasaba Fray Gerundio por el primer hombre de todo el orden universal: así lo confesó á un confidente amigo suyo, esta interior particularidad, que hace tanto honor á nuestro héroe.

El licenciado Flechilla, que le habia encargado el sermón, y aquel dia hacia de diácono en las honras, enagenado y fuera de sí, se quedó sentado en el banco, donde habia oido la oracion á mano derecha del Preste, tanto, que ya el comisario pasaba incensando el túmulo (calzados sus anteojos) en el último responso, y todavía permanecía en su banco el bueno del licenciado Flechilla, llorando á hilo, rendido de ternura, sin advertir lo que pasaba. Apenas entraron en la sacristia los del altar, cuando el Preste, sin dar lugar á que le quitasen la capa, se arrojó violentamente al cuello de Fray Gerundio, túvole un gran rato apretado entre sus brazos, sin hablarle palabra, y después retirando un poco el cuerpo, y poniéndole las manos sobre los hombros, prorrumpió en estas exclamaciones: *¡Oh gloria inmortal de Campos! ¡oh afortunado Campazas! ¡oh dichosísimos padres! ¡oh monstruo del púlpito! ¡oh confusion de predicadores! ¡oh pozo! ¡oh sima! ¡oh abismo! ¡Es un horror! ¡es un horror! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!* Y fuese á quitar la capa, haciéndose en cruces.

No pudo articular más palabra el licenciado Flechilla por entonces, que decir interrumpidamente: *Padre, Padre, Padricó! La semana Santa, la semana Santa del año que viene, la semana Santa no tiene remedio; y como á ese tiempo entrase en la sacristia Anton Zotes, creyó que era llegada la postrimera hora de su vida, porque consintió morir allí ahogado, según los*

abrazos que le dieron, no contribuyendo poco para anudarse las muchas lágrimas que le hacia derramar el gozo. Fray Blas estaba atónito, y solamente se explicó con los ojos y cejas. Al reverendísimo padre abad le pareció que no le permitia la urbanidad dejar de presentarse, y así dejándose ver en la sacristia, seguido de su sócio, solo dijo con afabilidad y con agrado, que habia tenido un rato muy divertido, y que era razon que el padre Fray Gerundio descansase; á que añadió el sócio: yo me estaria oyendo á Vuestra Paternidad otras dos horas; la erudicion acarreada, el estilo de lo que hay poco, y el modo de discurrir es orijinal. Con las expresiones equivocadas de los dos monjes, se confirmaron los otros paletos, de que apenas un ángel podia predicar mejor.

Vueltos todos á casa, y ya puesta la mesa, se sentaron todos á ella por su orden: menudeáronse los brindis, repitiéronse las enhorabuenas, y renováronse las expresiones; y solo no hubo décimas ni octavas, porque como la funcion era de mortuorio, parecia impropiedad. Con todo eso, no se pudo contener un estudiante legista, que aquel año habia comenzado los Vinos en Valladolid, y tambien comenzaba á hacer pinillos de poeta, echando sus quintillas de cuando en cuando, sus décimas en las porterías y locutorios de monjas, cuando habia funcion de habito ó profesion. Habia concurrido á las honras del escribano Conejo en nombre de su padre, vecino de un lugar cercano, y muy amigo del difunto, que por hallarse achacoso, no habia podido concurrir personalmente. Pidió licencia para decir un epitáfio que se le ofrecia; y como el asunto era tan de *requiem*, fácilmente se

le concedió; con que prorrumpió en este disparate:

Yace entre estas dos losazas

Conejo, no yace tal,

Pues que le hizo inmortal

Fray Gerundio de Campazas:

Caminante, cuando cazas,

No hallaras vivar mas guapo,

Que este sitio, en que te atrapo;

Pues con cualquier perro viejo

Cojerás aqui un conejo,

Y en el punto un gazapo.

Los dos monjes conocieron bien la insulsez de la décima, llena de ripio, y sin más sal que un equivoquillo ridiculo que no tenia substancia; pero los demás, que no hilaban tan delgado ni entendian ni atendian más que al sonsonete, la levantaron sobre las nubes, y le hicieron sacar incontinenti muchos traslados para repartirlos por toda la redonda: conviniendo todos, que el licenciado era tan buen poeta como Fray Gerundio buen predicador. Con esto se retiraron los padres á dormir la siesta; y después de ella sucedió lo que vamos á decir en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII.

SÁLENSE Á PASEAR LOS CUATRO RELIGIOSOS,
Y EL PADRE ABAD, EN TONO DE CONVERSACION, DA Á FRAY GERUNDIO
ADMIRABLE DOCTRINA.

DORMIDA la siesta, tomado un polvo, rezadas Visperas y Completas, y adelante un poco la tarde, que estaba muy apacible, dijo el padre abad á Fray Blas y Fray Gerundio, que si gustaban salir á espaciarse un poco al campo. Aceptaron gustosos el convite los dos amigos, y se salieron á pasear en compañía de los dos monjes. Apenas salieron fuera del lugar, (y no tuvieron mucho que andar para eso), cuando impaciente ya Fray Blas, preguntó al padre abad: ¿Qué le pareció á V. Reverendísima el sermón de esta mañana? ¿No fué un asombro? En su línea, respondió el Reverendísimo, es de lo singular y de lo precioso que tengo oído. A tal tiempo se incorporó con la tropa el comisario, que venia con alguna aceleración á cortejarlos, no habiéndolos encontrado en casa del licenciado Flechilla. Era su traje de paseo, becoquin mocho, sombrero nuevo de castor, alza-cuello con su esclavina, sobre-ropa con alamares, baston con puño de plata, y buen recado de borla: en fin parecía un arcadiano. Después de los cumpli-

le concedió; con que prorrumpió en este disparate:

Yace entre estas dos losazas

Conejo, no yace tal,

Pues que le hizo inmortal

Fray Gerundio de Campazas:

Caminante, cuando cazas,

No hallaras vivar mas guapo,

Que este sitio, en que te atrapo;

Pues con cualquier perro viejo

Cojerás aqui un conejo,

Y en el punto un gazapo.

Los dos monjes conocieron bien la insulsez de la décima, llena de ripio, y sin más sal que un equivoquillo ridiculo que no tenia substancia; pero los demás, que no hilaban tan delgado ni entendian ni atendian más que al sonsonete, la levantaron sobre las nubes, y le hicieron sacar incontinenti muchos traslados para repartirlos por toda la redonda: conviniendo todos, que el licenciado era tan buen poeta como Fray Gerundio buen predicador. Con esto se retiraron los padres á dormir la siesta; y después de ella sucedió lo que vamos á decir en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII.

SÁLENSE Á PASEAR LOS CUATRO RELIGIOSOS,
Y EL PADRE ABAD, EN TONO DE CONVERSACION, DA Á FRAY GERUNDIO
ADMIRABLE DOCTRINA.

DORMIDA la siesta, tomado un polvo, rezadas Visperas y Completas, y adelante un poco la tarde, que estaba muy apacible, dijo el padre abad á Fray Blas y Fray Gerundio, que si gustaban salir á espaciarse un poco al campo. Aceptaron gustosos el convite los dos amigos, y se salieron á pasear en compañía de los dos monjes. Apenas salieron fuera del lugar, (y no tuvieron mucho que andar para eso), cuando impaciente ya Fray Blas, preguntó al padre abad: ¿Qué le pareció á V. Reverendísima el sermón de esta mañana? ¿No fué un asombro? En su línea, respondió el Reverendísimo, es de lo singular y de lo precioso que tengo oído. A tal tiempo se incorporó con la tropa el comisario, que venia con alguna aceleración á cortejarlos, no habiéndolos encontrado en casa del licenciado Flechilla. Era su traje de paseo, becoquin mocho, sombrero nuevo de castor, alza-cuello con su esclavina, sobre-ropa con alamares, baston con puño de plata, y buen recado de borla: en fin parecía un arcadiano. Después de los cumpli-

dos ordinarios, se prosiguió la conversacion entablada, porque Fray Blas repitió la misma pregunta, y el padre abad le dió la misma respuesta.

No esperaba yo ménos de la profunda sabiduría de V. Reverendísima, dijo el comisario; malo es, que á mi me dé golpe un sermón, un libro, una obra, sea de la facultad y de la especie que fuere, que lo mismo mismísimo ha de parecer á todos los hombres sabios y discretos del mundo. Aquellas exquisitísimas doctrinas, digo noticias, que dijo el padre Fray Gerundio del origen de los elogios y de las oraciones fúnebres, como tambien de los diferentes ritos con que se han celebrado y celebran las honras de los difuntos, comprobadas todas con testimonios de tanta multitud de autores, ¿no prueban un milagro de lectura, y aun abismo sin suelo de sabiduría?

Bien puede ser, respondió el padre abad, que el reverendísimo padre Fray Gerundio le hubiese costado eso mucho sudor, mucho aceite y mucho tiempo; porque como todavía es jóven, no puede tener grande noticia de los autores que tratan á propósito varios asuntos. Dionisio Halicarnaseo, célebre historiador, y uno de los mayores críticos de la antigüedad, tiene una bella, elegante y muy erudita disertacion sobre esta única materia, intitulada *de origine et vario ritu funerandi*. Allí se encuentra todo cuanto dijo Fray Gerundio, y mucho más. En esta especie de escritos filológicos, dicen los críticos, que están puestas en su lugar todas las noticias; pero en los sermones las tienen por impertinentes, y por una pueril vanidad de ostentar erudicion fuera de tiempo; á lo más, permiten que se apunten muy de paso,

huyendo de recalcar en ellas. Y solo refiero lo que los críticos dicen, pero sin tomar partido; porque no es mi ánimo defraudar un punto el concepto que se merece el padre Fray Gerundio.

¡Oh, padre reverendísimo! replicó el comisario, los críticos son extraña gente: dudar todo, impugnarlo todo, negarlo todo, y cádate que soy crítico. ¿Hay manía más graciosa, como negar que Judas se crió desde niño en casa de Pilatos: que le sirvió de jardinero ó de hortelano: que después mató á su padre sin conocerle, porque quiso llevarse unas peras de la huerta: que al cabo se casó con su misma madre sin saber que lo era, y que á ésta tambien le quitó la vida por no sé qué niñería; y que viéndose viudo, se quiso meter fraile; pero no habiéndole querido en ninguna religion monacal ni mendicante, por fin y postre se metió Apóstol, y vendió á su Maestro, y se ahorcó de un moral muy alto, estando tres dias colgando de él sin poder morir, por más diligencias que hizo, hasta que en el mismo punto que Cristo resucitó, se rompió el cordel, y cayó precipitado sobre una piedra, ó guijarro puntiagudo que le abrió las entrañas, y le sacó los intestinos? Noticias todas tan ciertas, tan auténticas y tan indubitables, como que están escritas é impresas por un varón pio, docto, religioso, en un libro de título muy retumbante. Y en medio de eso, los críticos, no solamente lo niegan, sino que hacen grandísima chacota del que las escribe, y no ménos de los que las leen. No haga caso V. Reverendísima de los críticos, y déjelos decir hasta que se cansen.

Soy de esa opinion, dijo el sócio del abad algo so-

carronamente. Los críticos vienen á turbarnos de la quieta y patífica posesion en que estábamos de creer buenamente mil y quinientas cosas, sin perjuicio de tercero, y pues ellos no hacen caso de un título tan justo como el de la posesion, tambien es puesto en razon que nosotros no hagamos caso de ellos. La erudicion sirve de adorno en los sermones, y los Santos Padres no la desprecian cuando la tienen á mano.

Por lo ménos, interrumpió el padre abad, no la usa San Jerónimo. San Gregorio Nacianzeno, en las oraciones fúnebres que pronunció, y en la muerte de su grande amigo San Basilio, y en la de su padre que se llamaba tambien *Gregorio*, ya en la de su hermana Santa Jerónima; ni San Gregorio Niceno en las que predicó en las honras de las emperatrices Plácida y Pulqueria; ni San Ambrosio en las que dijo en el colegio del Emperador Teodosio el grande, se cansaron en gastar esa especie de erudicion. Mucho peso, mucha solidez, mucha piedad, mucha elocuencia, mucho ingenio y mucha ternura, eso sí; pero erudicion ni mucha ni poca, y en verdad que los tres Santos eran muy leídos.

A eso, padre maestro, dijo el sócio, se me ofrece una grande disparidad: esos santos predicaban las honras de otros santos, y por lo ménos de unos emperadores, que aunque no estaban canonizados, compitieron en lo heroico sus virtudes cristianas, con las políticas y con las militares.

Todos estos grandes objetos estaban tan llenos de nobles materiales, que era inútil el adorno, y odiosa la invencion, cuando sin ésta y sin aquél, no tenia

tiempo el orador ni para apuntar, quanto más para explayarse en dar al auditorio un claro conocimiento de sus héroes.

Nuestro Reverendísimo Fray Gerundio no tuvo por objeto de su oracion á ningun San Basilio, ni á ningun Emperador Teodosio. El señor Eseribano (que Dios haya) seria muy buen Cristiano; pero sus virtudes no hicieron ruido. Comulgaba una vez al año con mucha devocion: oia Misa los dias de fiesta, y ganaba con su oficio todo quanto podia. No venció tiranos, ni ganó batallas, ni conquistó provincias, ni defendió la Religion. En fin, no sabemos que sobresaliese en alguna de aquellas virtudes morales ó prendas naturales, que tal vez se reputan por asuntos de elogios fúnebres. Bien ve V. Reverendísima, que á un hombre así, esto es, de vida comun, y por ventura no muy ejemplar, ha de gastar por lo ménos una hora en celebrarle: es menester arte, inventiva y forrajear mucho en la erudicion para llenar el tiempo y para divertir la curiosidad del auditorio, ya que no se pueda decir cosa que edifique demasadamente.

¡Admirable réplica! exclamó Fray Blas. No tiene respuesta el argumento, dijo el comisario. Quitómele de la boca, dijo Fray Gerundio. Sosiéguese ustedes, replicó el padre Abad, que yo veré si puedo responder á él, pero me han de oír con paciencia.

No tiene duda que las oraciones fúnebres se inventaron en el mundo, para celebrar los claros varones, alentando á los vivos en las heroicas virtudes que practicaron en beneficio de la patria y de la república; eso de que los atenienses practicaron esa loable costumbre los primeros, como lo afirmó Fray Ge-

rundio, es muy dudoso y seguido de muy pocos. Lo más que se les concede, es la invención de ciertos juegos ecuestres, que en honor de los difuntos esclarecidos, practicaban sus amigos y parientes como lo hizo Aquiles con Patrolo, y mucho tiempo antes Hércules con Pelope.

Lo que no admite duda es, que la primera oración fúnebre que se lee en la antigüedad, es la de Marco Bruto, pronunciada por Cicerón, diez y seis años antes de las que se leen de los griegos, celebrando las memorias de los que murieron en la famosa batalla de Maraton; y por el mismo tiempo, poco más ó menos, tuvieron principio los epitafios ó elogios sepulcrales de los difuntos, dando noticia sucinta de las principales acciones de su vida, ó de los dictados más visibles que les adornaron, como el de Anigio Probrino, cinco veces cónsul, cuestor y candidato, á su madre Anigiria Falconia Proba, mujer de un cónsul, hija de otro, y madre de dos; pero sobre ser esta una cuestión inútil, fácilmente podemos conciliar las dos opiniones encontradas, diciendo que los griegos fueron los primeros que inventaron los elogios fúnebres, dedicándoles precisa y únicamente á los que morían con las armas en la mano en defensa de la patria; y los romanos fueron los primeros que los extendieron á todos los difuntos que en cualquiera línea hubieran sido beneméritos de la República ó del Estado. Aquellos los limitaron á las virtudes militares; éstos se extendieron á todas las virtudes.

Hasta que la Iglesia comenzó á gozar alguna paz permanente, hácia los principios del cuarto siglo, no se introdujo ni pudo introducirse esta costumbre en-

tre los cristianos. Las primeras oraciones completas que tenemos que merecen este nombre, son las de San Gregorio Nazianceno, que murió el año de 391. Es cierto que ni entonces ni muchos siglos después se permitió en la Iglesia de Dios este género de elogios públicos, pronunciados en el templo á vista de todo el pueblo, sino en la muerte de sugetos esclarecidos, notoriamente recomendables por su eminente virtud ó por sus grandes servicios en obsequio de la República y Religion. Después la lisonja, la vanidad, y la condescendencia, ayudadas de la calamidad de los tiempos, introdujeron el intolerable abuso de celebrar magníficas exequias con oraciones fúnebres á todos los difuntos que dejaban conveniencias para costearlas. Tuvo principio esta corruptela en el siglo XI, cuando se comenzó á relajar la disciplina, y las revoluciones del Imperio abrigaron la simonía, la violencia y la ignorancia. Pues se hallan en aquel siglo y los dos siguientes algunos panegíricos póstumos de sugetos, no solamente escandalosos y perversos, sino de hombres verdaderamente facinerosos.

Para formar estos elogios, claro está que era menester una de tres cosas, ó fingir descaradamente las virtudes que no tuvieron, ó ponderar las que debían tener, ó sacar al teatro con nombre de virtudes, los más vergonzosos vicios, echándoles una capa que les diese otra apariencia. Entonces fué cuando se comenzó á torcer en los púlpitos el verdadero significado de aquellos grandiosos nombres: *Magnanimidad, bizarría, intrepidez, generosidad, gran corazón, política, prudencia, teson, animosidad, heroísmo, etc.* Contagio ó trastornamiento, que derivándose de siglo

en siglo, hasta nuestros tiempos, apenas nos dejó en los celebrados héroes más que unos verdaderos tiranos, ladrones, usurpadores, falaces, astutos, perversos, ambiciosos, atrevidos, temerarios y descarados mofadores de todo el género humano.

Apoderada de los pueblos y de las naciones, esta piadosa intención, más ó ménos se ha conservado en toda la cristiandad. Es verdad que en nuestra España es muy rara la provincia y aún pueblo donde se permitan sermones de honras, que no sean á sujetos de virtud sobresaliente; sobre lo cual se han tomado varias providencias, así en algunos Concilios provinciales, como en diferentes sínodos diocesanos. Si hay algun gremio ó comunidad donde constantemente se observe esta demostración con todos los individuos difuntos, es por la justa presunción que funda el mismo hecho de haber sido de tal comunidad ó de tal gremio, de que el difunto necesariamente sobresalió en alguna virtud, prenda ó talento recomendable. Algunos son de opinión, que cuando estas prendas no salen de la esfera de puramente morales ó intelectuales, tampoco debieran salir los elogios de los sujetos que las poseyeron, de aquellas piezas donde las comunidades ó gremios sabios celebran sus juntas ó sus ejercicios literarios. Así se observaba en las dos academias de las ciencias y de las bellas letras de París: los nobles elogios públicos que se consagraron á la memoria de los miembros de ellas que murieron, se encierran siempre dentro de las paredes de los académicos museos, y hacen una preciosa parte de sus utilísimos ejercicios. El púlpito y los templos parece que solo debieran reservarse para

elogiar aquellas virtudes verdaderas, que sin volver siquiera los ojos hácia la vana inmortalidad de los hombres, miran derechamente á la eterna felicidad. Los que son de este sentir, juzgan que es profanarlos el dedicarlos á otra cosa. Yo prescindo de esta opinión, porque mi dictámen no hace falta ni para defenderla ni para impugnarla.

Hace bien V. Reverendísima, interrumpió el comisario, porque si llevara la contraria, nos habian de oír los sordos. Yo tengo en mi poder el sermón que se predicó en las honras de un primo mio catedrático, y aunque no fué negocio de que la gente anduviese á cachetes por sus reliquias; pero en fin el orador, que tampoco es ménos que un catedrático de prima, le compara á Salomón; y en verdad que pienso dejarle á mis sobrinos, como alhaja la más preciosa de mi herencia, mandando expresamente en el testamento, que le archiven entre los papeles más importantes de la familia, y aún no estoy ageno de hacer á mi costa otra impresión, si pinta bien la venta de carneros: pero prosiga V. Reverendísima porque le oimos con gusto.

Digo, pues, continuó el padre, que aún tolerada en algunas partes la costumbre de predicar sermones de honras á los que en vida no tuvieron las costumbres más arregladas, pero se hicieron recomendables por otras prendas naturales, dignas de estimación, parece á muchos hombres discretos (cuyo dictámen no me atrevo á reprobare) que están en ellos muy fuera de su lugar las noticias eruditas, gastadas, como se dice, á pasto y muy de intento, especialmente aquellas que se toman de los funerales del paganismo.

¿Pues cómo se ha de bandear el pobre orador sin este socorro? preguntó Fray Blas. Yo se lo diré á V. Paternidad, respondió el padre abad.

Como se bandeó San Gregorio Nazianceno en su admirable oracion fúnebre predicada en las honras de San Basilio, quando llegó á tratar de su casi universal pericia en todas las ciencias. Ya vé V. Paternidad que esto pertenece puramente á las prendas intelectuales y naturales; pues sin distraerse el Santo á noticias impertinentes, ni hacer ostentacion de alusiones importunas, haciendo una noble descripcion de las ciencias que poseía con perfeccion el gran Basilio, insinuando al mismo tiempo con artificioso disimulo una admirable instruccion, para que los oyentes aprendiesen el modo de poseerlas, sin descuidarse de enseñarlas como habian de usar de ellas con utilidad. Contentóme mucho este hermoso trozo de la oracion aún leído en la version latina, que sin duda perderia no poco de su elegancia original de la lengua griega. Tradújele en castellano, y aún le tomé de memoria, por si acaso se me ofrecia alguna vez aprovecharme de él; y á fé que han de tener ustedes la paciencia de oírmele, porque no les ha de disgustar.

¿Qué ciencia, qué facultad hubo en que Basilio no estuviese muy versado, y tan versado como si se hubiera dedicado á ella sola? De tal manera las poseyó todas, que jamás hubo quién las poseyese con igual perfeccion; y con tanta eminencia se hizo dueño de cada una, que parecia ignoraba todas las demás. ¿Y eso por qué? Porque á un ingenio tan sutil como elevado, añadia una aplicacion tan continua como laboriosa; medio único para adquirir el imperio sobre

« las ciencias y las artes. Su ingenio pronto, rápido y penetrativo hacia al parecer ocioso su estudio infatigable; y á la vista de su continuo estudio, parecia inútil la rápida perspicacia de su ingenio. Sin embargo, juntó la una con la otra con tanto empeño que dejó neutral la admiracion sin saber á cual de las dos partes se debia aplicar más; si á la elevada viveza de su ingenio ó al teson incansable de su estudio. ¿Quién pudo competir con Basilio en la retórica, aquella divina arte que en todo respira fuego? Superior á todos los retóricos más célebres en el inimitable uso de los preceptos, pero muy semejante de ellos en las costumbres. ¿Quién le cedió en la gramática, aquella arte de hablar correctamente, que forma y pule la lengua para el griego más castizo, aquella que recoge la historia, preside en la poesía, y como suprema legisladora, publica é intima leyes para el metro? ¿Quién en la filosofía? Verdaderamente ciencia sublime, que se eleva á lo más alto de la naturaleza, ya se considere aquella noble parte suya que se dedica á la práctica y experimental indagacion de las causas que producen los efectos naturales, ya se entienda aquella otra que se entrega toda á la especulacion en las disputas, sutilezas y argumentos lógicos, que comunmente se conocen con el nombre de *dialéctica*. En ella sobresalió tanto Basilio, que si alguna vez le empeñaba tanto la necesidad en la disputa, su argumento no tenia solucion, y era más fácil al adversario burlarse del más intrincado laberinto, que de embarazarse en la réplica. Por lo que toca á la astronomía, geometría y aritmética, se contentó

« con saber lo que faltaba, para que los peritos en estas facultades le mirasen y le oyesen con respeto; « lo demás lo consideró como inútil á la profesion de « un sabio y sério religioso, que en sus estudios buscaba el provecho y no la curiosidad; de manera « que tanto se admiraba en Basilio lo que no quiso « estudiar, como lo que escogió para aprender. »

Aquí tienen Vds. un elogio limitado, precisamente á prendas y virtudes naturales, que á un mismo tiempo deleita é instruye, persuade y mueve sin el fárrago de erudicion ó de noticias triviales, que un predicador de los que se usan fácilmente embutiria en los varios puntos que toca San Gregorio Nazianceno: un elogio que no rozándose apenas con las virtudes cristianas, no obstante se pronunció dignamente en el púlpito más grave, á vista del auditorio más autorizado y más sério. Pues ¿quién quita, que á imitacion de éste se formen otros muchos, cuando en los sujetos, cuyos funerales se celebran, no hay que alabar sino prendas naturales ó virtudes puramente morales, que aunque no son mérito para la vida eterna, son imitables por útiles á la sociedad civil?

Y si aún eso no se halla en el difunto (dijo Fray Gerundio con algun sacudimiento y retintin, como quien se había visto en ese caso); ¿de qué ha de echar mano el predicador? Penetro, padre Fray Gerundio, dijo el padre Abad, todo el énfasis de la pregunta, que no es tan inocente como parece: confieso á V. Paternidad que mi primo el escribano no fué canonizable ni se hizo muy visible por otros talentos de la línea natural que logran alguna recomendacion entre los hombres; por eso tuve lástima del orador

que había de predicar sus honras luego que me avisaron de su última disposicion, y aún él mismo se hizo cargo de la dificultad, cuando por conocerla, dejó limosna tan cuantiosa al predicador, atento al apuro en que se había de ver para encontrar en él algo digno de alabarse. Pero digo, que aunque en este aprieto háy en la retórica ciertos lugares comunes, y todos graves, ¿de qué puede y debe echar mano el orador para fundar su panegírico fúnebre, sin dispendio del tiempo, sin perder rēspeto al púlpito, y con utilidad del auditorio? ¿Y qué lugares son esos, padre reverendísimo? preguntó Fray Gerundio. Yo se lo diré á V. Paternidad, respondió el padre Abad.

Los que llaman *de la persona*, y se pueden reducir á cuatro capitulos; á las prendas del cuerpo; á las del alma; á la nobleza y méritos de sus antepasados, y al oficio, empleo ó ministerio que ejerció el difunto cuando vivo. En el cuerpo se puede considerar la proporcion, gentileza, simetria ó hermosura, la agilidad, la robustez, la fortaleza, etc. En el alma, el entendimiento, la penetracion, el juicio, la prudencia, etc. En la nobleza ó méritos de sus antepasados, todas las hazañas que les hicieron recomendables. En el oficio ó empleo, la superioridad, la exactitud, la aplicacion, los medios, los fines, la utilidad. Pues qué, interrumpió Fray Blas, también se ha de hacer asunto en el púlpito, de que el difunto no hubiese sido corcobaado y contrahecho; sino galan y bien puesto, parándonos en sí fué ágil, pesado, torpe ó industrioso, buen ginete ó mal ginete; ¡Valiente impertinencia!

Allá vá esa mosca, dijo el comisario, dando un resoplido. Yo me sacudiré de ella con serenidad, respondió el padre Abad.

Sí, padre Fray Blas, cuando no hay otra cosa de que echar mano, puede el orador valerse de las prendas corporales, con tal que lo haga con la debida gravedad, circunspeccion y decencia. ¿No se celebran en la Escritura las fuerzas corporales de Sanson? ¿No se celebran los cabellos de Absalon? ¿No se aplaude la agilidad de Saúl y su destreza en el manejo del arco? ¿No se ensalza el primor con que David heria las cuerdas del arpa? Y ¿cuántas veces habrá celebrado Vuestra Paternidad en sus sermones, la hermosura exterior de Cristo, y habrá hecho algunas pinturas ó descripciones de la singular belleza de la Santísima Virgen? Y del juicio que supongo á Vuestra Paternidad, no quiero creer que sus descripciones ó pinturillas habian sido tan profanas, tan escandalosas, tan sacrílegas como las que he oido yo más de cuatro veces á muchos predicadores, que en lugar de pintar á la Reina de las Virgenes y Madre de pureza, parece que hacian el retrato de una Elena incendiaria, ó de una Venus provocativa. *Cavendum est, (dice á este intento una pluma igualmente celosa que elegante) ab ineptiis eorum, qui in laude gravis personæ ut Beatæ Virginis, erranti stilo, lascivie speciem aliquam Elenae formare nituntur.*

¿Qué cosa al parecer más indiferente, que la agilidad y destreza en el ejercicio de la caza? Con todo esto, se alaba mucho en las historias de varios príncipes que fueron eminentes en este ejercicio, inclinándose á él con moderacion, y con provecho y pa-

satiempo, sin declinar en el extremo de una passion desordenada y viciosa. Tales fueron Mitridates, Adriano, Carlo-Magno, Henrico I y Alberto emperadores, los tres últimos de Alemania. Nicetas exalta con los mayores elogios á la emperatriz de Constantinopla Eufrosina, mujer del emperador Alejo Angelo, porque en la intrepidez y destreza en la caza de cetrería, no solo igualaba sino que excedia á los más hábiles cazadores de su tiempo. Ni en los nuestros nos faltan ejemplares de augustísimas princesas, que no dan muestras menores de su pericia y de su valor en el bosque, que de su penetracion y de su profunda política en el gabinete; tan felices en el acierto de la escopeta, como diestras en la puntería de los negocios: lo que se aplaude en la historia, ¿por qué no se podrá elogiar dignamente en el púlpito?

Dije dignamente, y lo dije con reflexion, porque para que se hagan decente lugar en la cátedra del Espíritu Santo estas prendas naturales, siempre es menester elevarlas á motivos superiores, insinuando que aquellos que las poseyeron ó las enderezaron, ó debieron enderezarlas á fines útiles para la religion, ó cuando ménos al Estado. Un orador medianamente diestro, puede instruir fácilmente con arte á su auditorio, en los medios de elevar á fines de superior orden, las acciones más regulares y más indiferentes. No salgamos del ejercicio de la caza. Quien quita ponderar la oportuna ocasion que ofrece la soledad para el recogimiento; y varios objetos indiferentes del cuerpo para levantar el corazon á Dios; la velocidad, el furor, la astucia, y aun las valentías de las mismas fieras para mil reflexiones conducentes á la utilidad

del alma, ó al prudente gobierno para las operaciones del gobierno civil. Sabemos, que San Francisco de Borja, cuarto duque de Gandia, era aficionadísimo á la caza de cetrería, en la cual ejercitaba mil virtudes, ya la mortificación, retirando de repente la vista, cuando más le convidaba la diversion del objeto, ya el sufrimiento, tolerando sin quejarse, así las fatigas del campo como los reveses de los temporales, ya una profunda meditación, sacando utilísimas consideraciones de la velocidad con que el halcon se dispara á la presa, de la docilidad con que á la primera insinuacion del reclamo se retira á la frondosa, de la fidelidad con que presenta la cabeza á su legitimo dueño, refrenando su natural ferocidad, por cumplir con su obligacion y agradecimiento.

Aun en el gentilismo tenemos un bello trozo del panegirico de Trajano, que puede servir de instruccion á cualquiera orador cristiano, para dirigir á la religion el elogio. «De las prendas naturales eres (dijo Plinio el jóven) diestrisimo; en la caza, una moderada frecuencia, parece recreo, y no es más que mudanza de fatiga. Tienes por alivio lo que solo es mudar de trabajo, interrumpes algunas veces los cuidados del gabinete, ¿mas para qué? para penetrar los bosques, para perseguir las fieras, aun hasta los más profundos senos de sus lóbregas cavernas, para trepar por riscos, y breñas inaccesibles, sin más auxilio que el de tus piés, sin otras huellas que las que estampan tus plantas: ¿esto en qué viene á parar? en que con sobre escrito de diversion, ejecutas la piedad, visitando aquellos sagrados lugares, y saliendo al encuentro á los Dioses

tutelares, que los presiden y los protejen: *Quid si quando cum influentibus negotiis parva fecisti, insular refectionis existimas mutationem laboris, ¿quae enim remissio tibi nisi lustrare saltus? ¿excitere cubilibus feras? ¿superare inmensa montium juga, et horrentibus scopulis gradum inferre? ¿Nullius manu, nullius vestigio adjutum?*

Y si el bueno del difunto, replicó el sócio, no tuvo ninguna destreza ni habilidad, sino para comer y beber, pasearse y vita bona. ¿á dónde ha de acudir el angustiado orador por los elogios? ¿A donde? respondió el padre Abad, á su profesion, á su oficio; pues no hay oficio ni profesion que no dé abundante materia para celebrar, sino al modo con que le ejercitó, al modo con que debe ejercitarle, y á los fines á que debe dirigirle, lo que todo redundará en provechosa enseñanza del auditorio.

Y parece á V. Reverendisima, dijo Fray Blas, que se encuentran ahí á la puerta de la calle los elogios de todas las facultades, y de todas las profesiones? ¡Jesús! respondió el abad, no hay cosa más á mano ni tampoco más de sobra. Cualquiera autorcillo que escribe sobre el todo ó la parte de alguna facultad, oficio ó empleo, comienza colocándole más allá de las nubes. Pues el prólogo y primer capítulo, cuando muchas veces no sea la mayor y la más útil parte de la obra, se reduce por lo común á recoger todo cuanto se ha escrito en recomendacion de la materia que trata; de su antigüedad, de su nobleza, de su necesidad y de su suma importancia; tanto que al leer la introduccion del más despreciable folleto, sobre alguna parte de aquellas cualquiera facultades,

y aún artes y oficios mecánicos, un lector incauto se persuade, á que no hay más noble, más importante ni más necesaria. A este propósito me acuerdo, que siendo muchacho leí cierto librito sobre las fiestas que habia hecho en una ciudad el gremio de los sastres, con ocasion de un retablo que habia costado el mismo gremio. El autor así en la introduccion, como en lo restante de la obrilla, juntó ó esparció tantos y tan magníficos elogios de este oficio, sobre todo, inculcó su antigüedad y su nobleza, probando á su parecer concluyentemente, que éste era el primero que se habia ejercitado en el mundo siendo Adán y Eva los primeros sastres, fundado en aquellas palabras del capítulo 3.º del Génesis: *Cumque cognovissent se esse nudos, consuerunt folia ficus et fecerunt sibi pericomota*; que convencido yo á lo mismo, faltó poco para meterme también sastre.

Tan bajos pensamientos como esos, interrumpió el socio, nunca los tuve yo; pero tanto como dedicarme á boticario, no me faltó un tris para hacerlo, desde que leí un cierto papelejo sobre la confeccion de Alkermes, que el Espíritu Santo era el verdadero fundador de las boticas, por cuanto él es el que inspira el conocimiento de la virtud de los simples, y el modo de alabarlos. Añadió que por eso las quintas esencias, que son los medicamentos más activos; se llaman *spiritus*, como alusion á su divino inventor.

Chanzas á un lado, continuó el abad; al gramático, al retórico, al poeta, al físico, al metafísico, al músico, al astronómico, al legista, al teólogo, y á proporcion á todos los profesores de las artes ú oficios

mecánicos, se les puede alabar en el púlpito con majestad y con decencia, por el ejercicio de sus mismos oficios y facultades. Para hacer el elogio de un gramático no hay más que leer á Marciano Capela en el libro 3.º; á Diomedes en la epístola á Atanasio; á Diodoro Sículo en el libro 12.º, *sobre las leyes de Charondas*; y á Suetonio *de illustribus grammaticis et criticis*. Para el de un retórico y orador, sobre lo mucho que dice Filón Hebreo en un libro de *Cherubin*; á Ovidio en el libro 2.º de *Ponto* Elegia 2.ª; á Plinio el menor en el libro 2.º epístola 3.ª; á Séneca en el prólogo á las *Controuersias de Craso Severo*; y también á Ausonio en su *Panegrico á Graciano*.

No hay cosa más de sobra, que los elogios de la poesía; tropiézanse tantos, que son estorbo más que diversion. Casi todos los que se encuentran en los modernos, son copiados de los que se leen en el Diálogo *pro y contra de la poesia*, que corre con el nombre de Cornelio Tácito, y muchos creen ser de Quintiliano; de los que recogió Silvio y Julio hácia el fin del libro 11.º; de los que se hallan en el *Gentiliano* de Luciano, como se lee en las obras de Estacio; y finalmente, de lo mucho que dijo Florido en el capítulo 7.º del libro 3.º *Contra los detractores de los poetas*.

En amontonar alabanzas de la filosofía, parece que todos han conspirado; oradores, poetas, historiadores, Cicerón, Capela, Claudiano, Sidonio Apolinar, y todos los que escribieron las vidas de los filósofos antiguos y modernos, como Eunapio, Sordiano, Porfiro, Filóstrato, Lemnio, Ammonio, Hegesipo, Dion, Diógenes Laercio; y entre los moder-

nos, Bruquero, Basio, Sonsi, Capasi, y el inglés Tomás Stanley.

Para poner la medicina sobre los cuernos de la luna, no es menester más que abrir cualquiera tratado, que haya escrito en algun asunto de ella el más desdichado pedante. A carretadas recoge lo infinito que se ha dicho de la buena, cuidando no menos de suprimir lo infinito que se ha declamado contra la mala. Pero en fin, por expresar algunas fuentes determinadas, léase *la vida de Galeno, recogida por Julio Alejandrino*; *los comentarios de la nobleza, por Andrés Jiraquel*; y *la epistola del Ilustrísimo Guevara al doctor Melgar*, y encontrará el orador un almacén de elogios de la medicina, que no los ha de consumir en un tomo entero de sermones de honras, á los que han hecho predicar tantos por sus desaciertos.

De las matemáticas, sé muy bien lo que dice San Agustín: *Quas multi sancti nesciunt quidem, et qui etiam sciunt eas, sancti non sunt.* « Que muchos santos las ignoran, y que los que las saben no son santos. » Esta sentencia que parece dura, no quiere decir lo que suena: solo intenta el Santo significar por ella el grande embeleso con que esta nobilísima ciencia arrebató hácia sí á sus profesores, los cuales necesitan de un esfuerzo muy particular, para desviar su atención de las especulaciones matemáticas, si han de encontrar tiempo para dedicarse á las verdades del Evangelio. Por lo demás, nadie puede negar que el mismo embeleso, con que arrebatan el alma, es el medio tan eficaz, como inocente para desviarla de las pasiones, que son los mayores ene-

migos de la santidad. Y así apenas se encontrará matemático sobresaliente, que no sea hombre de costumbres irreprehensibles. Pero casi siempre va sobre seguro el elogio de estos profesores; y para formarle, prestan sobrados materiales Platon en su *Timeo*; y Aluneco en el *Isagoge á la doctrina de Platon*.

Un músico tiene mil capítulos, que le pueden hacer justamente recomendable; solo con pasar los ojos por el bello panegírico que Casiodoro hace de la música en el tratado que dirigió á Boecio Patricio libro 2.º, hay cópia de escogidos materiales para celebrar á los que profesan esta primorosa facultad. Y él que no se contentare con estos, puede leer al ya citado Marciano Capela en todo el libro 4.º De los jurisconsultos y de los teólogos no hablo; porque es menester que sea muy ignorante el que no sepa que se puede formar una grande librería, compuesta precisamente de los elevados y merecidísimos elogios, con que todos los han agradecido.

No se fatigue más V. Reverendísima, dijo á esta sazón el comisario, que aunque yo le estaria oyendo con grandísimo gusto, desde aquí á mañana, me causa congoja el miedo de que se canse.

Pues yo, añadió Fray Gerundio, con licencia de V. Reverendísima y solo por oír á V. Reverendísima, tengo de hacerle todavía una pregunta. Y si el difunto, no solo no sobresalió en prendas algunas cristianas, morales ó naturales, no solo no fué eminente en la facultad que profesó ni en el oficio que ejerció, sino que en la religion fué un mal cristiano, en la facultad un zopenco, y en el oficio un mal hombre, ¿qué ha

de hacer el orador, sino refugiarse al sagrado de la erudición?

El caso es algo apretado, respondió el abad, pero no tanto que no tenga salida. Puede hacer lo que se refiere en la vida de San Antonio de Pádua (caso que no pueda excusarse de predicar en sus honras, que será el arbitrio mejor); obligaron al Santo á predicar en las de un usurero; quitóse de cuentos, no disimuló el torpe vicio de que habia adolecido públicamente el difunto, declamó vehementemente contra él, y ponderando aquel texto de la Escritura, *Ubi est thesaurus tuus, ibi et cor tuum erit*: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón». Para probar la verdad de este oráculo, dijo con instinto superior, que acudiesen al cofre donde el difunto tenia su tesoro, y que hallarian su corazón en él. Hizose así, y encontróse efectivamente; trájose á la Iglesia con espanto de todos, y á vista de aquel desdichado corazón, hizo el Santo un sermón de ninguna utilidad para el difunto, pero de grandísimo provecho para los vivos.

En la vida del venerable capuchino y apostólico misionero Fray José de Carabantes, se refiere otro caso muy parecido: dicese en ella que estando un religioso de su misma orden para predicar el sermón de honras de cierto ministro de Justicia, se le apareció rodeado de llamas la noche antes, y le dijo: *No prediques mis honras, sino mis deshonras; porque te he dado saber que así yo como todos los que hemos tenido empleo de justicia en este pueblo, por espacio de 40 años estamos ardiendo en los infiernos.* Con efecto, este fué el sermón que predicó, dándosele poco de

que los parientes del difunto se diesen por ofendidos, como se diesen por avisados, y por escarmentados ellos y los demás. No se puede aconsejar que se haga lo mismo siempre que la vanidad ó la lisonja insistan que prediquen honras de sugetos, cuya vida fué notoriamente desordenada y escandalosa. Para esto era menester un espíritu tan iluminado y una santidad tan conocida como la de San Antonio de Pádua: pero á lo ménos debe guardarse bien el orador de tocar en las costumbres del difunto; porque ó ha de mentir ó ha de escandalizar. Mucho mayor cuidado ha de poner en suponerle en estado de gracia, ponderando fuera de tiempo la infinita misericordia del Señor; porque el auditorio incauto y sencillo, y también el que no lo es, oyendo desde el púlpito las imprudentes conjeturas de que se salvó un hombre de tan mala vida, entra en la necia confianza de que igualmente se podrán salvar los que le imitaren en sus desórdenes.

¿Pues qué partido juicioso, preguntó el socio, se podrá tomar en ese apurado lance? El que se debiera seguir, respondió el Abad, en casi todos los sermones de honras, especialmente los que se dedican á sugetos que no hubiesen sido de una virtud singular, notoria y generalmente conocida; desviar enteramente la atención de aquel difunto particular, y fijarla en todos los fieles difuntos. Quiero decir, ponderar la terribilidad de las penas del Purgatorio; el rigor con que se castigan aún las más leves culpas con los más graves tormentos; la dispensable obligación que todos tenemos de aliviarlos con nuestros sufragios, las almas que los padecen, siendo esta obli-

gacion mayor ó menor, segun la mayor ó menor conexion de los vivos con los difuntos; el sumo reconocimiento de aquellas almas afligidas, respecto de todas las que contribuyen á aliviarlas; su grande poder con Dios cuando se vean en el descanso eterno de la gloria. Inferir de aquí que nosotros interesamos mucho más que ellas, en los sufragios que las ofrecemos: porque nuestros sufragios á lo ménos las podrán anticipar una felicidad de que ya están aseguradas: pero su poderosa intercesion con Dios nos podrá asegurar esa misma felicidad, que aún está expuesta á tantas contingencias. Nosotros podremos conseguir, que salgan cuanto antes del Purgatorio; ellas podrán alcanzar que jamás caigamos en el Infierno. Vé aquí unos materiales copiosísimos para disponer muchos sermones de honras, aún en la muerte de los hombres más foragidos.

No son malos (dijo el comisario ahuecando la voz, entre resoplido y regüeldo); pero sino se ilustraran los tormentos del Purgatorio con algo de la rueda de Ixion, con un poco de los perros de Anteo, con un rasgo de buitres de los Prometeo, con mucho del perro, digo toro de Falaris y sobre todo para pintar bien la pena de daño, con buen recado de la sed de Tántalo, á vista del cristalino chorro, es negocio de dormirse el auditorio, si los ronquidos no valen por sufragios, no hay que esperar otros.

Soy de esa opinion, añadió Fray Blas. Nunca me apartaré de ella, prosiguió Fray Gerundio. Padre Maestro perdimos el capítulo, concluyó el sócio. No perdimos tal, respondió el Abad, porque yo no hice empeño de traer á mi opinion al señor comisario ni á

estos Reverendísimos Padres, conociendo bien ser empresa muy superior á mis fuerzas. Digo mi dictámen por modo de conversacion, y en lo demás cada cual abunde en su sentir. Esto es, añadió el sócio, cada loco con su tema. Pero como yo estoy convencido de lo que V. Paternidad ha dicho, y por lo que á mí toca, con firme resolucion de no separarme un punto de sus máximas, solo quisiera saber: ¿qué autor ó autores podría seguramente imitar en las oraciones fúnebres, y si ha habido algun sobresaliente y cabal en este género de composiciones?

V. R. que entiende medianamente la lengua francesa, respondió el Padre Abad, ó á lo ménos sabe de ella lo que basta para el gasto de casa, no ignora que hay escrito en ella mucho y bueno de esta especie. Apenas se hallará una oracion fúnebre pronunciada en esta lengua, singularmente de un siglo á esta parte, que no sea un bello modelo de la más castiza y aún de la más cristiana elocuencia. San Francisco de Sales fué de los primeros que abrió puerta á la nacion francesa, en la tierna oracion fúnebre pronunciada en esta lengua en las honras del Duque de Merceur. La que el Padre Burdaloue predicó en las del gran Príncipe de Condé Luis de Borbon, parece que apuró todos los primores del arte. Pero él, que entre todos los oradores franceses se elevó en este género de elocuencia á tan superior altura, que no parece posible se remonte más el vuelo de algun orador humano, fué el gran espíritu Flechter, Obispo de Nimes, excediéndose singularmente á si mismo en la célebre oracion del vizconde mariscal de Turena. Si despues se acercó alguno á este grande hombre, fué el Ilus-

trísimo Señor Don Pedro Francisco Lafiteau, Obispo de Sisteron, en la que pronunció en las honras de nuestro gran Rey Felipe V, que al punto se tradujo á castellano, sirviendo de ejemplar á pocos, y de confusión á innumerables.

Verdad es, que en este punto no están los franceses tan indulgentes como yo, á los ménos en todos los artículos; porque suponen lo primero, que las oraciones fúnebres no se hicieron para el púlpito, el cual las adoptó á regañadientes, viendo que la lisonja, ó cuando ménos la condescendencia con los grandes, se empeñaban en introducir las en el santuario. En esto no me separo mucho de ellos. Suponen lo segundo, que para celebrar dignamente á un héroe, es menester que sea tambien héroe el orador; porque no siéndolo, no puede tener ideas ni expresiones proporcionadas al mérito ni á la grandeza de su objeto. De manera, que el auditorio ha de estar como indeciso, no sabiendo determinar cual es mayor en su línea, si el héroe del púlpito, ó el héroe de la campaña, del gabinete ó del sόlio. Consiguientemente á esto suponen lo tercero, que en materia de oraciones fúnebres, no se sufren medianías, ó han de ser excelentes, ó han de ser intolerables. Si el auditorio no está embelesado, tiene derecho á silvar el orador. Esta máxima me parece que inclina demasiado al rigorismo, y no mudo de opinion: porque diga Tulio en la carta á Marco Bruto, que *eloquencia que admirationem non habet, nullam judico*: « Que miéntras el orador no asombra, no es orador. » Mas acá hay posada: como llegue á agradar, persuadir y mover, cumplió bastante con su obligacion. Suponen lo cuarto, que los gran-

des empleos, los primeros puestos, la autoridad, la nobleza, la sabiduría, el genio, el valor, el heroismo ni aún el mismo trono, mirados precisamente en sí, no son asuntos dignos de un orador cristiano, y para serlo, es menester que el orador haga reflexion á su inanidad, á su inconstancia, inspirando al auditorio el ningun aprecio que merece este vano humo, útil solo cuando se usa de él para fines elevados y superiores. Tampoco me atrevo á desviar de este dictámen, porque le hallo muy conforme á los principios de la Religion, y aún fundado en las más sólidas máximas de una buena filosofia moral. Estas son las severas leyes, que los franceses se proponen para sus oraciones fúnebres, y es cierto que los más se arreglan admirablemente á ellas.

Pero no crean Vdes. que ellos solos las observan, y no tengamos nosotros dentro de casa algunos bellos ejemplares que imitar, sin necesitar de mendigarlos fuera. Sin salir de la universidad de Salamanca, hay modelos muy acabados. El amor de la cogulla no me permite olvidar á nuestro maestro Vela, á quien arrebató la muerte, cuando el mundo empezaba á conocerle. En dos ó tres oraciones fúnebres que predicó y se dieron á la luz pública, mostró su raro talento para este género de composiciones, en que sin duda compitió con los más nobles oradores.

El reverendísimo padre Salvador Osorio de la Compañía de Jesús, catedrático de aquella universidad y provincial de la provincia de Castilla, fué muy singularmente buscado para este género de empeños, y salió de ellos con tanta felicidad, que casi to-

dos los sermones fúnebres se dieron á la estampa, aún ménos para inmortalizar la memoria de los difuntos, que para la enseñanza de los vivos, y para la admiracion de los sabios.

Varias veces me he lamentado de que algun sujeto celoso de la gloria de nuestra nacion no hubiese hecho una coleccion de estas oraciones, para que tuviésemos en España un funeral que pudiese honrar con los más célebres, que tanto ruido meten en las naciones extranjeras. En la córte de Madrid se predicaron tambien nobles oraciones fúnebres en las exequias del gran Rey Felipe Quinto. No hablo de todos, porque algunos inquietarian las cenizas de aquel piadosísimo, juiciosísimo y advertidísimo Monarca, si fuera capaz de turbarse el descanso de sus reales despojos, que con gran fundamento considera la piedad, como preludeo del eterno y glorioso, que algun dia les esperaba. Entre otras muy dignas del mayor aprecio, me arrebató la atencion y el gusto la que predicó el doctor Don José de Rada y Aguirre, capellan de honor de su Majestad, y su predicador de los del número, y hoy dignísimo cura de su Real Palacio. Díjola en las exequias que consagró á las eternas memorias de aquel Monarca su real congregacion de *María Santísima de la Esperanza*. Su asunto fué un nobilísimo cotejo de las gloriosas hazañas del Príncipe, con las heroicas virtudes de Cristiano: protestando el discretísimo orador, que aquellas sin estas serian materia indigna para un elogio proporcionado al pié de los altares. Confieso que me embelesó aquella noble oracion, y que es grande mi dolor de que muchos oradores españoles

desvien tanto del verdadero camino de elogiar dignamente á los difuntos, con aprovechamiento de los vivos, cuando tienen á la vista conductores tan seguros.

XI OBTENCION

Al decir esto, se hallaron todos dentro de casa de vuelta del paseo, que no fué cortó, porque insensiblemente los fué empeñando en él la divertida conversacion; y si la cercanía de la noche no les hubiera avisado de que era tiempo de retirarse, es de creer que el Reverendo Padre Abad nos hubiera enriquecido con otros muchos materiales igualmente preciosos y oportunos sobre una materia de tanta importancia. Lo peor del caso es, que perdió el aceite y el trabajo, porque segun atestiguan uniformemente varios instrumentos innegables, solo el sócio se aprovechó de la doctrina: los demás la oyeron con grandísima frescura. El comisario dijo entre dientes, *No me encaja*: Fray Blas respondió, *tampoco*; y Fray Gerundio, *Viva el Florilégio y muera la peste.*

CAPÍTULO IX.

ES BUENA COSA, Y MERECE LEERSE.

AL día siguiente descamparon todos los huéspedes llevándose Fray Gerundio en todo caso sus 200 reales en la bolsa, y su *Semana Santa* entre pecho y espalda. Esto le acomodaba infinito, y ya no dudaba que se sorbería todos los sermones famosos de veinte iglesias en contorno, ni más ni ménos como si se sorbiera un par de huevos pasados por agua; tan firme en este concepto, que ya repartía en su imaginación algunos de los que sobrarian entre Fray Blas y otros amigos. Fray Gerundio, Fray Blas y Anton Zotes se fueron á comer á Fregenal del Palo, donde se dividía el camino para Campazas y para el convento, con ánimo de descansar aquel día en casa del famoso Familiar.

Recibióles éste con su agrado, sosiego, paz y socarronería natural luego que se apearon, y los saludó á todos cariñosamente; pero sin quitarse de la cabeza un monteron perdurable, dijo á Fray Gerundio: « A fé, sobrino, que vienes al más mejor tiempo de
« el mundo, porque nos saques de una enfecultá;
« porque yo bien conozco que eres un gran letrado,
« y que has regolvido más libros, que un bilboteca-

« rio... » *Bibliotecario*, querrá V. decir, le corrigió Fray Gerundio. « ¿Ya escomienzas, majadero? le replicó el Familiar. Si entendieses lo que quiero decir; ¿qué te importa á tí el modo con qué le digo? « Al fin *bilbotecario* ó *bribriquitario* ó sea lo que se juere, lo que yo te digo es, que tu tia y yo estamos en una contraversia; el punto tiene uñas, ó no me parió mi madre, ó harto será que yo no tenga harta razon en el caso... Pero desenfórjen- se primero Vdes. y entremos en la sala baja, porque no es negocio de tratar unas materias tan hon- das en el corral. »

Hiciéronlo todos así; entráronse en la salita, y limpiáronse el sudor, aliviáronse la ropa; echaron un trago, y estando ya sosegados, prosiguió el Familiar de esta manera: « Pues (como iba diciendo de mi cuento) ¿no vés sobre aquella arca grande una arpillera liada? Mas vá á que no adivinas lo que tiene. ¿Cómo quiere V. que lo adivine? respondió Fray Gerundio. Pues yo te lo diré en prata, dijo el Familiar, tantas varas de una tela muy rica, que yo no sé como se llama, solo sé que me costó á 60 reales la vara; porque dicen que viene allá de las Indias, y no se fabrica en nuestro incontinente, y es de color de pechuga de tordo zorrero, ó de aquellos pájaros que se llaman, se llaman... Vá- me Dios; ¿cómo se llaman? Ello es una cosa que suena á maravedises. ¿*Malvises*? apuntó Fray Blas. Si, padre nuestro, prosiguió el Familiar, *Malguises*, que no parecen sino mesmamente el color del hábito de nuestro Padre San Francisco. Amen d'eso, hay en la tal arpillera otras tantas varas de raso

« liso amarillo como hiema de huevo, para la enfor-
 « radura. Alente de todo lo dicho se contienen en
 « la susodicha otras milenta varas de listonejos y de
 « fruecos con campanillas ó con esquilonos ó con
 « cencerros, que dice mi mozer, que cosa que es
 « muy precisamente necesaria para haer un piso ó
 « un friso, ó que sé yo como se llama; con sus on-
 « das escaljadas ó escaroladas, en el roda-pié de la
 « basquiña. *Item*, un cordonillo de hilo d'oro muy
 « sutil, para los cabos de la casaca. *Item*, otro cor-
 « don grande del mismo hilo con sus nudos á tre-
 « chos como los cordones de los flaires, pero traba-
 « jado con mucha prolijidad, delicadeza y simetría,
 « que real y verdaderamente encalabrina la vista. Ea
 « pues, apostemos una azumbre de vino, que no adi-
 « vinas ¿para qué es ese todo matalotaje?

« ¿Cómo quiere V. que yo lo adivine? respondió
 Fray Gerundio. « Ten paciencia, dijo el Familiar,
 « que yo te lo diré, sin que te cueste trabajo. Tu pri-
 « ma Sidora estuvo primero en carrampion, después
 « con veruelas, después con destinseria, y en fin si
 « se vá ó no se vá, que era un joicio esta casa. A
 « este tiempo vino aquí un flairico (ni más ni ménos
 « como tú, salvante el santo hábito), que predicó á
 « San Antonio de Paola, y dijo entre otras cosas,
 « que era bueno encomendar las doncellas enfermas
 « al Santo, y ofrecerle que traerian su hábito, por
 « tanto y por quanto tiempo. Para esto contó un
 « ejemplo de una doncella rica, hermosa y la única
 « engenita de su casa, que estaba ya agonizando por
 « unas veruelas malinas, que le habian ponido la ca-
 « ra como un sapo hinchado; la madre la ofreció con

« mucha endevocion al bendito Santo, diciendo que
 « si la sanaba y la quedaba sin ojos en la cara, lá
 « habia de vestir de su hábito, hasta que se casase,
 « ó en fin tubiese otra conveniencia que Dios la de-
 « parase. Súpitamente sanó la doncella, y la cara se
 « la quedó tan lisa y tan llana, como si mesmamente
 « fuera una mesa de trucos. Oyó este ejemplo tu tia
 « Cecilia, viene á casa, cuéntamelo, y dice, que
 « quiere hacer lo mismo con Sidorica. Dígola que me
 « parece santo y gueno. Al cabo de muchos días, co-
 « menzó á remplazarse la muchacha, hasta que al
 « fin se levantó de la cama, y con el tiempo se fue-
 « ron cerrando los agujeros de la cara, tanto que
 « quedó como unas flores, y como si enjamas hubie-
 « ra tenido tales veruelas. Díceme tu tia, quiere
 « cumplir su promesa, y yo la respondo, que santó
 « y gueno; qu'es mucha razon y josticia, ¿y qué ha-
 « ce? Vá y despacha un mozo á Vallaulf, el cual llegó
 « anoche con todos esos argamandijos, para el santo
 « hábito. ¿Qué te parece, Gerundio?»

« ¿Qué me ha de parecer? que hizo muy bien mi tia
 Cecilia, porque es justo cumplir lo que se ofrece á
 los santos. A este tiempo entró Cecilia en la sala, y
 conociendo lo que se hablaba por la respuesta que
 dió Fray Gerundio, dijo con mucho alborozo: « Bien
 « haya la madre que te parió, sobrino mio, que das
 « la razon á quien la tiene, y no tu tíó, que es un
 « testarron, y en dando en una, no le sacarán de allí
 « cuatro juntas de gueyes. Tanto me han entendido
 « el sobrino como la tia, respondió frescamente el
 « Familiar, y mejor matrimonio era imposible que se
 « juatase, si él no fuera flaire, y ella no fuera mi

«mujer. Vamos al caso: yo no digo que no se cum-
 «pra lo que se promete á los santos. ¿Soy acaso
 «por ahí algun hereje de mala ralea, para enseñar
 «esa mala doctrina? Lo que digo es, que cuando se
 «promete á un Santo poner el hábito de su religion,
 «como si dejéramos á San Antonio de Paula, el de
 «San Francisco; á San Vicente Ferrer, el de Santo
 «Domingo; á San Francisco Javier, el de los Teati-
 «nos, y ansina de otros: lo que yo entiendo es, que
 «se ha de vestir la persona de aquel mismo paño,
 «sayal ó estameña de que anduvieron vestidos los
 «santos, á quienes se hace el prometimiento, ó á lo
 «ménos del que andan vestidos los flaires de su re-
 «ligion, pobre y humildemente; porque decirme á
 «mí, que ha de ser enculto y ensequio de los san-
 «tos traer unos hábitos, que cuestan más que las ga-
 «las de una nóvia, solo porque se asemejan un si-
 «es no es en el color, pero en lo de demás telas muy
 «ricas, ó á lo ménos muy delicadas, mucho cinta-
 «jo, mucha farfalá, mucha franja, cabos por aquí,
 «gueltas por allá, escudo con mucha pedrería, evi-
 «llas de lo mismo en las correas, y ansina otras
 «fantasias, qu'a inventado la vanida de las mujeres;
 «eso es habrarme de la mar: y no me sacarán de
 «que esto es más burla, que devocion; más es irri-
 «tar los santos, que hacernos los perpicios, aun-
 «que me prediquen flaires descalzos.»

Segun eso, replicó Fray Gerundio, V. querrá que
 una mujer tierna y delicada, ofrecida á traer el ves-
 tido de San Antonio, ó por devocion ó por reconoci-
 miento de algun beneficio, se vistiese de un sayal ás-
 pero y burdo; y si es el de San Vicente Ferrer, de

una estameña gruesa y ordinaria; si el de San Fran-
 cisco Javier, de un paño comun y basto? «Craro está
 «que lo querría, y que lo quiero, respondió el Fami-
 «liar, porque en demas nos es vestir el hábito que
 «trajeron los Santos, ni es devocion, ni es penitencia,
 «ni muertificacion ni es modestia virginal, sino ven-
 «tolera, vanida, ostentacion, profanida, descarnio,
 «sacrilegio, ¿y qué sé yo que más? Mal me quiebren
 «los huesos si los Santos no se irritaren de este in-
 «culto, en lugar de darse por obsequiados, y para
 «que no mages cabro de mi calletre, te he de con-
 «tar un ejemplo que m'acuerdo haber oido á este
 «propósito.

«A cierto caballero muy jurador y maldiciente, le
 «castigó Dios, disponiendo que se le hinchase la len-
 «gua, y le saliese un palmo fuera de la boca. El po-
 «bre impaciente, se enrepentió, y ofreció á la Santí-
 «sima Virgen, que si por su intercesion le libraba su
 «Hijo de aquel trabajo, se vestiría de ermitaño, y la
 «serviría como tal en un santuario suyo muy cele-
 «brado. Al punto y al momento se recogió la lengua á
 «su lugar, y él empezó á cumplir su promesa hon-
 «radamente, yéndose al santuario, y echándose á
 «cuestas una saya de ermitaño con todo rigor, que
 «no había más que pedir. Pero el diablo que no
 «duerme, le sugirió endempues, qu'aquel traje le
 «deshonraba, y que podia cumplir su promesa, con-
 «servando no más que la figura, y mudando la mate-
 «ria, de manera que pareciese ermitaño, sin dejar
 «de mostrar que era caballero. Cayó el pobre señor
 «en la red que le armaba el astuto enemigo, echóse
 «un saco y un manto y una capilla de paño fino, preu-

« diendo la correa con evillon de plata sobredorada,
 « que parecería bien en el petril del caballo del mis-
 « mo rey; su sombrero branco de castron con su ga-
 « lon d'oro, que enchizaba, sus medias de seda enta-
 « razadas de varios colores, que formaban un pardo
 « enzenicento muy apracibre á la vista, sus zapatillas
 « blancas listoneadas á trechos de negro, para remedar
 « las andarias de los flayres descalzos, y por báculo
 « una caña de Indias con su puño d'oro, en figura de
 « cayado, como dicen, que s'usan agora en algunos
 « señores de la corte; ¿y qué sucedió? qu'á pocos
 « dias qu'anduvo, en este traje enresible para los
 « hombres de juicio, se le volvió á escurrir la lengua
 « de la boca, y en verdá, en verdá casina murió, no
 « habiendo ninguno, que no lo atribuyese á castigo de
 « la Virgen, por la burla qu'abia hecho del habito qu'a-
 « bia ofrecido, y esto siendo ansina, que el hábito de
 « ermitaño no está bendito, ni como dicen significado.
 « Pues que sanden agora las señoras damas á burlarse
 « con los santos hábitos. »

No creo yo, dijo entónces Fray Blas, que lo hagan
 por burla, sino por la natural delicadeza del sexo,
 que no las permite usar de unas telas ó paños tan
 bastos, que las brumarian. « Padre predicador mio,
 « replicó el Familiar, déjese de circunloquios: lo pri-
 « mero, del mismo sexo fueron las Santas y grandes
 « señoras, que sabemos andaban en el siglo vestidas
 « de los hábitos de varias religiones, y de ninguna se
 « dice, qu'anduviese vestida de esta forma, sino lisa,
 « llana y pobremente como los flayres y como las mon-
 « jas: lo segundo, del mismo género son tantas ca-
 « puchinas descalzas, recoletas, carmelitas y otras

« innumerables, que pueden muy bien con los paños
 « burdos, sin que las avoquen las fuerzas ni las per-
 « judique la salud: lo tercero, que yo no pongoe el
 « hainco en que los hábitos de las damas sean de la
 « misma mismísima materia, que los de las monjas y
 « de los flayres. Bien está que sean de una tela de lana
 « un poco más delgada; que la qu'usan estos y aque-
 « llas, aunque se incline algo á tela fina, con tal que
 « sea honesta siempre sencilla, sin arrumacos ni re-
 « cubecos: ¿pero de seda? ¿pero de telas de oro y de
 « prata? ¿pero mucho encaje, mucho perifollo y mu-
 « cho sí señor? Déjelo, padre, que eso es un ludibrio
 « de la Religion, y no sé como no han metido la ma-
 « no los que pueden atajar estos escarnios. »

« Oyes, oyes (dijo á esta sazón Cecilia con bastante
 « viveza,) por mi vida, que el bendito San Antonio,
 « que está en la capilla de la parroquia, no tiene por
 « ahí nengun hábito de sayal tosco; sino que tiene un
 « hábito de saya de la reina, de tela muy rica, con su
 « flajan de oro por orla, y al rebedor de la capilla y
 « de las mangas un galon ó punta de lo mesmo. Qu'a-
 « puesto yo, que el hábito costó más de veinte doblo-
 « nes, y es de saber, que cuando ofrecí poner el há-
 « bito á mi Sidorica, ofrecí ponerla el de San Anto-
 « nió, y nó el de los flayres: pues si la ha unviado á
 « traer una tela y una flanja y un galon ello por ello,
 « como el del mismo Santo, ¿por qué nos estás ahí
 « quebrando la cabeza y brufiendo los sesos? »

« ¿Ahora no vén Vds. (respondió con flemma y con
 « marragería el Familiar) si mi mujer es ingeniosa?
 « Cual si hubiera estudiado teología; á la hora de esta
 « ya era por ahí saminadora sinodal de media docena

« de obispados. Mire V., señora Cecilia, á los Santos
 « en los altares, regularmente hablando, los ponen
 « muy galanos, para representar acá en nuestro modo
 « la vestidura enmortal y riquísima de que están
 « adornados en la gloria. Dirásme tú á esto (craro
 « está,) que aunque se empeen para esto las telas
 « más ricas, ni las piedras, ni las joyas más preciosas,
 « todo es poco y nada ascanza; porque cuanto hay en
 « la tierra, todo es una garzofia en respectivamente
 « al menor rasguño del Cielo: pero cuando se pro-
 « mete á un Santo traer un hábito, como por compa-
 « ranza, á San Antonio, ora sea por devocion ó peni-
 « tencia, ora por cualquiera otro motivo, no se pro-
 « mete andar vestida como San Antonio glorioso, sino
 « como San Antonio penitente; no como imaginamos
 « que está en el Cielo, sino como sabemos que andu-
 « vo en el mundo: lo demás, señora letrada, de pre-
 « sumir andar una pecadora como nos figuramos á los
 « santos en la gloria, no sé yo si guele á cosa de en-
 « quisicion; y en verdá, que como oliera, yo mismo
 « la enseñaría á V. el camino, que ya vé si por mi
 « oficio s'a de decir, *que en casa de herrero, cuchillo*
 « *de palo.*

« ¿No sino que vestiria yo á mi hija, como si fue-
 « ra por ahí una demandadera de las Descalzas? Mi
 « hija es tan buena como las demás; y si otra sacan
 « hábitos ricos, ella no ha de ser ménos. Si las otras
 « son locas, añadió el Familiar, que lo sea tambien
 « tu hija, y si las otras se van al infierno, que se va-
 « ya tambien ella. ¿Pues qué, dijo Cecilia, es pecado
 « traer hábitos de moda? Eso, amiga mia, respondió
 « el Familiar, doctores tiene la Santa Iglesia, que te

« sabrán responder. Lo que yo te sé decir es, que es-
 « tando en Vallaulí, oí á un misionero (que dicen que
 « era hombre muy sapientísimo), que el hacer burla
 « de los santos hábitos de las Religiones aprobados
 « por el Santo Padre de Roma, y aplicarlos á usos
 « profanos y otras cosas así, era pecado muy gordo y
 « no me acuerdo si dijo algo de excomunion. Si es ó
 « no es profanar los santos hábitos el traerlos para la
 « vanidá, para la ostentacion, haciendo soberbios
 « la humildá, convirtiendo en riqueza la pobreza, y
 « queriendo juntar la honestidá y la modestia de los
 « santos con todas las modas, y aún con todas las
 « desenvolturas del siglo, la resolucion de este caso
 « no es para cabezas redondas como la mía.»

Bien hace V., tio, en no resolver, interrumpió
 Fray Gerundio, porque si ese fuera pecado, no esta-
 ria tan públicamente consentido, ni se hubiera exten-
 dido tanto el uso de los hábitos, que ya se ha hecho
 especie de moda. Vemos que los traen señoras de
 todas clases, y muchas de ellas frecuentan los Sacra-
 mentos, confesándose con hombres sabios, que las
 absuelven y lo permiten; con que no debe de haber
 en eso tanto mal como á V. se le figura. «Dobremos
 « la hoja, sobrino (respondió el Familiar), que qui-
 « zas no meteremos en cosas muy hondas, donde ni
 « tigo ni migo podemos salir. En eso de hombres sa-
 « bios hay su más ó su ménos; las ausoluciones tam-
 « bien he uido decir, que andan muy baratas: en fin,
 « *de encultis non judicat Ecclesia.*

« Una cosa te puedo decir, que aunque yo fuera
 « Padre Santo, no me habian de llevar la ausolucion
 « los que anduviesen como una que yo vi, y dicen

« que era señora de emportancia. Traia una basqui-
 « ña muy cumprida, de una tela morada muy requi-
 « sima, con sus encajes atrechos de prata, cada uno
 « de más de tercia, y en bajo de la basquiña y e-
 « guardapiés, un toncillote, que, como me parió mi
 « madre, no cabía á las derechas por una puerta muy
 « ancha; en conformidad que cuando entraba la seño-
 « ra por alguna, era menester enjurrarse de lado, ni
 « más ni menos como lo hace una moza cuando mete
 « una brazada de manojos por la puerta del horno.
 « Colgácala de la cintura una cosa á manera de tren-
 « za ó de cordón, que se componia de tres cositas
 « muy anchas; de telas todas entreveradas, para sal-
 « picar mejor los tres colores, que eran morado,
 « blanco y azul, los cuales tenían ilusiones á no sé
 « qué misterio. Esta trenza, ó cordón, ó lo que fue-
 « se, no bajaba en pié perpendicularmente hácia en
 « bajo, como las correas, los cordones ó los ciñido-
 « res de los religiosos ó religiosas. No, oh Señor,
 « venía curaculeando por un lado de la basquiña con
 « sus lazos de tramo en tramo, y remataba postrera-
 « mente entre las dos últimas correas del encaje, con
 « un cóselos de palmo, que no parecia sino un gira-
 « sol pentiparado. La casaca era de la misma tela
 « que la basquiña, y también subian y bajaban por
 « ella unos encajes de hilo de prata, ensortijado an-
 « sina á manera de los cohetes, que llaman de cola,
 « y sino (y es más mejor comparanza) como los ca-
 « potillos de llamas de los injusticiados por el Santo
 « Oficio, y rejalgados al brazo (seglar; traia esteñdido
 « al pecho un escudo de piedrería, todo él desgastado
 « en oro, y en medio de él un retrato de un divino

« Señor, vestido de Nazareno, con la cruz á cuestras,
 « que no habia más que ver. Las sortijas, los anillos,
 « las misdiraldas, los dinamantes y los rubines que
 « traia en los dedos de las manos, eso era un juicio.
 « ¿Pues qué te diré de unos rosarios que tenía á ma-
 « nera de gargantillas, ensortijadas en las muñecas, y
 « eran de unas perlas finas como avellanas? Tampoco
 « digo nada de esos que llaman *buelos* las mujeres,
 « todos hordados tan sotilmente, que se asemejaban
 « á las venicas de un niño muy blanco y rubio, cuan-
 « do se descubren por entre el cutis. Los *buelos*
 « eran de tres religiones... De tres órdenes querrás
 « decir, borrico (interrumpió la Cecilia, no sin una
 « gran carcajada). Estimo la lisonja, prosiguió fres-
 « camente el Familiar; ¿qué más me dá religiones
 « que órdenes? En fin ellos eran tan cumplidos, que
 « se me asemejaron á mangas de roquete, como los
 « que traen los legos qu' ayudan á Misa mayor.
 « Así ví á la tal Señora, y creyendo y bonitamente,
 « que debia de ser recién casada, y que aquella era
 « sin duda la más rica gala de novia, se lo dije á un
 « mercader mi conocido, que estaba enjuto á mí. El
 « mercader se rió mucho, y me respondió qu' aque-
 « llo no era gala, sino un hábito de Jesús Nazareno,
 « que s'abia echado la señora en cumplimiento de
 « una promesa. ¡Hábito de Jesús Nazareno! que yo
 « en toda mi vida oí que habia flayres de esa Orden.
 « No es religion, respondió el mercader, sino que las
 « señoras por devoción quieren andar vestidas como
 « anduvo Jesús Nazareno. ¿Y Jesús Nazareno anduvo
 « vestido ansina? (le repliqué todo descandalizado.)
 « Eso preguntésele V. á ellas, respondió el mercader.

« Confieso, señores, que me quedé entónico, y que
 « no creyera que en la Religion cristiana se permiti-
 « tia tan ensensiblemente una cosa que parece ha-
 « cer chanza de lo más sagrado y lo más doloroso de
 « ella. Aquel mismo dia se lo dije á un cierto Prelado
 « de una Religion, con quien me confesaba siempre
 « que iba á Vallaulí, porque es un pozo de cencia y de
 « virtud. Dió el buen religioso un gran suspiro, y á fé
 « que me respondió que tenía razon; y me acuerdo
 « que á este mi propósito me dijo dos cosas: la pri-
 « mera, qu'abra como unos quatrocientos años,
 « qu'allá en España se inventó una seta que llama-
 « ban de los *Flangelantes*... (Flanelantes diria, cor-
 « rigió Fray Gerundio,) ó como tú quierdes. Pues es-
 « tos tales Flangelantes dice que fueron condenados
 « como herejes, por un Papa que se llamaba *Cre-*
 « *mente sexto*. Lo primero y principal, porque ense-
 « ñaban muchos horrores, y entr'otros, que no se
 « podian salvar, sino, que los que quitándole el pelle-
 « jo á azotes, se bautizaban con su misma sangre; y
 « lo segundo, porque á este fin andaban vestidos de
 « penitentes muy gurijs y muy emperifolados. Esto
 « último, me dijo el santo religioso, que aún se ha-
 « bía gozado á usar en España en tiempo de Carlos II,
 « habiendo algunos mozelos de malos cascós, que
 « en tiempo de Semana Santa se vestian de peniten-
 « tes muy guapos, para galantear á las damas; pero
 « que el piadoso Príncipe, dempués de haber casti-
 « gado á algunos rigurosamente, habia proveido este
 « auto con justísimo y severísimo decreto.

« La segunda cosa que me contó, aun es al caso
 « presente más propria. Relatóme, que dempués que

« un emperador, llamado *Heraclio*, rescató el madero
 « de la Santa Cruz del poder del rey de Presia (que
 « tiene un nombre muy enrebesado, ansina á manera
 « de *Costras*), enstituyó una procesion muy solemne
 « para culucarle en un templo magnífico de Jerusa-
 « lem, el mismo emperador vestido de sus ropas em-
 « piriales, llevaba en sus hombros la Santa Cruz:
 « pero sucedió una cosa de espanto; y fué, que al
 « querer entrar por la puerta de Jerusalem (qu' era
 « la misma por donde el Salvador habia salido para
 « el Calvario), se quedó inmóvil el emperador, sin
 « ser impusibre de Dios dar un paso para adelante.
 « Entónces el obispo de Jerusalem, qu' iba en junto
 « del emperador y debia de ser un santo, le dijo:
 « Señor, sin duda, que el Salvador debe estar muy
 « desgastado de que vos lleveis el madero de nuestra
 « redencion en este truje tan sustentoso; porque en
 « verdad, que cuando él le llevó por esta misma puerta,
 « iba en hábito muy diferente. Vos llevais corona em-
 « perial en la cabeza, y Su Majestad iba con corona de
 « espinas. Vos vais con un manto emperial de púrpura,
 « todo cubrido de flores, y él iba con la pobre túnica
 « inconsutil que era de lana bañada de su propia san-
 « gre. Vos llevais un rico collar al cuello, y Su Majes-
 « tad llevaba una gruesa y larga sogá, por la cual le
 « tiraban aquellos malditos sayones. Vos vais con un
 « calzado que deslumbra la vista, y el Salvador iba
 « descalzo de pié y pierna con los piés todos ensan-
 « grentados. Apenas oyó esto el gueno del emperador,
 « cuando arrasados los ojos en lágrimas, se despojó
 « al momento de las vestiduras emperiales. Vistióse
 « una pobre túnica, púsose una corona de espinas

« en la cabeza, echóse un dogal al cuello, descalzóse
 « los piés, é incontinenti espensó á andar sin estorbo
 « ni embarazo. »

« Eran de oír las refrisiones que sobre este ejemplo
 « hacia el bendito padre, ponderando el enojo del
 « Señor por una cosa, en que al parecer no había
 « culpa ninguna, y sacando de ahí cuanto se enritaba
 « con estas obras, que no es posible dejen de ser
 « muy culpables, porque en conerasion, el Empera-
 « dor iba con aquel traje que era propio y preciso de
 « su alta dinidá. Pero estas otras Nazarenas no tienen
 « precision de andar ansina; y se visten ansina no más
 « que por antojo y por invencion de su loca fantasía.
 « El Emperador en medio de la majestad de la púr-
 « pura, iba con devocion granda, pero las Nazarenas
 « cuando habian de dar ejemplo de compostura, si-
 « quiera por lo que significa el vestido, no parece
 « sino que se valen de él para ser más desenvolidas;
 « y poco más ó ménos lo mesmo que decia de las na-
 « zarenas, lo aplicaba tambien á las demás que traen
 « hábitos galanos. »

Vaya, dijo Fray Blas, que debia de ser muy es-
 crupuloso este prelado. A mí por lo ménos un hábito
 bien puesto en una mujer me gusta mucho; á todas
 las dice bien; pero si son bien parecidas, les cae
 muy en gracia. « Santísima razon, respondió el Fa-
 « miliar, y en boca de un religioso. No hay más que
 « pedir. Yo, padre maestro, por ahora no me opongo
 « á que las mujeres, especialmente solteras, procuren
 « lícitamente agradar á los hombres, y engalanarse
 « por esto, cada una segun sus posibles. Su alma, su
 « palma, y cada cual se componga segun su concien-

« cia. Yo vi lo que dice un autor, que los hombres
 « tenemos tres enemigos, el mundo, el demonio y la
 « carne; pero las mujeres tienen cuatro, el mundo,
 « el demonio, la carne y el parecer bien. Lo que digo
 « es, que valerse de las cosas santas para parecer
 « mejor, eso es lo que á mí me parece muy mal. Y
 « en fin, fuese ó no fuese escrupuloso el prelado de
 « quien vamos habrando, es cierto que no lo era otro
 « religioso macizo, aunque no tanto, que no fuese ya
 « lector de Tulugia en aquella santa Comunidad, él
 « que se halló presente á nuestra conversacion, y
 « ciertamente que tenia unos ojos tan vivos y tan
 « aquellados, que se conocia á la legua que no era
 « ganzoño. Este tal, sabia muchas copras en latin y
 « en romance, y dice que tambien las hacia muy
 « guapas. Con todo lo que conversamos, se conformó
 « tan lindamente, y aun me dijo, que yo habia de
 « tener buen entendimiento, aunque no me espicaba
 « con la mayor escricion. Cuando relaté aquello del
 « tontillo, se rió mucho y añadió que esta moda siem-
 « pre le habia parecido la mayor mamarrachada, en
 « que podia dar la imaginacion de las mujeres, aun
 « en sus trajes de gala; porque como todos saben en
 « que consiste aquel bolumbo, hacen de él la misma
 « burla que de los palitoques que levantan hasta el
 « tejado á los gigantes del Corpus, y de los cuerpos
 « de paja con que se seguran los espantajos y los es-
 « tafermos. »

« A este empropósito, relató unas copras, primero
 « en latin, y dempués glosadas en romance por el
 « mismo, las que contentaron mucho al mismo per-
 « lado, y viendo tambien, que á mí me habian gus-

«tado las segundas, aunque no entendia las primeras,
«le mandó que me diese unas y otras escritas. Hízolo
«asi, y me las metí en el balsopeto; y por vida del
«hijo de mi madre, que las ha de leer aquí mi so-
«brino Fray Gerundio, porque como yo no escanzo
«latín, no se leerle con aquel sentido y con aquella
«inteligencia que se debiera.» Diciendo y haciendo
sacó del bolsillo un papel tan sobado y aceitoso, que
parecía cuarteron de un encerado. Diósele á Fray
Gerundio, que lo leyó en voz alta, con bastante alma,
y se sabe por tradicion de padres á hijos, que decia
asi:

*Sunt hodie libri, ut muliebria corpora, quæ dum
Conclavi neglecta suo, atque inculta morantur,
Macra videbuntur, brevibusque simillima sar dis.
Fac tectis prodire eadem expectanda per urbem,
Non eadem forma est, nam cum peronibus altis
Incubere potes, tunc tam redimicula frontem
Edifloant: arorum et vestis simiosa tumescit.
Prægnatem artifici defendens turbine ventrem;
Protinus augetur species, majorque videtur
Alque alia. Ingentes una implat femina postes,
Angustatque riam magnos imitata elephantés,
Aut orcam per aquas vasta se mole ferentem.*

TROVA.

Si cojes de repente,
En traje descuidado y negligente,
A una dama en su cuarto ó una mozueta,
Tendrásla por sardina ó por truchuela;
Tan seca, tan enjuta y estrujada,
Que menos es mujer que rebañada.
Pero espera un poco,
Que presto verás nina á la que es cóco:
Deja que salga á vista por las calles,
Que aunque cien veces la halles,
Has de decir, mirando á la doncella:

«¡Vive Dios Santo, que ya es otra aquella!
«¿Cómo creció una cuarta en un instante?
«¡Hoy preñilunio la que ayer menguante!
«Cabía ayer metida en cualquier cesto,
«¡Y hoy no cabe en la plaza! ¿como es esto?»
No te causes, Lucillo, en reflexiones;
Pues no ves que se empina en dos tacones.

Tan altos, tan iguales,
Que salen con tacon los carcañales.

Y piensas se contenta
¿Con crecer con los piés? También intenta
Poner en la cabeza su cuarto alto.

Dá con la vista un salto,
Y verás el tupé, el jardín, el rizo,
La mitad natural, la otra postizo,
Con el petiboné, medio al desgaire:
Pues todo es ganar tierra por el aire.

Pero lo que más te pasma
(Aun más que todo admirarás una fantasma)

Es verla tan anchota,
Que casi llena un juego de pelota;
Y dudas al mirar el envoltorio,
Si acaso aquello que anda es un cimborio.

Eres un monaguillo,
Pues no ves, ¿qué es milagro del tontillo?
Aquel que á las casa las

Sirve entre otras mil cosas excusadas;
Pero en tal cual soltera no muy lisa,
Es sin duda una alhaja muy precisa.

¿Para qué, me dirás? Eres sincero;
Íbale á decir, pero no quiero.
El tontillo á la flaca la ace gorda,
Y tal cual vez finge tertois á la torda,

Porque son los tontillos nobles piezas
Para encubrir gorduras y flaquezas.

Una mujer en fin, con guarda infante,
Catala convertida en elefante;

¿Haces gesto al simil? ¿no te llena?
Pues por mí mas que sea una ballena.

No obstante que ni Fray Gerundio ni Fray Blas
eran del gusto más delicado, que se ha conocido has-

ta ahora en el orbe de las letras, como lo puede haber observado el curioso lector en la série de esta exactísima historia, se sabe que aplaudieron bastantemente la trova, por ser lo que más entendían; bien que Fray Gerundio por saber sin comparación mucho más latin que Fray Blas, no dejó de hallar singular gracia en los versos latinos; y como que se inclinaba á que tenían más que los castellanos, así lo dió á entender, y con esto se pelaba las barbas el Familiar, porque sus padres no le hubiesen dado estudios, por lo ménos hasta que saliese un razonable gramático, que fué la frase con que se explicó.

Los que oyeron todos con gran indiferencia fueron Anton Zotes y la señora Cecilia; Anton Zotes, porque casi desde el principio de la conversacion se habia algo dormido, á causa de estar algo alcanzado de sueño, por haberse levantado á media noche á dar pienso á las caballerías: la señora Cecilia, porque del latin (ya se vé) no entendía palabra, y del romance le sucedia con corta diferencia lo mismo. Solo percibió que allí se hablaba de tontillo, y esto bastó para que dijese muy alegre: « Ahí me las dén todas; « que yo ni para mí, ni para Misa he pensado en ja- « más en tontillo; pues ni mi madre, ni mi aguela « usaron por en jamás de los en jamases de esas in- « venciones. »

« Tú, que tal dijiste (tomó la taba su marido el « Familiar, y la dijo): oyes, y tu madre ni tu aguela « usaron en jamás de los en jamases, de los galo- « nes d'oro, de encajes de prata, de telas de tieza, « de enguarinas, de trapacerías, de mantos de tafe- « tan de ilustre, con encajes de me lia vara, de em-

« banico de dobron, de manguito enferrado por fuera « en terciopelo, de rosario de pizázuli ó de embentu- « rina engarzado en prata ú en oro; ni de otras mil « embusterías (otra cosa peor iba á decir pero ca- « lló) de las qu'usas tú, y quieres qu'usen tambien « tus hijas. Unas sayas de estameña, unas basquiñas « de cordelate, una enguarina de paño fino en los « días récios, una capa sobre la cabeza con su vuelta « negra de rizo, ó á lo ménos de terciopelo, con em- « banico redondo de papel pintado con almagre en- « cima de una caña, un rosario de lágrimas, y el « más precioso de cachumbo, estas eran las galas y « servidor. Ansina vivieron honradamente, ansina nos « dejaron un pedazo de pan que comer, y no tú, que « tienes traza de echarme por puertas; porque en los « días de fiesta, pareces una condesa, y tus hijas « unas marquesas: siendo ansina, que no sois más « que unas probes y honradas labradoras, sin consi- « derar que causais risa á la gente de meollo, porque « al fin, aunque la mona se vista de seda, mona se « queda. »

Iria el sermon más adelante, si en aquella hora no hubiera entrado una criada á poner la mesa, porque ya era hora de comer, y por la cuenta ni en la comida ni en lo restante de aquel dia, que se quedaron á descansar en el Fregenal, no debió de suceder cosa remarcable: á lo ménos los autores de aquellos tiempos tan retirados, nada refieren, contentándose con decir, que la mañana siguiente muy de madrugada, despedidos todos cortesantemente unos de otros, Anton Zotes tomó el camino de Campazas, y Fray Gerundio y Fray Blas fueron á comer á su

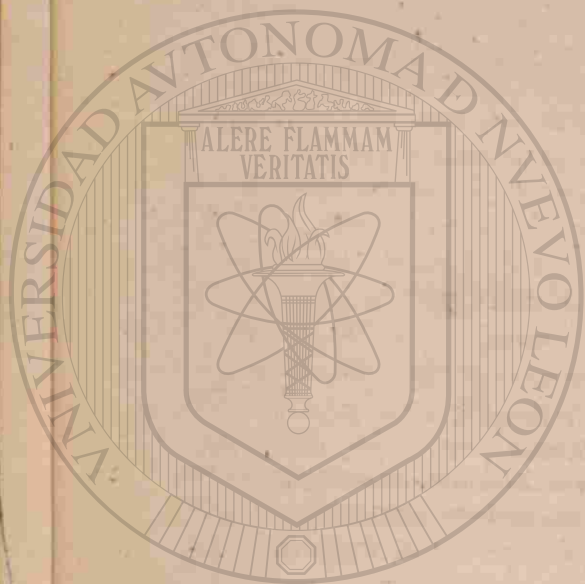
convento, donde Fray Gerundio fué recibido de su Prelado con mucho agasajo, y de los demás, especialmente de la gente moza, con indecible alegría y aplauso; porque ya habia llegado al convento la fama de sus sermones. Solo se sabe por un libro de becerro escrito con letras góticas, y ya muy gastadas después de tantos siglos, que luego que llegó el Prelado le puso en la mano una patente del provincial, en que le hacia predicador mayor de la casa, dispensándole en los años de predicador sabatino y de predicador segundo, que pedia la constitucion, por justas causas que le movian á ello, todo con acuerdo del difinitorio, en virtud de la facultad que le concedió para ello la Bula del Papa Clemente III que comienza: *Ad promovendum*. Al mismo tiempo recibió Fray Blas otra patente de jubilacion, en que se le declaraba presentado por el púlpito para el magisterio; con que los dos amigos del alma no se veian de polvo de abrazos y enhorabuenas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL TOMO TERCERO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

LIBRO CUARTO.

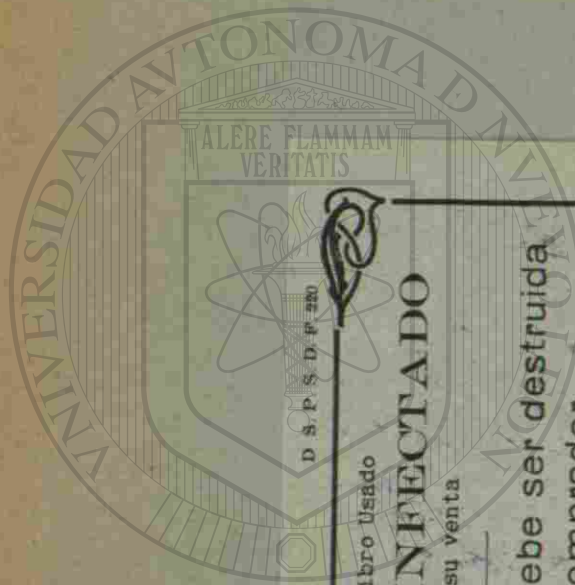
	<u>Páginas.</u>
CAP. III. Predica Fray Gerundio en su lugar y atúrdese la gente.	6
CAP. IV. Expónense á la admiracion algunas cláusulas del sermon de Fray Gerundio.	26
CAP. V. Dáse cuenta de lo que pasó en la mesa de Anton Zotes.	44
CAP. VI. De la conversacion no ménos útil que graciosa, que hubo sobre comida.	64
CAP. VII. Levántase de la siesta el magistral y prosigue la conversacion del capitulo antecedente, con todo lo demás que irá saliendo.	77
CAP. VIII. Corta la cólera del magistral un huésped no esperado, pieza muy divertida que á tal tiempo llegó casa de Anton Zotes.	96
CAP. IX. Donde se cuenta el maravilloso fruto que hizo el sermon del magistral en el ánimo de Fray Gerundio.	116

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO. Encárganle un sermón de honras, y no le escupe, con todo lo demás que iremos diciendo.	139
CAP. II. Pide Fray Gerundio á su amigo Fray Blas una instruccion para disponer el sermón de honras, y se la dá divina.	152
CAP. III. Interrumpe la conversacion un huésped inopinado, que se aparece de repente: vuelven á atar el hilo con todo lo demás que irá saliendo.	166
CAP. IV. Olvidase la sed á Don Casimiro, llegan á Campazas sin saber como; quédase allí el colegial aquella noche, y se evacua el punto que se tocó, y no se prometió en el capítulo pasado.	183
CAP. V. Dispone Fray Gerundio su sermón de honras, y vase á predicar.	205
CAP. VI. De lo que sucedió en Fregenal del Palo, y como llegaron los convidados á Pedrorubio.	214
CAP. VII. Lo mismo que el otro.	231
CAP. VIII. Sálese á pasear los cuatro religiosos, y el padre Abad, en tono de conversacion, dá á Fray Gerundio admirable doctrina.	243
CAP. IX. Es buena cosa, y merece leerse.	272

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.



Este Libro Usado

FUE DESINFECTADO

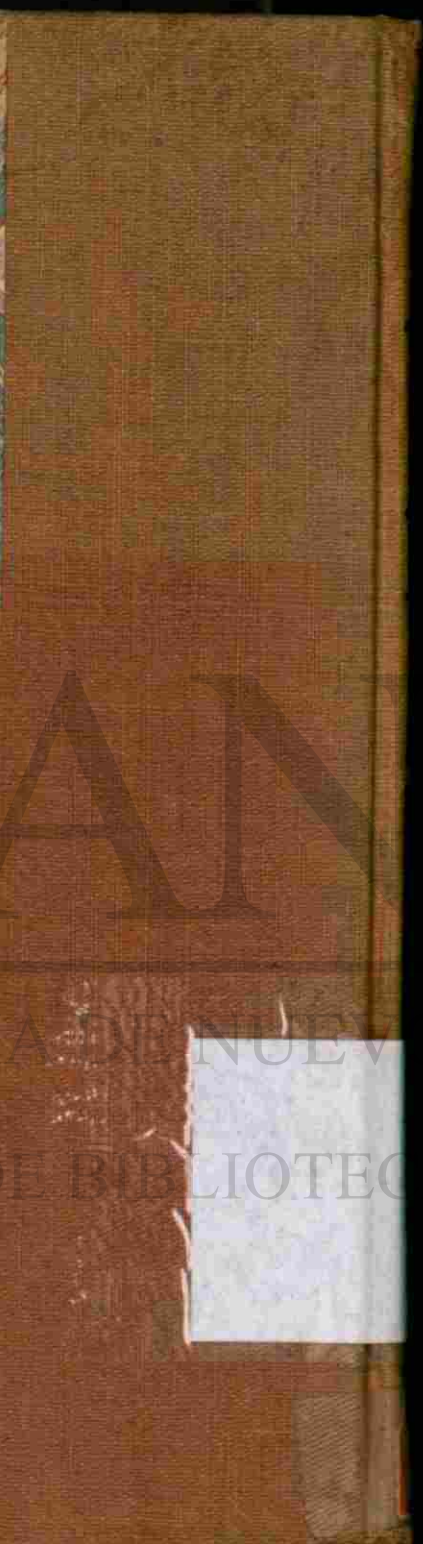
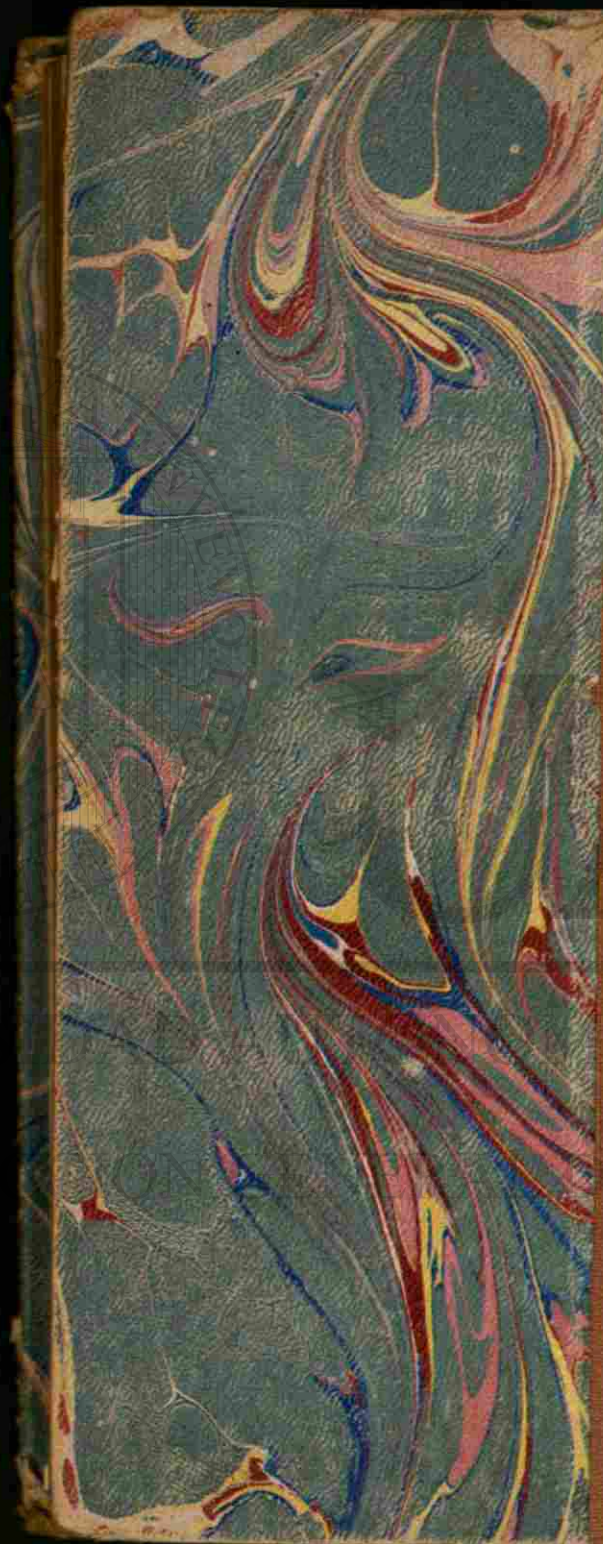
para su venta

Esta etiqueta debe ser destruida
por el comprador

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ADRIANUEV
BIBLIOTEC